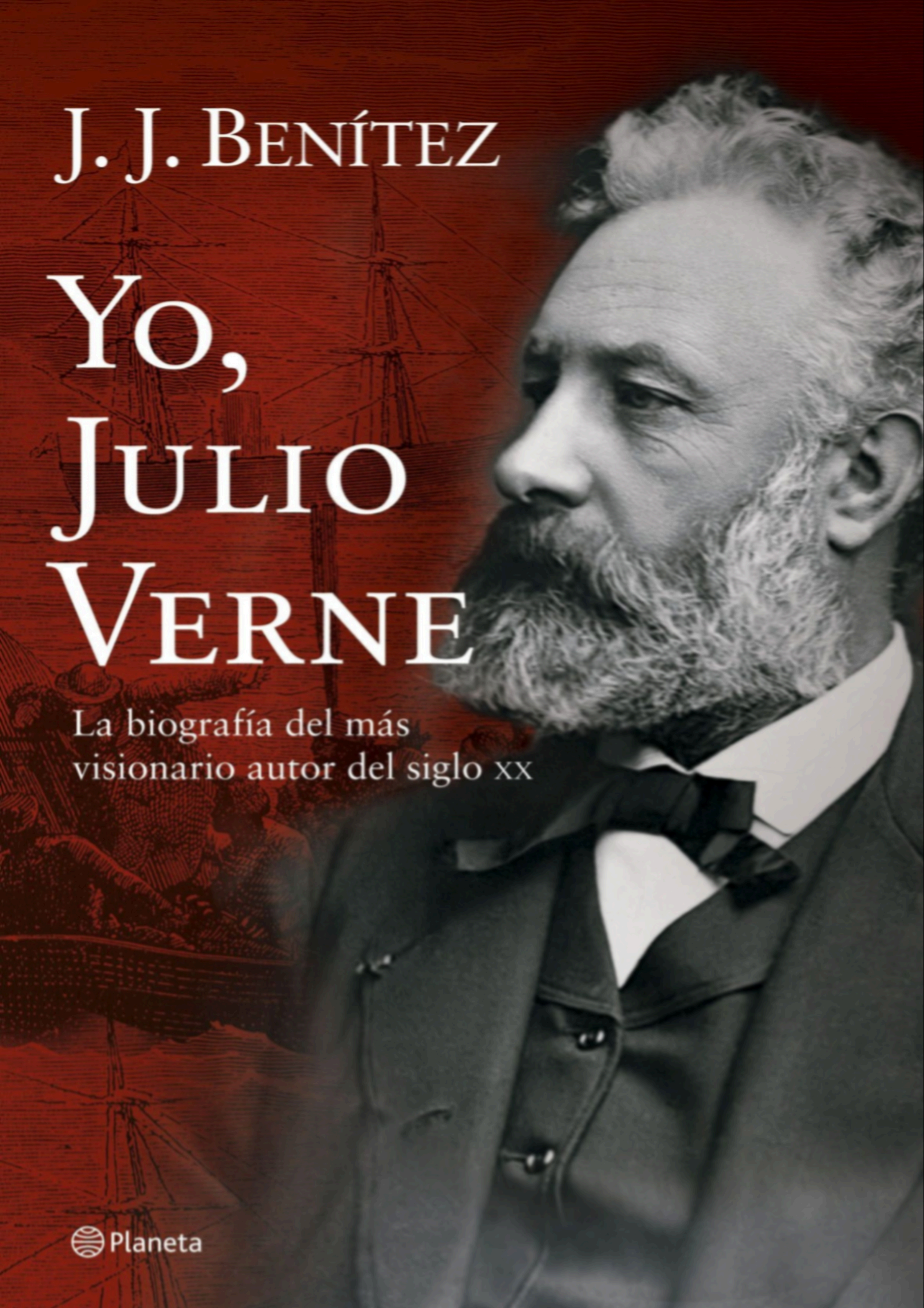

J. J. BENÍTEZ
YO, JULIO VERNE
La biografía del más visionario autor del siglo XX
Planeta

Yo, JULIO VERNE

J. J. Benítez

MEMORIA de la HISTORIA

Personajes

Memoria de la Historia pretende ofrecer a los lectores la Historia contada por quienes la hicieron, por los mismos *personajes* que en vez de figurar en las páginas de los libros como objeto pasivo, adquieren voz y nos cuentan su vida y su peripecia en primera persona. La Historia como una novela personal, autobiográfica, en la que todo lo que aparece en estas páginas es verdad, con hechos ciertos y comprobados, pero que se presentan con la inmediatez y el dramatismo que da al relato la voz del protagonista, supuesto historiador de sí mismo gracias a la pluma de unos escritores que consiguen el difícil y apasionante equilibrio entre los materiales de la crónica, tratados con el máximo respeto, y el enfoque que corresponde a la más amena de las narraciones novelescas. Otra vertiente de estas semblanzas es la evocación de *episodios* del pasado en tercera persona con todo el rigor que exige el trabajo del historiador y la amenidad de la novela.

Éste es el objetivo de una colección que aspira a fundir lo más atractivo que pueden ofrecer la historia y la literatura.

Índice

Apéndices

A Karmen Goizueta, Arsenio Álvarez,
Manu Larrazábal, Manuel Audije y Fernando Lara,
que conocen el secreto de este libro

Puede que el lector considere
este libro como un juego o una
ensoñación. Acertará y se equivo-
cará a partes iguales.
¿O es que existe algo más real
que los sueños?

INTRODUCCIÓN

«... Cementerio de La Madeleine, en Amiens. Viernes, 17 de junio de 1988. 14 horas y 50 minutos.

«Enésima parada. Esta vez ante una nueva encrucijada. El equipo fotográfico pesa como una traición.

«Sin mover un músculo exploro el ramal que se aventura hacia la derecha. Entre la floresta asoman vetustos mausoleos y un puñado de cruces, acorralados por el olvido. La piedra, humillada por el paso del tiempo, se ha rendido al musgo y a la enredadera. El lugar está pintado por la desolación. Y esa desolación me arrastra como un garfio.

»Uno, dos..., tres pasos. De pronto, el instinto (?) me, amarra al suelo. ¿Qué ocurre con el ramal de la izquierda? Ni siquiera le he prestado atención. Giro sobre los talones y repito la exploración visual. A cosa de treinta metros se alza el añoso y susurrante grupo de abetos. Y al pie de la senda, otro cortejo de austeros panteones, la mayoría semiderruida e injustamente atacada por la indiferencia.

»La penumbra es densa bajo el pelotón de abetos. Obedeciendo a un sexto sentido, la perforo con la vista. En décimas de segundo, una ola de fuego rompe sobre mi vientre, aturdiéndome. Y una mano blanca, abierta a los cielos, detiene mi respiración. Más rápido que la razón, el corazón intuye y la ola de fuego y de sangre se levanta por la espalda, erizando mis cabellos. Al pie de los abetos hay un "hombre" de mármol blanco. Un "hombre" desnudo que, a pesar de su inmovilidad de piedra, batalla por escapar de su tumba. Y desde su brazo derecho, disparado al sol, parece gritarme.

»¡Es él! ¡Es Verne! ¡Es el gran maestro!...»

Extraño. En realidad, toda esta historia es muy extraña...

Mi destino, al menos por el momento, aparece íntimamente ligado a los cementerios. Muchas de mis investigaciones han arrancado, discurrido o finalizado en los más remotos e impensables camposantos del mundo. Y si he de fiarme de los proyectos que se agitan en mi atormentado espíritu, esas correrías alrededor de tumbas y panteones apenas si han comenzado. Pero en esta ocasión había «algo» más. “Algo» singular... A la lógica ansiedad por verificar cuanto llevaba descubierto e intuido, se unía una honda emoción. Si no recuerdo mal, ésta era la primera vez que mis sentimientos personales se instalaban en el ojo de una investigación. Durante algún tiempo bregué por aislarlos. Fue inútil. Y hoy, 19 de julio de 1988, semanas después de iniciadas las pesquisas, mi corazón se debate aún en la zozobra. Algo estaba muy claro: aquel «encuentro» con los restos mortales de Julio Verne era mucho más que un simple «encuentro»...

Pero, como me sucede con frecuencia, debo frenar mis impulsos e intentar guardar cierto orden en la pequeña-gran historia que me dispongo relatar. Una historia que, quizá para los menos avisados, pueda parecer alejada de los temas en los que habitualmente me muevo. Todo lo contrario. Esta tímida y parca aproximación a la vida, sentimientos e inquietudes del genial Verne se halla íntimamente asociada a muchos de mis trabajos y vivencias. Aquellos que lean entre líneas y, sobre todo, quienes descifren los enigmas sepultados en este libro averiguarán por qué.

Lo he repetido hasta la saciedad. Y lo siento por los racionalistas: servidor no cree en la

casualidad. Este pobre diablo sentimental sí está convencido, en cambio, de la «causa-lidad». Y digo yo que fue una de esas «causalidades» de la vida (minuciosamente programadas por el destino) la que me condujo hasta Julio Gabriel Verne.

Si mi pésima memoria no me traiciona, todo empezó a mediados de 1987. Mi amigo y editor Lara tiene la sabia costumbre de no insinuar siquiera los temas que debo abordar. Pero en esta oportunidad los cielos tenían otros planes. Y por primera vez en mi ya dilatada asociación con Planeta me vi envuelto en un proyecto que, a decir verdad, no me hizo muy feliz. El trabajo era fascinante, sí, pero me forzaba a congelar otras investigaciones. Lara deseaba poner en pie una nueva colección —«Memoria de la Historia»—, en la que se estudiara a fondo una atractiva secuencia de personajes y sucesos de interés mundial. Cada escritor era libre de escoger el tema o protagonista que deseara. Mi resistencia —todo hay que decirlo— tampoco fue granítica. Y sin saber muy bien lo que hacía, acepté. En aquellos momentos no podía sospechar que el destino estaba a punto de burlarse de quien esto escribe...

Durante semanas alterné las investigaciones ya en marcha con una frenética búsqueda del personaje histórico en cuestión. El problema resultó irritante. Mi pasión por la historia me hacía saltar de siglo en siglo y de figura en figura, desconcertado y desesperado ante el inmenso horizonte. Pero el plazo de entrega del volumen (enero-febrero de 1988) se agotaba, y en diciembre de 1987 no tuve más remedio que sentarme a escribir. Por obligada eliminación, la larga lista de protagonistas de la historia quedó reducida a Nerón, Herodes el Grande, Leonardo da Vinci, Miguel Ángel y Juan el Evangelista. La elección seguía siendo comprometida. Curiosamente, el nombre de Verne ni siquiera había sido incluido en los primeros tanteos. Entiendo que es importante dejar bien sentado el presente punto: en 1987 «yo no sabía NADA» de la vida de Julio Verne. Como supongo le ha sucedido a casi todo el mundo, durante mi infancia y adolescencia disfruté con la lectura de algunas de sus obras. Ésa había sido mi única relación con el misterioso bretón. En otras palabras: ninguna. Mejor dicho, hacia el verano u otoño del mencionado año de 1987, cuando me encontraba inmerso en la confección de las primeras listas de posibles candidatos al proyecto de la nueva colección, una querida amiga, Karmen Goizueta, excelente traductora y una de las pocas astrólogas serias que conozco, me insinuó el nombre de Julio Verne. Pero la sugerencia fue tan sutil que, sinceramente, me olvidé. Hoy, transcurrido un año desde aquel «toque de atención», creo comprender por qué pasé por alto tan importante personaje. Los cielos, como digo, tenían otros planes para este aprendiz de casi todo... No había llegado «mi hora». O quizá debiera referirme a la «hora de Verne».

Y dejándome arrastrar por la intuición (?), puse manos a la obra, volcándome sobre Juan el Evangelista, «el hijo del trueno». Y el destino, una vez más, se burló de mí. A los pocos días de iniciada la operación de ensamblaje de la vida del discípulo amado de Jesús, el ambicioso proyecto naufragó estrepitosamente. No había, no hay, los suficientes datos históricos como para elaborar una biografía mínimamente digna y rigurosa. Faltó poco para que, consumido por la desesperación, saltase de aquel barco recién encallado y abandonase el proyecto. Fue entonces cuando, fulminantemente, esa “fuerza» que siempre me acompaña hizo girar el timón, reflotando el buque y empujándolo hacia aguas imprevistas. Hasta hoy no me he atrevido a revelar el secreto de *El testamento de san Juan.* Durante cuarenta días, tiempo invertido en su construcción, fui especialmente sumiso a esa «fuerza», «abriendo los canales de la mente» y dejando que una mansa y generosa «lluvia informativa» empapara mi corta inteligencia. Así nació *El testamento de san Juan.* Como decía el Maestro, quien tenga oídos, que oiga... Este libro, ahora lo sé, era necesario, justamente entre el *Caballo de Troya 3 y* el próximo y quién sabe si último *Caballo de Troya 4.* Por supuesto, no aspiro a que esta confesión llegue a ser entendida por todos.

Como era de esperar, *El testamento de san Juan,* un libro duro, críptico y especialmente cargado de esperanza, distaba mucho de ser un trabajo histórico, en el más puro sentido de la expresión. Yo lo sabía y acepté de buen grado la cariñosa reprimenda de Rafael Borràs, director literario de Planeta. *El testamento* no fue incluido en la colección «Memoria de la Historia»,

volando en solitario. Por espacio de unas semanas —lo confieso— me sentí liberado. Al fin perdía de vista el aparentemente incómodo proyecto. Y reanudé entusiasmado las decenas de investigaciones que, espero, lleguen a materializarse en otros tantos volúmenes. (Definitivamente, no tengo arreglo. A pesar de mis casi cuarenta y dos años, mi ingenuidad no conoce límites. ¿Cuándo aprenderé que el destino es inexorable?)

En marzo de 1988, ante mi sorpresa, el editor volvió a la carga. Por suerte para todos, la familia Lara no cree en demasía en esas "fuerzas cósmicas» en las que uno sí cree y confía y a las que me refería anteriormente. A pesar de ello, aunque no puedo demostrarlo, estoy convencido de que la insistencia de Fernando Lara para que volviera a engancharme a «Memoria de la Historia» formaba parte de esos «planes superiores», de los que ni él ni yo somos muy conscientes... todavía.

Creí desfallecer. Esta vez, en una de nuestras periódicas conversaciones en Barcelona, mi reacción fue más contundente. En mi mesa de trabajo se hallaba dispuesto — ¡e iniciado!— el segundo de los volúmenes de la serie «Los humanoides», «causalmente» aplazado una y otra vez. Lara me dejó hablar. Finalmente, con una picara sonrisa, me hizo ver que ese libro podía seguir esperando. Minutos más tarde abandonaba su despacho, después de haberle prometido formalmente (aún no me lo explico) que la biografía en cuestión entraría en la editorial antes del 15 de setiembre de 1988. En tales momentos pensé que mi claudicación obedecía a una sola razón: al afecto que profeso a los Lara. Obviamente había mucho más. Detrás de todo aquello —¡cómo no! — , quien tejía y destejía era el destino. Sin yo sospecharlo, todo se hallaba a punto para que este torpe y «miope» ser humano descubriera "algo» de suma trascendencia para su futuro. "Algo» que debía llegar... en su momento. «Algo» que marcaría mi trayectoria profesional, convirtiendo 1988 en un año clave. «Algo» que me asusta y que ha potenciado los motores de la ilusión. Pero vayamos por partes.

Recuerdo que aquellos días de marzo resultaron especialmente penosos. Desalentado, comprobé que estaba prácticamente como al principio: sin personaje, sin tiempo y sin coraje para atacar el proyecto. Una vez más, el sentido de la responsabilidad y la disciplina salieron al paso, empujándome hacia la superficie. Y de las viejas y trabajadas listas brotaron al fin dos nombres: Leonardo y Miguel Ángel. Dos colosos que, dicho sea de paso, a punto estuvieron de rectificar el rumbo de mi vida. Ambos, en mi lejana infancia, polarizaron mi interés, hasta el extremo de que, aún hoy, con veinticuatro libros en mi haber, sigo pensando que «lo mío es pintar». El caso es que, en pleno proceso de localización, estudio y recopilación de documentos y demás materiales históricos en torno a las vidas de esos superhombres, cuando planeaba incluso un obligado viaje de investigación a Italia, una llamada telefónica arruinó mis propósitos. Karmen Goizueta —feliz «instrumento» del destino— hizo sonar mis alarmas interiores. Ella sabe de mis proyectos e inquietudes y, en el momento justo, se dejó llevar por la intuición (?). En aquellos días —¿enésima «causa-lidad»?— se hallaba leyendo un libro de Julio Verne. «Algo» extraño saltó ante sus ojos y, movida por la curiosidad, consultó el horóscopo del bretón. Lo que «vio» la llenó de perplejidad, confirmando sus iniciales sospechas. Dada la «gravedad del descubrimiento» (cuya naturaleza ha sido prudentemente sepultada en los criptogramas contenidos en este trabajo), se entregó a un minucioso y concienzudo análisis, barajando un sinfín de datos y variables. Los resultados fueron abrumadores, desconcertantes y casi mágicos. Sólo entonces se decidió a telefonear y revelarme el hallazgo. «Es menester, por tanto, olvidar mis planes y concentrar toda mi atención en la vida y en la obra de Verne.» ¡Y ya lo creo que mereció la pena!

Este segundo «toque de atención» sí daría sus frutos. Y a pesar de mi natural escepticismo, la curiosidad me arrastró a una frenética búsqueda de cuanta bibliografía pudiera existir en el mercado. Horas más tarde caía derribado por la sorpresa. Al principio no di crédito a semejante riada de «coincidencias». Parecía imposible... Pero ahí estaban: frías, objetivas y constatables. Y Leonardo y Miguel Ángel se esfumaron en la sombra, eclipsados por aquel francés del que, repito, lo ignoraba prácticamente todo. Y así, de la noche a la mañana, me vi

envuelto en una nueva y maravillosa «locura». Una «locura» de la que no me he repuesto. Una «locura» llamada Julio Verne. Y el destino siguió tejiendo y destejiendo...

Entiendo que, antes de proseguir con esta singular historia, quizá sea justo y conveniente que me detenga en el mencionado capítulo de las «coincidencias». El lector se preguntará el porqué de mi aturdimiento al leer la vida de Verne. No se trata, obviamente, del puro y desnudo descubrimiento de una existencia tan agitada como desconocida. Hay algo más. Algo que me ha hecho temblar y que, por pudor, no me atrevo a manifestar abiertamente. Algo «increíble» que, al menos en teoría, me «hermana" con Julio Verne. Esto es todo lo que puedo decir. Serán los criptogramas quienes hablen por mí. Y será la historia quien, en definitiva, tenga la última palabra. El hallazgo de Karmen Goizueta (porque suyo es el mérito) ha modificado mi trayectoria profesional. Y espero que el tiempo venga a confirmar cuanto ahora escribo. Que no se alarmen quienes han tenido la santa paciencia de seguir mis correrías y pesquisas tras los ovnis y demás fenómenos misteriosos. Continúo y continuaré en esos frentes, al menos hasta que la providencia lo estime oportuno. Mi «encuentro» con Verne y con su ciclópea obra ha dado un nuevo y luminoso sentido a esa otra parcela de la narrativa, apenas estrenada con los *Caballos de Troya y La rebelión de Lucifer.*

Y el medio centenar de libros que flotaba anárquicamente en mi cerebro se ha visto repentinamente «enmarcado» y «ordenado» en un gigantesco y ambicioso proyecto, que bien podría lucir el título general de *Nuevos viajes extraordinarios.* Sólo por esto ya ha merecido la pena reencontrar a Verne. Es curioso, pero durante años, y así lo manifesté pública y privadamente, uno de mis sueños fue «superar, si no en calidad, sí en número, los sesenta y cinco volúmenes que forman los "Viajes extraordinarios" del genial vecino de Amiens». Aquello fue dicho, en broma y en serio, mucho antes de que el destino, en 1988, me situara tras el rastro del gran maestro. ¿Premonición? Que el lector saque sus propias conclusiones...

Pero las «causa-lidades» no habían terminado. A lo largo de aquel mes de marzo, una vez devorada la escasa bibliografía existente en España, todo mi afán se dirigió a la localización de especialistas y de nuevos textos. Francia, por supuesto, era un capítulo obligado en la investigación. Allí tiene su sede la Sociedad Jules Verne, consagrada desde 1935 al estudio de la vida y de la obra del supuesto escritor de aventuras. Allí, en suma, podía encontrar lo más granado de las biografías trazadas hasta hoy. Y he dicho bien: «supuesto escritor de aventuras». Creo no equivocarme al afirmar que la mayoría de los lectores de Verne estamos en un error. Sus obras han sido etiquetadas como un «oxigenante divertimento». Nada más. Pues bien, conforme fui profundizando en el conocimiento de aquel bretón, una de las más gratas sorpresas consistió en el descubrimiento del verdadero sentido de muchos de sus libros. Verne no fue un simple divulgador de la ciencia y de la técnica del siglo XIX y, muchísimo menos, un mero narrador para jóvenes y adolescentes. Sus libros están concebidos con una segunda y secreta intención. Esa espléndida técnica narrativa no es otra cosa que una argucia —forzada por las circunstancias de la época— que esconde un críptico y múltiple mensaje iniciático. Atónito y alborozado, fui comprendiendo: Verne era otro «loco maravilloso», profundamente enraizado en el mundo del esoterismo y de la simbología.

Estas sospechas terminaron por fraguar a raíz de otro viaje a Barcelona. Un viaje que, aparentemente, nada tenía que ver con Verne. Recuerdo que una mañana de aquel mes de marzo, viajando desde Sabadell a la Ciudad Condal, un buen amigo, José Antonio Carmona, se interesó por mis proyectos. Al hacerle partícipe de mis recientes inquietudes, anunció complacido que allí, justamente en Barcelona, vivía una de las grandes especialistas en la obra de Verne. Y el destino, imprevisible, me puso en contacto con Isabel Gracia, profesora de francés y, en efecto, una de las más serias y documentadas «vernianas» del momento. Días más tarde, en abril de este decisivo 1988, Isabel Gracia y Antonio Blanco, su marido, en compañía del matrimonio Carmona, arrojaron nueva luz sobre mi corazón. En una apacible y gratísima velada, Isabel me abrumó con su erudición y con sus extensos conocimientos sobre la vida y la obra de Verne. Estaba en lo cierto: por debajo del *Viaje al centro de la Tierra, La jangada,*

Veinte mil leguas de viaje submarino, etc., palpita todo un mundo mágico-misterioso, repleto de símbolos, sugerencias y «segundas lecturas». Verne, por supuesto, había sido un iniciado.

Aquella instructiva reunión no fue, sin embargo, todo lo positiva que yo hubiera deseado. Me explico. En 1988, a los ochenta y tres años del fallecimiento del genial autor, el volumen de biografías, ensayos y análisis sobre su vida y obra es tal que, en opinión de los «vernólogos», apenas si quedan lagunas o resquicios importantes por explorar. Todo o casi todo está escrito, analizado y enjuiciado. Verne ha sido colocado una y mil veces bajo el microscopio de los investigadores, críticos e historiadores. ¿Qué podía aportar este desconcertado y modesto español? Isabel Gracia dio en el blanco de mi inquietud cuando, en el transcurso de la inolvidable cena, formuló una sutil y certera pregunta: «¿Qué buscas en Julio Verne?» Confuso, argumenté sin excesiva convicción: «Es posible que busque respuestas... personales.» Pero esto, pensando en los posibles lectores, en modo alguno podía justificar mi trabajo. El «hallazgo» de Karmen Goizueta era impublicable. Pocas personas lo hubieran comprendido. Si en verdad deseaba colaborar en la colección «Memoria de la Historia», tenía que esforzarme por encontrar algo inédito, original y de cierto valor en la supuestamente trillada vida de Verne. Algo objetivo y, sobre todo, de interés general. La empresa no era fácil. Y una vez más lamenté no ser anglosajón. Tanto en Estados Unidos como en Alemania, Gran Bretaña o en cualquier otro país medianamente civilizado, un investigador que se precie dedica a su labor «el tiempo necesario». En España, de momento, eso es impensable. ¿Qué escritor europeo, por ejemplo, se hubiera comprometido a sacar adelante una obra tan compleja como *Caballo de Troya* en cien días? Paradójicamente, Julio Verne sí me habría entendido. Pero las cosas son como son y, a pesar del escaso tiempo disponible, acepté el reto. Los que me conocen un poco saben que ésa precisamente es una de mis debilidades. «Además —me consolé—, estaba el destino.» (No sé si es hora ya de sustituir esa palabra por otra mucho más exacta: providencia.) Destino o providencia me habían embarcado en esta apasionante aventura y, así lo creí desde el primer momento, el destino o la providencia me conducirían...

Algo brillaba con nitidez por aquel entonces. La investigación se había desdoblado. Por una parte me sorprendí a mí mismo trabajando en un terreno puramente personal, lógica consecuencia del increíble descubrimiento de la astróloga. Verne había pasado a ser casi de mi propiedad. Por otro lado seguía presente mi compromiso con el editor, que me forzaba a una búsqueda fría y objetiva. Hoy, al redactar estas impresiones, no sé dónde empieza lo uno y dónde muere lo otro.

Durante casi tres meses viví por y para Julio Verne. Llegué a verlo hasta en sueños... Abrí su vida hasta donde me fue posible, diseccionando y escrutándolo todo: su infancia, sus relaciones familiares, sus amores, su frustrada vocación marinera, su intensa y bohemia etapa parisina, su cambio de rumbo profesional, la providencial aparición de Hetzel, su editor, su faraónico proyecto literario, sus frustraciones y amarguras y, en fin, su complejo y solitario crepúsculo. Y me transformé en una especie de insaciable coleccionista de todo cuanto pudiera llevar el sello, el estilo o el nombre de Verne. Lenta pero firmemente, el genial francés fue conquistando terreno en mi biblioteca y en mi corazón. Goizueta se había quedado corta en sus audaces manifestaciones. Aquella vida resultaba harto familiar para quien esto escribe...

Pero, como digo, necesitaba una pista, una base, que me permitiera ofrecer un trabajo mínimamente digno. Y esa «luz» se hizo a finales de abril. No necesité mucho tiempo para descubrir que el amigo Verne era un fanático de los enigmas y criptogramas. Amén del esoterismo y de la simbología que rezuman sus libros, éstos se hallan cuajados de retruécanos, juegos de palabras, números secretos, jeroglíficos, anagramas y logogrifos. Aquella afición me dio que pensar. Esta peculiar característica del estilo verniano, unida a un oscuro suceso ocurrido, al parecer, hacia 1898, cuando Verne rondaba los setenta años de edad, me puso en lo que yo, entonces, estimé como «el buen camino».

Aunque los biógrafos, como sucede en otros capítulos de su vida, no terminan de coincidir, parece que, en la referida fecha, por razones muy poco claras, Julio Verne destruyó o

hizo desaparecer buena parte de sus libros de cuentas, papeles personales, cartas y entre ¡tres mil y cuatro mil criptogramas! En un hombre tan meticuloso y amante de sus archivos (lo sé por propia experiencia), aquello no encajaba. Por muy grave que fuera la hipotética depresión de Verne, veo difícil que se deshiciera del fruto de tantos años de trabajo e investigación. Para un escritor del corte del infatigable bretón, «sus papeles» son su vida. Su destrucción, casi con seguridad, hubiera supuesto la «muerte» del novelista. Y Verne —ahí están sus libros para confirmarlo— siguió trabajando hasta 1905, fecha de su fallecimiento. Una de dos: o la noticia era falsa o «aquello» había sido todo un simulacro, perfectamente orquestado por el enigmático y siempre burlón Julio Verne. De admitir esta última hipótesis, la pregunta obligada es «por qué». ¿Deseaba que se creyera que, en efecto, había hecho tabla rasa de sus archivos? Dada su compleja y retraída personalidad, no es de extrañar. Lo que sí parece cierto es que los «archivos familiares» no existen o, al menos, no han sido hallados. Jean-Jules Verne, nieto del escritor, se ha referido a ello públicamente, asegurando que su abuelo lo destruyó todo, a fin de no alimentar las querellas familiares. El argumento, desde mi punto de vista, es endeble y denota un alarmante desconocimiento de lo que en verdad pudo ser el pensamiento de Verne.

¿Y si el atormentado Julio Verne hubiera escondido sus papeles íntimos, haciendo creer a contemporáneos y descendientes que «quemaba sus naves»? Ahora bien, ¿por qué? Sólo se me ocurrió una más que lógica respuesta: para eliminar o dificultar el acceso a sus múltiples secretos. La vida de Verne (lo adelanto ya) es una continua sorpresa. Él fue una sorpresa, una permanente contradicción y un espíritu en constante lucha consigo mismo. Por supuesto que arrastraba «secretos»... de toda índole. Pero había algo más. Leyendo y analizando sus obras y lo poco o mucho que de él se sabe, salta a la vista que le encantaba «jugar», disfrazarse y, sobre todo, «disfrazar» sus propios problemas. ¿Qué mejor y más excitante «juego» que intentar burlar a sus semejantes, ocultando lo más íntimo y auténtico de su vida? En 1898 Verne era mundialmente conocido. Sus libros habían sido traducidos a decenas de idiomas y, como es normal en estos casos, los rumores, críticas y noticias sobre su persona y su obra eran tan variopintos como abundantes. En el colmo de los colmos se llegó a decir y a escribir que Julio Verne no existía; que no había existido nunca. Que la verdad era otra. Que aquella ingente labor literaria se debía a un nutrido grupo de científicos, historiadores, geógrafos y especialistas en mil y una materias, que habían constituido una sociedad mercantil denominada «J. Verne». Ante semejante estado de cosas, otro escritor, seguramente, se hubiera pronunciado, saliendo al paso de tanta maledicencia. Verne era distinto. Su estilo era otro. «Quizá lo hizo —me repetía a mí mismo—, pero a su manera...» Quizá dejó esas «memorias», con las que todo ser humano aspira a cerrar su existencia. Quizá esos papeles secretos estén aún por descubrir... Quizá el extraño y dudoso incidente de 1898 sólo fue el principio del más endiablado enigma ideado por Verne. Un criptograma en el que se autosepultó, a buen recaudo de necios y malintencionados. Esta tormenta de conjeturas y suposiciones fue alimentando mi insaciable curiosidad, autoconvenciéndome de que «todo aquello» tenía sentido. La técnica novelística verniana, además, parecía darme la razón. Sus libros fueron concebidos con gran meticulosidad. Jamás iniciaba una obra sin programar el final. El sospechosamente pregonado suceso de 1898 se me antojó algo así como el arranque de una de sus novelas. Verne deseaba dejar su «testamento espiritual», pero, haciendo honor a su estilo, ocultándolo. Cabía la posibilidad incluso de que, con el fin de despistar o desmoralizar a los curiosos, hubiera sacrificado en verdad sus cuadernos de cuentas, cartas, etc., revistiendo el hecho de una cierta verosimilitud. Pero ¿quemó realmente los documentos confidenciales en los que revelaba sus más íntimos secretos? La intuición me decía que no.

En este caso, si mis sospechas eran correctas, ¿cuál era la clave para despejar el criptograma? Es más: ¿en qué consistía el criptograma? Durante días viví obsesionado por estas preguntas, perdiéndome y atascándome a cada paso. Repasé una y otra vez las biografías y las más destacadas obras del bretón. Muchos de los «vernólogos», en efecto, hablan de los secretos de Verne, pero, que yo sepa, ninguno ofrece soluciones específicas y concretas y, mucho

menos, garantías de que el «testamento espiritual» fuera una realidad objetiva. ¿Y si estuviera sufriendo un espejismo? El agotamiento y los nervios me debilitaron hasta el punto de que, como me ha ocurrido en otras ocasiones más o menos parecidas, me fui transformando en un ser huraño, ajeno a cuanto no fuera Julio Verne. Pero la providencia es sabia y actúa siempre en el momento justo.

Lo único medianamente claro que aparecía ante mí en aquellos atroces días eran dos fechas: 1898 y 1905. La primera, digámoslo así, representaba el «punto de partida» del supuesto enigma. La segunda, la muerte del escritor. Por pura lógica, la posible pista tenía que guarecerse en alguno de esos siete años. Pero ¿en cuál, y sobre todo cómo, bajo qué título, dígito, frase o texto? Revisé con lupa los once libros publicados entre las mencionadas fechas, pero, ¡torpe de mí!, sólo multipliqué mi confusión. Y a punto estaba de abandonar cuando, a finales del mes de abril, una «luz» me devolvió la esperanza.

A veces ocurre. Uno circula arriba y abajo, rozando una frase o una palabra, sin advertir su auténtico significado... Los biógrafos, en efecto, hacen referencia a una poética sentencia. Una frase que, desde mi modesto punto de vista, destila poesía, sí, y «algo» más...

En el fondo era decepcionante. La mayoría de los «vernólogos» acepta que Verne fue un iniciado; es decir, que estaba en posesión de verdades o enseñanzas ocultas. Y admiten igualmente que sus obras maestras están escritas en clave, que pudo pertenecer a una determinada escuela esotérica y que, incluso, varios de sus libros fueron «dirigidos» por los «sumos sacerdotes» de esa secreta hermandad. Pues bien, a pesar de este unánime reconocimiento, los especialistas han pasado por alto el más que probable significado cabalístico de su epitafio:

«HACIA LA INMORTALIDAD Y LA ETERNA JUVENTUD.»

Ésta, al parecer, era la sentencia esculpida en la tumba de Verne, en el cementerio de La Madeleine, en la ciudad francesa de Amiens, al norte de París.

No sabría explicar con precisión por qué me detuve en dicha frase. Mis investigaciones están repletas de situaciones gemelas. ¿Intuición? ¿Olfato periodístico? ¿Quizá cierto conocimiento del estilo de Verne? ¿O fue el destino? Hoy, al rememorar mi singular aventura en Amiens, me inclino a creer que la providencia estaba al quite...

La cuestión es que, al planear sobre el referido epitafio, experimenté una especie de sacudida interior. Y fue como si la «fuerza» que siempre me acompaña abriera mis ojos. «Aquello..., sí, aquello no era normal.» ¿Qué pintaba semejante frase en el túmulo de Verne, cerrando así su existencia terrenal? Dudé, claro está. Quizá me equivocaba de nuevo. Quizá aquellas siete palabras no guardaban otra intención que la de manifestar un íntimo deseo. «Hacia la inmortalidad...» Sí, Verne lo había logrado: sus obras le han inmortalizado. Pero ¿cuál podía ser la auténtica interpretación de «eterna juventud»? Allí había «algo» que no terminaba de cuadrar. ¿Me hallaba, al fin, ante la ansiada y siempre supuesta pista? Si así era, el epitafio tenía que ser idea del propio Verne. Y mi imaginación se desbocó. Aquél parecía su estilo: sugerente y hermético. Poco a poco fui entusiasmándome. ¿Qué mejor lugar que su tumba para «enterrar» su gran criptograma final? Conociendo su obsesión por los detalles y su extrema minuciosidad, resultaba verosímil que —al maquinar el diabólico juego— hubiera tenido en cuenta los pormenores de su sepultura. Y con la fascinación con que aquel hombre se entregaba a la confección de sus libros, así caí yo en las redes de este jeroglífico.

El tiempo se detuvo. Sinceramente, no tengo conciencia de las horas y de las jornadas invertidas en el análisis del epitafio. Presa de una febril actividad, edifiqué e imaginé incluso los hipotéticos pasos dados por Verne, a la hora de planear su pequeña-gran «venganza»:

«1898 y la verdad (a medias) de la destrucción de sus papeles habrían sido el señuelo. A partir de entonces, Julio Verne pudo proceder al ocultamiento de su "testamento espiritual", quién sabe

dónde y a la espera de tiempos y generaciones mejores. Por último, siempre alrededor de ese año de 1898, el escritor se habría entregado a la secreta planificación de la postrera fase del gran equívoco: el criptograma propiamente dicho. Y quizá —¿por qué no?— concibió el epitafio que debería campear sobre su sepultura...»

Semejante lucubración —en la que llegué a creer sin reparos— tropezaba, sin embargo, con serios escollos. Por razones obvias, todo lo concerniente a los posibles preparativos de su tumba tenía que haber descansado en una o en varias personas de total confianza. Pero ¿en quién? ¿En su familia? Si ese «testamento espiritual» contenía sus más íntimas vivencias y pensamientos, ni Honorine, su esposa, ni Michel, su hijo, deberían asomarse a él. Tiempo habrá de comprobar por qué. No, los parientes de Verne no podían ser los destinatarios de un legado tan comprometido. En consecuencia, los detalles de su tumba tuvieron que ser pactados con alguien ajeno a su círculo familiar. Alguien que comprendiera y compartiera sus inquietudes. Alguien que, como Verne, fuera un iniciado. Que yo sepa, su mujer se mantuvo siempre alejada de estas «especiales creencias» del esotérico Verne. Y otro tanto sucedió con Michel, su único hijo. El hecho de que Julio Verne no dejara escrita noticia alguna sobre su túmulo funerario reafirmó mis sospechas. Los últimos años de su vida fueron especialmente complejos. Se tornó receloso, solitario y más enigmático que nunca. En ese estado emocional, dudo mucho que dejara entrever siquiera sus secretas intenciones. Incluso, aunque se hubiera permitido hablar con Honorine o con su hijo del epitafio que deseaba para su última morada, nada de lo subterráneamente planificado habría cambiado. De todas formas, como digo, por una elemental prudencia, Verne tuvo que silenciar su «juego». Si la familia, sus amigos o los miles de lectores hubieran sospechado que la tumba del genial bretón encerraba un postrer enigma, ¿quién puede decir lo que habría sucedido? Atemorizada, Honorine podría haber modificado los deseos de su marido, levantando una sepultura totalmente distinta a la que hoy, gracias a los cielos, puede admirarse en Amiens. No, semejante «operación» tuvo que ser conducida con tanta reserva como sutileza. Un solo paso en falso habría arruinado quizá el último, astuto y trascendente criptograma del «más desconocido de los hombres», según sus propias palabras. El confidente, en suma, tuvo que ser alguien «especial». Alguien lo suficientemente capacitado para ejecutar su voluntad. Alguien más joven que Verne que, en teoría, le sobreviviera y pudiera responsabilizarse de la materialización de su tumba. Alguien, sobre todo, que estuviera en su misma línea iniciática. Alguien que, además, no hiciera excesivas preguntas. Alguien fiel y amigo. Este personaje, sin lugar a dudas, podría haber sido Paul Verne, su hermano y confidente. Pero Paul, curiosamente, había fallecido en 1897, un año antes de la supuesta destrucción de sus papeles íntimos. Mis sospechas recayeron desde el primer momento en Albert Roze, escultor y amigo incondicional de Verne. El 24 de marzo de 1905, fecha de la muerte del escritor, Roze contaba cuarenta y cuatro años de edad. Hacía prácticamente once que conocía a Verne. Ambos residían en la misma ciudad, en Amiens. En 1894, el destino hizo que coincidieran en diferentes reuniones y tertulias y Verne se interesó por Roze; en especial por su obra *La primavera,* expuesta junto al reloj de la plaza Gambetta. Esta amistad se vio fortalecida por una mutua y limpia admiración y, muy especialmente, por una común inclinación hacia el mundo de la simbología esotérica. He aquí uno de los factores determinantes que avalan mi hipótesis. Si Roze, como Verne, no hubiera navegado por el secreto océano del ocultismo, quizá los planes del novelista hubieran variado sustancialmente.

Esa compenetración y afecto debieron de florecer hasta el punto de que Albert Roze fue el único autorizado por la familia para acceder al lecho mortuorio y trabajar en la mascarilla del difunto Julio Verne. Años atrás, hacia 1895, Roze había esculpido ya un busto del escritor. Una escultura de mármol, mencionada por C. Lemire en 1908, que perteneció a la familia Verne y de la que nada se sabe. Éstos, por supuesto, no fueron sus únicos trabajos sobre Julio Verne. El 8 de mayo de 1909 fue inaugurado en Amiens el conjunto denominado *Petits jardins,* en honor a Verne, que representa a los hijos de Thorel y Michel, consejero de la corte y jefe de la biblioteca municipal, respectivamente, leyendo *Veinte mil leguas de viaje submarino.* Ambos

eran excelentes amigos del creador del capitán Nemo.

Pero, a mi entender, la pieza clave en este galimatías era otra obra maestra de Roze: el conjunto escultórico del cementerio de La Madeleine. Allí, según mis noticias (basadas en los trabajos de dos de los biógrafos), podía leerse el enigmático epitafio. Allí, en la tumba de Verne, tenía que ocultarse la clave o las claves del irritante enigma. Mi viaje a Francia era obligado.

Ahora ya no sé qué pensar. Como dije en su momento, esta historia es muy extraña. Por razones aparentemente ajenas a mi voluntad, ese desplazamiento a Amiens quedó pospuesto. Una súbita llamada de José Manuel Lara, mi editor, me catapultó a América, arrancándome (a medias) del intenso proceso de investigación en el que me debatía. Y digo «a medias» porque, a pesar del agotador periplo americano, Julio Verne llenó mi equipaje, ocupando buena parte de mi tiempo y de mis pensamientos.

Días antes de la inesperada y «causal» invitación de Lara, yo acababa de inaugurar un segundo y fascinante capítulo en el seguimiento del supuesto criptograma verniano. Convencido de que el epitafio guardaba un oculto y decisivo mensaje, me encadené a la frase en cuestión, en un entusiástico empeño por desentrañar su secreto. Mis planes eran tan simples como optimistas: en primer término, despejar el enigma de «Hacia la inmortalidad y la eterna juventud». Acto seguido, con todos los triunfos en la mano, «peinar» Amiens, donde, a buen seguro, rescataría los papeles íntimos de Verne. (En ocasiones, mi ingenuidad es conmovedora...)

Y así transcurrieron los últimos días de aquel fatigoso abril.

El «desguace» del epitafio fue planificado «al estilo verniano». En otras palabras, atacando el siempre supuesto criptograma tal y como lo hubiera hecho Julio Verne. Era menester introducirse en su piel y en sus pensamientos. Sólo así estaría en condiciones de superar el desafío. Y las horas fueron inmoladas sin misericordia, dibujando toda suerte de cábalas y combinaciones. Primero, naturalmente, sobre el texto original, en francés:

«VERS L'IMMORTAUTÉ ET L'ÉTERNELLE JEUNESSE.»

Después, sabedor de la especial atracción de Verne hacia el latín de Virgilio, sobre la pertinente versión latina:

«Ad inmortalitatem aeternamque iuventutem.»

Los primeros asaltos concluyeron en sendos fracasos. El epitafio, como era de esperar, se resistía. Impaciente, opté por trabajar con la traducción latina. Con la inestimable ayuda de mi buen amigo Arsenio Álvarez, catedrático de latín y hombre de envidiable erudición, la frase fue diseccionada hasta el límite. Los resultados tampoco arrojaron excesiva luz. Descubrimos, eso sí, una curiosa y, en cierto modo, esperanzadora circunstancia. El epitafio, en latín, guardaba una relativa cadencia métrica, típica de la *Eneida* de Virgilio. Concretamente, lo que se conoce como «hexámetro espondaico». A pesar de su pequeñez, el indicio me llenó de alegría. Verne gustaba de estas aproximaciones a las obras de Virgilio. ¿Era casualidad que el epitafio, una vez vertido al latín, presentara semejante cualidad? Obviamente, no. La coincidencia resultaba tan improbable como sospechosa. Y sin saber muy bien hacia dónde me dirigía, me embarqué en un paciente y laberíntico rastreo de nuevas pistas. Las cinco palabras latinas fueron alteradas, descompuestas y manipuladas, jugando —como quizá lo hubiera hecho Verne— con las más locas fórmulas de aliteración, retruécanos, lectura metafórica, inversión de sílabas y letras y un largo y cansino etcétera. Fue el paciente y minucioso Arsenio quien, al final, rizando el rizo, dio con la única frase que presentaba un confuso y lejano sentido: «Pues siendo tú

sombrío, que te ayuden en tal muerte hacia el Hades.»

Ni qué decir tiene que el problema, lejos de apaciguarse, se encabritó como un potro salvaje. A los pocos días me encontré irremisiblemente perdido y, lo que fue peor, agotado física y mentalmente. Aquel sinfín de notas y cuadernos emborronados era un callejón sin salida. Mi inteligencia no daba más de sí. Y la lucha a muerte con el epitafio, como digo, me precipitó a un nada recomendable estado emocional, en el que ya me había visto envuelto con ocasión de los *Caballos de Troya.* Mi obsesión fue tal que, en las breves y contadas salidas «al exterior» —es decir, a la civilización—, mi comportamiento hubiera podido equipararse al de un autómata. Caminaba, conducía mi automóvil o dialogaba con las personas, con el pensamiento hipotecado por aquella frase. Supongo que mi mirada, del todo ausente, tuvo que extrañar y preocupar a mi familia. Y así habría continuado de no haber sido por la referida y providencial llamada del editor. El destino, meticulosamente atento, supo arrancarme de tan nefasto manicomio, lanzándome a miles de kilómetros. Y es que, en el fondo, ahora lo sé, lo verdaderamente importante de esta aventura no era el epitafio, ni el posible criptograma, ni el «testamento espiritual» de Verne, ni tan siquiera la elaboración del presente libro... La clave de mi «causal» encuentro con el escritor galo era otra. Una clave que, curiosamente, aparecería en mi desmoralizado corazón... en el momento justo. Una «señal» (otra) que, por sí misma, justificaba mi loca investigación en torno a Verne. Fue a treinta y tres mil pies de altura, sobre el Atlántico, cuando, como un *flash,* aquella «luz» me hizo comprender. ¿Y por qué no tomar el relevo? ¿Por qué no intentar seguir los pasos de Verne, aproximando la ciencia y la técnica del siglo XX a la literatura? ¿Por qué no finalizar lo que él dejó inconcluso? ¿Por qué no resucitar los «viajes extraordinarios»? De hecho, más modestamente, ya había iniciado el camino. Los «viajes» de los *Caballos de Troya* y de *La rebelión de Lucifer* —sin yo proponérmelo— encajaban en el mundo de Verne. Él, quizá, de haber conocido a Einstein, también se hubiera aventurado en un «viaje» en el tiempo... De esta forma, como queda dicho, germinó y floreció en mí un proyecto que, si Dios lo quiere, no tendrá fin: los «nuevos viajes extraordinarios».

La idea (demasiado hermosa para ser mía) fue depositada en mi espíritu «en el momento justo». Para un racionalista, esta sucesión de «causa-lidades» puede que sólo sea una pérdida de tiempo o el fruto de una mente más o menos soñadora. Es posible. Para mí, estos pequeños-grandes «detalles» (obra de la providencia) son dignos de análisis. La crucial “idea», insisto, fue tomando cuerpo en mi corazón, devolviéndome la serenidad y, muy especialmente, la ilusión. Y los fracasos, el sentimiento de derrota y la confusión se fueron a pique.

Creo no exagerar si afirmo que, a mi regreso de América, me sentí un hombre nuevo, pletórico de ideas y ansioso por abordar este gigantesco proyecto. Pero el destino —¡cómo no!— seguía tejiendo y destejiendo... De momento, a pesar de mi impaciencia, mi misión era otra. Y a mediados del mes de mayo de 1988, con las fuerzas intactas, reemprendí la casi suspendida investigación del epitafio.

Digo yo que el renovado entusiasmo puso a punto mi inteligencia, simplificando las cosas. ¿O no fue mi inteligencia? Quién sabe...

El caso es que, al volver sobre la frase en francés, y tras algunas jornadas de estéril trabajo, fui a «tropezar» con «algo» que me llamó la atención. En un primer momento, enredado en mil combinaciones, no le concedí importancia. La palabra *«immortalité»* (inmortalidad) era sinónimo de «eternidad» (al menos desde un punto de vista poético-filosófico). «*Éternelle»* (eterna) no se diferenciaba mucho de «eternidad». Y este vocablo, a su vez, era comparable a *«éternelle jeunesse»* (eterna juventud). INMORTALIDAD = ETERNIDAD = ETERNA JUVENTUD... Y, dulce y mansamente, apareció ante mí la palabra mágica: equivalencia. Los tres conceptos, en cierto modo, eran equivalentes. «¿Equivalencia?» Sí, aquél era uno de los procedimientos favoritos de Verne. ¿Qué perdía con probar?

Por enésima vez escribí la frase en francés, asignando a cada letra el valor numérico correspondiente, de acuerdo con el alfabeto internacional. Una fórmula tan sencilla como elemental a la hora de construir criptogramas. Supongo que, de haber aparecido otro número,

quizá la nueva «vía» de investigación habría corrido idéntica fortuna que las anteriores; es decir, el olvido. Pero la suma de los 37 dígitos arrojó un viejo y familiar número, por el que siento una mezcla de fascinación, respeto e inquietante magnetismo: el «6». (Quien haya leído algunos de mis últimos libros sabrá por qué.) Y la magia de este guarismo me atrapó sin remedio. Desde el prisma del esoterismo, por tanto, "Hacia la inmortalidad y la eterna juventud» (en francés) era equivalente al seis. ¿Y qué simboliza dicho número? Acudí a los tratados de numerología y, lo que hallé, me dejó perplejo. Según los iniciados, el «6» representa al «hombre». Aquello me pareció interesante... Pero, entre otras muchas particularidades, hubo una que me desarmó. Las creencias ocultistas hablan del poder, de la naturaleza y de la simbología de los números. Y afirman que cada ser humano se halla inevitablemente ligado a uno en particular. Ese dígito es la resultante de la conversión a números de cada una de las letras que configuran el nombre de la persona. Y cada guarismo, entre otras «cualidades», tiene asignados unos concretísimos defectos y virtudes, que corresponden, según los ocultistas, a los del individuo. Pues bien, guiado por la curiosidad, me asomé a los rasgos psicológicos de aquellos que se encuentran «asociados» al «6». Estos hombres y mujeres son «especialmente creativos, amantes del confort, de la belleza, de la música y de la armonía». Y cuentan los viejos libros de numerología que, además, «son personas de una meticulosidad exagerada, convencionales y capaces de sacrificar su vida y entorno en beneficio de su obra».

Fue como un relámpago. Aquel «retrato», a grandes rasgos, era el de Julio Verne. ¿Cómo era posible? ¿Casualidad? ¿Causa-lidad?

A partir de ese momento, todo se precipitó. Recapacité: «Si el epitafio era "equivalente" al "6" y éste, a su vez, simbolizaba a un "hombre" de las características de Verne, ¿a qué conclusión podía llegar?» Inevitablemente, a una sola. Necesariamente, a la que ya intuía: la sentencia y Julio Verne guardaban una estrecha relación. El escritor, como ya mencioné, era un amante de los números y de las equivalencias. Allí, por pura lógica, podía ocultarse «algo»...

Y seguí trabajando con los números, siempre según los valores asignados al alfabeto normal o internacional.[1]

Equivalencia: ésta fue la fórmula. Una increíble «caja de herramientas», a juzgar por los resultados.

Casi como un juego, tal y como lo hubiera enfocado el desconcertante bretón, reconvertí JULES VERNE en dígitos. Los números asignados fueron: JULES = 1.3.3.5.1 y VERNE = 4.5.9.5.5. La suma total (13 + 28) fue 41 = «5».

En principio, aquel «5» no me dijo nada. Y repetí la operación con los nombres y apellidos completos: JULES GABRIEL VERNE ALLOTTE. El dígito final —«9»— tampoco presentaba mayor interés.

1. Estos valores son los siguientes:

1	2	3	4	5	6	7	8	9
A	B	C	D	E	F	G	H	I
J	K	L	M	N	O	P	Q	R
S	T	U	V	W	X	Y	Z	

Envenenado, proseguí la aparentemente absurda búsqueda. Porque, en realidad, ¿qué demonios buscaba?

Uno a uno reduje a valores numéricos cada nombre y apellidos. El sencillo método de conversión me proporcionó el siguiente cuadro:

JULES = «4». GABRIEL = «9».
VERNE = «1». ALLOTTE = «4».
JULES VERNE = «5».
J. VERNE = «2». J. G. VERNE = «9».
J. VERNE ALLOTTE = «6»
JULES GABRIEL VERNE ALLOTTE = «9».
JULES GABRIEL VERNE = «5».

La secuencia era inagotable. Bastaba con seguir «jugando» con las iniciales, con las sílabas o con las casi infinitas combinaciones entre letras. La intuición y el sentido común me dictaban que, de existir algo en semejante rompecabezas, tenía que ser mucho más simple y cristalino. Lo sencillo, ya se sabe, es siempre lo más difícil. Pero ¿dónde profundizar? ¿Qué era lo «sencillo»? Sobre todo, ¿qué era lo «sencillo» para Verne? ¿Cómo se hubiera comportado ante una situación como aquélla?

Sin darme cuenta, yo sólo me estaba enredando. Lo lógico era investigar en torno a las dos palabras por las que el escritor es mundíalmente conocido: JULES VERNE.

Ese sexto sentido (?) no me engañó...

JULES VERNE, dicho está, equivale al número «5». Por su parte, JULES = «4» y VERNE = «1». La suma de los tres me devolvía al «1».

Los cinco primeros días del mes de junio los empeñé en un nuevo y tenso rastreo, esperando detectar algún tipo de vinculación entre el «6», el epitafio y los condenados dígitos. Fue igualmente inútil. Las mil cábalas y combinaciones se estrellaron en la nada. Lo más desesperante es que ni siquiera sabía lo que buscaba...

Derrotado, abandoné las pesquisas. «Seguramente —me dije—, no hay nada que buscar. Todo es fruto de mi alocada mente.» Y por espacio de una semana me distancié del supuesto criptograma, reanudando los estudios sobre la vida de Verne. Sin embargo, los guarismos, sólidamente instalados en mi cerebro, siguieron burlándose de este infeliz. Los «veía» en todas partes. Me asaltaban en las comidas y terminaba por dibujarlos hasta en las facturas. Al mismo tiempo, esa «fuerza» que jamás me abandona no dejó de empujarme hacia la inconclusa investigación. Era preciso lanzar un nuevo ataque. Aquella pesadilla tenía que concluir.

Caí sobre las obras de Verne, releyendo los capítulos en los que maneja enigmas y prestando una cuidadosa atención a la presencia de los números. No tardé en comprender. Mis anteriores indagaciones se habían divorciado nuevamente del «estilo verniano». En líneas generales, el críptico Verne —una vez desarrollada la exposición de un criptograma— gustaba «volver sobre sus pasos», resolviendo el enigma mediante una mecánica inversa a la seguida hasta ese momento. La sencilla técnica me dio una idea.

Los tres dígitos —«1», «4» y «5»— eran equivalentes a nueve letras del mencionado alfabeto internacional. Y «volviendo sobre mis pasos» comprobé que el «1» era igual a la «A», a la «J» y a la «S». El siguiente número, el «4», tenía asignadas la «D», la «M» y la «V». Por último, el «5», practicando este método de conversión, pero a la inversa, correspondía a las letras «E», «N» y «W».

¿Y qué podían significar? El hecho de que los tres guarismos sumaran «1» (1+4 + 5 = 10 =1 + 0=1) reforzó la sospecha de que debía empezar por las letras «A», «J» y «S».

El pequeño o gran hallazgo (según se mire) tuvo lugar, al fin, en la mañana del 15 de junio, miércoles. Al dibujar las referidas letras se hizo la luz. A decir verdad, hasta un niño lo habría visto...

¡Era increíble! La «A» me recordó al punto la inicial de ALBERT: ¡el nombre del escultor de la tumba de Verne! La «J», a su vez, me llevó hasta JULES y la «S», en el colmo de los colmos, ¡a las palabras francesas *«sépulcre»* (sepulcro) o *«sépultare»* (sepultura)!

La «conducción» hasta dichas palabras había sido tan natural y aparentemente fácil que no podía creerlo. Pero el destino, burlón, me reservaba otras sorpresas.

La segunda tanda («D», «M» y «V»), asociadas al «4», podía interpretarse como las iniciales de DÉCEDER O DÉCEDÉ (fallecer o fallecido), MORT (muerte o muerto) y VERNE, respectivamente. En el caso de esta tercera letra (la «V»), también cabía contemplar otras alternativas: VIE (vida), VIVRE (vivir), VÉRITÉ (verdad), etc. Pero, necesitando concentrar todas las fuerzas en una sola dirección, me incliné por aquellos vocablos que hacen referencia a la muerte y, en definitiva, a la tumba. La vieja idea de que epitafio, Verne y Albert Roze guardaban una estrecha relación se vio fortalecida por estos primeros descubrimientos. Y el «juego» continuó.

El siguiente y no menos curioso hallazgo llegaría también de la mano de los números y de sus equivalencias. Si Jules Verne y Albert Roze —me dije— habían tramado la totalidad o parte de este enigma, quizá sus nombres guardasen alguna vinculación. Verne habría reforzado así las pistas hacia su gran criptograma final. La idea se me antojó absurda y altamente improbable. Pero, procurando no perder de vista el laberíntico estilo verniano, puse manos a la obra.

Mi desconcierto fue total. Siguiendo el mencionado método de conversión de letras a dígitos, los nombres de ALBERT y JULES resultaban «hermanados» por un mismo guarismo: el «4».

ALBERT = «4» = JULES.

No podía creerlo. Pero las sucesivas sumas arrojaron siempre el mismo número. ¿Azar? Yo sólo me contradecía. ¿Desde cuándo creía en la casualidad?

Tembloroso, me dirigí al primer apellido: VERNE y ROZE.

Aquello era de locos.

VERNE sumaba «1»... ¡Y ROZE sumaba «1»!

VERNE = «1» = ROZE.

Ya no eran sólo los nombres (Albert y Jules) los que aparecían ligados. También los apellidos. En consecuencia, JULES VERNE equivalía a ALBERT ROZE, desde el prisma de los números.

JULES VERNE = «5» = ALBERT ROZE.

Como digo, este encadenamiento de «causa-lidades», frías y constatables, fortaleció mi primitiva intuición. El epitafio era mucho más que una simple y poética sentencia. Verne, casi con seguridad, planeó con Roze su último criptograma o, cuando menos, se sirvió de él. Todo «aquello» no podía ser atribuible a una singular y aparatosa casualidad... Y es más: el epitafio quizá sólo fuera el primer peldaño de una monstruosa construcción críptica. Algo muy típico en Verne...

Entusiasmado por lo que estimé como una sólida y saludable pista, me entregué en cuerpo y alma al resto del criptograma. Pero la suerte —yo lo sabía— estaba echada. En el fondo, la primera de las claves se había consumado. Y yo, providencialmente, había dado con ella. Procurando «leer» en los pensamientos de Verne, 1898 y el epitafio tal vez no encerraban otro misterio que el de «advertir», «poner sobre aviso» y «conducir» a los presuntos curiosos... a otro «lugar». Y la intuición (?) me dibujó ese «lugar»: la tumba de Amiens. Era menester visitarla e indagar sobre ella. Esta sola idea me hacía temblar. ¿De qué había sido capaz el complejo y singular Verne? ¡Qué excitante desafío!

En mi opinión, esta fase inicial de la investigación —aunque perfectamente clara— debía

ser redondeada. Uno de los dígitos, el «5», seguía descolgado e inédito. La correspondiente conversión a letras («E», «N» y «W») me traía loco. Barajé decenas de posibilidades. La mayoría, carente de sentido. Sólo una, mal que bien, parecía encajar en el conjunto formado por el epitafio, Verne-Roze, la tumba y la propia ciudad de Amiens.

Curiosamente fue una de las primeras ideas que me «vino» (?) a la mente. Pero, una vez más, su extremada sencillez me despistó, relegándola a un segundo plano. La «E» podía ser la inicial de la palabra ESTE. La «N», la de NORTE, y la «W», continuando en esta misma línea, la de WEST (oeste en el lenguaje cartográfico y marinero). ¿Se trataba de unas coordenadas? ¿Qué había querido insinuar el bueno de Verne?

«ESTE-NORTE-OESTE.»

Dado que la sepultura se encuentra en Amiens, uno de mis primeros movimientos se orientó a la búsqueda de las coordenadas de la mencionada ciudad.

49° N 54' y 2° E 18'.

Curioso. Las palabras NORTE y ESTE encajaban a la perfección. Pero ¿qué pasaba con la «W»? ¿Qué podía significar el término OESTE? Algo estaba claro como la luz. Si aquel galimatías era obra de Julio Verne, la palabra en cuestión no era consecuencia de un capricho. Pero, honestamente, no supe descifrar su posible y oculto significado.

Por pura inercia sumé los guarismos de las coordenadas de Amiens y el resultado me descompuso: «6». Si Verne había jugado con los números (era evidente), quizá se percató de esta «causal» circunstancia. El problema era: ¿introdujo el dato en el criptograma?

A primera vista, el fatal o providencial «seis» (?) jugaba un decisivo papel en todo aquello. El epitafio sumaba «6». Y este dígito, esotéricamente hablando, simboliza el «hombre». Y es considerado también como una especie de «guardián». ¿El «guardián» del epitafio? El «6» retrata a Verne... Seis era la suma de las coordenadas del lugar donde vivió y murió. Para colmo y para enredar más las cosas, la fecha de su muerte (24-3-1905) ¡suma «6»!

Me negué a continuar por semejante camino. Podía enloquecer. Pero tuve que reconocer que el «6», al menos para mí, había sido vital. Aquel número no estaba allí de forma gratuita.

En semejante trance, con el «6» como protagonista, consideré también la remota posibilidad de que, si las letras «E» y «N» marcaban las coordenadas de Amiens, quizá el «seis» tuviera algo que ver con la tercera posible inicial: la «W». ¿Seis oeste? ¿6° oeste? ¿Seis grados hacia el oeste? ¿Tenía que buscar en esa dirección? Naturalmente, el «6» también podía ser interpretado como el sexto mes del año: junio. ¿Junio-oeste? ¿Qué diablos era aquello?

Impotente, me retiré del enloquecedor empeño. No debía precipitarme. Tenía que amarrar cada posible pista. Quizá la solución definitiva estaba en la sepultura. Y el ansiado viaje a Francia fue programado para el 17 de junio. ¡Qué extraño! En aquellas fechas, mis investigaciones se desarrollaban en pleno junio; es decir, en el «sexto» mes...

Las últimas horas, amén de preparar los equipos, las consumí en un postrer intento por ordenar las palabras que —teóricamente— aparecían asociadas a las mencionadas letras «AJS-DMV-ENW».

Las combinaciones, siempre en la lengua de Verne, eran múltiples. Sin embargo, una o dos en especial presentaban cierta coherencia, reafirmando lo que ya sabía o intuía.

Respetando el orden natural de los dígitos (1, 4, 5), la frase, mensaje, telegrama o pista rezaba literalmente:

«ALBERT-JULES-SEPULTURA-FALLECIDO-MUERTE-VERNE-ESTE-NORTE-OESTE.»

Por supuesto, las letras eran susceptibles de otras interpretaciones, no menos interesantes. La «D», por ejemplo, podía significar DÉCIDER (decidir). Y otro tanto ocurría con la «V», reemplazable por VIE (vida), VIVRE (vivir), VÉRITÉ (verdad) o VINGT (veinte), por señalar algunos casos.

Admitiendo este segundo supuesto, la frase resultante alcanzaba un mayor sentido:

«ALBERT-JULES-DECIDEN-SEPULTURA. MUERTO-VERNE-ESTE-NORTE-

OESTE.»

A simple vista, el enigmático mensaje (suponiendo que lo fuera) parecía estar construido en dos partes:

«ALBERT (Roze) y JULES (Verne) DECIDEN los detalles, la estructura o los pormenores de la SEPULTURA.»

La segunda mitad, en cambio, era todo confusión. El doble vocablo MUERTO VERNE no ofrecía complicaciones. Pero ¿qué pensar de las tres últimas palabras? El ESTE y el NORTE podían marcar las coordenadas, el punto geográfico, donde, presumiblemente, se hallaba enterrado el autor del criptograma: Amiens. ¿Y el OESTE? Esotéricamente hablando, la muerte y el oeste se encuentran estrechamente asociados. El sol, muriendo por el oeste, es anuncio y señal de «renacimiento»...

Una de aquellas primeras y apresuradas "traducciones» del criptograma decía así:

«ALBERT (y) JULES DECIDEN (la) SEPULTURA. MUERTO VERNE (en 49° 54') NORTE (2° 18') ESTE. («6» = junio) OESTE.»

Aquello no tenía mucho sentido. Pero continué batallando. El método de las equivalencias me había llevado hasta allí, y esa misma fórmula —estaba seguro— me sacaría del atolladero. El secreto estaba en no desfallecer, en armarse de paciencia y en «jugar» sin apartarse del «estilo verniano».

Pero las sucesivas combinaciones, siempre en base a estas primitivas interpretaciones del criptograma, sólo me condujeron a un punto muerto. Sin explorar la tumba, todo aquello se me antojó inútil. Era como dar palos de ciego. A pesar de ello, continué en la brecha. Cuanto mayor y más precisa información pudiera reunir antes del viaje a Francia, tanto mejor.

Y en uno de aquellos repasos a las nueve letras, el destino quiso que, en mitad del laberinto, me formulara varias preguntas clave:

«¿No estaba infravalorando el talento de Verne? ¿Por qué me aferraba a estas primeras interpretaciones? Al escritor le fascinaban los juegos de palabras... ¿Por qué no ampliar el horizonte de esas nueve letras, supuestas iniciales de otras tantas palabras?»

Dicho y hecho. Algo aturdido ante la magnitud del trabajo, fui asomándome a las decenas de posibles nuevas interpretaciones. Me rodeé de diccionarios y, durante un día y una noche, fui construyendo toda suerte de frases, utilizando aquellas palabras francesas que empezasen por las referidas nueve letras. Así, como un juego absurdo, procurando no distanciarme de las formas vernianas, fueron apareciendo las más extrañas combinaciones.

De la primitiva «ALBERT-JULES DECIDEN SEPULTURA...» no tardé en pasar a «ALBERT-JULES DECIDEN (mon) (MI) SEPULTURA...». Y a su vez, «causalmente», la inicial «M» me arrastraría a los vocablos *«magie»* (magia) y *«magique»* (mágico). El «mágico» Verne parecía planear sobre mi corazón y, de esta forma, la frase se convirtió en «ALBERT DECIDE MÁGICA SEPULTURA...». Desde este nuevo prisma, la no menos supuesta segunda mitad del criptograma también fue adquiriendo varios, novísimos y sugerentes significados :

«... VERS (hacia) (el) OESTE...»

«ALBERT DECIDE MÁGICA SEPULTURA HACIA (el) OESTE. JULES ESTE-NORTE (coordenadas de Amiens).»

«... ÉTÉ (verano) VING (veinte) JOUR (día)...»

«ALBERT DECIDE MÁGICA SEPULTURA (en) VERANO-DÍA VEINTE. NORTE-OESTE.»

La espiral de los sinónimos se hizo vertiginosa, dando lugar a construcciones cada vez más diabólicas y no por ello menos «vernianas»...

«ALBERT DECIDE (en) VERANO DÍA MÁGICO...»

«ALBERT DECIDE JORNADA MÁGICA (en) VERANO...»

«ALBERT DECIDE (en) VERANO JUNIO MÁGICO...»

«ALBERT DECIDE (en) VERANO JULIO MÁGICO...» Por su parte, las letras «N» y «V» abrieron igualmente nuevos senderos, enredándome en una mortal tela de araña. Si todo

aquello era obra de Julio Verne, no tenía más remedio que descubrirme: el enigma se hallaba sólidamente acorazado.

Y los cuadernos de trabajo siguieron “echando humo», reuniendo la más loca colección de frases... Pero sólo algunas se mantenían en pie:

«ALBERT DECIDE (en) VERANO. DÍA MÁGICO «NAÎTRE» (NACE) (en) SEPULTURA HACIA (el) OESTE.»

«ALBERT DECIDE (en) VERANO. DÍA (JORNADA) MÁGICO "NOTER" (SEÑALA-APUNTA) SEPULTURA (¿por?) (el) OESTE.»

«ALBERT DECIDE (en) VERANO. DÍA MÁGICO "NOIRCIER" (ENNEGRECER) SEPULTURA "VOIE" (¿por el CAMINO?) (del) OESTE.»

Creo recordar que fue a altas horas de la madrugada, cuando, buceando en estas últimas construcciones, reparé en un pequeño-gran detalle que me llenó de asombro. Estas posibles interpretaciones del criptograma guardaban una cadencia matemática. ¿Cómo no se me había ocurrido? Era más que probable que Verne, además de jugar con las palabras, las hubiera dispuesto en un orden...

Curiosamente, las cuatro o cinco últimas frases —sin yo proponérmelo— habían sido confeccionadas siguiendo el esquema «ADE-JMN-SVW». (Recordemos que el orden natural establecido era: «1» = A. J. S. «4» = D. M. V. y “5» = E. N. W.) Es decir, la secuencia matemática resultante era equivalente a: «1-4-7, 2-5-8 y 3-6-9».

Si tomamos cualquiera de las frases «aparecidas hasta esos momentos, la explicación resultará mucho más fácil. Veamos un ejemplo:

«ALBERT DECIDE (en) VERANO. DÍA MÁGICO SEÑALA SEPULTURA HACIA (el) OESTE.»

A (1)	D (4)	E (7)
«1» = J (2)	«4» = M (5)	«5» = N (8)
S (3)	V (6)	W (9)

Es decir:

«ALBERT (1) DECIDE (4) ÉTÉ (7),
JOUR (2) MAGIQUE (5) NOTE (8),
SEPULTURE (3) VERS (6) WEST (OUEST) (9).»

Este «causal» hallazgo me infundió nuevos ánimos. Y toda mi atención fue concentrada en la secuencia presumiblemente establecida por Verne. Esta cadencia, en definitiva, constituía una esperanzadora pista; todo un «carril» que, con seguridad, debería conducirme a la clave final.

Pero antes de reanudar el apasionante «viaje al centro de Verne», recapitulé. ¿Qué había descubierto hasta ese momento? ¿Qué podía deducir de aquel selvático maremágnum de letras y palabras?

En primer lugar (suponiendo que los vocablos elegidos fueran los correctos), que «Albert Roze, el escultor, había tomado algún tipo de decisión». ¿Quizá una fecha? ¿Quizá las «mágicas» características de la sepultura de su amigo Verne? ¿Era esa fecha el verano? ¿Había decidido Albert el «día mágico del verano»?

«Algo» interno y sutil me decía que no, que aquella hipótesis no era la apropiada. Roze, naturalmente, pudo tomar decisiones. Pero, como ya insinué, dada la trascendencia de este gran criptograma final, dudo mucho que Julio Verne lo compartiera con nadie. A lo sumo, aprovecharía las ideas de Roze respecto a la tumba, utilizándolas o sometiéndolas al servicio y en beneficio de su secreto. No, esta clase de decisiones —directamente relacionadas con el criptograma— sólo podía entenderse como potestad exclusiva del escritor. En este caso, quizá

las palabras «ALBERT DECIDE» se hallaban equivocadas...

En cuanto a la expresión «VERANO DÍA MÁGICO», la solución no parecía difícil. Para un iniciado como Verne, esa jornada sólo podía ser la del solsticio; es decir, en el caso del verano, una fecha mágica y sagrada desde la más remota antigüedad. El día más largo, que simboliza el triunfo del sol. Tratándose, por tanto, de la época estival, ese «DÍA MÁGICO» sólo podía señalar el 21 de junio.

La última secuencia de la frase seguía confusa. Si admitía la palabra «nacen», la composición se complicaba en extremo: «... (en) VERANO DÍA MÁGICO NACE (en) SEPULTURA HACIA (el) OESTE.» ¿Cómo entender que el «DÍA MÁGICO» (quizá el 21 de junio) pudiera "nacer» en el sepulcro de Verne y, para enredarlo más, «HACIA EL OESTE»?

Una segunda posibilidad —algo más precisa— consistía en sustituir el vocablo «nacer» por *anoten)* (señalar o apuntar): «... (en) VERANO DÍA MÁGICO SEÑALA (APUNTA) (la) SEPULTURA HACIA (el) OESTE (o POR EL CAMINO) (del) OESTE.» Esta doble alternativa (hacia el oeste o por el camino del oeste) cambiaba sustancialmente el posible sentido de la frase. ¿El 21 de junio marcaba o señalaba la sepultura «hacia» el oeste o siguiendo el «camino» del oeste?

La sustitución de «nacer» y «señalar» por *«noircir»* (oscurecer, poner negro o ennegrecer) me pareció una de las más atractivas, al menos desde el punto de vista críptico: «... (en) VERANO, (el) DÍA MÁGICO OSCURECE (la) SEPULTURA HACIA (el) OESTE (o) POR EL CAMINO (del) OESTE.»

¿Qué podía estar insinuando Verne? ¿Quizá que el 21 de junio la sepultura —por alguna razón concreta— se oscurecía? Pero ¿cómo encajar el término oeste? ¿Se ennegrecía «por el camino» del oeste? ¿A causa del sol? ¿Se «ponía negra» «hacia» el oeste?

El criptograma encerraba «algo» muy concreto. Esto era evidente. Y persuadido de que debía insistir, sobre todo, en la búsqueda de Jas dos primeras letras, me aventuré de nuevo en los diccionarios, rastreando las numerosas palabras francesas que empiezan por «A» y «D». La tarea, demoledora, terminaría por destrozarme. Muchas de las palabras seleccionadas encajaban en el contexto general de la frase, aunque, dependiendo de sus diferentes acepciones, variaban sustancialmente el hipotético significado del criptograma. De aquella larga lista recuerdo ahora, con especial emoción, construcciones como las siguientes:

«Au (al) DÉBUT (principio) (del) VERANO, (el) DÍA MÁGICO...»

«Au (al) DÉBOUCHER (abrir) (el) VERANO...»

«Au (al) DECOUVERTE (descubrimiento) (del) VERANO...»

«Au (al) DÉGAGER (abrirse paso) (el) VERANO...»

Cualquiera de estos juegos de palabras ofrecía un mínimo de lógica. La expresión «AL PRINCIPIO» o «AL ABRIRSE PASO EL VERANO» alertaba sobre una época, especificando la fecha concreta a renglón seguido: «... (el) DÍA MÁGICO.» Como es bien sabido, el verano comienza o «se abre paso» justamente el 21 de junio; es decir, con el solsticio o «día mágico».

Aceptando esta tesis, la frase completa admitía las siguientes y posibles variaciones:

«AL ABRIRSE PASO (el) VERANO, (el) DÍA MÁGICO SEÑALA O APUNTA (la) SEPULTURA HACIA (el) OESTE O POR EL CAMINO (del) OESTE.»

«AL ABRIRSE PASO (el) VERANO, (el) DÍA MÁGICO OSCURECE O ENNEGRECE (la) SEPULTURA HACIA (el) OESTE O POR EL CAMINO (del) OESTE.»

Aquéllas, por supuesto, no eran las únicas alternativas. Una, en especial, «descubierta», en uno de los innumerables cambios del segundo de los vocablos, variaba sensiblemente el sentido del arranque del criptograma, proporcionándole un nuevo atractivo. Decía así:

«Au (al) DARDER (irradiar los rayos solares) (en) VERANO, (el) DÍA MÁGICO SEÑALA O ENNEGRECE (la) SEPULTURA HACIA (el) OESTE O POR EL CAMINO (del) OESTE.»

Estaba claro que la definitiva solución del enigma dependía, de una u otra forma, de la sepultura ubicada en Amiens. De haber continuado en España, entre diccionarios y cuadernos

de notas, el problema, tarde o temprano, habría entrado en una vía muerta. Y de acuerdo con lo programado congelé las pesquisas, trasladando mi cuartel general a París.

Amiens. Viernes, 17 de junio de 1988. 14 horas y 10 minutos.

El taxi se detuvo a las puertas del cementerio de La Madeleine.

(Quizá sea éste el momento indicado para dejar constancia de «algo» íntimamente relacionado con esta singular historia. Desde que conozco a Karmen Goizueta, la certera astróloga, he incorporado a mi ya extensa colección de pequeñas extravagancias una nueva manía: la de anotar la hora y los minutos exactos en que se registran aquellos sucesos que, según mi corto conocimiento, guardan un notable interés en mi vida personal y profesional. Pues bien, aquel 17 de junio de 1988, tal y como me fue dado verificar a mi regreso de Francia, no fue una jornada cualquiera. Pero, siguiendo otra de mis costumbres, prefiero no desvelar el porqué. Entiendo que los libros (al menos los míos) deben ser participativos; en otras palabras: que inviten y permitan al lector, si así lo desea, a jugar con el autor, a redondear aquello que, intencionadamente, como en este caso, pueda quedar en suspenso. Quienes gocen de un mínimo de conocimientos sobre la noble ciencia-arte de la astrología lo comprenderán. Bastará con que se asomen, en la mencionada fecha, a las «cartas astrales» de Julio Verne y de un servidor, respectivamente. Quien tenga oídos, que oiga.)

14 horas y 10 minutos.

El taxista debió de notar mi nerviosismo. Los francos temblaron en mis manos, contagiados por una emoción que, ahora, frente al más importante camposanto de Amiens, empezaba a desbocarse. En realidad, ese agudo sentimiento —mezcla de curiosidad, admiración e incontenible ansiedad— latía semidormido desde mucho tiempo atrás. Y fue prosperando en silencio, subterránea e inexorablemente, conforme mis vivencias sobre Julio Verne se tornaron más íntimas y completas. Creo haberlo dicho: aquellas investigaciones trascendieron pronto el árido terreno de lo impersonal, para alzarse en un desafío.

14 horas y 15 minutos.

Al cruzar el gran portalón hago una pausa. El inmenso parque-cementerio, con sus 18 hectáreas, duerme plácidamente bajo un cielo celeste y respetuoso. El sol ha puesto proa al poniente. Todo aparece desierto. Y mi corazón sigue acelerando. Presiento «algo»...

¿En qué lugar reposan los restos de Verne? El camposanto de La Madeleine, más grande que los de Montparnasse y Montmartre, es un laberinto de estrechos y cuidados senderos asfaltados, que remontan suaves colinas, serpenteando entre bosquecillos de pinos, abetos, tilos, plátanos y praderas sembradas de flores y cruces.

Camino sin rumbo. En el fondo, a pesar de mi impaciencia, es mejor así. Estos minutos son mágicos. Lo exploro todo. Es curioso: apenas veo cipreses. Y en cada recodo, un sobresalto. En mi memoria se avivan las escasas y poco nítidas imágenes que, sobre la sepultura de Verne, he logrado reunir en los estudios y consultas precedentes. 14 horas y 30 minutos.

Ni rastro de la tumba. Todo mi ser sigue alerta. Me detengo una y otra vez, escrutando los nombres y fechas de las lápidas y panteones que me salen al paso. La respiración se agita al descubrir cualquier inscripción o epitafio de principios de siglo.

A lo lejos, encorvado sobre el césped, un empleado manipula unos ramos de flores rojas. Dudo. Pero no... Es preferible atar en corto la impaciencia. Interrogarle hubiera sido lo fácil. Este mi primer «encuentro» con el gran maestro es «cosa mía».

¿Por qué tiemblo? ¿Por qué esta desazón? A decir verdad, sólo se trata de una tumba. 14 horas y 45 minutos.

Mi proverbial despiste empieza a preocuparme. ¿Y si hubiera desfilado ante el sepulcro sin enterarme? No, eso no es posible.

Me temo que estoy perdido. Esto es inmenso. Quizá necesite horas para localizar el túmulo. Sin embargo, esa misteriosa «fuerza» que siempre me escolta me dice que «no estoy perdido». Es una sensación familiar, placentera y casi divertida. Me ha ocurrido en otras

ocasiones. Es como si «alguien» invisible cubriera mis espaldas, guiándome y protegiéndome... ¡Absurdo! —me recrimino—. La emoción te hace desvariar. Verne está enterrado ahí, en algún lugar, y tarde o temprano darás con él. Como siempre, exageras... El camino me conduce hasta una recogida hondonada. El silencio es tal que puedo escuchar el alocado bombeo de mi corazón. A mi izquierda, a un tiro de piedra, una súbita e impertinente brisa hace susurrar a un verde pelotón de abetos. Observo el sol con inquietud. Apenas si restan cuatro horas de luz. Debo darme prisa. ¡Hay tanto por investigar!

14 horas y 50 minutos.

Enésima parada. Esta vez, ante una nueva encrucijada. El equipo fotográfico pesa como una traición.

Sin mover un músculo exploro el ramal que se aventura hacia la derecha. Entre la floresta asoman vetustos mausoleos y un puñado de cruces, acorralados por el olvido. La piedra, humillada por el paso del tiempo, se ha rendido al musgo y a la enredadera. El lugar está pintado por la desolación. Y esa desolación me arrastra como un garfio.

Uno, dos..., tres pasos. De pronto, el instinto (?) me amarra al suelo. ¿Qué ocurre con el ramal de la izquierda? Ni siquiera le he prestado atención. Giro sobre los talones y repito la exploración visual. A cosa de treinta metros se alza el añoso y susurrante grupo de abetos. Y al pie de la senda, otro cortejo de austeros panteones, la mayoría semiderruida e injustamente atacada por la indiferencia.

La penumbra es densa bajo el pelotón de abetos. Obedeciendo a un sexto sentido la perforo con la vista. En décimas de segundo, una ola de fuego rompe sobre mi vientre, aturdiéndome. Y una mano blanca, abierta a los cielos, detiene mi respiración. Más rápido que la razón, el corazón intuye y la ola de fuego y de sangre se levanta por la espalda, erizando mis cabellos. Al pie de los abetos hay un «hombre» de mármol blanco. Un “hombre» desnudo que, a pesar de su inmovilidad de piedra, batalla por escapar de su tumba. Y desde su brazo derecho, disparado al sol, parece gritarme.

¡Es él! ¡Es Verne! ¡Es el gran maestro!...

¿Dónde están las fuerzas? Estoy petrificado. Todo mi ser se ha hecho mármol. Estoy ante su tumba, pero no sé dónde estoy. De pronto, el cementerio ha desaparecido. Sólo veo y siento una mano de piedra abierta como una señal. Como si Roze la hubiera trabajado y dispuesto para mí y para este íntimo instante.

Ahora me pregunto, y sin asomo de pudor, si alguien, desde 1905, ha experimentado ante su tumba una tan honda y sincera emoción. La muerte difícilmente me conmueve. Sé lo que me aguarda «al otro lado» y esa seguridad suicida —pienso yo— me transforma en un ser aparentemente frío. Sin embargo, en este caso fue diferente. Quizá porque no me hallaba ante la muerte. Como se verá más adelante, aquél es un templo a la vida...

Dejé rodar los minutos. ¿Qué había sido de las prisas? Y durante un tiempo sin tiempo, nada de lo que me había hecho volar hacia Francia fue tangible e importante. Sólo contaba su mágica presencia, intacta en cada ángulo, en cada piedra y en cada luz de aquel majestuoso y solitario rincón de La Madeleine. ¿Solitario? No, el término justo era «abandonado». ¿Por qué imaginé una tumba rebosante de flores y de rendidos admiradores? ¿Por qué me había dejado arrastrar por la «loca de la casa»? ¡Qué dolorosa decepción! La sepultura del escritor francés más traducido de todos los tiempos era un desierto. Ni la más humilde de las flores honraba la memoria del hombre que ha hecho soñar a millones de humanos.

Caminé al fin hacia los abetos que le rinden fidelidad, encarándome con el «hombre» de mármol blanco.

¡Verne!... Aquel «resucitado» es el inmortal y eternamente joven J. G. Verne Allotte. El rostro y la palma de la mano derecha se proyectan hacia el infinito, a la búsqueda de quién sabe qué nueva luz. Quizá al encuentro de la «luz» que no supo o que no pudo alcanzar en vida. Y un torso y unos hombros musculosos e intencionadamente renacentistas soportan el peso de la losa sepulcral, recién abierta. La mano izquierda, a su vez, firmemente apuntalada en tierra, es

el símbolo de la fuerza de un genio. Era justo reconocerlo: a la genialidad de Verne se había unido la de Albert Roze, el escultor.

La emoción fue tal que, a pesar de tenerlo ante los ojos, no lo vi. Anclado frente al panteón, absorto en el “resucitado» de mármol, apenas reparé en la leyenda grabada en la hornacina dispuesta en el alto muro que cierra la tumba por su cara posterior. Como dije, durante un tiempo que no sabría precisar, el inconcluso criptograma fue borrado de mi mente. Si alguien me hubiera interrogado sobre la razón de mi presencia en el cementerio de La Madeleine, sinceramente, no habría obtenido una respuesta satisfactoria.

Pero, al atardecer, un haz de luz golpeó la mano abierta del marmóreo Verne, sacándome de mis tempestuosas cavilaciones. Sólo entonces, deslumhrado por el «destello», descendí a tierra, afanándome en lo que, en verdad, era el objetivo básico de mi visita a Amiens: el epitafio.

Mi primera reacción fue de desconcierto. Retrocedí incrédulo: «Seguramente —pensé—, la emoción me ha descompuesto.»

Repasé la leyenda expuesta en la hornacina, dando por hecho que cometía algún error.

JULES VERNE.
NÉ A NANTES
LE 8 FEVRIER 1828.
DÉCEDÉ A AMIENS
LE 24 MARS 1905.

Es decir: «JULIO VERNE. NACIDO EN NANTES EL 8 DE FEBRERO DE 1828. FALLECIDO EN AMIENS EL 24 DE MARZO DE 1905.»

No había tal error. Y de la incredulidad fui cayendo en la decepción. No me di por vencido y, trepando por la losa que soporta el «hombre» de mármol, inspeccioné hasta el último centímetro cuadrado del alto muro sepulcral. Lo único que encontré, a unos cuarenta centímetros por debajo de la leyenda de la hornacina, fue el nombre, semiborrado, de Honorine, la esposa de Verne, fallecida en 1910 y sepultada en el mismo lugar.

El resto de la exploración de la tumba, tan meticulosa como la anterior, arrojó idénticos resultados. Junto a la mano izquierda de Verne, prácticamente perdida en una de las esquinas de la base de la escultura, podía leerse la firma de Albert Roze y la fecha de ejecución de la tumba: 1907. Esto era todo.

Me costó aceptar la cruda realidad. ¿Cómo era posible? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué había sido del epitafio? La base de todos mis trabajos e investigaciones —la célebre sentencia «HACIA LA INMORTALIDAD Y LA ETERNA JUVENTUD»— ¡no existía! Pero entonces...

Me dejé caer al pie del «hombre» de mármol, absolutamente derrotado. El destino, una vez más, se había burlado de este pobre infeliz...

Y allí mismo, con las primeras sombras del ocaso, sin ánimos para pensar, creí llegado el final de mi febril «locura verniana». Todo había sido inútil.

Aquella noche, en París, fue caótica. El mazazo pulverizó mi escasa inteligencia. Ya no volvería a fiarme de los sesudos biógrafos que, parapetándose en un supuesto rigor, confunden a propios y extraños. Resulta indignante que haya individuos que se autoproclaman especialistas en Verne y ni siquiera han pisado Francia.

Aún no sé cómo ocurrió. Pero, obviamente, en los planes del destino no se contemplaba abandono ni rendición algunos.

Creo recordar que todo fue gradual. Con el discurrir de las horas, del desencanto fui pasando a una más que justa indignación. Indignación conmigo mismo, claro está. Indignación

por mi torpeza y credulidad. ¿Qué podía y, sobre todo, qué debía hacer? En lo que a mí respecta, el proyecto «Memoria de la Historia» había muerto al pie mismo del «hombre» de mármol. Mi editor no supo nunca lo cerca que estuve de sepultar este trabajo... (¡Iluso! Una vez más olvidaba al gran protagonista: el destino.)

Pero el río de cólera —así es la vida— puso las cosas en su sitio. Es justo reconocer que la derrota, aun admitiéndola como un atributo más de la naturaleza humana, difícilmente se instala en mi corazón. La he visto llegar en contadas ocasiones. Y, cuando así ha sido, otro no menos afilado sentimiento —la rabia— ha dado buena cuenta de ella. Más o menos, éste fue el proceso experimentado en aquella mi particular «noche triste» del 17 de junio de 1988.

Así que, furioso, me lancé de nuevo sobre los cuadernos de notas, desnudando el criptograma desde su origen.

¡Imposible! Aquel entramado nada tenía que ver con el azar. Allí palpitaba algo físico y constatable. Los números y las equivalencias no son fantasmas.

Entonces, si el enigma (o supuesto enigma) presentaba un mínimo de sentido y de coherencia... ¿Es que el retorcido Verne...?

No, eso era demasiado. El rechazo de semejante idea sólo fue temporal. Al poco, con una pertinaz insistencia, la loca hipótesis fue segando la lógica bajo mis pies. En realidad, ¿qué perdía si la situaba en el punto de mira de las investigaciones? Me sentía tan defraudado que hubiera considerado la más absurda de las insinuaciones.

Aquella endemoniada tesis se sustentaba, cuando menos, en tres puntos fiables y objetivos:

Primero: el epitafio no era un invento. Los biógrafos, a pesar del lamentable error, lo citan una y otra vez.

Segundo: existe constancia histórica de que, incluso, fue expuesto en 1907 junto a la maqueta de yeso de la actual sepultura.

Tercero: «Hacia la inmortalidad y la eterna juventud» es, en sí mismo, parte de un criptograma. Los números y las equivalencias no mienten.

Pues bien, tales parámetros me hicieron concebir la siguiente y aparentemente absurda idea: ¿y si este embrollo fuera una estratagema de Verne? ¿Qué mejor y más eficaz protección para su secreto final que construir un criptograma sobre un epitafio nunca consumado?

Poco a poco fui convenciéndome de lo que ya sabía: el escritor, consciente de lo que llevaba entre manos, aireó el epitafio. Muy probablemente, como ya insinué, sus parientes y amigos supieron de la célebre frase. Y con la inestimable colaboración de su íntimo Albert Roze, «Hacia la inmortalidad y la eterna juventud» recibió el bautismo público en la Exposición de Artistas Franceses, dos años después de su muerte. De esta forma, la sentencia formó parte de la historia. Sin embargo, cuando ese mismo año de 1907 se procedió a la inauguración del actual momumento funerario, Roze, inexplicablemente, «olvidó» el epitafio. Al lado de la magnificencia del «hombre» de mármol, estas cinco palabras no podían presentar mayores dificultades técnicas para el escultor. El sepulcro reúne piedra y espacio suficientes como para grabar uno y diez epitafios. Si Albert Roze no lo incluyó, no fue por descuido, por falta de dinero o por problemas técnicos. El aparatoso *lapsus* sólo podía obedecer a un plan o a una consigna minuciosamente trazados. El equívoco era otro de los juegos favoritos de Verne. ¿Y qué mayor paradoja que ésta? La historia incluye su epitafio; la tumba, en cambio, lo ignora. ¿Fue ésta la intención de Verne? Con ello, por supuesto, habría arrojado oscuridad sobre la oscuridad, calcinando la pista clave del enigma. ¿Quién hubiera tomado como plataforma de una investigación, en torno al hipotético «testamento espiritual», un epitafio... que nunca fue tal?

En mi opinión, la maniobra era perfecta.

«Al irradiar los rayos solares en verano, el día mágico ennegrece la sepultura por el camino del oeste»... «Al abrirse paso el verano, el día mágico señala la sepultura hacia el oeste o por el camino del oeste.»

Estas posibles interpretaciones del enigma —nacidas del epitafio— cobraron entonces un nuevo brío. Todas hacían alusión a la tumba. Era allí donde debía buscar. La intuición (?) me dictaba que la sentencia definitiva —la que fuera— tenía que ser una especie de llave maestra. «Causalmente», si los cálculos no eran erróneos, el «día mágico» (21 de junio) estaba al caer. Quizá me encontraba a las puertas de algún singular hallazgo...

Estaba decidido. Me concedería una tregua. Retornaría a Amiens y trataría de hallar el eslabón perdido. A decir verdad, apenas si había explorado la sepultura; en especial, desde el ángulo de la simbología y del ocultismo. Ya lo mencioné: Roze, como Verne, fue un iniciado y la tumba, por lo que recordaba, hacía honor a esos ocultos conocimientos esotéricos.

Y al alba, notablemente reconfortado, caí en la cuenta de otro asunto que me erizó el alma: ¿qué habría sucedido si, en lugar de seguir este «verniano» proceso, me hubiera presentado directamente en La Madeleine? ¿Cómo habría reaccionado ante una sepultura sin epitafio? ¿Hubiera tenido la intuición de investigar alrededor de la famosa frase? ¿O me habría limitado a recoger información sobre la vida de Verne, escribiendo después una biografía más, repetición de las ya existentes?

En el fondo debo estar agradecido al «causal» error de los biógrafos. La providencia evidentemente sabe lo que hace...

Aquel sábado, 18 de junio, fue crucial. Pero, como es habitual en mí, lo descubriría con retraso...

A primera hora de la mañana, los puntuales ferrocarriles franceses me trasladaban de nuevo a la localidad de Amiens. Mi objetivo, la tumba. Sin embargo, dejándome arrastrar por un súbito impulso, alteré momentáneamente los planes, encaminándome a la calle de Charles Dubois. En el número dos tiene su sede el Centro de Documentación Jules Verne. Una placa sobre la fachada de ladrillo rojo recuerda que, en esta sólida casa de dos plantas, el escritor concibió y materializó varios de sus célebres viajes extraordinarios. Absorto en el criptograma, llegué a olvidar que, días antes, mi buena amiga Isabel Gracia había anunciado al referido Centro de Documentación la inminente visita de este investigador español. A decir verdad, la presencia en Amiens de aquel aprendiz de escritor carecía de importancia. Aun así, la hospitalidad de los responsables de la casa-museo fue exquisita. (Buena parte de mis viejas y, supongo, absurdas ideas en torno a la antipatía y al agrio carácter francés se desmoronaron.)

La señora Compère, alma del centro, puso a mi disposición cuantos datos, volúmenes, fotografías y documentación precisé. Fue una mañana fructífera y repleta de emociones.

Al consultar la bibliografía sobre Verne no pude resistir la tentación y señalé el error detectado en relación al epitafio. Madame Compère se unió a mi lamento, añadiendo que aquél no era el *lapsus* más grave. «La vida de Jules Verne, estimado amigo —sentenció con sobrada razón—, como la de casi todo el mundo, es un pozo oscuro, apenas explorado. Muchos de estos eruditos se han limitado a copiar a los anteriores y las barbaridades sobre su vida y obra se heredan de libro en libro y de estudio en estudio, como una mala peste...»

No repliqué. ¿Quién, en su sano juicio, puede pretender desnudar la verdad de una existencia? Sólo el interesado —en este caso, Verne— estaría cualificado para hacerlo. De ahí la enorme trascendencia del hipotético «testamento espiritual».

En lo que ya no hubo concurrencia de pareceres fue en la posible naturaleza esotérica del monumento funerario. Tanto la presidenta del centro como el resto de los empleados rechazaron con sorna la propuesta de un Roze ocultista y de una sepultura con una «lectura» iniciática. No insistí. Aquélla era una batalla perdida. Resultaba paradójico: las personas que velan y se desviven por la memoria de Julio Verne, el gran iniciado, no han comprendido aún cuál fue su secreto y una de sus más ardientes pasiones. Ante el rechazo unánime, cambié de tercio. Y la triste contrariedad se disipó al punto, derrotada por una cálida emoción. En la planta baja de la casa-museo de Charles Dubois, los amantes seguidores de Verne han

reconstruido lo que un día fue su gabinete de trabajo. La austeridad —norma de oro en el Julio Verne literato— reina en el oscuro y angosto salón. Al pie de una espigada ventana pude contemplar y acariciar la ennegrecida y rústica mesa de 1,60 metros, sembrada de papeles, plumas de ave, pipas y tabaco. ¡Qué extraña y familiar sensación! Y a la derecha, como un símbolo de su atormentada soledad, un camastro tan espartano como el resto de la estancia. Y sobre el lecho, suelo y mesa —meticulosamente ordenadas—, un sinfín de revistas de la época. Publicaciones todas de índole científica. Sentado frente a la mesa, con una pluma entre los dedos de la mano derecha, un maniquí usurpa con escaso éxito al insustituible Verne. Junto a él, un bastón: otra referencia al infortunio que le acosó en sus últimos años. Y a espaldas de Verne, la vieja chimenea que dulcificó sus amarguras y el versallesco reloj que le esclavizó, hoy condenado a la tortura de la inmovilidad. ¡Qué extraña y familiar sensación al descubrir, a derecha e izquierda de la chimenea, las vitrinas que sostienen las caracolas marinas! Amiens está lejos de la mar —el gran amor de Verne—, pero él supo llenar su ausencia, aunque sólo fuera con sueños fosilizados...

El resto de la visita a la mansión, al margen de las decenas de fotografías que me fue permitido efectuar, no revistió mayor interés. Mejor dicho, sí hubo algo que me alarmó. En el fondo no tenía nada de extraordinario. Y precisamente por ello me inquietó. La casa-museo, habitada por Verne en dos ocasiones —la última en octubre de 1882—, ha sufrido las lógicas e innumerables modificaciones que imponen el paso del tiempo y los sucesivos inquilinos. De la primitiva vivienda que conoció y disfrutó Julio Verne, apenas si quedan los muros y poco más. Esta irremediable circunstancia me obligó a meditar sobre un aspecto que no había contemplado y que podía alterar las investigaciones. Alarmado, pregunté una y otra vez sobre lo mismo, obteniendo idénticas y arrasadoras respuestas: el número dos de la calle de Charles Dubois se halla hoy irreconocible. ¿Qué ha sido de su no muy lejana suntuosidad? El inmueble, un antiguo hotel de la familia Ricard, fue alquilado a Verne en 1882. Marc Soriano, uno de los biógrafos de mayor fiabilidad, describe así la vivienda: «... en la planta baja, una galería cubierta que conduce a un gran vestíbulo de entrada. A la izquierda, las puertas de servicio y la gran escalera de la torre que domina la casa. A la derecha, una sala de billar, un fumadero y un despacho. Al frente, las puertas se abren al comedor, el gran salón y el pequeño salón de ángulo que dan a un jardín interior.

»En el primer piso, las habitaciones. En el segundo, la habitación-despacho del artista, de una sencillez espartana, según el escritor italiano De Amicis, que la visita en 1895. Da a la gran biblioteca, con sus dos ventanas en la fachada. Allí está su guarida...

«Mobiliario según el gusto de la época, macizo y muy esculpido, decoraciones románticas "a la catedral", pequeños muebles Napoleón III, palazones, alacenas y escabeles góticos. El gran salón de Víctor Hugo en Guernesey, revisado y corregido por un capitán Nemo que, al pasar los años, sería irresistiblemente tentado por el estilo *nouille.»*

¡Dios mío! ¿Qué ha sido de todo aquello? ¿Cómo es posible que la municipalidad de Amiens, el Estado francés o la familia del escritor no hayan conservado la casa tal y como la dejó su preclaro inquilino? Mis argumentos y suposiciones acerca del gran «tesoro" de Verne —su «testamento espiritual»— descansaban precisamente sobre la premisa de una mansión o de un lugar de su confianza que no hubieran sufrido alteraciones y en los que habría sepultado sus papeles íntimos. Pero a la vista de tan dramática realidad, ¿dónde buscar? Terco como una mula, hice caso omiso del sentido común, obstinándome en lo que, obviamente, no ofrecía demasiada seguridad. «Además —me dije, en un torpe intento de silenciar a la hermana lógica —, si Verne escondió su "testamento", esa operación sólo pudo tener lugar a partir de 1898, fecha del supuesto simulacro de la quema o destrucción de sus cuadernos... Pues bien, en dicha época el escritor residía en el número 44 del bulevar de Longueville, a escasa distancia de la calle de Charles Dubois y rebautizada en 1906 con el nombre de bulevar de Jules Verne. Quizá los manuscritos que perseguía se hallaban en algún secreto rincón de esta su postrera vivienda. Seguramente los ocultó bajo tierra o quién sabe si en el interior de alguno de los muros... La

clave sólo podía estar en la tumba.»

Por encima de esta tozudez —creo que no debo esquivarlo—, una premonición apareció en lontananza. Muy a pesar mío, el destino seguía su rumbo. Pero no adelantemos los acontecimientos.

Una vez finalizada la visita al Centro de Documentación y a la casa-museo de Charles Dubois, lo lógico hubiera sido emprender el camino del cementerio de La Madeleine. Pero ¿qué es lo «lógico» para un individuo como yo? Ardía en deseos de enfrentarme nuevamente a la sepultura y arrebatarle su enigma. Y al mismo tiempo, ese segundo «encuentro» con Verne me atemorizaba. ¿Y si todo aquello sólo fuera consecuencia de mi fantasía? A pesar de mi aparente seguridad, soy un hombre en permanente duda.

Y el descubrimiento de una mansión que poco o nada tenía que ver con la que conociera Verne había empezado a corroerme.

No podía aplazarlo. La duda se hacía insoportable. Además, la inspección del inmueble ubicado en el 44 del bulevar de Longueville formaba parte del programa general. Allí, como ya anuncié, murió Julio Verne.

Y antes de abandonar a la solícita madame Compère, me permití un pequeño capricho. Un gesto, en suma, cargado de sentimentalismo. Mediante el pago de cincuenta francos tuve el honor y la satisfacción de hacerme socio del mencionado Centro de Documentación Jules Verne. Semanas después recibía en España la correspondiente acreditación, con el número 128. En honor a la verdad, al igual que me sucedió en las sucesivas visitas a la desierta y olvidada tumba del escritor, aquel sencillo carnet verde me defraudó. A pesar de las multitudinarias ediciones de los libros de Verne y de las decenas de idiomas a los que han sido traducidos, tan sólo ciento veintiocho personas en todo el mundo se han sentido lo suficientemente atraídas por su vida y obra como para desear enrolarse en el centro que lleva su nombre, contribuyendo así, aunque sólo sea mínimamente, a un mejor florecimiento de su memoria.

Vencida ya la mañana, me situé finalmente frente al 44 del actual bulevar de Jules Verne. El excelente estado de la fachada me tranquilizó. Quizá estaba juzgando con precipitación. Quizá los franceses habían sabido conservar y respetar la última morada de su indiscutible gloria nacional. Quizá el interior de aquella casa de tres pisos presentase el mismo y saludable aspecto del exterior. Y los ánimos volvieron a mí.

Otra pequeña placa de mármol negro, expuesta entre los dos altos ventanales de la planta baja, recuerda al transeúnte que, justamente allí, tras el consumido muro de ladrillo ocre, Julio Verne vivió sus últimos catorce años.

En ocasiones, el elemental acto de golpear una puerta puede acelerar un corazón, transportándole a uno a otra época. ¿Cuántas veces cruzaría Verne ese mismo umbral? Una mujer de rasgos árabes y mediana edad entreabrió la pesada hoja, observándome con desconfianza. Escuchó mi petición con desgana y, tras unos segundos de vacilación, me franqueó el paso, anunciando lo último que hubiera deseado oír: aquélla no era ya la casa del difunto señor Verne. En realidad hacía muchos años que había dejado de serlo. Ahora pertenecía al padre de su esposo. Antes fue propiedad de otra familia que, a su vez, la compró a un tercero... Me negué a seguir escuchando. La decepción fue más sangrante, si cabe, que la experiencia en la casa-museo de Charles Dubois. Todo, prácticamente todo, se halla modificado. De lo que un día fuera hogar de Julio Verne sólo queda en pie una chimenea, adosada a una de las paredes del gran salón de la planta baja, una hermosa vidriera y un recogido jardín, tan desaliñado como el resto del inmueble. Mis sueños y previsiones se vinieron abajo con estrépito. Aquel lugar, como el anterior, no recuerda, ni remotamente, el paso por este mundo del genial escritor. Y lo peor es que, ochenta y tres años después de su fallecimiento, la desidia oficial y privada es tal que dudo mucho pueda corregirse tan lamentable estado de cosas.

En cuanto a mi problema personal, ¿qué podía hacer? ¿Dónde y cómo investigar en un edificio desguazado y, para colmo, de propiedad privada? El acceso incluso resultaba

comprometido.

Camino del cementerio traté de serenarme. No debía rendirme. El criptograma continuaba inédito. Además, ¿por qué me aferraba a la idea de un «testamento espiritual» oculto bajo tierra o entre los ladrillos de un muro? ¿No estaría menospreciando la inteligencia de Verne? Si yo hubiera estado en su lugar, ¿dónde lo habría escondido? ¿En una casa, inexorablemente sujeta a mil contingencias? Evidentemente, no. Julio Verne no era tan infantil. Por muy acorazados que estuvieran, esos documentos no podían quedar expuestos a posibles incendios, demoliciones, cambios de propiedad o cualquier otro imprevisto. Necesariamente, la clave tenía que ser otra. Y el único medio para intentar averiguarlo seguía siendo la sepultura. Era menester, por tanto, que me enfrentara al enigma con una mente abierta y alejada de ideas preconcebidas.

Todo tiene sus compensaciones. En este segundo «encuentro» con los restos mortales de Verne, la espesa soledad de la tumba se convirtió en mi aliada. Eran muchos los cálculos y observaciones que debía practicar y, al menos en mi caso, la ausencia de curiosos es siempre bien recibida.

¿Por dónde empezar? Aturdido ante lo oscuro y complejo de la labor consumí los primeros minutos en una minuciosa limpieza de la hojarasca que cubría buena parte de la sepultura. Me sentí feliz al adecentar las grises y erosionadas losas. Era lo menos que podía hacer por él...

Y durante casi una hora deambulé alrededor del monumento funerario, en un afán por familiarizarme con cada piedra y con cada símbolo. Y en mi cuaderno de campo empezaron a surgir las primeras anotaciones. Ni un solo detalle, por muy absurdo o insignificante que pudiera parecer, podía caer en el olvido. Las frases nacidas del epitafio seguían vivas en mi memoria. Sin embargo procuré aparcarlas, en beneficio de una investigación lo más objetiva posible.

Tal y como venía sospechando, el sepulcro es todo un canto a la simbología esotérica. El lector que haya tenido la fortuna de penetrar en el mundo de la iniciación y del ocultismo no precisará de excesivas explicaciones para reconocerlo. Las imágenes que se ofrecen en el presente libro son elocuentes. En consecuencia, me limitaré a levantar acta de aquellos símbolos que, en mi opinión, hablan por. sí solos, componiendo un sugestivo y fascinante «mensaje». Un «mensaje» perfecta y meticulosamente dibujado por otros dos iniciados: Verne y Roze.

«Causal-mente», y para empezar, la cara este de la tumba se encuentra cerrada y protegida por «siete» altos abetos, que forman un semicírculo perfecto. Siete árboles —«los siete días del trabajo del hombre»—, plantados justamente en 1907... Siete abetos orientados hacia la salida del sol y que, al igual que los rosetones de las catedrales, «hablan» del principio del sendero de la iniciación y del conocimiento. Y ese «hombre» —Verne—, en posesión de la sabiduría y de la iluminación, "resucita» a la «inmortalidad y la eterna juventud». Su mano izquierda en tierra y la derecha alzada (el «Mago» del Tarot), la cabeza semicubierta por el sudario de una muerte vencida y la piedra sepulcral («causalmente» pentagonal: símbolo del hombre cósmico) descansando sobre las espaldas constituyen algo más que un poético recuerdo funerario. Y en el colmo de la precisión esotérica, el rostro y la palma de la mano derecha directamente orientados al oeste: hacia el sol poniente, hacia el rojo alquímico, hacia la quintaesencia o perfección final...

Es asombroso. Todo en este sepulcro expresa «resurrección». En la hornacina, una misteriosa estrella de seis puntas flota sobre una rama de palmera. Y ésta, a su vez, cubre el nombre de Jules Verne. ¿Y cuál es el significado críptico de la estrella de David? Entre otros, el de un antiguo y familiar «conocido»: el número "6». El seis que, al mismo tiempo, simboliza al «hombre». Tenemos, pues, a un hombre —Jules Verne— bajo la rama de palmera: ¡la vida eterna!

Curiosamente, de las diez letras que integran JULES VERNE, la primera (J), tercera (L), sexta

(V), octava (R) y última (E) resaltan sobre el conjunto con un dorado especial. Pues bien, de acuerdo con la Cábala, los valores numéricos de tales letras (10 + 30 + 6 + 200 + 5) quedan simplificados y reducidos al «8», nuevo símbolo de la «resurrección». (La «lectura» cabalística de estas letras no concluye ahí. Quienes dominen un poco esta antiquísima ciencia podrán desvelar otros profundos y «causales» mensajes, situados ahí, en la tumba de Verne, con toda intención.)

Y por encima de la estrella, en el frontispicio del muro funerario, otras «señales» aguardan al iniciado: una cruz con una rosa en el centro, encerrada en un círculo, una rama de olivo, dos lámparas de aceite (la esculpida a la izquierda de la «rosa-cruz» sin cubrir) y los pilares del rigor (a la izquierda) y de la misericordia (a la derecha)...

El viejo proverbio tiene razón: «No hay peor ciego que el que no quiere ver.» Y uno, después de esta somera enumeración de los símbolos contenidos en la sepultura, sigue preguntándose por qué los «vernólogos» no prestan atención a tan elocuente «libro abierto». Pero no es mi intención criticar a los especialistas. Cada cual —así debe ser— cumple su papel.

En cuanto al escultor e íntimo de Verne, Albert Roze, el examen de su luminoso monumento vino a confirmar lo que ya intuía..., y algo más. El epitafio, en efecto, no fue grabado a la manera convencional. Sin embargo, conforme a la más pura tradición iniciática, «Hacia la inmortalidad y la eterna juventud» yace oculto en la piedra, para quien quiera y pueda «leerlo» con los ojos del conocimiento. No me extenderé, pues, en el capítulo de la simbología del sepulcro. El camino está abierto. A partir de ahora, otros, más versados que yo, pueden rematar esta inédita Pagina de la vida-muerte del esotérico Verne.

Y aunque la confirmación de mis iniciales sospechas acerca de la mágica naturaleza de la tumba me llenó de optimismo y satisfacción, la verdad es que la sutil «exposición» de ideas en piedra y mármol no parecía desembocar en nada concreto. Yo buscaba y precisaba una clave, una fórmula, un signo tangible y objetivo que me abriera las puertas del hipotético «tesoro» de Verne. Así que, sacando fuerzas de un espíritu semiagotado, me lancé a la más esperpéntica de las aventuras: medir y chequear la sepultura, a la espera de un «milagro»... Y brújula y cinta métrica en ristre, fui emborronando las páginas de un cuaderno de campo, más cargado de sueños que de realidades.

Durante horas procedí a una exhaustiva medición y análisis de cada centímetro cuadrado. Torso, brazos, dedos, rostro y la piedra sepulcral que descansa sobre el «hombre» de mármol fueron examinados, medidos, comparados, dibujados y fotografiados, con la secreta esperanza de hallar alguna correlación, algún vestigio. Descalzo y encaramado en lo alto de la losa pentagonal vi discurrir con impaciencia buena parte de aquella intensa y singular tarde. Las cuarenta y siete letras y once números que forman la leyenda de la hornacina me tenían fascinado. Allí había «algo». La intuición jamás se equivoca. Pero ¿qué era ese «algo» invisible y misterioso? ¿Obedecía al azar la distribución de las cinco frases? La suma de letras (4 + 7 = 11) y de números (11) me recordó otra no menos cabalística cifra: «22». En cuanto al dígito final —«4»—, guardaba relación con las medidas del rectángulo de piedra que cierra y limita la sepultura: 2,83 metros en su cara este por 3,46 en el sur, por 2,83 en el extremo oeste por 3,46 metros en el lado norte. Extraña y «causal-mente», como digo, tanto 2,83 como 3,46 suman «4». (Los amantes de la Numerología y de la Cábala tienen en la tumba de Verne otro fascinante mundo, repleto de «vida».) Aquellas coincidencias me animaron a continuar por el camino del juego matemático, combinando —hasta el agotamiento— los dígitos resultantes de las múltiples y sucesivas mediciones.

JULES VERNE, por ejemplo, presentaba una longitud de 64,5 centímetros. El guarismo final (suma de 6, 4 y 5) daba «6». (De nuevo el mágico «seis»...)

NÉ A NANTES, con sus 35 centímetros, sumaba «8». En cuanto a la tercera frase de la leyenda funeraria —LE 8 FEVRIER 1828—, su longitud total (36,3 centímetros) equivalía a «3».

DÉCEDÉ A AMIENS, con 42 centímetros, repetía el «6».

LE 24 MARS 1905, por último, con 36,5 centímetros, arrojaba una suma de «5».

Para colmo de males, esta secuencia fue mezclada con las mediciones verticales, provocando un pandemónium. Y en plena fiebre criptográfica penetré en el laberinto de las combinaciones de letras y palabras, acelerando el caos. Y el destino, implacable, me dejó hacer..., justo hasta poco antes de las siete de la tarde.

A esa hora, la súbita aparición de un gendarme me devolvió a este mundo. El buen hombre me observó perplejo desde su bicicleta. Y llevaba toda la razón. ¿Qué demonios hacía aquel individuo en lo alto de la sepultura de Julio Verne, descalzo, eso sí, con una cinta métrica

entre los dientes y la mirada extraviada, a medio metro de la leyenda funeraria? Supongo que era la primera vez —en ochenta y tres años— que alguien (no muy cuerdo, obviamente) se dedicaba al extraño «deporte» de trepar a un monumento sepulcral, armado con un bloc de notas, un metro y una brújula de aceite...

Ignoro si el policía dio por buenas mis atropelladas excusas. El caso es que, benévolo y condescendiente, me autorizó a reanudar la labor, prestándose incluso a fotografiar a semejante «loco» extranjero sobre las espaldas de una gloria nacional.

Es curioso. La «causal» presencia del gendarme iba a provocar una doble y beneficiosa circunstancia. En primer lugar lograría sacarme del estéril «manicomio» en que me debatía, haciéndome olvidar, de momento, el jeroglífico de la hornacina. Además, con el sol apuntando ya el final del día, ¿qué mejor y más sabia decisión que suspender las Pesquisas? Así que, con una áspera sensación de fracaso, recogí los equipos, situándome fuera del rectángulo sepulcral, de cara al irreductible y marmóreo Verne. Aquél fue otro momento difícil. No estaba dispuesto a rendirme, pero, en lo más íntimo de mi ser, yo sabía que aquella «locura» tocaba a su fin. Verne, a su manera, me había vencido. Y, respetuosamente, caí de rodillas, musitando una oración. En el fondo le estaba agradecido. Aquellos meses de electrizante búsqueda hubieran colmado a cualquier investigador.

Pero, de pronto, «algo» vino a removerme. Ahora me estremezco sólo de pensar que aquel padrenuestro pudiera haber sido recitado con mayor celeridad o, sencillamente, no haber sido formulado... De haber abandonado el luga) cinco minutos antes, quizá este libro sólo habría formado parte de mis sueños.

Como decía, mi pequeño homenaje a Verne se vio súbitamente interrumpido por un providencial destello. En la jornada anterior había sido testigo de este singular fenómeno luminoso. Sin embargo no le presté mayor atención. Ahora, en cambio, de rodillas, lo que en principio en algo natural, me dejó tan pálido como la escultura que se levantaba ante mí. Los rayos solares, justo en el ocaso; iluminaron la blanca y abierta mano de mármol, «causalmente» orientada al oeste. Y la sombra oscureció parte de.; la leyenda funeraria situada inmediatamente detrás.

A pesar del susto, un escalofrío me recordó que seguía vivo. Incliné la cabeza a izquierda y derecha, verificando cómo una parte de la hornacina se hallaba en tinieblas.» Fue como un cañonazo. Y una de las frases —nacida del epitafio— resucitó en mi memoria:

«AL IRRADIAR LOS RAYOS SOLARES EN VERANO, EL DÍA MÁGICO OSCURECE LA SEPULTURA POR EL CAMINO DEL OESTE.»

¡Oh Dios! ¿Estaba soñando?

«Aquello», ni remotamente intuido, sí tenía sentido. El sol, en efecto, «por el camino del oeste», en el ocaso, «ennegrece» u «oscurece» el sepulcro..., justamente en el «día mágico» del verano.

Salté como un gato sobre la hornacina. No había duda: la mano abierta de «Verne» proyectaba su sombra sobre el muro, oscureciendo dos de los dieciséis conceptos que integran la mencionada leyenda: ¡1828 y 1905! El resto, en cambio, aparecía iluminado por la ya débil radiación solar.

El fenómeno, naturalmente, tuvo una escasa duración. A los pocos minutos, todo volvió a la normalidad. Incrédulo y nervioso repetí las mediciones. Situé la brújula sobre la frente del «hombre» de mármol. El cálculo era correcto: oeste. Y otro tanto sucedió con la mano derecha. Ambos —rostro y mano— miran exacta e intencionadamente hacia poniente.

Entonces, si no era víctima de un alucinación, el enigma empezaba a cobrar sentido...

Roze, de acuerdo con los cálculos de Verne, había esculpido y situado el monumento de forma tal que, durante la puesta de sol de cada solsticio de verano, la mano derecha sombreara parte de la leyenda funeraria.

Ésta tenía que ser la «señal»...

Ni qué decir tiene que aquélla fue otra noche en vela. Mi lógico entusiasmo, sin embargo, se vio en entredicho cuando, al recapacitar, caí en la cuenta de una circunstancia que no encajaba en el criptograma. Aquel 18 de junio nada tenía que ver con el «día mágico». En el verano de 1988, el solsticio entró a las tres de la madrugada (tiempo universal) del 21 de junio. Por fortuna, este aparente contratiempo no lograría apartarme de la recién inaugurada investigación. (Días más tarde, a mi regreso a España, comprendería que el «error» carecía de importancia. Al visitar el Real Instituto y Observatorio de la Armada, en San Fernando (Cádiz), con el fin de comprobar una serie de datos astronómicos, fui a descubrir un curioso hecho. En aquel estío, el solsticio, en efecto, se registró el 21 de junio. Sin embargo, por esas «causa-lidades» de la vida, el auténtico «día mágico» —es decir, el de mayor tiempo de exposición solar— no fue el mencionado 21, sino el 19. En otras palabras: sin yo saberlo, a la jornada siguiente, 19 de junio, domingo, iba a asistir a la repetición del fenómeno luminoso anunciado en el criptograma ¡y en el momento justo!, ¡en el «día mágico»!)

Me costó aceptarlo. ¿Cómo era posible que el destino me hubiera «conducido» hasta el cementerio de La Madeleine... en las fechas exactas? Si hubiera visitado la tumba en otra época del año, nada de aquello habría sucedido.

Como señalé en las primeras líneas de este trabajo, la presente historia es muy extraña...

Por otra parte, la variación horaria —en lo que atañe al ocaso— apenas difiere en quince segundos, de un día para otro. Ello permitió que el oscurecimiento de parte de la leyenda funeraria pudiera ser observado sin problemas durante los tres o cuatro días anteriores y posteriores al referido «día mágico». Este 19 de junio, concretamente, el ocaso se produciría a las 18 horas y 5 minutos (siempre en tiempo universal y en base al meridiano 0 o Greenwich, muy próximo a Amiens). El 23 de ese mismo mes de junio, el ocaso del limbo superior del sol tendría lugar un minuto más tarde; es decir, a las 18 horas 6 minutos.

Movido por la curiosidad solicité también de los astrónomos las" fechas de entrada de los solsticios de verano de los años 1898 y 1905, respectivamente. Si mis suposiciones no eran erróneas, la primera de las fechas mencionadas seguía siendo decisiva. Verne pudo maquinar este enredo en 1898. Y, lógicamente, tuvo que consultar en qué día y hora arrancaba el solsticio. Pues bien, el «día mágico» del verano de 1898 se produjo el 20 de junio, a las 21 horas y 42 minutos, en Cáncer. En cuanto a 1905, año de su muerte, el solsticio del estío fue inaugurado a las 14 horas y 27 minutos —también en Cáncer— del 21 de junio. (Los datos concernientes a 1898 resultarían de gran interés, aunque obviamente no lo descubriría hasta mi retorno a España.)

Pero sigamos el curso de los acontecimientos tal y como se registraron.

En los días posteriores al decisivo hallazgo del sombreado de la sepultura, fui alternando las visitas al cementerio con una paciente y tenaz labor de investigación en torno de la leyenda funeraria. Quizá —por aquello de hablar con propiedad— debería referirme no a la totalidad de la inscripción, sino a las dos fechas sibilinamente «apuntadas» por Verne y Roze. Por cierto, nada más iniciar las pesquisas, hubo algo que me confundió y que a punto estuvo de mandar a pique el proyecto. Roze sobrevivió a Verne y supo de la fecha de su fallecimiento. Pero si el criptograma era creación del escritor, ¿cómo admitir que supiera también el año exacto de su muerte? Desde un punto de vista científico y racional, eso es improbable. Durante horas y horas no hice otra cosa que meditar sobre este espinoso obstáculo. Y las dudas, como olas gigantes, me situaron al borde del abandono. ¿Y si todo aquello sólo fuera producto de mi calenturienta imaginación? Verne no podía conocer la fecha de su muerte. ¿O sí? El sentido común se revelaba. Por otro lado, ¿a qué obedecía semejante cadena de coincidencias? ¿Pudo Verne trabajar no con una, sino con varias posibilidades? Era muy capaz... ¿Llegó a contemplar diferentes fechas, alertando al escultor sobre tan decisiva circunstancia?

El instinto (?) acudió en mi ayuda. Y medio olvidé este contratiempo, insalvable en apariencia. Todo encajaba matemáticamente. Aquel cúmulo de «causa-lidades» invitaba todo

menos a la renuncia. (Semanas después, al «conocer» mejor los «secretos» de Julio Verne, comprendí que aquel hombre «especial», perfectamente introducido en el *mágico* mundo del esoterismo, «sí» estaba en condiciones de presentir su propia muerte..., y mucho más.)

Pero debo frenarme. Tiempo al tiempo.

La cuestión es que, confiando en la intuición, proseguí las indagaciones, haciendo oídos sordos al sentido común. La verdad es que, de haber procedido con una mente cuadriculada y sin más horizonte que la pura ortodoxia científica, jamás hubiera compartido el universo «verniano» de la ensoñación. Y este libro —quién sabe—, apenas habría aportado nada nuevo sobre la figura y los pensamientos del «más desconocido de los hombres».

«1828-1905.»

He ahí la clave. De nuevo los números. La debilidad de Verne por los guarismos era casi enfermiza.

Al principio, consciente de lo cerca que podía hallarme de la ansiada y definitiva solución del criptograma, el nerviosismo me hizo malgastar tiempo y energías. En mi corazón se agitaba aún la idea de un lugar recóndito en el que Verne pudo haber sepultado su «tesoro». Esta obsesión, lamentablemente, me limitó.

Durante varias jornadas trabajé, pues, en multitud de direcciones, todas equivocadas. Los años del nacimiento (1828) y de la muerte (1905) fueron descompuestos, alterados, divididos, sumados, multiplicados y restados hasta la locura, combinando los múltiples resultados, bien con las coordenadas geográficas de Nantes y Amiens (ciudades del nacimiento y del óbito, respectivamente), bien con la secuencia de los números de las diferentes casas habitadas por la familia Verne. Cada ensayo fue un cataclismo. Sin embargo, como es habitual en la vida, de la ruina siempre puede extraerse una lección. Y quien esto escribe terminó por aceptar que la preconcebida idea de un «testamento espiritual», material y físicamente enterrado en alguna de las viviendas o propiedades que fueron de Verne, debía ser desterrada. Era menester una nueva dosis de paciencia... y arrancar de cero.

Cada atardecer me concedí una tregua. Y como un ritual, entre perplejo y emocionado, fui asistiendo al puntual oscurecimiento de la sepultura. En más de una oportunidad supliqué a los cielos, y a Verne, que tuvieran piedad y fortalecieran mi frágil entendimiento. Y uno u otro —no sé si ambos— escucharon mi lamento. Porque, en uno de aquellos crepúsculos, al ojear la miríada de anotaciones y cálculos que poblaba el cuaderno de campo, casi sin querer «volví sobre mis pasos», reconstruyendo el enigma desde sus comienzos. Poco faltó para que me abofeteara allí mismo. ¿Cómo puedo ser tan inepto y despistado? Si el criptograma había discurrido por el sendero de las equivalencias, ¿por qué no continuar de idéntica forma? Eso era lo lógico...

Y en la tibia soledad de La Madeleine, a los pies de Verne, se hizo una primera «luz».

Me introduje, pues, en el primitivo método de la conversión de letras a números y viceversa, con los siguientes y «curiosos» resultados:

Después de algunos rodeos observé que la simplificación de 1828 y 1905 arrojaba un dígito cuya reiteración resultaba sospechosa. (1 + 8 + 2 + 8 = 19, y 1 + 9 = 10 = 1. La suma de los guarismos de 1905, por su parte, equivalía a 6. Es decir: 1 +6 = 7.)

El «7» aparecía también en la adición de los 16 conceptos (1+6) que integran la leyenda funeraria.

A su vez, la resta de dichas fechas ofrecía algo que ya sabía: la edad de Verne. Dos veces «siete»...

Siempre según el alfabeto internacional, la conversión a números de la palabra AMIENS y DÉCEDÉ A AMIENS desembocaba en sendos «7». Y otro tanto sucedió con el tercer renglón de la referida leyenda fúnebre.

Aquél era el críptico estilo «verniano». La repetida «aparición» de un dígito tenía que significar algo...

Pero, como me sucede con frecuencia en esta clase de pesquisas, el afán por complicar las

cosas retrasaría notablemente el definitivo esclarecimiento del enigma. En el fondo, la clave era mucho más simple de lo que imaginaba. El «7», en efecto, hacía el doble papel de «brújula» y «llave maestra». Al utilizarlo sobre las cifras sombreadas en el «día mágico» la respuesta no se hizo esperar. Al sumar este dígito a 1828 (tanto a la unidad, decena, centena como al millar) me encontré con un número que sí guardaba una estrecha relación con el planteamiento general: 1898. El año clave. La posible fecha en la que Verne maquinó el gran criptograma final...

Con 1905, por lógica, sólo cabía restar. ¡Oh sorpresa!: el único guarismo con cierto sentido era justamente ¡1898!

¿1898?

Curiosa y «causal-mente», entre ese año y el de su fallecimiento se contabilizan otros siete... ¿Qué intentaba comunicar Verne? ¿Por qué 1898? ¿Por qué el círculo que había nacido justamente en 1898 se cerraba ahora con la misma fecha? Imaginé a Verne, socarrón, divirtiéndose a mi costa desde las estrellas. (Al recibir los datos astronómicos del Observatorio de San Femando, el «7» hizo nuevo acto de presencia, fortaleciendo mi tesis. Como ya señalé, el «día mágico» o solsticio de verano de aquel 1898 se registró a las 21 horas y 42 minutos (U. T.) del 20 de junio, en Cáncer. La suma de 20-6-1898 = «7». Y la adición de este «7» a 21 horas 42 minutos repetía el mágico «7».)

El problema parecía limitado a estos dos guarismos: «7» y «1898». También cabía la posibilidad de que sólo uno de ellos condujera al final del laberinto. Quizá el primero, siguiendo la táctica «verniana», servía únicamente de «hilo conductor»... Pero ¿hacia dónde? ¿Hacia 1898? ¿Y por qué a esa fecha? ¿Cómo buscar el «testamento espiritual» en una cifra del calendario? ¿Y si estuviera equivocado? ¿Y si el supuesto «tesoro» de Verne no fuera su «testamento espiritual»?

No convenía apresurarse. Durante un tiempo me centré exclusivamente en el «7». Verne, casi con seguridad, tenía que haber dejado más pistas. Procurando no desviarme del carril de las “equivalencias» —con el que había obtenido tan providenciales resultados—, repetí el juego de la conversión, pero a la inversa. Según el alfabeto internacional, el «7» es equivalente a las letras «G», «P» e «Y». No aburriré al lector con las interminables horas de búsqueda de aquellas palabras francesas cuyas iniciales coinciden con estas tres letras y que, naturalmente, podían guardar alguna coherencia con lo ya sabido y expuesto: Verne, el sepulcro, los papeles íntimos, 1898, etc.

En dos frenéticos días, las consultas a los diccionarios dieron los siguientes y asombrosos frutos:

«GAGNANT-PAIR-Y.» Una traducción literal equivale a «GANANCIOSO (AFORTUNADO)-SEMEJANTE-EN AQUEL LUGAR». Teniendo en cuenta que «G-P-Y = 7», la frase podía interpretarse como «(El) GANANCIOSO O AFORTUNADO, EN AQUEL LUGAR, (es) SEMEJANTE O IGUAL (al) SIETE.»

La «equivalencia» resultaba muy significativa... Una segunda versión complementaba lo anterior:

«Y-GUIDE-PAIR.» Es decir: «EN AQUEL LUGAR, (el) GUÍA (es) IGUAL O SEMEJANTE (al) SIETE.»

Siguiendo con los juegos de palabras —afición practicada asiduamente por el escritor—, la modificación de otro de los vocablos me llevó a una tercera fórmula:

«GUIDE-PREPARE-Y.» O lo que es lo mismo: «(El) GUÍA PREPARA EN AQUEL LUGAR.» En este caso, como en el anterior, el término «guía» sólo podía ser el «siete».

Pero la versión más desconcertante decía así:

«Y-PAUME-GUIDE»: «EN AQUEL LUGAR (la) PALMA DE LA MANO GUÍA O CONDUCE (al) SIETE.»

Quedé atónito. ¿Cómo era posible? ¿Cómo entender semejante «tela de araña», tan ingeniosa y minuciosamente trenzada? La «palma de la mano» del «hombro) de mármol, en efecto, «conduce» o “guía», «en aquel lugar» (la sepultura), a dos fechas que, como hemos

visto, le catapultan a uno hasta el «7».

Verne, astuto y desconfiado, había confirmado y reconfirmado las pistas... «en todas direcciones»...

Ya no había duda: el «7» era un indicativo, un «hilo conductor", una «brújula» que señalaba la posible clave final: «1898.»

Y haciendo acopio de todas mis fuerzas, me dispuse para la gran batalla.

El destino tiene estas veleidades. Y lejos de combatirlo, procuro "navegar», aprovechando al máximo sus «vientos». No tiene, pues, nada de extraño que lo que imaginé en un primer momento como la «gran batalla» quedara reducido a una simple «escaramuza». La providencia —digo yo— fue benevolente y supo «inspirarme» en el momento justo.

El repaso de aquel año (1898) en la vida de Julio Verne no sirvió de mucho. Los biógrafos hablan de la supuesta y no muy clara «quema de papeles», así como de una creciente y, al parecer, irreversible «negritud» en su estado emocional, consecuencia quizá de la reciente pérdida de su idolatrado hermano Paul (fallecido en 1897) y de las dolencias que empezaban a acorralarle. En suma, nada de nada...

Pero la intuición jamás defrauda. Aquel año encerraba algún secreto. Si Verne había sido *capaz* de concebir y poner en marcha un galimatías de semejante calibre tenía que ser por «algo» que, en verdad, mereciese la pena. Y, como digo, la intuición (?) me arrastraba, desde el principio, a una sólida y única idea: su «testamento espiritual». Este pensamiento jamás varió a lo largo de aquellos meses de investigación. Pero, apuradas todas las posibilidades, ¿hacia dónde dirigir mis esfuerzos?

Y de nuevo acudí ante el Verne de mármol. Era mi última tarde en Amiens. Mis reservas económicas se hallaban exhaustas y, de no producirse un milagro, el regreso a España estaba cantado.

Durante mi permanencia en el cementerio de La Madeleine procuré olvidarme de aquella impermeable fecha. Necesitaba un poco de sosiego. Y antes del ocaso —en nombre de todos los lectores de habla castellana que alguna vez han «soñado» gracias a Verne— deposité unas flores blancas a los pies del sepulcro. Y a punto ya de despedirme, tuve una feliz e ingenua idea. ¿Por qué no esconder un breve mensaje entre las flores? Aquello no era muy serio, lo sé. Pero, a fin de cuentas, ¿quién iba a saberlo? Además, ¿por qué reprimir un sencillo y hermoso impulso?

Y dicho y hecho. Abrí la bolsa de las cámaras y, cuando me disponía a arrancar una hoja del cuaderno de campo, mi vista tropezó con uno de los inseparables volúmenes de Verne: *Viaje al centro de la Tierra.* Cambié de opinión. El escueto mensaje iría plasmado en una de las páginas de este «críptico» libro. (Una obra, dicho sea de Paso, esencial para cuantos deseen descifrar el criptograma principal que contiene el presente trabajo.)

¿Qué mejor homenaje a Verne que depositar a sus pies una parte de su inmortal obra?

«¿Inmortal?»... ¿Había dicho «inmortal»?

Necesité algunos segundos para reaccionar. ¡Estúpido! Eso es lo que soy: un solemne e incorregible necio... Lo tenia ante los ojos y no supe verlo. La verdad, como siempre, se disfraza de simplicidad.

¡Inmortal! Ésa era la clave.

Si yo fuera Julio Verne, ¿dónde ocultaría mi «testamento espiritual»? ¿En un lugar condenado a la destrucción o al olvido? Evidentemente, no. Ese «lugar» existe y jamás podrá ser aniquilado porque, sencillamente, es inmortal. Verne tuvo el privilegio de saberlo y lo aprovechó. Y hasta que la humanidad —Dios mediante— habite este planeta, ese «lugar» permanecerá intacto y, paradójicamente, al alcance de todos los humanos. Pero, para descubrirlo, había que sumergirse en el alma de Verne y, en cierto modo, aceptar las reglas de su esotérico universo.

No hay duda: los caminos de la providencia son tan enigmáticos que no es rentable desafiarla. Y yo, por supuesto, me dejé llevar.

¡Sus libros! He ahí el «lugar». He ahí el «terreno» ideal donde «enterrar» su secreto. Las propiedades, enseres y casas de Verne han ido cayendo con el paso del tiempo. ¿Puede decirse lo mismo de sus inmortales “Viajes extraordinarios»? ¿Qué mejor «arcón» para un «testamento espiritual»?

Una hora después de aquella providencial «inspiración» (?), tras un loco galope sobre la prolífica bibliografía verniana, un mágico número me dejaba sin respiración: 1898.

Ese año —«causal-mente»—, el desconcertante Julio Verne remataba una novela que vería la luz pública en 1899. Una obra cuyo título resultó tan sospechoso como sugerente:

«LE TESTAMENT D'UN EXCENTRIQUE» *(El testamento de un excéntrico).*

¡Dios de los cielos! ¡Era increíble! La supuesta destrucción de sus cuadernos y papeles íntimos, en 1898, me había transportado, a lomos de un criptograma, ¡a 1898! Todo un diabólico y divertido «juego verniano»...

Tal y como imaginaba, la cuidadosa lectura de las 381 páginas de *El testamento de un excéntrico* no reportó mayor luz a mis pretensiones. Era lógico. Si Verne había depositado su «testamento espiritual» en las entrañas de aquel otro «testamento», la única fórmula para desvelarlo consistía en estudiar el texto..., al estilo o manera «vernianos». Es decir, buscando una clave que transformara las 140.588 palabras y 600.839 letras de que consta la obra, en francés, en «otra cosa»... (La meticulosidad de Julio Verne no tenía límites. He aquí un nuevo ejemplo: siguiendo el procedimiento de las «equivalencias», la conversión a dígitos del título del libro quedaba resumida al número «8». Pues bien, la suma de 1898 también arroja el mismo guarismo: «8». Y otro tanto ocurre con la adición de la totalidad de las letras y palabras que forman *El testamento de un excéntrico,* respectivamente.) Estaba claro que me frentaba a un coloso de los criptogramas. Pero, en mi aso, el paso del tiempo había jugado a mi favor. Yo disponía de una magnífica «herramienta» que hubiera hecho palidecer de gozo a Julio Verne: los ordenadores.

Yo sabía de la pasión del escritor galo por otro gigante: Leonardo da Vinci. Y había estudiado a fondo algunos de los crípticos manuscritos del renacentista. Leonardo, otro «iluminado», supo ocultar parte de su herencia literaria valiéndose de un ingenioso sistema: la escritura de derecha a izquierda y desde atrás hacia adelante...

Pues bien, mis sospechas resultaron más que fundadas. Tras varias semanas de paciente trabajo, la fórmula de Leonardo, unida a la secuencia matemática múltiplo de... Pero no. En esta ocasión no revelaré la totalidad del mecanismo que me condujo a la definitiva «traducción» del *Testamento de un excéntrico.* Sí ofreceré, naturalmente, el increíble resultado: el «testamento íntimo» de Verne, sus «confesiones», sus más profundas reflexiones en torno a una serie de sucesos y vivencias personales que, como veremos, marcaron su atormentada existencia. «Algo» de vital importancia para conocer a Verne. Al menos, para conocerle un poco mejor. Y no deseo revelar este pequeño-gran secreto por dos poderosas razones: porque entiendo que puede haber lectores con la suficiente curiosidad como para lanzarse a la fascinante aventura de descifrarlo por sí mismos (insisto en que mis libros deben ser participativos) y porque, según obra en mi poder, este oculto «mensaje» no se agota con el «testamento espiritual» de Verne... Otros «tesoros» y aventuras duermen aún, «a la sombra» del gran criptograma. Uno de sus herederos lo sabe bien.

Yo, Julio Verne

Confesiones del más desconocido de los hombres

«Mi viejo Julio..., hoy escribo para ti. Hoy, en Amiens (martes), 8 de febrero (1898), has entrado en los setenta. ¡Pobre culo de plomo! ¿Qué queda del andarín de antaño? Hoy —hubiera dicho Anne— estrenas un nuevo ciclo vital. Habría que corregirla. Los setenta años son preludio del final. Tú sabes que ella lo sabía... Pero nunca te lo hubiera dicho. La muerte te asusta y ella —que te sigue amando— era respetuosa. Dios la habrá bendecido, mi viejo Julio.

¿Y por qué esta senil manía de escribir para mí mismo? No te engañes. ¿Quién podrá descubrir y leer estas confesiones? Puede que nadie. Puede que sólo otro loco atormentado y solitario como yo. Imagina que tampoco es así. Imagina que estás en el umbral del definitivo adiós y que te debes unas líneas. Sí, te las debes, viejo Julio. Es hora ya de desnudarte ante la providencia. Aquí no hay testigos, ni lectores, ni familia, ni editor, ni razones de estilo... Escribo entonces para nada y para todo. Escribiré a vuela pluma. ¡Qué importa el orden y el concierto! Escribo para filtrar sentimientos y para intentar encontrar la paz que yo mismo me he negado. ¡Uf, qué alivio sentarse a escribir sin las demandas y las cadenas de un editor!

Espero que esta mano reumática responda. Los vértigos e indigestiones me tienen acobardado. Ya no soy lo que fui. Arrastro la pierna como una condena y hasta me cuesta subir a la guarida. He aquí otra razón para dejar en limpio el pequeño libro de mi existencia. La salud, como esas viejas y achacosas máquinas de vapor, arroja humo Por doquier. No sé cuánto resistiré. ¡Y queda tanto por hacer!

¿Empezar? Buena pregunta. ¿Por dónde empezar a contesar que mi vida no es lo que todos creen? ¿Feliz? Ni siquiera conozco el significado de esa palabra. ¿Un hombre en paz? ¡Pobre demonio! En paz sólo viven los vencidos.

¿Quién podría suponer que este viejo burgués, a pesar de sus triunfos, muere derrotado, sin amor y, lo que es peor, solitario? Pero todo eso es el final y la consecuencia de una vida hipotecada por la falta de valor. Así que, viejo Julio, mejor será que retrocedas y hagas balance...»

CAPÍTULO 1

Donde empiezo a escribir para mí • ¿Qué sé yo de Julio Verne? • Un «lapsus» en el certificado de nacimiento • La lectura de los astros • Elegido de los dioses • Mi próxima reencarnación

> Jules Gabriel Verne Allotte nace en la ciudad francesa de Nantes. en la Bretaña, en el número 4 de la calle de Olivier-de-Clisson, en l'Île Feydeau. El alumbramiento se registra el 8 de febrero de 1828, «a mediodía», según reza el certificado de nacimiento.[1]

«No puedo creerlo. Yo, Julio Verne, toda una vida sujeto a las demandas y a la tiranía de un editor y ahora, por primera vez, escribo sin amarras. ¿Lo soportarás, viejo oso? Una de las ventajas de esta navegación interior es que no hay rumbo. Y si lo hay, sólo Dios lo conoce. Allá Él.

Así que, para mi fortuna y reposo, dejaré las velas al viento...

Y bueno será empezar por uno mismo. ¿Qué sé yo de Julio Verne? Mejor dicho: ¿qué saben los demás? He leído y escuchado tanta calumnia, desatino y mala fe, que si mi adorada madre levantara la cabeza caería nuevamente muerta... La estupidez humana es así: sin límites. La gente habla y juzga sin conocimiento, buscando empañar y ensuciar la imagen de aquellos que, acertada o desacertadamente, han sido fieles a su destino. ¡Mala consejera la envidia!

Y yo, a mis setenta años, ¿qué sé de mí mismo?

No caeré en esa tentación. No proclamaré mis excelencias, ni tampoco los defectos. Acudiré a otras fuentes. Que sean otros —con datos en la mano— quienes dibujen el perfil de este viejo oso con chepa...

¿Quién mejor que Anne? Ella me abrió las puertas que permanecían cerradas. De esto hace ya más de veinte años... Esta normanda —seguro— fue empujada a París por el sutil viento de los cielos. Estaba escrito que la conociera. Paciente y amorosa, me enseñó a leer en las estrellas. El terreno estaba abonado. Otros, antes que *Amadine,* me iniciaron en la ciencia de la astrología. Aquí y ahora puedo decirlo: esos cretinos y burriciegos que se autoproclaman "científicos" desprecian e ignoran a su propia madre. Porque, en realidad, ¿qué son los astrónomos? Hijos de la astrología.

¡Qué prehistórica y ciega sociedad la que me ha tocado en suerte! No ve más allá de sus bolsillos. Y yo he sido un cobarde al someterme al balido de ese rebaño que jamás levanta los ojos hacia el sol que hace crecer su alimento. La ciencia y las religiones, mal entendidas, están amordazando al hombre. ¡Qué bueno y oxigenante perderse así, en disquisiciones sin lastre!

1. La información contenida en recuadro no forma parte de las «confesiones» de Julio Verne. Estos datos biográficos del escritor galo encabezan los diferentes pasajes de su «testamento espiritual», en un intento de esclarecer y complementar los temas desarrollados por él en cada uno de estos capítulos. *(N. de J. J. Benítez.)*

¿Decía algo de las estrellas? Sí, viejo y despistado oso: decías que Anne, la astróloga, sabía más del auténtico Verne que el propio Verne.

¿Dónde lo habré puesto?... Esta guarida empieza a preocuparme. Nada está en su sitio...

Sí, claro, sobre el camastro. Cuando uno llega a cierta edad, lo único importante... Pero veamos: ¿qué dice el estudio astrológico de Anne? Debo confesar que me impresionó. Ni yo mismo me hubiera retratado tan íntima y fielmente. Ésta sí es la "verdad" de un supuesto triunfador. Nací en Nantes un 8 de febrero de 1828, a las 13 horas y 39 minutos (tiempo de Greenwich, claro). Longitud: Iº 33' W. Latitud: 47° 13' N. Siempre me gustó la precisión. Y en este caso, en el instante del nacimiento, con más motivo. Mi madre, pobrecilla, nunca supo la hora exacta. Pero mi padre, obsesionado y esclavo de la puntualidad, vino a salvar la situación. Todo el mundo debería anotar y guardar como un tesoro el momento exacto de su ingreso en este planeta. Años después, cuando fui consciente de todo esto, pensé rectificar el gravísimo *lapsus* del certificado de nacimiento. Alguien, con orejeras de burro, ha escrito que Julio Gabriel Verne vino a la vida "al mediodía". No lo cambié. ¡Que los embaucadores y malos astrólogos sigan creyendo necedades sobre mí!

Soy, pues, un acuariano, con el ascendente en 10 de Cáncer.

Al principio —Anne lo sabía— no concedí excesivo crédito a este lenguaje. Los resultados me harían cambiar de opinión. Y sigo leyendo:

"... el Sol en Acuario da enorme avidez intelectual. Deseo de saber y de analizarlo todo..."

¡Fiel retrato de un oso que ha perdido los ojos en las bibliotecas! ¡Bravo por Anne!

"... pero su posición 'domal' señala que sus vuelos intelectuales serán de altura..."

¿Vuelos intelectuales? Sí, pero subterráneos. Y no por mi placer. Hetzel, mi editor, que Dios tenga en su gloria, no hubiera aceptado uno solo de mis verdaderos sueños. ¿Alquimia, iniciación, tarot, Cábala?... Ésos han sido mis vuelos intelectuales. Y todos yacen sepultados bajo el obligado disfraz de la aventura. No, en esto te equivocas, querida Anne. Nunca fui un intelectual y menos de "altos vuelos". Culo de plomo sólo ha volado en el globo de la anticipación. ¡Y bien que lo he pagado! También me referiré a ello, espero. ¡Son tantos los hilos de mi vida que quiero trenzar!

¿Debo obviar las posiciones de los planetas y de las estrellas fijas en mi carta astrológica? No lo haré, en tu honor. Además, quién sabe, quizá otro loco descubra mi último juego... Démosle entonces todas las claves.[1]

1. Para los avisados. Éstas fueron las posiciones de los planetas en el momento de mi nacimiento: Sol, en 18° 48' Acuario; declinación 15° sur. Luna, en 16° 00' Escorpión (14 sur, conjunta a Júpiter). Mercurio, en 22° 50' Acuario (15° sur). Venus, en 18° 27' Piscis (5 sur). Marte, en 0° 35' Sagitario (19 sur). Júpiter, en 13° 46' Escorpión (14 sur). Saturno, en 14° 26' Cáncer (22 norte). Urano, en 29» 47' Capricornio (20 sur). Neptuno, en 17° 04' Capricornio (21 sur). Plutón, en 4° 48' Aries (13 sur). Nodo Norte Lunar, en 28° 37' Libra. Posiciones de las estrellas fijas: Sirio (primera magnitud), a 2° del ascendente. Altair (p. m.), conjunta a Urano. Achernar (p.m.), conjunta al Medio Cielo. Isidis (segunda magnitud), conjunta a Marte. Deneb (tercera), conjunta a Neptuno. Ascella (tercera), conjunta a la cúspide de VII. Albireo (tercera), conjunta a Urano. Sadalsund (tercera), conjunta a Mercurio y Deneb Algedi (tercera magnitud), conjunta a Mercurio.

Dice la astrología que Acuario es un signo de Aire. ¡Cierto! He aquí un hombre de Aire, un hombre que apostó por lo irreal, por el mundo de la mente y por la metafísica. Y como ha dicho Nietzsche, "heme aquí, convertido en un albino del concepto". ¡Peor que eso! El "aire" que envuelve mi signo me ha hecho un solitario, rechazando cualquier apoyo exterior. He sido poderoso en mi soledad. Yo he creado un universo, el mío, que nada tiene que ver con el universo real. Pero ¿qué es lo real? ¿Quién puede pretender monopolizar la verdad?

"... Orgulloso espiritual, con conciencia de no poder pertenecer jamás a la masa..."

Nuevo acierto. Y no por mi voluntad, sino por destino. Así fue escrito en las estrellas, mucho antes de mi nacimiento. Por más que lo he procurado, jamás lo logré. Nunca pude hacerme plebe. Ellos me leen, pero no han descubierto aún que mis libros, bajo la epidermis, se ríen de su mediocridad.

Quizá la palabra idónea para definirte sea esa que estás pensando, viejo oso engreído: ¡elegido! ¿Y por qué no? Elegido de los dioses, no por tus méritos presentes, sino por los pasados; los que te adornaron en otro tiempo y en otra lejana "patria"... Y ahora, aquí, en este tempestuoso mundo, te ha tocado iluminar a otros. Elegido e iluminado, que no loco. Los primeros siempre son sensatos.

"... Amable y benévolo —dice mi carta astrológica—, pero con una repugnancia interior por todo lo ordinario y vulgar, que en mi caso, además, se ve multiplicada por la influencia de Júpiter..."

Nada que objetar. Con los años, esa benevolencia instintiva y natural se ha hecho obligado y cotidiano tributo. Pero no por mi santidad, sino por una dilatada observación de la naturaleza. Y es lógico que rechace lo vulgar. Este «progressus in simile» (progreso hacia lo semejante) es la antítesis de los elegidos. Los hombres luchan por parecerse los unos a los otros, sin comprender que eso es lo vulgar. A mis setenta años no puedo ni deseo cambiar...

"Imprevisible", dice Anne en su estudio. ¡Sí! Nadie se aburre al lado de un atormentado. La Luna me hechizó. Y paso de la euforia a la melancolía, al margen de mi voluntad. Es el sino de todo nativo lunar.

"Intuitivo, original y altruista."

Dejaré que los hechos, conforme vayan apareciendo, le quiten o le otorguen la razón.

"... Julio Verne ama la libertad y el progreso..."

Sí, querida Anne: he amado la libertad, pero no supe conquistarla. Los hombres como yo deberían vivir independientes de toda atadura que no fuera su propia obra. La libertad es privilegio de los fuertes y de los audaces. Y yo, lo sabes bien, seré juzgado algún día como un cobarde, que tuvo la libertad en sus manos y la dejó escapar.[1]

En cuanto a esa palabra mágica y por el momento incomprendida —"progreso"—, hace tiempo que entré a su servicio. La humanidad cambiará. Y algún día, no muy lejano, el progreso será recibido como un moderno maná. La ciencia y la técnica custodian esa llave. Hoy todavía el oscurantismo eclesiástico hace dudar a los sembradores de progreso. Pero toda religión, régimen político o cultura que se opongan al signo de los tiempos serán demolidos. Soy extremista, aseguras. Lo fui. Ahora, ya no sé... Practiqué el más puro de los anarquismos, aunque muy pocos lo han sabido. En mis libros está. Pero no entremos aún en la inevitable basura de la política. Si es posible, incluso, la evitaré. Un extremista, y me disculpo con ello, del espíritu. También lo he sido en otras parcelas de la vida, pero con discreción. De algunas me arrepiento. ¿De cuáles? De mi absurda postura respecto a las mujeres. Fueron cosas de juventud... Sí, de las mujeres y del amor estoy obligado a escribir. Pero ¿por qué separar ambos conceptos? Ya veremos...

1. [Véase nota en siguiente página.]

Extremista en el trabajo. Ahí no caben excusas. Más que extremista, un tirano. Más que un tirano, un suicida. Quizá el mundo que lee mis "Viajes extraordinarios" no sepa jamás que este viejo oso cometió la gran torpeza de "suicidarse"... por el trabajo. He ahí otro interesante tema de conversación conmigo mismo. ¿Por qué mi obra es tan prolífica? ¿Por afán de notoriedad? ¿Por ambición? ¿Por dinero? ¿A causa de una imaginación desbordante? ¿Por culpa de un editor absorbente? Bueno, de todo hay. No me engañaré a estas alturas del negocio. Pero, desde hace ya unos cuantos años —a mí me parece una eternidad—, el motor, causa y razón de tan extensa producción literaría es el "suicidio". Dicho está. ¿Recordarás que debes volver sobre ello? Lo dudo, viejo oso...

(Nota de F. Lara, editor.)

Concluyo este apunte astrológico con varias características del alma que no conviene ocultar.

"...Curioso, autodidacto, privilegiada imaginación, mente clara e intuitiva..."

Sí, aunque me ha servido de poco. Esa curiosidad, esas miles de horas de estudio y lectura en las bibliotecas, esa imaginación sin fronteras y la frialdad de mente deberían haber estado al servicio de la iluminación de los hombres. Mis libros, en cambio, son recomendados a jóvenes y adolescentes y marcados como meros relatos de aventuras. La crítica no es del todo culpable. Lejos de sepultar esa "iluminación iniciática" bajo el ropaje de la aventura, debería haber escrito sin rodeos. Abiertamente, como hacen los valientes. ¿Qué importa que la sociedad no esté preparada? Ésa era mi obligación: disponerla para el gran cambio, el del espíritu. Y me acerco al final sin haberlo intentado siquiera. ¡Mal juicio me aguarda! Mi próxima reencarnación no ofrece dudas: deberé escribir sobre aquello y "aquellos" que duermen en mis archivos. ¡Mala cosa traicionarse a sí mismo! Mala cosa... De nuevo —ya ves— la falta de

valor...

Y cierro con otro dato curioso. Anne aseguraba que en la carta de Julio Gabriel Verne domina el elemento AGUA. La astrología, cuando se estudia e investiga con seriedad, es una caja de Pandora. Ese elemento hace de mí un hombre romántico, sentimental y emotivo. ¡Mil veces cierto! He vivido y gozado el romanticismo del mar. Ahora sólo me quedan mis caracolas, como una burla del destino... ¿He perdido el romanticismo de antaño? No, soy yo, en mi vejez, quien se ha perdido a sí mismo. Desde el "accidente", la cojera que arrastro como una mala condena me ha envenenado. No sé dónde beber un poco de paz. Todo sobra a mi alrededor. Soy huraño. Hablo con las paredes. Me desprecio.



¿Sentimental y emotivo? Quizá en la mirada se adivine aún el rescoldo de lo que fui. Amé profundamente. Amé con pasión, pero fui engañado. Después he sido amado, pero, impotente, no he sabido corresponder. ¡Qué extraño juego el del amor! Hubo un tiempo en que todo lo procedente del corazón era prioritario para este devorador de sueños. Entonces era un hombre superior: podía razonar y sentir a un tiempo... La miseria me derrotaba. El canto de los vientos entre las velas era mi descanso. Mi alma se emocionaba con una sonrisa, con una bella mujer o con el indescriptible placer de la creación. Y durante esa juventud fui un hombre justo. Porque justos son los sentimientos, que no saben ni se entregan a retorcidas reflexiones. Fui un creador porque, sencillamente, creía en el amor. ¿Qué resta ahora, viejo oso? ¡Miseria! ¡Un pozo seco! ¡Insensatos todos los que estrangulan el amor! Al perderlo, perderán también la sensibilidad. Y sus almas —como la mía— se tornarán imbéciles.»



CAPÍTULO 2

En el que hablo de mis defectos (sólo de algunos) • «El cubo vacío siempre está encima» • Burgués de nacimiento y crianza • Me acuso de «no haber vivido» • Vanidoso y cojo: ¿puede haber peor castigo?

Para la mayoría de los biógrafos y estudiosos de Verne, Dimitri Nicolef, uno de los héroes de *Un drama en Livonia* (novela publicada en 1904), es el vivo autorretrato —físico y moral— del propio Julio Verne. ¿Cómo era el genial escritor a la edad de sesenta años? Él mismo nos hace el siguiente cuadro: «De estatura por encima de lo normal, la barba grisácea, la fisonomía bastante dura, la frente cruzada por arrugas como surcos donde no se puede sembrar más que ideas tristes y preocupaciones punzantes, de una constitución vigorosa, así es como se presentaba. Pero de su juventud había conservado una mirada penetrante, una voz llena y mordiente...» (Una voz, como ha escrito su nieto Jean-Jacques Verne, que suena en el corazón.) En lo concerniente a los rasgos morales, Verne, a través de la descripción de Nicolef, se autodefine así: «Desde hacía algún tiempo, parecía tener graves preocupaciones. Pero muy hermético, poco comunicativo, no se abría a nadie, ni siquiera a sus hijos ni a su fiel de siempre, Hamine. Sin duda era en el trabajo, en un trabajo obstinado, donde se refugiaba, sin duda con la esperanza de olvidar.» (Capítulo III.)

«¡Ya está bien de excelencias! ¿Qué haces tú, viejo oso, cantando tus virtudes? También la astrología señala defectos.

Y los tuyos son como los tornados: negros, temibles y arrasadores. No te engañes. Escribes para ti... y para ese "loco" que algún día te descubrirá. Soy vanidoso. Y aún lo fui más. Lo he sido con las mujeres. ¿Quién puede reprocharme una sola arruga en mis trajes? Durante años me he considerado el mejor. Y he alardeado de ello. He sido recibido, agasajado y adulado por príncipes, nobles, plebeyos y hasta por el muy santo padre de Roma. ¡Qué triunfal crucero aquel de 1884! ¡España, África del norte e Italia se postraron a mis pies! Y hasta el Papa me encumbró a la gloria, fascinado por la alta espiritualidad de mi obra. ¡Qué solemne estupidez! En las decenas de libros que llevo escritos, jamás he mencionado el Evangelio. ¡Buen asunto éste, el de Jesús de Nazaret! O mejor, viejo Julio, ¡buen fracaso! ¿En qué estaba? Sí, en la vanidad. Así era yo: pretencioso, fanfarrón e inaguantable. Tan insoportable como esas mujeres que se creen irresistibles. Pero la vanidad, como los delitos, termina por descubrirse. Y el vanidoso, éste es mi caso, es arrinconado a la corta o a la larga. Keller lo ha descrito a la perfección: "La envidia, la avaricia, la pereza y la inclinación a difamar son vicios que pueden ser domados. La vanidad, en cambio, es indomable.

Y transforma al hombre en un ser distinto al que propiamente desearía ser." Un sabio proverbio alemán me define a las mil maravillas: "El cubo vacío siempre está encima."

Anne y la astrología llevan razó: los Acuario no conocemos el término medio. Unos son tontos y otros, como yo, genios...

Pero esto no es lo peor. ¿Quién puede imaginar al célebre Julio Verne, autor

internacional, forjador de héroes y de audaces y humanitarias aventuras, como un ser cobarde, neurótico y egoísta, que ha valorado a sus semejantes por lo que tenían y no por lo que eran? Ahora sí eres valiente. Aunque, como siempre, un poco tarde...

Burgués de nacimiento y de crianza, jamás tuve presente el punto de vista de los desposeídos. ¡Fatal error! Pero ya es tarde para rectificar. La miseria humana me conmueve, pero jamás hice nada por remediarla. Digo yo que en mi siguiente reencarnación deberé pagarlo. Naceré pobre. Y seré quizá un desheredado más. Y yo me pregunto: ¿será ésta la razón por la que nunca escribí sobre

el gran desposeído? Me voy de este mundo —lo confieso con humildad— con varias y agudas frustraciones. Pues bien, una de ellas tiene nombre propio: Jesucristo, el gran desheredado. Me aterra hablar de Él. Pero, tarde o temprano, deberé enfrentarme a la verdad de su vida y de su mensaje. Si no ahora, más "adelante"...

Sin embargo, el peor de mis defectos no tiene nombre. Puede describirse con tres sencillas palabras: "no haber vivido". No supe hacerlo con mi hijo Michel. Fui un padre insoportable, que descuidó lo único que merecía la pena: "vivir con y para él". Y no tardé en pagar un alto precio. Tampoco supe "vivir" el amor. Y me autoencarcelé en un matrimonio por interés. Y cuando ese amor, auténtico y sincero, llamó a mi puerta, el miedo lo acuchilló por la espalda. Ni siquiera he sabido vivir para mi obra. Editor y lectores creen lo contrario. Pero yo soy el único que lo sabe. Vivir para el trabajo no significa que ese trabajo me satisfaga. ¿Quién puede entender semejante y aparente contradicción? Únicamente los que han entrado en el camino de la iniciación. Ésos, por la "luz" que han recibido, están obligados a ser valientes y a declarar cuanto conocen. ¿He derribado yo alguno de los muchos tabúes de esta anquilosada sociedad? No. Tímidamente, eso sí, he enterrado mis "secretos" bajo las palabras. Pero no es suficiente. Pude escribir con claridad. Pude escandalizar y debí hacerlo. Pude hablar de "otros mundos"...

¡Viejo oso, estás acabado! Como los asnos, te has acostumbrado a decir siempre "sí". "Benditos los que disponen de lenguas y estómagos rebeldes y selectivos." Éstos, al contrario de los cerdos, seleccionan bien su alimento. Mi único consuelo es que, en el fondo, muy en el fondo, mis libros gritan "no". Pero para descubrir esa inconformidad de espíritu se necesitará un largo y laborioso proceso. Quizá las futuras generaciones sepan de qué estoy hablando. Pero esto no era lo pactado.

Y ahora que lo pienso, ¿debo también describirme? No le veo sentido. Mas un hombre vanidoso no puede desaprovechar tan preciosa ocasión de autoadularse.

Poco queda ya de aquel joven enjuto, de talla media alta, que hizo las delicias de las damiselas de París. La obesidad castiga ahora esa vanidad. No podía ser de otra forma. He comido y bebido sin medida. Hoy, mi sastre y mi Perímetro abdominal son encarnizados enemigos.

¿Qué decir de mi rostro? Largo es, con un mentón pronunciado, unas mejillas que se derrumban de puro viejas y una frente y unas cejas altas; demasiado para mi gusto. Aquélla, cruzada de arrugas, como mi corazón. La barba nevada apenas disimula la papada. De las canas, ¡para qué hablar! Están ahí desde los veinte años... Los cabellos nacieron castaños y ondulados y despeinados. Y ahí siguen, creo, porque hace tiempo que no me hablo con el espejo.

Nariz recta, aunque malograda en su extremo. Los ojos claros, como buen bretón y, dicen, todavía vivos y penetrantes, como en mi juventud. Los más benevolentes se empeñan en considerar que los años han dulcificado esa mirada.

No tuve fortuna con la piel, frágil como la luz y moteada como la de un felino. Las manos, cortas de origen, se han vuelto torpes a causa del reuma. Los galenos han bautizado esa maldición como el "calambre del escritor". ¡Son como niños! La pluma de ave pesa ya tanto como mi conciencia. De seguir así no habrá más remedio que dictar. Si unimos a esto una irreverente aerofagia, vértigos, una puntual parálisis facial, la indigestión crónica y el lacerante

dolor de huesos, el cuadro estará casi completo. De la cojera, mejor ni hablar. ¡Cuán sabia es la providencia! Te devuelve el ciento por uno de lo que has sido y de lo que no has sido. ¿Qué peor castigo para un presuntuoso que llamar la atención del mundo a golpes de su bastón? ¿He olvidado los quistes en los ojos y el reuma en el hombro y brazo derechos? Mejor no seguir con la descripción de esta piltrafa...»

CAPÍTULO 3

El origen de los Verne y de los Allotte • De cómo he vencido al inmortal Hornero • Un noble arquero en la familia • Mi origen judío: una patraña

El padre de Julio Verne, Pierre, aunque nacido en Provins, terminaría instalándose en la ciudad de Nantes. Allí abriría su despacho de abogado. Un año más tarde, en 1827, contrae matrimonio con Sophie Allotte de la Fuye, de una acomodada familia de armadores.

«¿Cómo no hablar también de mi familia? Se han escrito y propalado tantos infundios sobre el origen de los Verne que necesitaría una vida para desmentirlos uno a uno. El asunto no puede ser más simple. Lo dije el 22 de febrero de 1891 en el discurso ante la Sociedad de Agricultores de Amiens: "Cuando remonto la escala de mis antepasados veo en ella militares, magistrados, marinos, abogados..."

Puedes sentirte orgulloso, viejo oso. Incluso —¡oh vanidad de vanidades!— has vencido al inmortal Hornero. "Siete ricas ciudades se lo disputaron muerto; pero Hornero, en vida, mendigó el pan." Hoy, en 1898, otros tantos pueblos reclaman la paternidad del origen de los Verne: provenzales, bretones, los causos, Nantes, la Isla de Francia... y hasta los judíos. Tú, a diferencia de Hornero, no has mendigado el pan. Casi todos llevan parte de razón. Con certeza, desde el siglo XVI, generaciones de "Vernes" se han encumbrado en París, Ardeche, Nantes, Suiza y en Provenza. Los Verne llevan la semilla de los celtas, y eso los hace inquietos, viajeros y puede que de sangre real. El nombre de Verne o Vergne equivale a *aulne,* en celta. ¿El rey de los Aulnos?

La providencia está en todo. Y fuimos bautizados con el hombre de un árbol —el *verne*— cuyo florecimiento se anticipa a la primavera. Este "Verne" también se ha anticipado a los tiempos. La historia lo dirá. En otros dialectos, la grandiosidad del árbol se ha visto humillada a simple "matorral"...

Sueños y especulaciones aparte, de lo que no hay duda es de que mis más próximos ancestros, tanto por vía paterna como materna, han pertenecido a la clase burguesa, con fortunas amasadas gracias a la tierra. Algunas, como la de mi tía-abuela Charrüel, con propiedades superiores a las veinticinco hectáreas. ¡Qué asombrosa familia! Labradores, navegantes, comerciantes y ahora, para sonrojo de muchos, ¡un escritor! ¿Cuántos lectores pueden imaginar que esta profesión mía ha sido íntima y permanentemente despreciada por el clan de los Verne y de los Allotte? Por cierto, mi vanidad me obliga a recordar el incuestionable y noble linaje de mi adorada madre. Por mis venas corre sangre escocesa. No mucha, supongo. Y este privilegio se debe a un tal Allott, que llegó a Francia con la guardia escocesa del rey Luis XI. Los servicios del esforzado Allott debieron de ser tan nobles que el monarca tuvo a bien concederle el "derecho de Fuye". Así nace Allotte, señor de la Fuye, cerca de Loudun. Tal privilegio real autorizaba a la construcción de un palomar. Y el arquero escocés levantó su castillo, aportando al clan una nobleza regalada. Pero, ya se sabe, "a caballo regalado..."

Las familias Verne-Allotte han sabido consolidar sus respectivos clanes. Mas no por razones económicas, políticas o de sangre, sino merced a la santa madre Iglesia católica,

apostólica y romana. En nuestras respectivas casas se es primero católico; después, según corran los vientos, realista, bonapartista, legitimista, republicano... Incluso yo he "militado" en una "rabiosa tendencia ultrarroja". Me divertiré al recordar tan flagrante sacrilegio. Y por encima de evoluciones, revoluciones e involuciones sociales —aceptadas por los Verne-Allotte, siempre y cuando puedan resultar provechosas para las arcas domésticas—, lo nuestro ha sido el orden. ¡Ay del miembro familiar que desafíe el orden establecido! ¡Ay de Julio Verne, que tuvo la osadía de desafiar la sagrada autoridad paterna!

Y antes de pasar a otros asuntos, un breve apunte sobre mi cacareado origen judío. El destino, viejo oso decrépito, intentó burlarse de ti. Veremos si yo alcanzo a burlarme de él.

La patraña nació hace veintitrés años. En el otoño de 1875, un tal Olszewicz me remitía dos cartas certificadas desde Roma. Al principio lo tomé a broma. Poco después, al verlo aparecer en mi casa, en Amiens, comprendí que estaba ante un oportunista. Este judío polaco, renegado por más señas, me largó la siguiente andanada:

"Señor, lo sé todo sobre vos. Sois un judío polaco, nacido en Plock. Vuestro verdadero nombre es Olszewicz, que procede de Olszo y que significa *aulne.* Vos habéis afrancesado vuestro nombre, convirtiéndolo en Verne, antigua palabra que designa también al *aulne.* Habéis abjurado de vuestra religión en Roma, en 1861, en el convento de los padres resurreccionistas, con el fin de casaros con la princesa polaca Kryzanowska. Pero rotos los esponsales, el Vaticano consiguió para vos del gobierno francés un puesto en el Ministerio del Interior. Estáis totalmente integrado en Francia y habéis llegado a ser el gran escritor que sois renegando y ocultando cuidadosamente vuestro origen..."

No tuve que esperar mucho para comprender que aquel individuo, con un enfermizo afán de notoriedad, sólo buscaba mi dinero... En París, adoptando el nombre de Julien de Verne, este prófugo polaco intentó usurpar mi personalidad con la esperanza de que abonara sus facturas.

¿Qué fue lo que hice? Dos cosas: seguirle el juego, "añadiendo" detalles que ni el mismo Olszewicz estaba en condiciones de conocer. Por ejemplo: la princesa no se llamaba Kryzanowska, sino Cracowitz. Además no hubo boda, sino rapto. Y en una pelea de enamorados, la princesa terminó por arrojarse al lago Leman... El pobre diablo quedó tan confuso que no volví a verle.

Y puesto que me sorprendo a mí mismo hablando de judíos, ¿a qué negarlo? He sido, soy y moriré antisemita. Nadie podrá convencerme de lo contrario: la miseria del mundo tiene su raíz en la avidez de esa raza maldita.

En 1877, dos años después de la pesada broma del judío polaco, di cumplida respuesta a los que creyeron en mi supuesto origen judío. Mi novela *Hector Servadac* habla por sí misma... Y poco o nada me importó la airada protesta de Ladoc Kahn, el gran rabino de París. Hetzel me hizo llegar su carta,[1] pero no me digné siquiera contestar. Lo siento por Shakespeare, Heine y mi no menos reverenciado Federico Nietzsche. Sí, los judíos tienen ojos, manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos y pasiones. Pero todo ello al servicio del máximo beneficio individual y colectivo. Las otras razas, los demás, sólo existen en la medida en que pueden ser "medidas, pesadas, vendidas o compradas"...»

1.«Notad bien, señor —escribe el rabino al editor de Verne—, que no tengo la intención de restringir, en un interés de campanario, la libertad de escribir y de hacer reír a expensas del vecino. Pero lo que se permite en un libro o en el teatro no puede aparecer sin inconveniente en un periódico que se dirige a la juventud... ¡Cómo queréis que haga leer a mis hijos, que son desde hace tiempo vuestros fieles abonados, el último relato de Julio Verne, tan ofensivo para todos los judíos! Diría lo mismo de los niños de nuestros diferentes establecimientos de instrucción abonados gracias a mi interés a vuestro agradable periódico y que reciben cada día una gran alegría de leerlo. Y en cuanto a la juventud de otras confesiones, ¿es prudente, señor, es justo inculcarles semejantes ideas sobre una clase tan

numerosa de conciudadanos y alimentar en ella los prejuicios que se traducirán más tarde en la vida? Temo mucho que para más de un joven lector del señor Julio Verne, el judío, incluso el más honrado y el más desinteresado (¡porque existe, a Dios gracias!), siga siendo siempre una especie de Isaac Hakhabut. ¿Es esto lo que ha pretendido el célebre escritor? Temería molestarle con esta sola suposición...»

(N. de J. J. Benítez.)

CAPÍTULO 4

En el que cuento algo de mi infancia • De cómo el muelle Jean-Bart despertó mi pasión por la mar • Un encuentro que jamás conté • Mi primera maestra, heroína entonces y después • El azar, una blasfema palabra

La infancia de Julio Verne transcurre en la isla de Feydeau, un barrio burgués, a orillas del Loira, abierto al mar y a un intenso tráfico de hombres y mercancías procedentes de todos los continentes. Su frustrada vocación marinera germinaría precisamente allí, frente al bosque de mástiles y velas del muelle Jean-Bart. La señora Sambain, su primera maestra, influiría notablemente en el espíritu aventurero y marinero del pequeño Verne.

«Hablar de mi infancia es hablar del mar. En el fondo, yo fui el responsable del primer cambio de casa de mis padres. Mi nacimiento, acaecido en el domicilio de mi abuela materna, decidió a mis padres a buscar un nuevo hogar. Así fue cómo se instalaron en el número 2 del muelle Jean-Bart, muy cerca del despacho del flamante y ambicioso procurador de los tribunales Pedro Verne, hijo a su vez de un juez de Provins, Gabriel Verne. De éste, mi abuelo, heredaría el nombre. Pero jamás he firmado como Gabriel. En realidad, mis preferencias "angélicas" se inclinan por otro Superior Desconocido: Miguel.

Allí, en la isla de Feydeau y en el muelle, se abrirían mis ojos al mágico mundo de la mar; sí, mar en femenino... Marineros, armadores, comerciantes, aventureros y traficantes de mil pelajes fueron desfilando ante un niño que tuvo la desgracia de ser el primogénito. Paul, mi hermano, nacería al año siguiente, en 1829. Esa primogenitura truncaría mi más genuina vocación: la mar. Feydeau de Brou debió de estremecerse en su tumba...[1]

Era lógico que un acuariano como yo, con una tradición marinera en la familia y una permanente tentación frente a mi ventana, aspirase a comerciar con especias, cocos, maderas nobles, sedas o salazones de pescado.

1. Nantes, la ciudad natal de Verne, conoció su época dorada en el siglo XVIII. En especial, durante la regencia. Un siglo antes del nacimiento del escritor, la isla de Feydeau no era otra cosa que un mísero islote arenoso. Pero una nueva clase social —los terratenientes de Santo Domingo que habían amasado grandes fortunas con la trata de esclavos negros— decide comprar e instalarse en la pequeña isla del Loira. Veinticuatro de estos «plantadores de caña» adquieren el islote y Feydeau de Brou, el intendente de la Bretaña, firma el acta de compra, proporcionando su nombre al floreciente territorio. Con la abolición de la esclavitud y el fracaso de la célebre Compañía de Indias, la casta de los plantadores terminó por ceder sus propiedades, y la isla, a otra no menos pujante clase: la burguesía. Hoy, víctima del progreso que anunciara el propio Verne, esa isla ha dejado de existir.

(N. de J. J. Benítez.)

Viejos lobos de mar, balleneros, carboneros y decrépitos traficantes de esclavos y contrabando discutieron, cantaron y se emborracharon a las puertas de mi casa. Ése fue mi cotidiano paisaje durante los felices años de mi infancia. ¡Cómo no enamorarme de la mar! ¡Cómo no soñar con singladuras en veleros y vapores! ¡Cómo no crear al capitán Nemo! Toda mi obra rezuma salitre; el que no pudo blanquear mi rostro ha blanqueado mis libros.



¡Lástima de memoria! Nunca fue buena y ahora, al final de la travesía, mucho menos. Me cuesta rememorar. Parece como si una espesa niebla cubriera aquellos años de la adolescencia. Y creo saber por qué. Contaré lo poco que intuyo.

Fue al atardecer, al abandonar las clases de la señora Sambain. Este viejo oso debía contar seis o siete años. Mi hermano Paul, enfermo, no pudo acompañarme. Y en el camino de vuelta al muelle de Jean-Bart sucedió algo singular y premonitorio. Años después, al entrar en el mundo de la iniciación, supe que aquel Superior Desconocido sería mi guía y protector hasta el final de mis días. Ante mí surgió un ser de luz, de altísima y corpulenta talla, de largo y albino cabello y rostro como tallado en piedra que me habló sin palabras. Su vestimenta no era como la nuestra, aunque calzaba altas botas doradas. Sus ojos asiáticos me impresionaron y todo mi cuerpo se estremeció por el terror. Jamás he logrado recordar sus palabras, ni tampoco su extraño nombre, aunque sé que tiene algo que ver con "Axel", "Axal" u "Oxal". ¡Qué puede importar eso! Y tan furtivamente como se presentó ante mí, así desapareció. Mi pánico fue tal que mi vientre se descompuso, llegando a casa en una más que comprometida situación. La reprimenda por ensuciar los calzones fue mayúscula... Pero yo guardé el secreto y, con el tiempo, el asunto se desmoronó en un granítico olvido. Quizá fue mi propia mente asustada la que rechazó el misterioso encuentro. Desde entonces, a pesar de la niebla que cubre el incidente, supe que no sería como los demás hombres. El destino tenía planes especiales para mí. Y así ha sido...



La escuela de la señora Sambain sí ha pervivido en mi memoria. Durante dos años —de 1834 a 1836— hizo las delicias de mi hermano y de este marinero en ciernes. ¡Viejo oso, qué fascinante y cruel es el destino! Mi primera escuela no fue otra cosa que un permanente "sueño marino" y un apasionado romance con la mar. El marido de la señora Sambain, un capitán de altura, había zarpado de Nantes treinta años atrás. Pero su estela seguía intacta en el alma de aquella buena mujer. Jamás volvió a saber de él. Eso poco importaba. El recuerdo del capitán Sambain llenó nuestras vidas y alimentó los sueños de aquellos niños. Yo lo imaginé mil veces en una isla desierta, consumido por la nostalgia. El azar —¡qué palabra tan blasfema!— se encargaría de sembrar en aquel Julio Verne de seis años dos semillas que, con el tiempo, crecerían entrelazadas, formando un solo árbol; un solo "Verne": el curioso del mar y el curioso de las islas. Y ese azar —maravilloso apodo de Dios—, disfrazado en esta ocasión de señora Sambain, depositaría en mi memoria una odisea que lleva por título *La señora Branican,* aparecida hace ahora siete años. Esta novela y su heroína nacieron gracias a mi primera y dulce maestra, la señora Sambain.

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

¿No debería dedicar unas líneas al azar? Hace tiempo que sé que la casualidad no existe. Mi vida, como todas, está repleta de increíbles casualidades. Para muchos de mis semejantes, quizá para la mayoría, el "acaso" y el azar son obligados e inevitables compañeros de viaje. Lo bueno, lo malo y lo mediocre lo atribuyen a esa casualidad, sin intuir que el Orden Superior jamás descuida el Orden Inferior. Si el azar existiese como tal, Dios sería cojo o tuerto... ¡Ciegos y engreídos! ¿Acaso podéis pensar que Julio Verne escogió la pluma por azar? ¿Creéis que renuncié a mi vocación marinera por culpa de la casualidad? ¿Estimáis acaso que nací en esa familia porque sí? No, todo está escrito en el Libro de las Estrellas. El gran Mazzini lo ha expresado antes y mejor que yo: "La palabra azar no encierra sentido alguno, y no fue hallada más que para expresar la ignorancia de los hombres sobre ciertas cosas. La vida, en su desarrollo progresivo, revela un designio inteligente."

Mi padre no fue una casualidad. Mi primera maestra y sus relatos no son atribuibles al azar. Mi pasión por la mar tampoco fue gratuita. Aquel encuentro con un Superior Desconocido, muchísimo menos... Y que alguien, quién sabe cuándo, pueda tener acceso a estas "confesiones", tampoco es consecuencia del azar.

Más ¿no me estaré precipitando? Estas reflexiones encajarían mejor en otro momento. ¿Será casualidad que hable ahora de ello? ¡No tienes arreglo, maldito oso! El cinismo corre por tus venas...»



CAPÍTULO 5

Verne, el "profeta de la ciencia» • Pero si yo no inventé nada • Un muelle, un cofre, una moderna Penélope y un tío pintor: no busquéis otras claves • "El rey del recreo» • Otro gran secreto: lo mío es pintar

> Verne aprende a escribir alrededor de los seis años. De esa época (1836) data un significativo documento, escrito por un Julio Verne de ocho años, que apunta ya un especial interés por los revolucionarios inventos que surgen en Europa y América. La carta, primer testimonio autógrafo conocido, fue rescatada por Margarita Allotte de la Fuye, biógrafa y familiar de Verne. La misiva, dirigida a su tía Châteaubourg, dice literalmente (han sido respetadas las faltas de ortografía): «Madame de Châteaubourg, 3.er piso en l'Orient. Te ruego que vuelvas a vernos, porque yo te quieros con todo mi corazón. Y además quieres traerme los pequeños telégrafo que tu nos había*n* prometido. Paul tendrá otro también porque Paul no sabe escribir, el no hace mas que empezar, y yo estoy ya desde hace un año en pensión. Adios, mi querida Tía, no olvides los pequeños telégrafos, por fa*b*or.»
> En 1836, los hermanos Verne ingresan en el internado del seminario de Saint-Donatien. Entre 1838 y 1840 estudian en la escuela de San Estanislao. A los doce años, Julio Verne entra en el Instituto Real.

«He aquí algo que mucha gente ignora. El público lee tus libros y te señala con el dedo: "Verne, el gran profeta de la ciencia." ¡Necios! Por lo visto desconocen que han nacido, como yo, en un momento histórico. Yo jamás inventé nada. A lo sumo, basándome siempre en lo ya existente e inventado, me adelanté en el tiempo. Pero eso podría hacerlo cualquiera, con un mínimo de información. ¿O es que las veinticinco mil fichas que duermen en mi biblioteca no significan nada? Pero no era sobre esto de lo que quería hablar.

Decía que muchos desconocen mi temprana pasión por los descubrimientos técnicos y científicos. Desde muy niño, allá en los tiempos de la escuela de madame Sambain, las noticias sobre las nuevas patentes me deslumbraron. ¡Dios mío, qué siglo éste! En menos de cien años, el hombre ha saltado del carromato a la máquina de vapor, a la electricidad y al cinematógrafo... ¡Cómo no escribir sobre todo ello! Mi padre guardó mucho tiempo una ingenua carta de este viejo oso, dirigida a la tía Carolina. En ella le pedía un pequeño telégrafo que, por cierto, nunca llegó. Si la providencia me hubiera hecho nacer en plena Edad Media, ¿no habría corrido la misma suerte que mi admirado Leonardo? Sólo en este siglo se ha logrado una magnífica conjugación de técnica y ciencia. La máquina volante de Vinci jamás pudo entrar en el mundo de la realidad porque, sencillamente, los medios técnicos y de producción de entonces marchaban a la retaguardia de las geniales ideas de Leonardo. ¿Y qué decir de la "máquina matemática" de Pascal? Yo, en cambio, he sido puesto en el lugar y en el momento precisos... ¡Qué mejor ejemplo que los Estados Unidos del norte de América! ¡En lo que llevamos de siglo, las oficinas de patentes han registrado la monstruosidad de quinientos treinta y cinco mil inventos!

¿Adónde quieres ir a parar, viejo tonto? A los orígenes, como siempre. Todo está en los orígenes. Tarde o temprano, uno termina siendo aquello que le inculcaron o que le hipnotizó de

niño. Hoy estoy suscrito a una veintena de periódicos y soy asiduo lector de decenas de revistas especializadas. Pero este interés mío por la geografía, astronomía, fisiología, química, etc., es prácticamente tan viejo como yo. Si la señora Sambain abrió mis ojos a la aventura y a la mar, mi tío La Celle de Châteaubourg hizo lo propio con los inventos y hallazgos científicos. ¡Cuántas horas pasamos a su lado, absortos en fantásticas correrías, a lomos de trenes, globos o sumergidos en buques submarinos en las heladas aguas boreales de América!

Aquel viejo pintor, a quien debo mi primer retrato en compañía de mi hermano Paul, era un soñador. Él me hizo creer en la voluntad del hombre para progresar. La Celle, pariente y admirador de Chateaubriand, fue un hombre culto. Gracias a su verbo fue interesándome en la obra y en la vida de genios como Walter Scott (mi favorito), Hornero, Virgilio, Montaigne, Shakespeare, Cooper, Dickens... Pero, sobre todo, el viejo avaro de La Celle me enseñaría a comprender y amar esa sagrada palabra: "progreso". Ahora comparto la opinión de Savage Landor. "Aquellos que están perfectamente satisfechos se pasan la vida con una mano sobre la otra, y no hacen nada; aquellos que no están satisfechos son los únicos bienhechores de la humanidad." Este viejo oso, más vanidoso que nunca, sabe que ha hecho todo lo posible en pro del progreso. Pero la mayoría no ha comprendido el subterráneo mensaje de mi obra. Como decía el político y escritor inglés Burke, "el progreso del espíritu humano es muy lento".

¡Qué singular y divertida me parece la providencia! Mi amor por la mar nació en un muelle y en una modesta escuela. Mi pasión por la ciencia, en las rodillas de un mediocre pintor... Bueno, tampoco debes olvidar el viejo arcón de la abuela. Paul y yo subíamos a hurtadillas hasta el desván de la casa de los Allotte y pasábamos las horas muertas, explorando los legajos de nuestros antepasados, armadores y comerciantes. Operaciones de compra y venta en el Caribe, Portugal, África y en el Mediterráneo. Cifras e inventarios, ahogados en polvo, ensancharon nuestra imaginación y multiplicaron mi sed de aventuras y de navegación. Eso es, el repaso es correcto. Un muelle, un cofre, una moderna Penélope y un tío pintor. No busquéis otras claves. Así nacería el Julio Verne marino, aventurero y fanático de la libertad y del progreso. ¡Vaya por Dios! Acabo de citar dos de mis tres grandes amores: la mar y la libertad. Falta la música... Pero no es el momento.

Y puesto que hablamos de escuela, ¿por qué no repasar mi expediente? No hace mucho, creo recordar que fue en 1895, una amable señorita, periodista para más señas, visitó mi casa, interesándose por mis notas en el bachillerato. Me hizo y le hice gracia. La tal María Belloc, muy inglesa ella, pareció sorprendida cuando le dije que había sido un estudiante "normalito". ¿Dónde lo habré puesto?...

En efecto, aquí lo tengo. En séptimo, ¡oh dioses, tres accésits! Tampoco estuvo mal. Uno en geografía, otro en música vocal y el tercero en "memoria". En sexto, repito el accésit en geografía, segundo en traducción griega y primero en composición griega. En quinto, primer accésit en versión latina y segundo en música vocal... ¡Hubiera sido un magnífico cantante de ópera! El mundo se lo ha perdido... Después, en fin, un cuarto accésit en redacción francesa, un quinto en latín y otro premio en geografía.... No, no fui muy despierto en redacción francesa. ¡Otra burla del destino! En cambio, ¡qué decir de la geografía! La cabra tira al monte... Me llama la atención, ahora que lo veo, el accésit en "memoria". ¿Cómo es posible? Jamás pude recordar lo que había desayunado el día anterior.

Pero a este viejo oso lo que de verdad le atraía del colegio eran los juegos. *El rey del recreo,* así me llamaban. Era incansable, pendenciero, payaso, cínico y burlador. No es de extrañar que mis cualidades literarias pasaran sin ser advertidas. Pero, en verdad, ¿las tenía? Permíteme que lo dude. Lo tuyo era el mar y matar indios, como el bueno de Chateaubriand en las tierras de Canadá. Después, el destino te conduciría a París y a los salones y tertulias de Dumas padre. Y a su sombra te iniciarías en **el** difícil arte de la pluma. Aún recuerdo mi gran obsesión: "ser un escritor estilista". ¡Pobre iluso! Ni siquiera has aprendido a situar correctamente las comas... Pero esto nadie lo sabe. Ni yo pienso divulgarlo. ¡Si mi público supiera lo que me cuesta escribir...!

He aquí otro gran secreto del Julio Verne escritor. ¿Debo contarlo? ¿Y por qué no? Por otra parte, suponiendo que alguien descubra estas "confesiones", ¿quién podrá conceder el menor crédito a lo que voy a decir? Durante bastantes años, prácticamente a lo largo de toda mi juventud, otra de mis naturales inclinaciones fue el dibujo y la pintura. Mis cuadernos colegiales se llenaron de caricaturas, chistes y retratos más o menos logrados. Mi admiración por Leonardo da Vinci y Miguel Ángel me hizo concebir la ilusión de pintar. Más de una vez se lo insinué a mi padre. Y en el colegio, profesores y compañeros estaban convencidos de que ése justamente era mi camino y mi vocación. Sí, también me deleitaba escribiendo, pero ¿cómo comparar una pasión amorosa con un simple cariño? Y aún hoy, con más de sesenta libros en mi haber, continúo obsesionado con esa frustrada vocación. Lo mío era pintar... Pero ¿cómo combatir al destino? Antaño, cuando mis manos era ágiles, cualquier trazo serenaba mi espíritu. He ahí la gran diferencia con la escritura. Pintar, dibujar, relajaba mi alma y todo mi cuerpo. Escribir me tensa como un arco. ¡Bonita paradoja! ¡A Verne le cansa y cuesta escribir! Es un suplicio. Me martiriza no encontrar la palabra justa. Me angustia cada libro. Me desmoraliza saber que jamás llegaré a ser un estilista. Lo que he logrado ha sido gracias a la disciplina y al trabajo continuado. Mis obras están repletas de información técnica y científica, por la sencilla razón de que me gusta y de que así disimulo mi grave y natural carencia de vocabulario. Se nace escritor, como se nace funcionario o escultor. Y yo nací marino y pintor. Pero la providencia es así, imprevisible y caprichosa. Ella sabrá... Y cuanto afirmo es absolutamente cierto. Los correctores de pruebas de Hetzel lo saben muy bien. ¡Ah, si el público les preguntase! Hace tan sólo tres meses, con el último juego de pruebas, el corrector me alertaba sobre el incorregible vicio de las repeticiones. Los auxiliares, «ceux, dans» y los «avant», etc., se multiplican como una plaga bíblica. A Hetzel, mi editor, no le tranquilizan mis argumentos, ni la aplastante realidad de un Voltaire o de un Victor Hugo, tan descuidados como yo en las reiteradas apariciones de los «étant, ceux» y demás. Hetzel se encoge de hombros cuando le digo que lo importante es ser claro y directo y que conviene escribir sin rodeos. Pero, a estas alturas de la vida ¡cómo convencerle de que lo mío, en realidad, no es escribir, sino pintar...!»



CAPÍTULO 6

Un padre liberal y romántico habría modificado mi destino • En mi casa no hubo amor, sino sumisión • Un reloj «gobernó» la familia • La ley del mayorazgo

El ambiente familiar ejerce una poderosa y dramática influencia en el joven Verne. Pierre, su padre, es descrito por Allotte de la Fuye como un hombre «ascético», «riguroso» y «austero». El bufete de abogado prospera y, hacia 1836, adquiere una propiedad en Chantenay, en las afueras de Nantes. Es el tercer cambio de domicilio de la familia Verne-Allotte, completa ya con las tres hijas: Anne, Mathilde y Marie. Esta casa de campo se convierte en el refugio veraniego de los Verne.

«Aún te pesa como una piedra sepulcral, no lo niegues. Rememorar tu infancia, adolescencia y juventud y no conceder un mínimo de tiempo e interés a tu padre, culo de plomo, sería como imaginar a un Julio Verne sin barbas. Algún día, si entra en los planes de Dios, los biógrafos de este oso cheposo deberán contemplar —¡y de qué forma!— la figura de Pierre Verne y su malograda relación con su primogénito. Aún me pesa, sí. Aún me corre el terror por las venas. Aún me lamento...

¡Qué increíble es el destino! De haber disfrutado de un padre comprensivo, liberal y astuto, Julio Verne no sería hoy escritor. ¡Apuesto lo que me queda de vida, que no es mucho!

De aquella infancia y juventud en el hogar quedan vivos e implacables en mi memoria dos profundos sentimientos: miedo y rencor. Fui feliz, en la medida que lo puede ser un niño normal, hasta que mi padre me dio a conocer sus "excelsos proyectos" respecto a mí. Luego supe que esos "planes" ya habían sido anunciados a la familia en el solemne momento del bautizo de Julio Gabriel Verne. Pero mi madre, sometida siempre a la tiránica potestad del cabeza de familia, guardó un mutismo total.

Antes, sí, convendría dibujar los más notables rasgos de aquel procurador de los tribunales, hijo, a su vez, de un juez. Pierre Verne nació, vivió y murió como un burgués tradicional. El orden, el dinero, la sumisión de los suyos, Dios y la familia fueron sus principios básicos e inalterables. ¡Y por ese orden!

El orden en todo: fuera y dentro de la familia.

El dinero, siempre y honradamente. La verdad es que, a fuerza de sudor y trabajo, su despacho de abogado no tardaría en convertirse en uno de los más florecientes de Nantes.

La sumisión de los suyos, indiscutible. Su poder y autoridad lo cubrían todo, convirtiendo a mi madre y hermanos en cómplices de las pequeñas y grandes faltas. Y esa tiranía viciaría el aire familiar, transformando el necesario "oxígeno" de la dulzura en miedo. ¡A qué ocultarlo! En mi casa no hubo amor, sino un reverencial temor hacia la intocable e infalible figura de un padre en permanente posesión de la verdad absoluta. Ésos fueron los principios que él recibió —¡en el siglo XVIII!— y los que trató de inculcarnos.[1]

1. El padre de Verne, Pierre Gabriel Verne, nació el 5 de marzo de 1798. Fallecería el 3 de noviembre de 1871. *(N. de J. J. Benítez.)*

En cuanto a su idea de Dios, jamás vi hombre más pío y absolutamente católico. Lo malo es que no veía un Dios de amor; sólo de justicia. ¿Y qué es la justicia sin amor? Yo hubiera

preferido un Dios sin templos y en mi casa. Hago mía la sentencia de Rivarol, el traductor del "Infierno" de Dante: "Es mejor creer en Dios que hablar de Él." Pedro Verne —no le culpo— se llenó la boca de religión, sin comprender que caía en un lamentable contrasentido. ¿Quién es más religioso y amante de Dios? ¿Aquel que llena su vida y su hogar de incienso y golpes de pecho e ignora la palabra comprensión o el tolerante que hace suyos los problemas de los demás?

Paradójicamente, mi padre estaba seguro de amar a sus hijos. Quizá nos amó a su manera... Pero ¿quién soy yo, culo de plomo, para juzgar a los vivos o a los muertos? Y sobre todo, ¿cómo tengo la osadía de diseccionar el amor de mi padre? ¡Yo, que nunca supe conservarlo y que me vendí por un plato de lentejas!

Otro rasgo de mi padre: su monacal regularidad. Mi hogar tenía más de cuartel y monasterio que de bullicioso y acogedor refugio. Nadie podía pisar fuera de las losas o del entarimado previamente prefijados por la suprema autoridad. Ni un grito más alto que otro, ni un minuto de adelanto o de retraso en las comidas, en los cotidianos paseos o en las endomingadas misas de doce. La puntualidad y el orden le obsesionaron hasta el grado de montar un catalejo marino —regalo de mi tío Alejandro, el navegante— frente a la ventana del gran salón y enfocando el reloj de la torre. Aquel odioso reloj fue el verdadero gobernante de nuestra casa. Paul y yo planeamos más de una vez su justa y merecida destrucción. Fue algo cruel, lo reconozco, pero no pude evitarlo: mi querido Phileas Fogg no fue otra cosa que mi pequeña venganza. La enfermiza manía de la puntualidad en el héroe de *La vuelta al mundo...* estuvo inspirada en la fobia paterna. Pedro Verne jamás se sintió aludido.

Rigor, puntualidad, intolerancia, obediencia ciega y catolicismo viejo, todo ello generosamente regado por una burguesía con falsos aires de nobleza. Éstos fueron los tabiques de un hogar del que no tardaría en escapar...

Sophie, mi madre, fue la víctima de unos y otros. Sus delicadas manos y su voz, que jamás experimentó un tono inconveniente, me acompañaron en mis primeras e infantiles sublevaciones. Sin embargo, su consuelo y ternura no vencieron la rigidez de mi padre, que la amonestó más de una vez por "su equivocado sentido de la protección". De ella recuerdo, en especial, sus lentísimos cuentos infantiles, alterados siempre —¡a Dios gracias!— por una imaginación desmedida. Más de una vez me lo he preguntado: ¿de quién pude heredar este insaciable y loco sentido de la aventura? ¿De mi padre o de mi abuelo? Recuerdo un férreo reproche de Pierre Verne cuando, al hablarle de mis proyectos como marino y aventurero, trajo a colación una frase de Goldsmith en su obra *El vicario de Wakefield:* "Todas nuestras aventuras —sentenció— se desarrollan cerca del hogar." Y dio por zanjado el asunto. ¡Por el amor de Dios, culo de plomo, esas ansias de aventura corrían en la sangre de los Allotte! Los Verne, curioso y burlón destino, fueron todos "culos de plomo"...

Decía que, de haber disfrutado de un padre algo más liberal y romántico, su primogénito sería hoy un viejo y renegrido lobo de mar o quizá un resucitado Leonardo da Vinci. No hubo opción, ni tan siquiera la más leve posibilidad de regateo. Las esperanzas de hacerme a la mar se ahogaron a los diez años cuando, solemne y convencido, Pierre Verne anunció su propósito de convertirme en un preclaro abogado y defensor de la justicia. Heredaría su bufete, sus clientes, su prestigio y su dinero. A partir de entonces, el miedo iría transformándose en odio. Si la primera separación de mi madre, al internarnos en el seminario de Saint-Donatien, supuso ya un primer y peligroso brote de odio hacia el cabeza de familia, estos sagrados planes del Gran Patriarca lo desbordaron. El primogénito —por la ley del mayorazgo— fue sentenciado a renunciar a lo que más amaba: la mar y la aventura. Desde entonces, el Julio Verne dicharachero, bromista y juguetón cerró con llave la cámara de su corazón y sólo vivió para el gran plan: la fuga...»

CAPÍTULO 7

En el que doy fe que no me fugué por amor • «La Coralie», única respuesta posible a mi padre • El ridículo, más doloroso que los azotes • Caroline o la magia del primer amor

> En el verano de 1839, cuando Julio Verne cuenta once años, se registra un suceso que conmueve los pilares de la rígida familia: el primogénito se fuga en un barco, rumbo a las Indias. El padre lo detiene a tiempo y le administra un castigo que, muy probablemente, marcaría su destino y su subconsciente. Por esas mismas fechas, el jovencito Verne descubre el amor.

«Durante mucho tiempo, mi familia creyó a pie juntillas en el pretexto dado por aquel todavía niño de once años. "Se fugó —repetían en los comadreos de salón— por amor..." ¡Estúpidos!

Aquella escapada, en el estío de la casa de campo de Chantenay, tuvo una única motivación: demostrar a mi señor padre, con hechos, que los tiempos habían cambiado y que mi decisión de ser marino no obedecía a un capricho pasajero. No tuve elección. La santa voluntad del Gran Patriarca había hablado: "Serás abogado." ¿Picapleitos yo? Quien haya conocido a Pierre Verne sabrá que era incorruptible en sus decisiones. Los razonamientos, lágrimas, amenazas o silencios no hubieran servido de nada. Sólo me restaba actuar, Y actué, ¡vive Dios! Los adultos imaginan que un muchacho de once años no disfruta de la capacidad de pensar y de decidir. ¡Que no se fíen!...

Una vez anunciados sus "excelsos planes", mi padre dio por concluido el asunto. Yo, no. Y mi mente no dejó de maquinar. Me fugaría a la primera ocasión. Me embarcaría y navegaría lejos, hasta los confines de la Tierra. Una vez en las tierras boreales o en África, les escribiría, reafirmando mi propósito de hacerme marino. La oportunidad llegó en la primera semana de agosto. René, uno de los hijos de la familia Clairville, antiguo compañero de juegos, era afortunado. Su padre había consentido que se enrolara como grumete en un hermoso tres palos: *La Coralie.* Sólo precisé un par de días y todos los ahorros de mi vida (diez francos de los de entonces) para convencerle. Me cedería su puesto y la correspondiente certificación paterna. La operación fue dibujada tan minuciosa y secretamente que ni Paul fue puesto al corriente. En el último minuto me arrepentí: la carta, escrita la noche anterior a mi partida, sería enviada desde Paimboeuf, primera escala del barco antes de proseguir su rumbo hacia las Indias. Los nervios no me permitieron dormir. Me hice con un discreto aprovisionamiento de ropa de abrigo y varios cuadernos de bitácora. Todo lo que necesitaba era valor... Y al amanecer del lunes, 5 de agosto, me distancié, al galope, del caserón de Chantenay. Tuve suerte. Todos dormían. ¡Culo de plomo, aún tiemblas de emoción! Pocas veces has vivido una aventura tan real e intensa... Crucé la ciudad como una alma en pena, pero, ¡esquiva fortuna!, madame Mathrine, la charcutera, me sorprendió en plena plaza de la iglesia. Creo que ni la saludé. El corazón me golpeaba como si caminara hacia el patíbulo. En el embarcadero de la Grenouillière esperaban René y su hermano. Ellos se encargaron de bogar. Al abordar *La Coralie* sentí miedo. Mis compinches se apresuraron a regresar. El buque estaba a punto de zarpar y, en el trasiego de hombres y mercancías, el contramaestre, al mostrarle mi certificación, ni siquiera la leyó. Sencillamente me ordenó que descendiera a la bodega y me pusiera a las órdenes de un tal *Estopa.* No rechisté. ¡Triste destino! Aquella, mi primera singladura, transcurrió entre balas de forraje y una maloliente cuadra de jamelgos, a los que tuve que lavar y cepillar... Ni siquiera

acerté a ver las velas al viento. El resto fue tan precipitado como trágico. Al fondear en Paimboeuf, cuando me disponía a enviar la carta a mi familia, un Pierre Verne pálido y estirado como un trinquete, haciéndose acompañar del capitán, me atrapó por la nuca, conduciéndome en silencio a tierra. Allí concluyó mi aventura y empezaron otras penalidades. ¡Allí murió un audaz y aguerrido navegante! ¡El mundo nunca sabrá lo que perdió!

En un primer momento sospeché de René. ¡Traidor! Pero no. Los niños, por lo general, son más fieles que los adultos. La "traición" había partido de la charcutera y de un marinero de la taberna de Juan María Cabidoulin, en Grenouilliére, que nos había visto alejarnos en el bote, rumbo a *La Coralie.* La voz de alarma la dio mi madre. Que no hiciera acto de presencia en el almuerzo fue grave, pero que violara la sagrada hora de la comida, eso desquició a la familia. Y las fuerzas del "orden establecido" se pusieron en movimiento. Sophie suplicó al coronel Goyon, nuestro vecino, que marchara a Nantes e informara a mi padre. Debo reconocer que Pierre Verne se destapó como un eficaz sabueso policial. Efectuadas las oportunas diligencias se embarcó en uno de los piroscafos y alcanzó el buque aquella misma tarde.

Esa noche, en presencia de toda la familia, fui brutalmente azotado. Los sollozos de mi madre y hermanos no debilitaron el brazo ni el corazón de mi padre. Los catorce latigazos tardaron dos semanas en cicatrizar. Después, diez días a pan y agua... Pero la auténtica herida, la del espíritu, ésa no cerraría jamás...

Asustado, muerto de dolor y de humillación, fui interrogado después por el cónclave familiar. ¿Que por qué lo había hecho? ¡Necios! ¡Hasta un ciego lo habría visto! Pero, sabedor de que la verdad sólo habría empeorado las cosas, eché mano de lo primero que me vino a las mientes: ¡Caroline, mi prima!

"¿Un collar de coral?" Pierre Verne, fuera de sí, me atrapó de nuevo por la nuca, zarandeándome.

"¡Dios me ha dado un hijo loco!"

El pretexto —"comprar un collar de coral para la hermosa Caroline"— fue admitido como bueno. Esta pueril excusa (el collar lo habría podido comprar en el mismísimo muelle de Jean-Bart) fue la comidilla y el hazmerreír de propios y extraños durante todo aquel verano de 1839. Nadie supo que el catastrófico desenlace de mi aventura y la posterior paliza harían de Julio Gabriel Verne un ser acomplejado, cerrado sobre sí mismo y con un patológico

"respeto" hacia las mujeres. La palabra "miedo" no me parece exacta y definitoria. Importante, ya lo creo. Muy importante aquel suceso de *La Coralie...* Mi natural timidez echó unas raíces robustas. Para un niño como yo, aquel espantoso ridículo necesitaría años para ser superado, que no olvidado. Hasta el obligado ingreso en las aulas apenas abandoné el caserón. Pasaba las horas oculto y receloso, alimentando un exacerbado odio hacia mi padre e imaginando a una Caroline burlona y despiadada. El rencor hacia el Gran Patriarca quedaría mitigado con el paso del tiempo. Años después, durante mi estancia en París, otra serie de enfrentamientos terminaría por alejarnos irremediablemente. Debo confesarlo: no tuve suerte con Pierre Verne.



Decía que el triste epílogo de «La Coralie» hizo germinar en aquel proyecto de hombre un respeto-miedo insuperables hacia la mujer. Los mecanismos de la mente son tan complejos que, sesenta años después del incidente, aún no comprendo por qué un oso tan bien parecido como yo y tan seguro en otras facetas de la vida se ruboriza ante la mirada del mal llamado sexo débil. (Anota el asunto: "comentar sobre el sexo débil".)

Habría que empezar explicando que, a mis once años, mi prima Caroline Tronçon era el amor de mi vida. Ella y su hermana Marie compartían nuestros juegos desde siempre. Crecimos

juntos y, en un momento que no sabría precisar, descubrí que estaba enamorado. Sólo los necios pueden hacerse esa pregunta: ¿es que un niño de once años puede experimentar el amor? ¡Y hasta extremos sublimes! Estoy con Balzac: "Solamente el último amor de una mujer puede igualar el primer amor de un hombre."

Aquél fue un amor donde la palabra "demasiado" era siempre "poco". Creció en silencio, sin prisas y con el único falso alarde del collar de coral. La espiaba cada mañana de verano desde las cortinas de todas las habitaciones. Conocía sus movimientos, sus risas y el brillo de sus ojos almendrados. En los juegos quedaba extasiado ante ella, tropezando y arruinando toda participación. Soñaba cada anochecer con las miradas del día siguiente; unas miradas de complicidad que, a la larga, resultaron engañosas. Aun así, aquellos años de adolescencia, con la ilusión intacta y el amor rebosante, compensaron en parte mis frustrados proyectos vocacionales. Nunca necesité besarla: lo hacía con los ojos. Ahora lo sé: yo, amándola, fui mucho más feliz que ella, que jamás me amó. Hablé poco, porque amé mucho. A lo sumo, unas flores de los jardines de Chantenay a través de las rejas del convento de la Adoración, donde decía que estudiaba. Pero ¿qué puede estudiar una mujer frivola, que se sabe hermosa? ¡Ah, Disraeli, cuán sabia tu sentencia! "La magia del primer amor consiste en la ignorancia de que puede tener fin." Ni a los once, ni a los quince, ni siquiera a los diecinueve años, a punto de producirse la "execrable boda" de la hija de Francisco y Lisa Tronçon, fui muy consciente de mi gran error. Ingenuamente —como escribió Maintenon— estaba haciendo depender mi felicidad de la cambiante voluntad de una mujer. La cruel burla de Caroline el día de la gran paliza fue un aviso certero. Pero yo, enamorado, no supe o no quise verlo. Y al ridículo soportado en mi casa y en la calle tuve que sumar un íntimo y más agudo bochorno: las chanzas y el desprecio de Caroline... Esa tortura marcaría mi alma para siempre, haciéndome pusilánime, tímido y receloso ante las mujeres. Aun así, buscaba cualquier pretexto para acompañarla en Chantenay, en La Guerche o en las casas del tío Prudent y de las tías-abuelas, las Rosas de Provins. En aquel tiempo, esté oso perdonaba en la medida que amaba...»



CAPÍTULO 8

Donde cuento mi "despertar» literario • Una erupción cutánea que me hizo dudar del Dios de mi padre • Mi declaración a Caroline, un fracaso decisivo • A las puertas de París

> Hacia los quince-dieciséis años (1843-1844) aparecen en Julio Verne las primeras manifestaciones de lo que un día será su profesión. Medio en broma, escribe una tragedia en verso, fulminantemente rechazada por el director de un teatro de marionetas y, lo que es peor, por su prima Caroline, de la que sigue enamorado.

«El ingreso en el liceo y el nuevo cambio de casa —al número seis de la calle de Jean-Jacques Rousseau— disiparon en parte los negros nubarrones de mi infancia. Pero, no puedo engañarme, la tormenta siguió anclada sobre Nantes. En contra de todo pronóstico, incluso de mi propia voluntad, el gran fracaso de *La Coralie* y los pequeños-grandes desaires de mi prima Caroline me hicieron reaccionar como un payaso. Me explico. Supongo que la sabia naturaleza humana dispone de estos recursos. Mi tristeza, resentimiento y timidez crecieron de tal forma que sólo cabían dos alternativas: morir o aparentar. Elegí lo segundo, claro. Y a pesar de mi desolación, de la derrota de mi vocación marinera y de la frialdad de mi gran amor, me transformé en un cínico, un bromista, a veces cruel, que tomaba la vida a título de inventario. Me hice hombre en medio de falsedades y de una peligrosa inseguridad.

Mi propia falsedad **e** inseguridad. De nuevo, la falta de valor...



Por aquel entonces sucedería algo que, a la luz del pensamiento adulto, carece de importancia. Sin embargo, para un joven, al menos para un joven como yo, vanidoso y que se consideraba guapo, fue catastrófico. Alrededor de los doce-trece años, cosa natural por otra parte, mi rostro se vio invadido por una erupción pustulosa.[1] Nada pudo atajarla. Y mi corazón sangró de nuevo. Fui la burla de Caroline y del resto de las féminas de mi círculo social. La "tragedia" se encrespó de tal forma que, a pesar de las recriminaciones maternas, me negué a salir a la calle, salvo para lo estrictamente necesario. Durante años, hasta prácticamente los dieciocho, en que desapareció el irritante e inoportuno mal, me sentí incluso culpable de aquella cara deformada. El ridículo y estrecho sentido religioso de mi padre llegó a herirme mortalmente, cuando, velada y sibilinamente, atribuyó aquella erupción cutánea a una hipotética y pecaminosa masturbación.

1. Posiblemente, acné juvenil. *(N. de J. J. Benítez.)*

Educado en un ambiente rigurosamente católico, me lo creí. Y aquello mortificó aún más

mi dolorido espíritu, sumando a las penas humanas una tortura religiosa. El suceso, de lo más inocuo, dejaría en aquel adolescente temeroso e inseguro una estela de duda. ¿Dios se preocupaba de esas cosas? ¿Podía el Padre Eterno, todo bondad y misericordia, ejercer su divina cólera contra un infeliz muchacho que acababa de descubrir el sexo? Una idea tan humana no era propia de un Dios. Así que, lentamente, los férreos principios religiosos fueron enmoheciendo y la conciencia de divinidad se transmutó en un sentimiento más difuso, pero más racional y limpio. El tiempo, creo, me daría la razón. La providencia es mucho más que una Iglesia... Mis hermanos en la iniciación, años después, me ayudarían a descubrir un Dios Padre infinitamente más liberal que sus propios ministros en la Tierra. Viejo oso, ¿te atreverás a escribir sobre Dios?



De momento, permíteme que ponga punto final a mi adolescencia. En realidad podría simplificarse con una vieja y familiar palabra: fracaso.

Mis recuerdos son difusos. No sé muy bien si fue a los quince o dieciséis años. ¿Qué puede importar? El caso es que, obedeciendo a un instinto natural, comencé a frecuentar la trastienda de la librería de Bodin. Allí, al caer la tarde, los futuros "genios", salvadores de la patria, discutíamos sobre el bien y el mal. Era el "círculo de los externos". Y animado por mis viejos y entrañables compañeros, Ernest Génevois, Charles Maisonneuve y Couëtoux, entre otros, medio destapé la caja de Pandora que invernaba en mi corazón. Entre risas, chanzas y pastelillos secos fui escribiendo una tragedia en verso de cuyo nombre no quiero acordarme... Años atrás, a los catorce, ¡cómo no!, también caí en la cursi tentación de los versos. Unos a mi madre. Otros, los más, a Caroline.

¡Qué ingenuidad la nuestra! La tragedia en verso, infectada de ripios y muerta antes de nacer, fue mostrada al director del teatro de marionetas Riquiqui. El rechazo nos desmoralizó. Pasarían otros cinco años antes de que este oso se enfrentara de nuevo con su destino. Lo mío, evidentemente, no era escribir.

Más doloroso aún fue el segundo fracaso; esta vez, frente a mi prima. La lectura de la tragedia la dejó indiferente. Más aún, sus burlas, a mis espaldas, se tiñeron de crueldad. Marie, su hermana, sí escuchó con atención mi primera y "monumental" obra. Y me animó a continuar el noble oficio de cómico. Nunca supe si hablaba en serio o en broma...

Poco antes de los dieciocho años, mi padre bendijo pública y oficialmente la decisión de mi hermano Paul: él sí gustaría de los placeres de la mar... A pesar del profundo amor que siempre experimenté por mi hermano, aquél fue un día amargo para mí. Tímidamente lo intenté de nuevo. Razoné, argumenté y supliqué. Pierre Verne me desafió: "... o la carrera de derecho o la calle...» El miedo pudo más. Y acepté. Pero aceptar no significa renunciar. Estudiaría derecho, sí, pero ya veríamos...

Y una luminosa mañana de verano de 1846, en Chantenay, después de mil ensayos y rectificaciones, me declaré a Caroline. Fue una declaración apasionada, honesta y madurada. Ella tenía un año más que yo, eso lo sabía, pero no me importó. El rostro de mi prima pasó rápidamente de la palidez a la más demoniaca de las muecas, respondiendo a mis requerimientos con una carcajada que aún resuena en mis oídos.

Fue el principio del fin. Ella, implacable y despiadada, siguió coqueteando con su otro primo, Cormier. Y yo, malherido, fui a refugiarme en mis sueños. Un mes más tarde, ante mi sorpresa, la familia Tronçon anunciaba el noviazgo de Caroline con Cormier.



La noticia de mi fallido amor por Caroline no tardó en llegar a oídos de su pretenciosa madre, mi tía Lisa. La respuesta de la señora —estoy seguro— tuvo que influir poderosamente en el comportamiento de su hija. "Mi pequeña Caroline aspira a un hombre con mayores posibilidades que ese bárbaro de Julio." ¿Dinero? No, la verdad, en mi casa, entonces, no sobraba... En cuanto a mi porvenir, Lisa llevaba razón. Con mucha suerte, Julio Verne sería un mediocre abogado que no tardaría en echar barriga y que, tristemente, se vería forzado a vivir a la sombra del despacho de su padre. Además, todos lo reconocían, era un payaso incorregible, de escasa dignidad, con la imborrable "mancha" de una fuga infantil, que sólo Dios sabía si podía volver a repetirse, y un dudoso sentido religioso.



¡Qué amargura, Dios de los cielos! Perdí el apetito, me hice infinitamente más áspero e intratable, cayendo en silencios desafiantes. En aquellos meses se redondeó mi timidez e inseguridad, provocando el desasosiego de mis padres. Renuncié a tertulias y amigos y, como una ola imparable, fui concibiendo la idea de una segunda y definitiva huida. Esta vez tuve la sensata prudencia de advertir a mi madre de mis intenciones, a no ser que ellos mismos propiciaran mi salida de la ciudad. Pierre Verne, como siempre, se opuso. Continuaría mis estudios de derecho en Nantes. No repliqué. Y este silencio los asustó. Mi derrota moral era tan evidente que, ante el temor de una segunda y calculada "tontería", cedieron a regañadientes. La fecha de la boda de Caroline, fijada para la primavera, seguía aproximándose y, decidido, puse tierra de por medio, con la vana esperanza de olvidar.

El destino, sabio e implacable, acababa de echar sus redes sobre Julio Gabriel Verne. La huida de Nantes, de Caroline y de mí mismo me prepararía para el gran momento. Ahora, con la perspectiva del tiempo a mi favor, debo estar agradecido a Caroline. Su rechazo cambiaría mi rumbo. Gracias a ella descubriría París, la vida misma y, lo más importante, mi singular destino.

Éste es mi consejo a los más jóvenes: no forzar nunca los acontecimientos. Cada ser humano desciende a este mundo con las cartas marcadas. Es posible hacer trampas a los demás, pero nunca a la providencia.

¡Ah, París! ¡Cómo describir aquellos decisivos años!...»

CAPÍTULO 9

*Lágrimas sobre el Loira • París: la fascinación de las librerías * Caroline me empuja hacia mi destino • Nantes no te merece • La execrable boda de mi prima • El retorno a París: un plan premeditado • Cien francos al mes, un estómago vacío y un traje compartido • «Azafrán», una palabra mágica*

Primavera de 1847. Julio Verne, que acaba de cumplir diecinueve años, es enviado a París. La estancia es breve. Aprueba su examen de derecho y regresa a Nantes. La boda de Caroline no llega a celebrarse. Su incipiente vocación literaria sigue floreciendo. Se anuncia un nuevo compromiso matrimonial de Caroline para la primavera de 1848. Verne sufre otra crisis y sus padres, a pesar de la agitada situación política, ceden y le autorizan a seguir sus estudios de derecho en París. El futuro escritor de los «Viajes extraordinarios» se introduce en los ambientes y círculos literarios de la capital. En una primera época, todo su interés y esfuerzo se dirigen al teatro.

«Mi familia nunca lo supo. En abril de 1847, mientras remontaba el Loira en piroscafo, rumbo a París, este proyecto de oso lloró amargamente. Nunca fui un hombre con voluntad de llanto. Ni ahora, a mi vejez. Ni siquiera ante la muerte... La visión de mi ruina amorosa y de aquel piroscafo, que había truncado mis afanes de mar y de aventura, me hicieron derramar lo más personal de un hombre, después de su sangre: las lágrimas.

En cierto modo, la visión de la casa de mi tía-abuela Charrüel, en el número dos de la calle de Teresa —todo un pozo sin airé y sin vida—, me hizo dudar de París. Durante aquellas semanas, amén de aprobar mi examen, callejeé sin descanso. Fue por aquel entonces cuando la providencia "tocó" de nuevo mi corazón, alertándome sobre mi verdadero futuro. La prolongada soledad interior de mi adolescencia me convirtió en un observador nato. Disfrutaba descubriendo cosas. Pues bien, he aquí que en esta primera y breve estancia en París me sorprendí a mí mismo en numerosas oportunidades con los ojos y el alma cautivados por los escaparates de las librerías. Mi escaso tiempo quedó repartido entre los cuadros de los grandes maestros y los libros. ¡Sutil y decisiva batalla aquélla! ¿Pintura o literatura? "Algo" estaba naciendo en el corazón de Julio Verne. Pero si aquél era mi destino, ¿cómo hacerle frente? La profesión de marino tenía nobles antecedentes en la familia. Aun así, Pierre Verne había rechazado mi propuesta. ¿Cómo insinuarle siquiera mi cada vez más clara inclinación hacia el arte? ¿Un Verne pintor o escritor? ¡Dios Todopoderoso, eso ni pensarlo! La semilla, no obstante, estaba sembrada. Y aquellas horas muertas ante las obras de Víctor Hugo, Balzac, Dumas, Sand, Lamartine, etc., fueron todo un síntoma.

Tras una "cura espiritual" en Provins —así definiría mi padre el verano en casa de mis tías—, fui reclamado a Nantes. ¡Oh sorpresa! Como era de prever, mi prima Caroline había rechazado también a Cormier, el segundo "árbol".[1]

1.El apellido Cormier, como el de Verne, significa «árbol». Concretamente, serbal, de la familia de las rosáceas. De ahí el juego de palabras del escritor. *(N. de J. J. Benítez.)*

El compromiso matrimonial, definitivamente roto por la voluble Tronçon, me hizo concebir esperanzas. Me esforcé cuanto pude. Mi segunda tragedia en cinco actos, *Alejandro VI,* fue puesta a sus pies. Y con ella, todas las promesas de que fui capaz: un futuro tranquilo, la gloria del éxito, mi nombre en los principales teatros de Nantes y de París y su fotografía y la mía en los periódicos de medio mundo... Y mi segunda tragedia terminaría por convertirse en

una segunda tragedia de verdad. Caroline, que sin duda recordará mis premonitorias promesas, se comprometería ese mismo otoño con un rico petimetre de Nantes, un tal Dezaunay, con más barriga y cuello duro que inteligencia... La boda, en una patética mueca del destino, fue anunciada, por segunda vez, para la siguiente primavera.

Caroline, sin ella saberlo, estaba siendo utilizada por el destino. Y es curioso: ¡a mi favor! El fulminante rechazo, unido a la ausencia de Paul, recién embarcado en el *Lutin,* un buque mercante, me empujarían hacia el único "refugio" posible y conocido: escribir. Mis pobres hermanas, mi familia toda, pagó durante meses esta nueva y ácida crisis de amor y de resentimiento. Dicen que, desde entonces, la fama de huraño, cascarrabias e insociable me ha acompañado siempre. Puede ser... No seré yo quien me justifique, pero la razón me asistía. Los fantasmas de la decepción, del fracaso vocacional, de la soledad y de un futuro sin futuro se instalaron conmigo en Nantes. ¿Cómo no reaccionar como un misántropo?

Ahora, a mis setenta años, poco importa que aquella fiebre literaria tan sólo pariera engendros, obras ligeras, dramas teatrales de tres al cuarto y más picantes y atrevidos que sensatos. Lo importante fue engancharse al tren del destino. Además, muy pronto caería en la cuenta que el remilgado círculo literario de la Cagnotte, único escenario de mis primeros escarceos con la pluma, no era continente para tan gran contenido... Mis farsas escandalizaron a la puritana sociedad de Nantes, añadiendo leña seca a las impermeables ideas de mi padre. Fui violentamente amonestado por aquella frivola afición por el teatro, tan ajena e impropia de la respetable familia Verne-Allotte. La situación, insostenible, vino a quebrarse —¡gracias a los cielos!— en el otoño. Sabio proverbio: "Nunca hay mal que por bien no venga." La familia de Caroline anunció el nuevo compromiso de mi prima para la primavera de 1848. Esta vez, más que experimentar tristeza y desesperación, mi espíritu se encabritó. Y Julio Gabriel Verne se colmó de rabia, tornándose irascible y peligrosamente violento. El tímido, herido de muerte, mostró sus garras de felino...

Fue la primera vez que sostuve la fría mirada de Pierre Verne, desafiándole. Mi padre lo percibió y, en un sabio y providencial golpe de timón, orientado únicamente a "evitar mayores y futuros males", parlamentó con Sophie. Los estudios de derecho podían reanudarse en París. Mi madre, ante el asombro de todos, se negó. Creo recordar que fue una de las escasas veces que se enfrentó abiertamente al rígido Gran Patriarca. Sus razones y argumentos se fundaban en el miedo. Francia atravesaba entonces una dura prueba y mi madre temía por mi seguridad.[1]

1. Miguel Salabert, en su excelente obra *Julio Verne, ese desconocido,* describe a la perfección la confusa situación política de Francia en aquellas fechas: «... la crisis venía incubándose desde dos años antes. La mala cosecha de 1846, las inundaciones del Loira y del Ródano, la enfermedad de la patata que se declaró ese año, causaron la escasez de alimentos y la subida de los precios. La importación de cereales, muy tardía a causa del proteccionismo reinante, ocasionó una verdadera sangría de divisas. Absorbido el poder adquisitivo del pueblo por la alimentación, la industria y el comercio cayeron en barrena. En 1847 la economía estaba paralizada. La especulación y la congelación de créditos multiplicaban las bancarrotas. El paro alcanzaba enormes proporciones. La prensa denunciaba la corrupción oficial. Visiblemente, el régimen de Luis Felipe, la monarquía burguesa, estaba condenado, y la tardía dimisión de Guizot, en febrero de 1848, no sirvió ya sino para dar pasaporte a la segunda república que, como la primera, advino como la exaltación de la libertad, con una amplia repercusión en toda Europa, tanto más cuanto que en ella germinaría y se declararía, unos meses más tarde, en junio, la primera gran batalla de la historia moderna entre la burguesía y el proletariado...»
(N. de J. J. Benítez.)

Para colmo de males, mi tía-abuela Charrüel, aterrorizada por los disturbios y barricadas, había escapado a sus propiedades de Chartredde. A qué ocultarlo: me alegré infinito. La severidad de aquella mujer era insoportable. Las discusiones en el seno familiar se prolongaron durante semanas. Yo, deseando huir de Nantes y del suplicio de Caroline, prometí y juré sobre

la Biblia no mezclarme en la revolución. "Además —mentí—, mis simpatías estaban al lado de Thiers. El orden era mi bandera..."

Estimo que nadie en mi familia creyó a semejante "libertario". Pero estaba mi tío Paul Garcet, profesor de letras y de matemáticas. Mi padre establece el oportuno contacto con él y "ata en corto" mi futura segunda estancia en París. La solución me agradó. Las relaciones con mi primo hermano Henri, hijo de Antoinette Verne, hermana de mi padre, y de Paul Garcet, eran entrañables.

El retorno de mi hermano suavizó en parte el duro otoño. Sus experiencias en la mar fueron las mías. Mi madre sufrió lo indecible al verme preguntar y preguntar, siempre ansioso por conocer nuevos puertos, nuevos rumbos, nuevas técnicas de navegación... Pierre y Sophie cruzaron frecuentes miradas de complicidad y, aunque jamás lo manifestaron, yo supe que sintieron una afilada preocupación. Era lógico, después de la fuga en *La Coralie* y de mis posteriores amenazas de escapar de nuevo. Sólo es una sospecha, pero las súbitas prisas de Pierre Verne por enviarme a París pudieron estar justificadas por la inminente partida de mi hermano en un segundo buque. Acertó. Paul y yo llegamos a planear una nueva escapada, en esta ocasión a bordo de su barco. La astuta maniobra del Gran Patriarca y, a qué negarlo, las cartas de mi buen amigo Hignard, que proseguía con éxito sus estudios en el Conservatorio de París, reclamándome, abortaron un proyecto que habría demorado, casi con seguridad, mi carrera como escritor. Hignard, una y otra vez, solicitaba mi presencia en la ciudad del arte y de la cultura. "Nantes no te merece", profetizó. Poco antes de partir hacia París me hice una solemne promesa: "Les demostraría de qué clase de madera estaba hecho aquel pobre muchacho llamado Julio Verne..." El "árbol" despreciado por los constructores se convertiría en la viga maestra y angular. Nantes lloraría de rabia. Muy bien, emprendía la larga marcha y difícilmente regresaría. Así se lo hice saber a Paul y a Hignard. Al entrar de nuevo en París, poco después de las tristes "jornadas de junio", me entregué con tal pasión a los estudios que, por supuesto, aprobé sin complicaciones. Oudot y Ducourray fueron mis "cómplices". Aquel paso era vital para mis proyectos. Fue madurado con frialdad. Haría la voluntad de mi padre —me convertiría en abogado—, siempre y cuando cediera a mis pretensiones de estudiar en París. Ahora lo rememoro con emoción. Parece como si la providencia me hubiera iluminado. Estudiar derecho era la gran excusa para permanecer en el lugar y en los ambientes que necesitaba. Mis flamantes sueños, sin embargo, se tornarían oscuras pesadillas a partir de aquel 30 de julio de 1848. En tan aciaga fecha tuve puntual conocimiento de un suceso, no por esperado menos sangrante: la boda de Caroline con el petimetre... Mi primera reacción fue de cólera. La "execrable boda" se había consumado al fin. Sólo mi madre y Hignard supieron de mi amargura. Aquellas noches fueron de insomnio y tortura, imaginando a mi amor en los brazos de otro... Juré vengarme. Mataría a su gato blanco... O mejor, la raptaría... Después retaría a Dezaunay...

Mi inevitable retorno a Nantes, a pesar del triunfo en el examen de derecho, tuvo sabor a muerte. Mis heridas se abrieron a un tiempo. ¡Yo amaba a Caroline! Y la sola imagen de aquella criatura, poseída por otro hombre, me puso al borde de la locura. Los tres meses que permanecí en Chantenay y Nantes, antes de mi definitiva vuelta a París, resultaron grotescos e impropios de un hombre de noble condición. Me negué a pasear y a frecuentar aquellos lugares donde yo sabía podía tropezarme con ella. La fortuna se apiadó de mí. Años más tarde, recién contraído matrimonio con Honorine, el destino, a veces cruel, volvió a situarla en mi camino... Y digo que fueron meses grotescos porque ¿qué puede haber más irregular que la venganza? Mi amor por Caroline tardaría mucho en extinguirse. Eso era natural. Pero ¿qué decir de mi venganza, impresa subterránea y solapadamente en mis propios libros? [1] Si ella cometió una vileza, yo me vengué, cometiendo otra. ¡Oso repugnante! Has leído los pensamientos de Courty y aún no has aprendido que el hombre prudente jamás trata de vengarse; de ese cometido se encarga la vida. Körner te retrató sin saberlo: "La venganza es una herencia de las almas débiles; nunca se cobija en los corazones fuertes." Cierto es que la fortuna te ayuda si tú

ayudas... Este viejo oso —entonces mucho más bello, sin grasas y sin barbas— amenazó, fingió y mintió. ¡Todo por París! Y un lluvioso viernes de noviembre del providencial año de gracia de 1848, Julio Gabriel Verne Allotte partía en diligencia hacia la gloria... ¿Por qué exagerar? Tanto mi buen amigo Édouard Bonamy como yo partimos hacia el hambre... Ésta fue la única condición impuesta por el Gran Patriarca: Bonamy, que deseaba estudiar derecho, compartiría conmigo viaje, techo y universidad. ¡Perfecto, viejo Pierre! Bonamy era también un joven de veinte años, romántico y amante de la libertad. ¿Qué más podía pedir?

Con aquellos cien francos al mes, famélica e innegociable pensión de Pierre Verne, tuve que sobrevivir y acomodarme al nuevo ambiente. ¿Mis estudios de derecho? Poco importaban. Fui tirando, como quien dice...

Y las librerías ganaron la batalla. Definitivamente, los círculos de literarios se apoderaron de mi alma. Ahí empezaron los problemas para este jovenzuelo ambicioso, sediento de lectura y de relaciones..., pero sin un franco. Las cartas a mi familia solicitando dinero extra para libros fueron como clamar en el desierto. Es más: mi padre, desconfiado, confundió los "ambientes artísticos" con la política y me amonestó. A decir verdad, fui sincero en mi correspondencia: a pesar de la marejada política que agitaba entonces salones y tertulias, nunca me sentí excesivamente atraído por ese mundo putrefacto. Mi obsesión era leer, prepararme y conocer a los grandes monstruos del teatro y de la literatura del momento. Ni lo uno ni lo otro fue fácil. Para adquirir las obras completas de Shakespeare fue menester un monacal ayuno de tres días. En cuanto al resto de mis favoritos, Racine, Scribe, Molière, Clairville..., también fueron comprados con el dinero destinado a mi desmayado y paciente estómago. ¿Será en venganza de aquellos años por lo que ahora devoro como un roedor?

A Dios gracias, mi tío La Celle, el miniaturista, comprendió mis ansias de gloria y supo introducirme en los salones de moda. ¡Bendito invento! Una legión de genios, la mayoría sin futuro, pudo saciar su hambre en aquellas mesas tan bien surtidas como exquisitas. Bastaba una simple recomendación, un pellizco de ingenio y un buen traje para llenar el vientre dos o tres veces por semana. La anfitriona, la madame de turno, daba por buena la "corte de moscas", siempre y cuando, en cada reunión, su salón "brillase" con un Victor Hugo o un Dumas, por mencionar a dos de los hombres del momento. Recomendación no me faltó. Ingenio —¡oh viejo oso vanidoso!— , tampoco. En cuanto al traje, eso fue dramático. Nuestra penuria económica era tal que mi compañero de venturas y desventuras, Bonamy, se veía en la sonrojante obligación de compartir el único traje y los no menos "trabajados" zapatos de noche. Martes y jueves eran lucidos por un servidor. Los miércoles y viernes, por Bonamy. Los sábados y domingos, a sorteo.

1. A juicio de varios biógrafos, Verne, dolorido por la boda de Caroline, supo esperar años para reflejar su fracaso y venganza. Marcel Moré, entre otros, cree que sus novelas *La jangada* (1881), *Familia sin nombre* (1889) y *Claudius Bombarnac* (1892) contienen alusiones a este personaje de su juventud. En la primera, Carolina (Lina) fue rebajada al rango de camarera. En *Familia sin nombre,* los canadienses vencidos se refugian en un barco que lleva por nombre *Caroline.* El héroe del libro se muere en el naufragio. Verne, jugando como siempre con las palabras, escribe: «Así fueron vengadas las víctimas del horrible atentado de la *Caroline.*» En la tercera de las novelas citadas, Caroline Caterna se presenta como una mujer encantadora, pero comediante... *(N. de J. J. Benítez.)*

Así fuimos malviviendo en aquel París bullicioso, artificial y arruinado. Puede decirse que aquellas mis primeras tragedias y saínetes fueron escritos los miércoles, viernes y los sábados o domingos en que, por carecer de traje y zapatos de velada, me veía en la santa necesidad de permanecer en nuestra modesta guarida de la calle de La Antigua Comedia, en el

Barrio Latino.[1]

¡Cosas del destino! Todo mi amor se volcó en el teatro. Cierto es que la vida se conquista por etapas... Y la mía, en aquellos años, tuvo que pasar por ese calvario. Tampoco debes engañarte, viejo gruñón. El salón de madame Barrère, en la añorada calle de Ferme-des-Mathurins, tuvo buena culpa de tu fiebre teatral. Mejor dicho, ese "veneno" entraría en tu sangre a causa de un encontronazo... y de una tortilla. Es obvio que estas "confesiones" no aspiran a narrar toda mi existencia. Sólo aquellos acontecimientos que, en mi modesta opinión, pueden albergar cierto significado para la mejor comprensión de este Julio Verne que se extingue. ¡Ah la providencia, todo lo escribe por sorpresa! Y en boca de Sterne: "Dios atempera el viento para el cordero trasquilado." Yo era un cordero, más que trasquilado, sin lana y sin estómago... Pero un buen día, un martes o un jueves, eso seguro, ocurrió "algo". En el descansillo de la escalera del salón de madame Barrère fui a topar con un oso tan fastuoso, ególatra, ingenioso y voraz como yo, aunque, también conviene reconocerlo, más negro que Verne. El "monstruo", contrariado por el topetazo, blasfemó y agitó su bastón, amenazándome. Dios me inspiró y, saltando por encima de mi timidez, le hice frente, interpelándole de esta guisa:

—¿Ha cenado usted, señor?

El oso negro bajó el bastón y, atónito ante aquella salida de cochero, replicó:

— Perfectamente, joven, y nada menos que una tortilla de tocino a la moda de Nantes...

¡Bendita providencia y bendita tortilla! Sin saber aún de quién se trataba, le espeté sin miramientos y digo yo que irritado ante el recuerdo de mis suculentas tortillas familiares:

—Las tortillas de París a la moda de Nantes no valen nada, señor. Nada, ¿me oye?... ¡Hay que echarles azafrán, para que se entere! ¡Azafrán!

Simplificando: aquella palabra —"azafrán"— cambiaría el rumbo de mi historia.

—Así pues, ¿sabe usted hacer tortillas, joven?

— ¿Que si sé hacer tortillas, señor? —La pregunta ofendió mi orgullo provinciano—. Y aún mejor comérmelas... ¿No llevará usted ahí alguna?

— ¡Qué insolente es usted! He aquí mi tarjeta...

A qué negarlo: las piernas me temblaron. ¿Un duelo con aquel oso? ¿Y por culpa de una tortilla?

—... Inútil que me dé la suya —prosiguió, arrojando fuego por los ojos—. Vendrá usted el miércoles al terreno del honor...

Creí que me desmayaba.

—... En la cocina de mi casa... a hacer una tortilla.

Cuando mis amigos, Hignard y Bonamy, leyeron en la tarjeta el nombre del oso mulato no daban crédito a mi fortuna:

— ¡Alejandro Dumas!

Aquel mágico nombre y nuestra común devoción por las tortillas harían el resto...»

1.En cuestión de un año (1849-1850), Julio Verne, poseído por una «fiebre» de la que jamás se verá libre, escribe tres obras: *La conspiración de los polvos,* una tragedia en cinco actos y en verso; *Un drama bajo la regencia,* tragedia en cinco actos, y una obra más ligera y subida de tono —*Las pajas rotas*—, en un acto y también en verso. De esa época es un sainete en dos actos: *Abdallah. Las pajas rotas,* en la línea de Musset, sería representada el 12 de junio de 1850, merced a la influencia de Dumas padre. *(N. de J. J. Benítez.)*

CAPÍTULO 10

*La emoción de la primera obra impresa • Donde profetizo, sin saberlo • Pierre Verne muere para Julio Verne • Clases de derecho, cartas para soldados analfabetos y comida caliente en los burdeles • El teatro lírico y sus cien francos me salvan * Todo se lo debo al periodismo * Así nació la «novela de la ciencia»*

El providencial encuentro con Dumas padre llena de optimismo a Julio Verne, que se lanza a una prolífica y mediocre producción teatral. Maisonneuve, un rico nantés, paga la impresión de Las *pajas rotas,* primera obra impresa de Verne. *El Museo de las familias* inicia la difusión de sus escritos. Se gradúa en derecho y las relaciones con su padre se deterioran. Verne, acuciado por la falta de dinero, tiene que impartir clases de derecho. En 1852 encuentra un trabajo como secretario del teatro Lírico de París. Sus muchas horas en la Biblioteca Nacional, documentándose sobre los adelantos técnico-científicos de la época, le van inclinando, lenta pero firmemente, hacia su definitiva vocación: la «novela de la ciencia».

«El tío Dumas —Dios se lo habrá tenido en cuenta— llenó mi estómago y mi corazón. A él le debo mi modesto primer éxito y, en especial, no haber sucumbido en aquella jungla infestada de fracasados. Aquel viejo vanidoso, capaz de subirse a la trasera de su coche para hacer creer que tenía un lacayo negro, supo intuir mi imaginación y, sobre todo, mi tenacidad. Para vivir de la literatura en aquellos difíciles años se necesitaba algo más que talento. Yo diría que coraje... Los genios sin voluntad y sin constancia florecen un día. Yo era "árbol" perenne...

La amistad de aquel oso glotón y pendenciero —más querido por sus defectos que por sus virtudes— me animó a seguir escribiendo. El 21 de febrero de 1849 tuve el honor de asistir en su palco al estreno de *Los tres mosqueteros.* Dumas, enamorado del teatro, supo contagiarme ese "veneno". Jamás he renunciado a él. Siempre que he tenido ocasión, mis novelas han experimentado esa prodigiosa metamorfosis.

¡Oh qué gran día! ¿Cómo olvidar aquel 12 de junio, miércoles? Dumas, con su excelente olfato, eligió *Las pajas rotas.* No voy a negar que retocó la obra "levemente"... El estreno en el teatro Histórico fue un éxito. ¡Doce representaciones! Críticas benévolas y un prometedor futuro como autor teatral. ¡Necio de mí! Pero durante algunas semanas gocé de las mieles de un triunfo que, si no llenó mi bolsa, sí colmó mi ego y mi estómago. Las invitaciones a los salones se prodigaron y, ¡oh fortuna de las fortunas!, Charles Maisonneuve, paisano y cofundador del club de "Los once sin mujer", se ofreció a pagar la impresión de la obra. ¡Acababa de entrar en la historia! Sí, añadiría, por la puerta de servicio...

Pierre Verne y los Allotte asistieron meses después a la representación, en el teatro Graslin de Nantes, de mi "gran triunfo". Las cartas de mi padre, furioso ante la dudosa moralidad del texto, no hicieron otra cosa que enrarecer nuestra relación. ¿Era éste el hombre que debía heredar su prestigioso y puritano despacho de abogado? Inútil defenderse. "... Tengo otros muchos proyectos en la cabeza —le escribí, en un afán por tranquilizarle y evitar el 'corte de suministros'—, millares de ideas que no soy todavía capaz de formular; si lo que imagino es bueno, lo verás algún día, pero me hace falta tiempo, paciencia y tenacidad."

Estaba profetizando sobre mi futura obra sin saberlo. Pierre Verne, astuto, supo esperar. El remate de la carrera de derecho y la lectura de la tesis doctoral estaban al caer. Después, según mi padre, Nantes... Pero yo también había consolidado mis planes. Si era menester dilataría los estudios cuanto fuera necesario. Necesitaba a París y París, yo lo sabía, me necesitaba.

Entre 1850 y 1852 ocurrirían algunos hechos... que no puedo pasar por alto. Mi producción literaria creció. Nada decisivo, en honor a la verdad.[1] Y el temido momento: para mi desgracia, me convierto en doctor en derecho. Todo está consumado. Mi familia me reclama. ¿Volver a Nantes? ¿Abandonar París, mis amistades, la literatura? ¡Oh, no! Los enfrentamientos con Pierre Verne son épicos. Amenazas, súplicas, argumentaciones sobre mi dudoso futuro como escritor... El 21 de enero de 1851, tras no pocas meditaciones, respondo a mi padre con firmeza: "... Estoy trabajando, y si mis obras no tienen un resultado cercano, esperaré. No creáis, sobre todo, que me divierto aquí, pero hay una fatalidad que me sujeta a este lugar. Puedo ser un buen literato, pero no sería más que un mal abogado, que no vería en todo más que el lado cómico y la forma artística y tomaría en serio la realidad de los objetos... Agradezco la pensión paterna como una gracia muy especial. Si, no obstante, más adelante, por mi trabajo, se extendiese sobre la familia cierto renombre, esto no haría mal a nadie; hay que actuar, pues, en el presente y tener fe en el porvenir..."

El Gran Patriarca no lo dudó. Mi pensión fue bruscamente interrumpida. Pierre Verne lo planeó como si yo, su hijo, fuera un extraño. Ignoro si le importó mi dolor y la indigencia a que me condenaba. ¿Cómo puede hacerse esto con un ser al que, supuestamente, se ama? Yo respondí con la misma moneda. A partir de entonces, Pierre Verne murió para mí.

Sophie, conocedora de mi dramática situación, siguió enviándome ropa y, en cada paquete, algunos francos. ¡Bendito contrabando!

En justa correspondencia a mi padre, me negué a inscribirme en el registro de los abogados de París. De acuerdo con su plan, Pierre Verne prosiguió la labor de zapa.

Primeramente me invitó a simultanear la literatura y la abogacía. Dos años: ésa fue su sibilina propuesta. Podía regresar a Nantes y trabajar con él durante dos años... "El tiempo justo —repetía en sus cartas— para ver las cosas con claridad y adaptarme a la realidad." ¿Dos años? ¿Y perder así mis amistades y contactos? A pesar del hambre, me negué en redondo. El siguiente paso fue tan inútil como el primero. Pierre Verne quiso convencerme de lo que ya sabía: "La literatura es miseria... Ni Dumas, ni Hugo tienen un ochavo..." Era y no era cierto. Dumas ganaba entonces trescientos mil francos al año. También Sue y Scribe eran millonarios. En cuanto a Víctor Hugo, su renta se calculaba en veinticinco mil francos. Además, ¿quién pensaba en hacerse rico con los libros? No era ésa mi intención. Sólo deseaba ser fiel a mí mismo. Y así se lo hice saber: "... Querido papá, la literatura, ante todo, ya que solamente en ella puedo tener éxito, ya que mi espíritu está invariablemente fijado en este punto. ¿Para qué repetir todas mis ideas a este respecto? Las conoces bien y sabes igualmente que, tarde o temprano, ejerza el derecho o no, durante dos años, si las dos carreras son seguidas simultáneamente, la una acabará con la otra, y en mí la abogacía no tendrá grandes esperanzas de longevidad."

1. En esos años, en efecto, Verne escribe sin descanso. En especial, tragedias en verso, comedias y sainetes, tales como *La mil y segunda noche,* para su amigo, el músico Hignard; *La Guimard, Quiridino, De Caribdis a Scylla* o *Leonardo da Vinci.* El director del *Museo de las Familias,* Pitre-Chevalier, publica sus obras ¿os *primeros navios de la marina mexicana, Un viaje en globo, Castillos en California y Martín Paz,* que constituyen un premonitorio esbozo de lo que serán sus futuros «Viajes extraordinarios». *(N. de J. J. Benítez)*

"Querido papá." Supongo que nunca supo que aquellas cariñosas expresiones no nacían del corazón, sino del interés. Ansiaba su comprensión, sí, pero mucho más su bolsa... Los esfuerzos por convencernos mutuamente resultaron estériles. Ni él ni yo cedimos un centímetro. Y una negra racha cayó sobre aquel Julio Verne de veintitrés años. La falta de recursos me obligó a dar clases —odiosas clases— de derecho, a redactar cartas para los

soldados analfabetos y a refugiarme en los burdeles de mis "amigas", a fin de comer caliente... Mi padre, aún no sé cómo, tuvo noticias de mi desolación y, por toda respuesta, escribió: "... la miseria es buena consejera. Ella logrará lo que no han conseguido mis sabios y prudentes consejos..." ¿Y este hombre se decía católico? "La miseria —le respondí herido en mi orgullo — es la piedra de toque de las almas ricas. Querido padre, lee a Bremer. 'No siempre la necesidad y la pobreza son una carga perniciosa y agobiadora; con frecuencia se parece a la presión que se hace sobre el agua de una fuente, que, cuanto más fuerte oprimimos, más salta el agua en el aire." Pierre Verne no sabía de qué madera era su hijo. Y me perdió irremisiblemente. ¡Triste destino! Años más tarde, olvidando esta lección, yo actuaría con mi hijo Michel de idéntica o peor forma... Ambos antepusimos nuestros respectivos egoísmos al amor.

¿Por dónde iba? La miseria, sí. Derrotado, claudiqué. Acepté trabajar como escribiente subnumerario en el despacho de un abogado. Mi salud empezaba a resentirse gravemente: las neuralgias faciales eran casi crónicas y los dolores de estómago me hacían sufrir hasta el punto de mantenerme en cama días y días. No sé qué hubiera sido de mí sin los cuidados de Marcel Hignard y Bonamy. El desastre alcanzó su punto crítico cuando fui advertido de que mi oscuro trabajo como escribiente no recibiría remuneración económica durante dieciocho meses. Pierre Verne no imaginó jamás lo cerca que estuve de abandonar París y someterme a sus exigencias. Como decía Cobbet, "ser pobre e independiente es algo casi imposible".

La providencia, sin embargo, estaba ahí, atenta... Y en mitad del hambre y la desesperación surgió el pequeño milagro. El puesto de secretario del teatro Lírico se hallaba vacante. Édouard Sevestre, movido quizá por la "mano" de Dumas padre, ¡me ofreció el puesto y cien francos al mes! Aquello me hizo resurgir de entre las cenizas y Hignard y yo pudimos mudarnos al número 8 del bulevar de Bonne-Nouvelle. ¡Mi destino empezaba a cambiar!

Todo mi entusiasmo fue puesto al servicio de una nueva obra: una ópera cómica, en un acto, escrita por Michel Carré y este "resucitado", con música de Hignard. El estreno, el 20 de abril de 1853, de *Collin-Maillard* fue un éxito: ¡cuarenta representaciones y una crítica moderada! Sevestre, emocionado, nos encomendó una segunda obra.

Pero antes de este "peligroso" éxito, el destino, muy atento, como digo, me tenía reservada otra sorpresa. Muchos de mis lectores me interrogan sobre algo en verdad crucial en mi carrera como escritor. ¿Cómo nació en Julio Verne esta pasión por la ciencia? ¿Cómo y por qué me hice "novelista de la ciencia", tal y como a mí me gusta autocalificarme? Mi trayectoria en aquellos agitados y bohemios años de juventud no apuntaba precisamente hacia ese rumbo. De haber continuado por semejante camino, quizá hubiera llegado a ser un mediocre sainetero o un siempre remendado autor de operetas y vodeviles. Mi nombre, en tales circunstancias, habría perecido bajo el peso de la mediocridad.



Pues sí, debo contarlo. Estoy en deuda con el periodismo...



Desde 1848, la sociedad empezó a experimentar un profundo cambio. Los románticos dejaron paso a los sansimonianos. La industria y la ciencia se aliaron y favorecieron el nacimiento de unas doctrinas positivistas, donde la triste realidad de la explotación del hombre fue sustituida por la explotación de la naturaleza en favor del hombre. Las máquinas, los hallazgos técnico-científicos y los descubrimientos geográficos fueron modificando los esquemas del pueblo, incrementando el interés de la sociedad por aquellos nuevos "dioses": el

vapor, la electricidad, la navegación aérea, etc. Tuve muchos amigos que compartían el idealismo de Saint-Simon. Yo mismo fui asiduo lector de las revistas *Tour du Monde* y *Magasin pinttoresque,* del sansimoniano Charton. ¡A qué negarlo! Esta nueva visión del mundo me fascinaba. Siendo muy niño, aquellos pequeños juguetes de moda en Nantes —los telégrafos— fueron mi delirio. Las teorías de mi admirado sabio nantés, el doctor Guepin,[1] fueron mías desde que tuve ocasión de conocerle y leerle. "La humanidad —decía mi maestro — tiene por capital el globo entero. Si nuestro globo es una fuente inagotable de calor y de magnetismo, ¿por qué no podríamos llegar a explotarlo?" Él adelantó en sus libros lo que yo, algún tiempo después, transformaría en realidad: la literatura de la edad científica.



Pero no te precipites, viejo oso. Todo requiere maduración. La naturaleza soñó ciudades y éstas aparecieron... a su debido tiempo. El Julio Verne de la "novela de la ciencia" tendría que pasar primero por un decisivo filtro: el periodismo.



Tales ideas flotaban, se palpaban en el ambiente. El mundo hervía al calor de la pujante industria y de los continuos descubrimientos científicos. Y Pitre-Chevalier, director del *Museo de las Familias,* supo verlo. Su revista necesitaba hombres, periodistas, que supieran narrar **y** aproximar al pueblo la aparentemente complicada naturaleza de la ciencia y de la técnica. Si era. menester, esos "traductores" de la fogosa corriente del maquinismo tendrían incluso que novelar los secretos de la ciencia, a fin de hacerla asequible a las mentes más sencillas e ingenuas. Pitre me conocía de antaño y sabía de mis inquietudes **y** lecturas a este respecto. Y aunque este oso torpe y obstinado seguía empeñado en la creación de tragedias, comedias y demás óperas cómicas, se aventuró a proponerme una serie de trabajos, ¡oh cielos!, que me harían virar en redondo.

1. El doctor Guepin, otro gran sansimoniano del momento, fue cirujano y oculista en Nantes. Ejerció también como profesor de medicina, química y de economía industrial. En 1850 publicó una obra — *Filosofía del socialismo o transformaciones en el mundo y en la humanidad*— inspirada en las doctrinas de Saint-Simon y Pierre Leroux. La formación enciclopédica de este nantés debió de influir poderosamente en el inquieto y siempre curioso espíritu de Verne. Guepin llegaría a escribir una *Historia de Nantes* y una gigantesca obra de mil páginas, publicada en 1854 con el título de *Filosofía del siglo XIX, estudio enciclopédico sobre el mundo y la humanidad.* En un repaso a los conocimientos de la época, tanto en física, química, botánica, zoología como mecánica, Guepin, haciéndose eco de las ideas de Fourier, manifiesta su fe en el futuro del maquinismo y de la electricidad, apostando por la siempre beneficiosa explotación de los recursos naturales del planeta. Nombrado comisario de la república en 1848, fue destituido dos años después por la reaccionaria sociedad de Nantes. *(N. de J. J. Benítez.)*



Ahí nació el Julio Verne de todos conocido. ¡En el periodismo! Esta noble profesión me enseñaría casi todo lo que sé: disciplina, rigor, amor a la verdad y un permanente estado de alerta hacia lo novedoso. Puedo afirmarlo con orgullo: de no haber sido primero periodista,

Verne jamás hubiera sido Verne.

Aquellos encargos me obligarían a pasar largas horas en la Biblioteca Nacional, consultando libros, revistas y toda suerte de documentos, en torno a los problemas científicos e históricos del momento. Merced al periodismo nacería mi notable arsenal de fichas, básico para el desarrollo de mi posterior proyecto. De momento, los aeróstatos y la guerra hispano-norteamericana fueron mis primeros objetivos. Fue entonces cuando descubrí otra dormida característica del Julio Verne periodista: la pasión-fiebre-enfermedad por los detalles, por la minuciosidad, por las descripciones exhaustivas y rigurosamente exactas. Los relatos novelados, en especial sobre temas técnicos o científicos, no tenían por qué estar reñidos con la verosimilitud. Mi admirado y genial Poe falló en eso. Sus cuentos carecen de una auténtica base científica. A pesar de todo, ¡cómo le admiro! Han pasado muchos años desde aquellos tímidos e incipientes pasos y, sin embargo, mi inclinación hacia los detalles, lejos de ser corregida, forma parte de mi ser y de mi estilo. Yo lo atribuyo, en buena medida, a la curiosidad, ese despierto instigador del género humano... Verne nació, creció y morirá curioso. ¡Qué singular emoción descubrir un nuevo dato, una respuesta!... Y el periodismo, por añadidura, soltó los corceles de mi curiosidad, condenándome a una perpetua insatisfacción. Cuanto más conocía, más deseaba averiguar. Cuanto más aprendía, mayor era mi ansiedad. Y ese círculo, jamás roto, morirá conmigo.



Ahora, con casi cincuenta años de perspectiva, pienso mucho en el sabio juego divino. Entiendo que Dios juega y que lo hace inteligentemente. Va reuniendo las piezas que deben conformar la vida de cada ser humano y lo hace sin prisas. ¿Por qué el hombre corre sin cesar? Deberíamos aprender del Padre Eterno: nadie le ha visto sofocarse por las prisas. En mi caso —bendito sea su apodo: providencia—, esas piezas, las primeras, las que cimentaron mi futuro, llevaron los más dispares nombres: "Mar... Caroline... Desamor... Gran Patriarca... Derecho... París..., Dumas... Periodismo... Exploradores..."

¡Alto, viejo oso! La evidencia invisible de Víctor Hugo está más que demostrada para ti. Dios existe y es absolutamente necesario convencerse de su existencia. Pero, rememorando a Kant, no es necesario que se demuestre. Para ti es un hecho. Con eso es suficiente...

Decía que otra de las piezas ajustadas por el destino-providencia-Dios en el rompecabezas de Verne llevó el nombre de "exploradores". Esa "pieza" apareció en mi vida —¡cómo no!— en el momento justo. Al tiempo que me "hermanaba" con la ciencia, nuestra humilde buhardilla de Bonne-Nouvelle, el "cerebro del inmueble", se vio frecuentada por un trío magnífico: los hermanos Arago. Jacques, el explorador; Étienne, liberal y literato, y el más joven, François, físico y astrónomo de reconocido prestigio mundial. Estas tertulias, por razones de espacio, de mobiliario y de una solemne escasez de víveres, terminarían montando su "cuartel general" en el domicilio de Jacques, en el 14 de la calle Mazagran. Por allí vi desfilar lo más granado de los viajeros, navegantes, exploradores, matemáticos, ingenieros y físicos. Todos practicaban la "religión" de Saint-Simon. Todos compartían el sueño de Pitre-Chevalier y todos me animaron a emprender la gran aventura de "novelar la ciencia". Los relatos, experiencias y teorías de aquellos "sabios" fueron decisivos. Y un formidable proyecto germinó en mi corazón: ¡ése era mi camino! ¿Por qué no intentarlo? ¿Por qué no crear un nuevo estilo literario? ¿Por qué no aproximar la naturaleza, los descubrimientos, los viajes, las exploraciones y el "futuro", ya dibujado por los físicos, al hombre de la calle? Dios, misericordioso, acababa de abrir mi alma y mi inteligencia a mi verdadero y noble destino.

He aquí un año histórico para Julio Verne. Cada **ser** humano sabe o intuye en qué momento de su vida pasa ante él el tren del futuro. Pues bien, en 1852, con veinticuatro años,

este "árbol", al fin, comenzó a florecer.

Dumas padre escuchó mi proyecto con curiosidad. Escribir la "novela de la ciencia". La idea fue calificada de "inmensa". Y a pesar del brusco golpe de timón que significaba en mi trayectoria como autor teatral, su volcánica pasión por todo lo revolucionario le impulsó a gritarme: «¡Ánimo! ¡Ataca el proyecto y demuestra a esos reaccionarios que el futuro y el progreso ya están aquí!"

¿Quién lo hubiera imaginado? Verne, novelista. Ni yo mismo podía creerlo. Pero, de momento, sólo era un proyecto, un estudiado y acariciado proyecto que lamentablemente exigía algo que no tenía: tiempo y dinero. Mi puesto en el teatro Lírico, mis relaciones con otros autores teatrales, la revisión de sus obras y la composición de las mías propias apenas me dejaba espacio para maniobrar rumbo a la ciencia. Cada hora, cada minuto libres eran consumidos en las bibliotecas, a la caza de datos, de información...

No faltaron momentos de hundimiento y desánimo. La labor era tan inmensa, los conocimientos a reunir tan prolijos y dispersos que, en más de una oportunidad, acuciado por el hambre, la escasez de ropa y la falta de medios y de serenidad, poco faltó para renunciar. Para colmo de males, en febrero de ese mismo año (1852), muere Édouard Sevestre. Mi puesto en el teatro Lírico peligra. Pero Jules, hermano de Édouard, me sostiene en el cargo de secretario. Los cien francos mensuales quedan asegurados por algún tiempo... Sin embargo, embriagado por el proyecto de la "novela de la ciencia", aquel cargo, las obras teatrales y el propio teatro Lírico empiezan a pesarme. Para un escritor no es bueno "cavar" en diferentes surcos. Y yo no hago otra cosa que saltar de la ópera cómica al saínete de éstos a la Biblioteca Nacional, a las técnicas de vuelo de los globos, a los conflictos armados del momento, a estructura y funcionamiento de la máquina de vapor o a las exploraciones en California... Demasiada dispersión. Conviene cerrar filas. Sí, pero ¿cómo? ¿Cuándo? Para desempeñar mi proyecto como novelista de la naturaleza y de la técnica necesitaba tiempo. Pero el tiempo sólo puede comprarse con dinero. Y una idea sobrevuela ya mi corazón: liberarme del teatro Lírico. Eso me permitiría, si no modificar el tiempo, sí enfrentarme a él. En cuanto a la segunda parte —el dinero—, ¿de dónde sacarlo? Los trabajos en el *Museo de las Familias* apenas rinden unos francos... La situación, desesperante, no parece tener salida.

No todo fue oscuro y negativo en aquellas fechas. *Martín Paz,* uno de mis primeros esbozos de novela, hace el milagro. Mi padre lee la obra y se muestra satisfecho. ¡No; puedo creerlo! Entiendo que es el antisemitismo de la misma lo que le conmueve. Aprovecho el providencial giro de Pierre Verne respecto al futuro de su hijo y le insinúo que reconsidere su postura: necesito fondos. Mi proyecto conlleva un elevado costo económico inicial, pero será rentable a medio o largo plazo. Lo sé. El Gran Patriarca no cede. París le recuerda el infierno; la antecámara de la perdición. "Podría disponer de ese dinero —me comunica—, siempre y cuando me haga cargo de su despacho de abogado en Nantes y relegue la literatura a un segundo *modus vivendi.*

Mi respuesta es tajante:

"Me pides que reflexione, querido padre. ¿Para que? Conoces la opinión de Dumas. Mi pensamiento está irrevocablemente firme. La reflexión nace de las zonas polares de la incertidumbre. El sitio donde moro ahora está menos al norte y más cerca de las zona tórrida y apasionada."

Mi pensamiento era irrevocable, sí, pero ¿y mi estómago? Mi orgullo permaneció intacto, en detrimento de mi salud... Nubes tormentosas amenazaban mi futuro. Una vez más, viejo oso incrédulo, olvidaste al gran protagonista de tu historia: el destino.»

CAPITULO 11

Donde descubro que el club «La cena de los once sin mujer» fue una farsa • A la caza de

la rica heredera • Mi salud se resquebraja • Mi padre se rinde y yo me libero del teatro

Entre los veinticinco y los veintiocho años, la situación financiera de Verne empeora. El estreno en 1853 de la opereta *Collin-Maillard (La gallinita ciega)* no mejora su situación. Al año siguiente, el *Museo de las Familias* publica una nueva y mediocre novela de Verne: *Maestro Zacharius.* La muerte de Jules Sevestre, director del teatro Lírico, le libera, al fin, de sus responsabilidades como secretario. Su camino hacia el gran proyecto —«la novela de la ciencia»— se despeja. La falta de medios económicos, sin embargo, le impide profundizar en él. Verne madura la idea de salir de la crisis casándose con una mujer acomodada.

«Mi vida, reconócelo, está sembrada de contradicciones. Los biógrafos de Verne, si los hay algún día, sudarán tinta... Nadie te escucha y, muy probablemente, tardarán años o siglos en descubrir estas "confesiones". Habla, pues, con sinceridad. A qué ocultar que tu antifeminismo sólo fue una farsa... Odiar a una mujer en particular no significa despreciar al resto. Sentirse turbado e indefenso ante la inteligencia femenina —ahí te duele, viejo oso— no equivale a rechazarlas. Me confieso culpable: la fundación, nada más llegar a París, del club «La cena de los once sin mujer»[1] obedeció, en mi caso, al todavía caliente desengaño amoroso provocado por mi prima Caroline. Después, aquellos once solteros alimentamos la broma, movidos por la insensata locura de la juventud. La prueba de cuanto digo está justamente en los sucesivos matrimonios de aquellos once tontos, con Julio Verne a la cabeza. Además, seamos sinceros, si en verdad no necesitábamos la compañía de la mujer, ¿por qué amanecíamos con tanta frecuencia en las casas secretas? Pero no era de *esto* de *lo* que quería hablar. Estaba diciendo que siempre fui un hombre contradictorio. Porque contradicción es pertenecer a un club de semejante talante e intentar resolver mi desesperada situación financiera, merced a la bolsa de una dama... Durante aquellos inciertos años, ésa fue mi gran obsesión: casarme con una mujer rica y, de esta forma, resolver mis problemas de una vez por todas. Mi proyecto literario, mi obra, estaba por encima del amor y del sentimentalismo. ¡Necio! ¡El precio no ha podido ser más alto. ¡Mentira! ¡Pura farsa! ¡Ganas de aparentar! Mi desprecio, mofa y escarnio del sexo débil en aquella siniestra época no se correspondían con la realidad íntima, la que yo pregonaba en las cartas a mi madre. "Cásame, querida madre —llegué a suplicar a Sophie—. Tomaré la mujer que tú me mandes, con los ojos cerrados y la bolsa abierta..." ¿Qué otra solución le restaba a un Julio Verne, poeta lírico, cuyos calcetines de algodón —en otro tiempo

1.Como relata Marc Soriano, la existencia de este club comporta diversos ritos. Si uno de los socios desea casarse, es el club quien da el consentimiento, previo pago de un canon, bien en dinero o en especie. El «tributo" consiste en una cena —preparada por mujeres— a la que sólo asisten los hombres. Las chanzas en torno al matrimonio se suceden sin pausa ni miramientos. Y al parecer era de buen tono salir de la misma más o menos «vacilante»... *(N. de J. J. Benítez.)*

de lana— se asemejaban a una tela de araña en la que un hipopótamo se hubiera acunado durante horas? A qué podía aspirar el "gran inventor de la literatura de la ciencia" cuyas camisas sólo aparentaban por delante...

Tenía gracia. Mientras rogaba a mi madre que me buscara una novia rica, este loco contradictorio proseguía sus sarcasmos. En mala hora escribí a Ernest Génevois, uno de los

últimos solteros de "Los once sin mujer". Irritado ante el anuncio de su próxima boda, le amenacé con una explosiva carta en la que, entre otras lindezas, le comunicaba: "... Si persistes, pese a mis advertencias formales, en cometer la peor de las tonterías que puede hacer un joven, piensa que tarde o temprano estoy llamado a ser el consolador de tu mujer. Conoces bien mis gustos. Elige en consecuencia."

Sophie Allotte de la Fuye, madre de Julio Verne, según una pintura de su cuñado Francisque de la Celle de Cháteaubourg.





Pierre Verne, padre del escritor

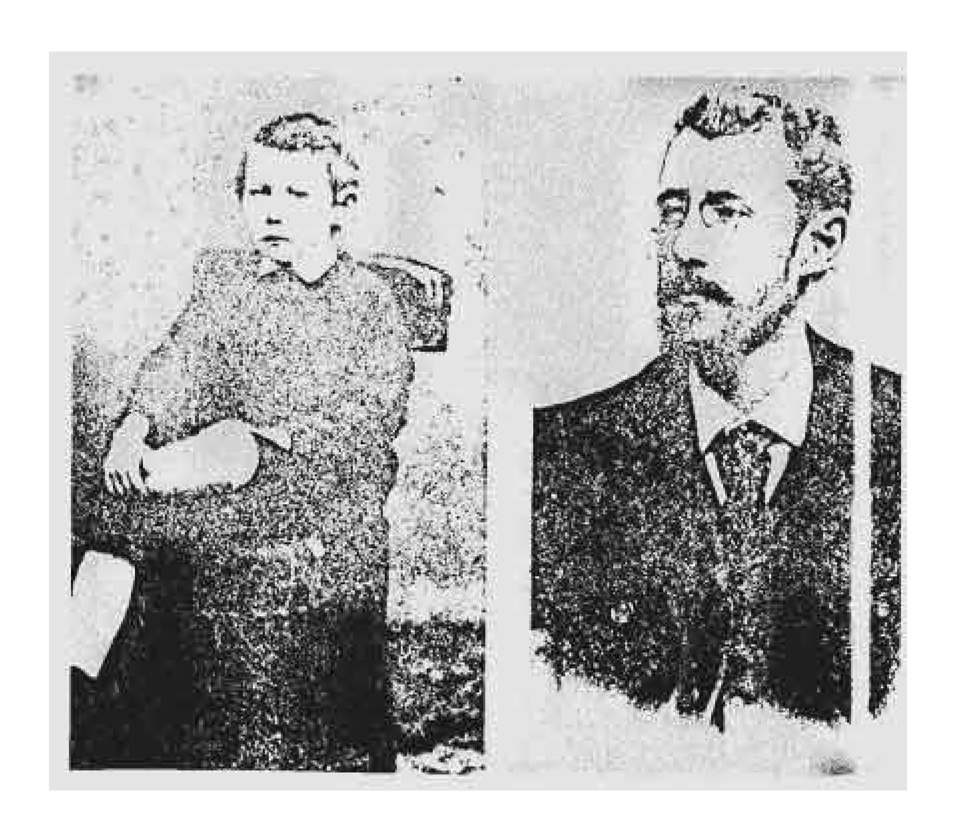


Julio Verne (a la izquierda)
y su hermano Paul en Chantenay.
Pintura de su tío.



Honorine y Julio Verne el año de su boda, 1857.

Michel, hijo de Julio Verne, a los siete y treinta años.





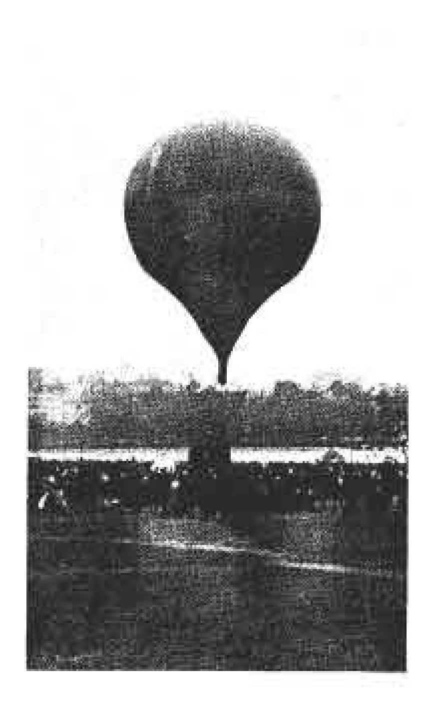
Una de las escasas imágenes de Julio Verne sin barba



Hetzel, fotografiado por Nadar, a su regreso del exilio, hacia 1860.

Julio Verne y Julio Hetzel hijo, a bordo de un torpedero.

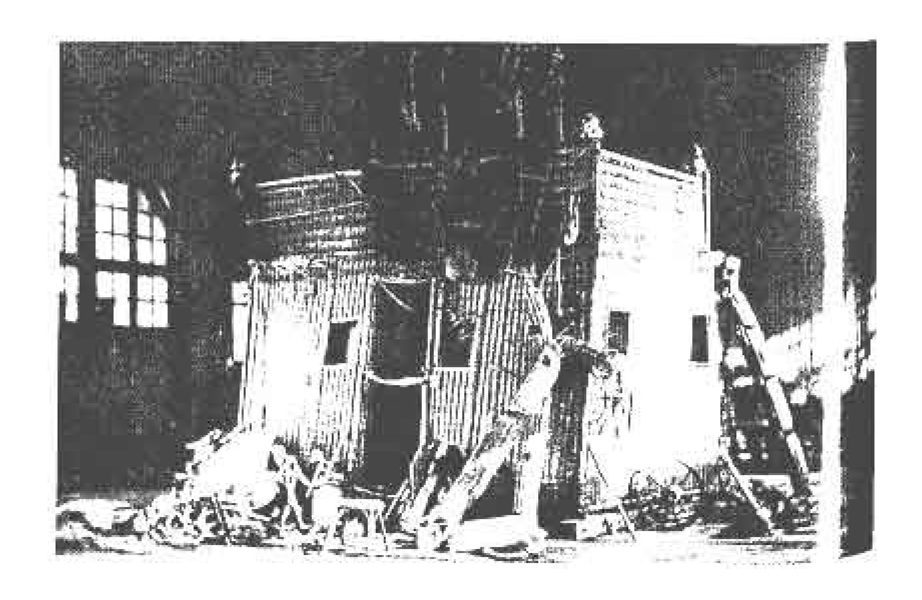




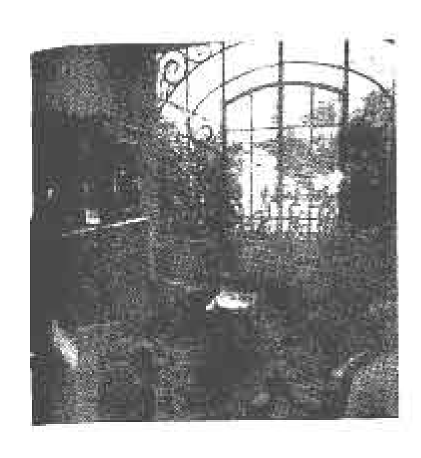
Salida del «Géant» en el Champ-de-Mars, el 10 de octubre de 1863; la princesa de La Tour d'Auvergne y el príncipe de Saxe-Witgenstein acompañaban a Nadar.



Nadar en globo.



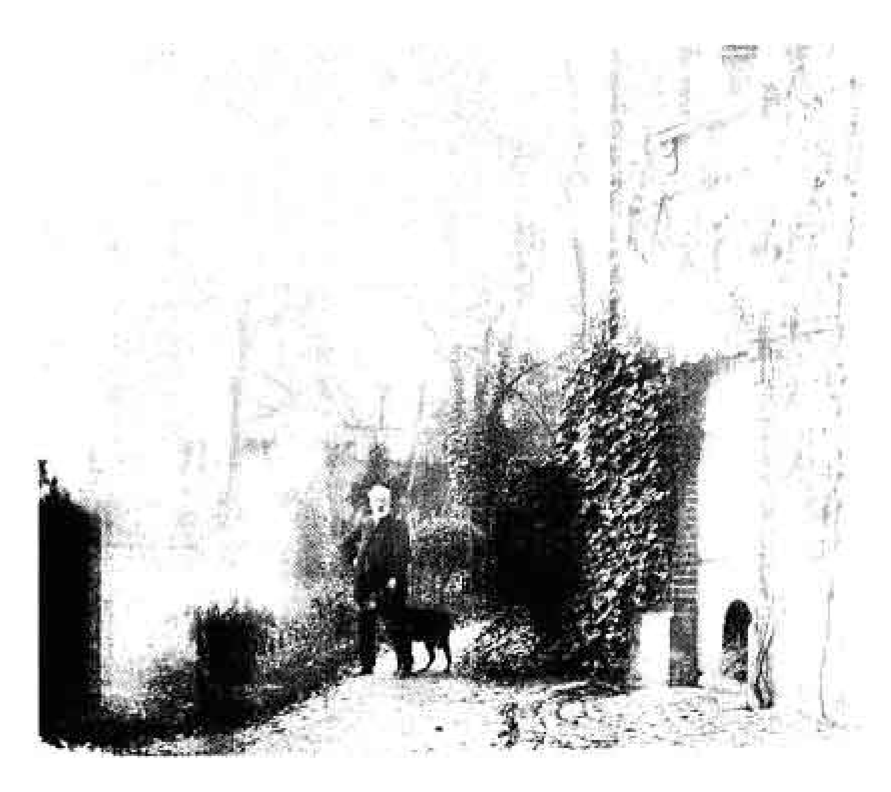
La barquilla del “Géant” después del accidente.



La vidriera y el salón de la casa.



El número 44 del bulevar de
Jules Verne, en Amiens. En esta casa
vivió y trabajó sus últimos catorce años.



Julio Verne
con su perro, en 1886, en su jardín de Amiens.

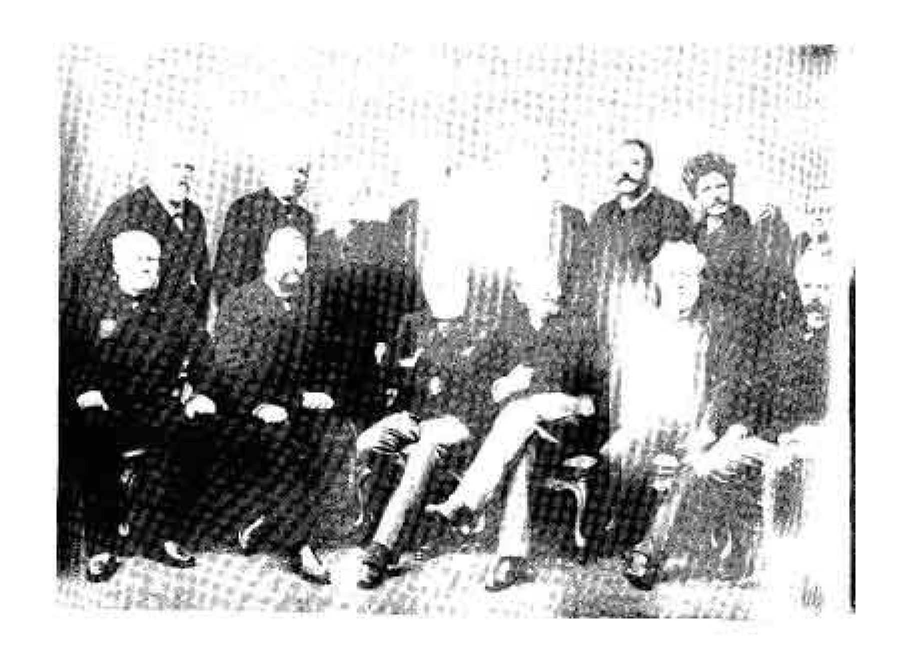


Retrato de Julio Verne en 1902, con su firma y letra.



Monumento a Julio Verne en Amiens

El consejo municipal de Amiens; Julio Verne es el segundo por la derecha, en la primera fila.





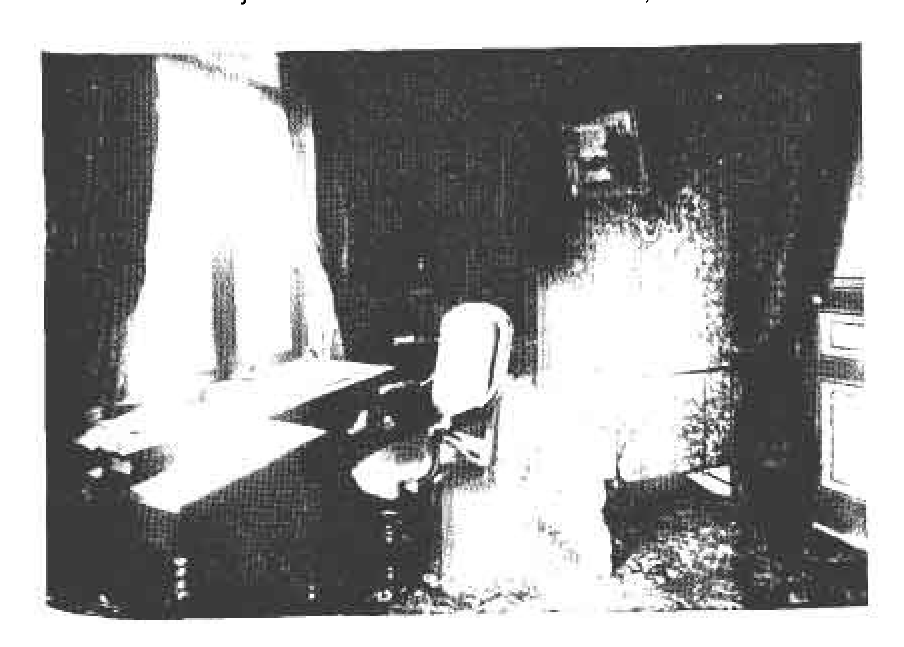


Julio Verne con Honorine, su mujer.

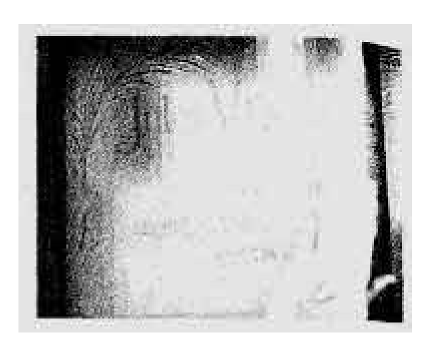


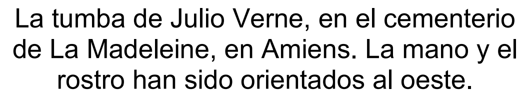
Verne en plena madurez. «Me siento el más desconocido de los hombres.»

Gabinete de trabajo de Julio Verne. Junto a la mesa, una humilde cama.









La tumba de Julio Verne, en el cementerio de La Madeleine, en Amiens. La mano y el rostro han sido orientados al oeste.

Leyenda funeraria. La mano derecha de la escultura oculta las fechas de su nacimiento y muerte: 1828 y 1905,



Flores blancas para un genio que hizo soñar a miles de seres humanos.

Y digo en mala hora porque la carta en cuestión terminaría en poder de mi señor padre. Tuve que apresurarme a tranquilizar su estricto y puritano pensamiento. Tu hijo no es un libertino. Tu hijo, sencillamente, se hace viejo...

Y debería haber añadido: "Tu hijo es un cretino que aborrece a las mujeres en público y las persigue en secreto."

Y ahora que lo menciono, mi prematura vejez también influyó lo suyo en esta alocada carrera hacia un matrimonio por interés. A mis veinticinco años, el cabello apuntaba más de una y más de diez canas. El rostro, como la Roma asediada, se veía surcado por las arrugas y los dolores de estómago apenas si eran adormecidos por el jarabe "al éter". Wallace no podía equivocarse: "La mano que mece la cuna es la mano que gobierna el mundo." Esa mano, cubierta de joyas, gobernaría el mundo de Julio Verne. Me equivocaría en casi todo, claro...

Así empezaría la caza de la dote. Primero fue Héloise, una ardiente criolla, hija de un nantés, con quince mil bonos de renta. Fracaso absoluto. La joven borbonesa tenía más de artillero de la brigada 32 que de frágil señora de su casa.

Mi madre y yo no claudicamos. Segundo intento: Laurence Janmare, cuyos bellos ojos negros y fuertes dineros me hacen perdonar su gordura. Pero, ¡oh destino cruel!, Laurence ama en secreto a otro nantés, un tal Duverger. El recuerdo de Caroline y de su traición precipita las cosas. En un baile de máscaras, en mi ciudad natal, Laurence aparece disfrazada de gitana. Yo adopto uno de mis disfraces favoritos: el hábito de "Increíble", heredado de mi abuelo, el "hermoso Allotte". En mitad del baile, mi "elegida" confiesa a Ninette Chiguillaume, amiga íntima, que una de las ballenas de su corsé se le clava en un costado. El destino, implacable, me sitúa al lado de Laurence y escucho el lamento. Ésta es mi oportunidad y, naturalmente, derramo mi venganza sobre la gitana. "Ah, si yo pudiera pescar las ballenas en esas cost...illas" Mi exclamación se propaga por el baile y por la ciudad, llegando a oídos del señor Janmare. El hipotético compromiso se esfuma. Mi padre, poco después, me revelaría los auténticos motivos de la negativa del padre de la novia: "Hijo, tu situación en el teatro Lírico parece muy aleatoria al señor Janmare.", El señor Janmare fue discreto en sus apreciaciones. Cien francos al mes a los veinticinco años no era una situación aleatoria: ¡era una catástrofe!

El tercer y último intento por casar a este infeliz llegó de la mano de Pierre Verne. Esta vez la rica heredera residía en Mortagne: una familia honrada, con estimables posesiones y un castillo. Pero mi estancia en el lugar, amén de llenar mi estómago, abriría mis ojos, alertándome sobre la grave torpeza que estaba a punto de cometer. "... Si es preciso iré a vivir a Mortagne —le comuniqué a mi madre—; nunca en mi vida había soñado tanto con esta ciudad vendeana y se me presenta bajo color de rosa; veo mis posesiones extensamente desplegadas al aire libre; mi suegro es un hombre todavía en buena edad, con unas ideas bastante estúpidas sobre las cosas de este mundo, pero en el fondo es un hombre honrado, que tiene la barriga justa para que se le golpee en ella sin que se descomponga; mi suegra prepara conservas, cría gallinas, alaba sus confituras y se dedica a todas las ocupaciones de una pareja campesina, que caracterizan a estos espíritus estrechos; en cuanto a su hija, no está ni bien ni mal, ni salvaje ni delicada, ni divertida ni desagradable y me dará regularmente un hijo o una hija cada nueve meses. ¿No está ahí mi porvenir? Si en este mundo la felicidad consiste verdaderamente en tener el cerebro atrofiado y en llevar la existencia de los patos en medio de una charca, procuremos solamente tener el charco lo más limpio posible..." ¡Maldita sea! A punto estuve de perderme y de perder mi gran proyecto.

Harto de tanta y tan malsana búsqueda de rica heredera, me refugié una vez más en mi trabajo. Pero el secretariado del teatro Lírico me amordazaba, agotándome en inútiles reuniones, revisiones de óperas y tragedias, ensayos y puestas a punto de obras que se me antojaban cada vez más frívolas y lejanas. La única forma de mantener el fuego sagrado de mis ilusiones y de entregar a tiempo los trabajos para la revista fue robando horas al sueño. Ahí nació mi incorregible costumbre de escribir a partir de las cinco o las seis de la mañana...

Aquellos meses de agotador y titánico trabajo resultarían nefastos para mi salud. Insomnio, parálisis facial y fortísimos dolores de estómago y de oídos. El esfuerzo, sin embargo, se vio recompensado con la aparición, en abril de 1854, de mi nueva novela *Maestro Zacharius.*

Estas neuralgias faciales, que me impiden cerrar la boca, me hacen babear como una boa en plena digestión o un crítico dramático en acción, que me cierran un ojo y alteran mis nervios, han sido crónicas y especialmente lacerantes cada vez que abuso del trabajo. ¡Y así llevo cincuenta años!

Tampoco olvidaré aquel abril de 1854. Pierre Verne, al fin, cedió su despacho de abogado a un tal Delpit. ¡Qué liberación! Sin embargo, hasta el último minuto y a pesar de mi rechazo, mi padre insistió en que le sucediera. "Sé lo que soy —le respondí—, entiendo lo que seré un día; cómo, pues, hacerme cargo de un despacho que tú has hecho bueno, que, no pudiendo progresar entre mis manos..., no podría menos que perecer en ellas."

Estaba decidido. La vista del mar del Norte, en Dunkerque, en el transcurso de un breve respiro, me llevó a la gran resolución: dimitiría de mi cargo en el teatro Lírico. La mar, mi truncado amor, me proporcionó la luz y las fuerzas necesarias para adoptar aquella dolorosa decisión. Yo no deseaba traicionar a Sevestre, pero mi proyecto era prioritario. O el teatro o la "novela de la ciencia". No había elección. Y llegué a escribir una carta de dimisión; una carta entrañable, pero firme. El destino, siempre puntual, me ahorraría tan amargo trance: semanas más tarde, contagiado por los soldados que habían luchado en Crimea, Jules Sevestre fallecía de cólera.

Pero, ¡oh Dios!, las tentaciones no habían concluido. De la noche a la mañana, como consecuencia de mi negativa a seguir en el cargo de secretario, mis cien francos se triplicaron. La viuda de Sevestre y Émile Perrin, director-administrador de la Ópera Cómica, pusieron ante mí la dirección del teatro Lírico, con una sustanciosa parte en los beneficios.[1] ¡Aquello parecía una burla del destino! Por pri mera vez en mi vida, la fortuna me sonreía. Pero ¿a cambio de qué? De mi proyecto, de mis ilusiones... Dios me iluminó y no me dejé tentar. Esperé, eso sí, a que mi puesto fuera cubierto. Y una vez designado mi buen amigo Philippe Gille, este oso testarudo se retiraría a su buhardilla, con el firme propósito de triunfar.

Desde aquel "histórico" octubre de 1854, hasta el no menos providencial mayo de 1856, Julio Gabriel Verne vivió y trabajó por y para su futuro: la "novela de la ciencia".

La suerte estaba echada. Había renunciado al despacho de abogado en Nantes, a la vida cómoda y placentera junto a una rica heredera e incluso al prestigio y a los dineros de la dirección del teatro Lírico. Sólo me quedaban mis sueños...»

1. En septiembre de ese año (1854), Julio Verne escribe a su padre, comunicándole estas excelentes proposiciones: «... Espero de un día para otro el nombramiento del nuevo director, que me dejará libre, conservando unas excelentes relaciones con el señor Perrin.

Éste ha hecho todo lo que ha podido, de nuevo, para hacerme aceptar la dirección del teatro Lírico, incluso sin sueldo, y buscando arreglos remotos. Me he negado. Incluso me ha ofrecido dirigir el teatro, yo solo, permaneciendo director de nombre y teniendo una parte de los beneficios: me he negado también; quiero ser libre y demostrar lo que hago. He escrito mucho más de lo que crees, mi querido padre, pero reconozco que he hecho cosas que no son buenas, y de las que, ciertamente, no me serviré. Ahora bien, si las obras que considero buenas pueden triunfar, lo voy a ver una vez que haya salido del teatro Lírico.» *(N. de J. J. Bentíez.)*

CAPÍTULO 12

Un piano por veinticinco francos • Nunca fui un escritor de verdad • Donde me profetizan que seré cornudo • Un 9 de mayo fatídico • Honorine, la de los pechos interminables • Un plan perfecta y fríamente engrasado • El Gran Patriarca se opone a mi boda • Cincuenta mil francos me convierten en agente de Bolsa • «Uniforme» para mi «entierro»: traje blanco y guantes negros

Hasta mayo de 1856 la vida de Verne, recluido en su buhardilla, se reduce al estudio y preparación de su ambicioso proyecto literario. Nuevo cambio de domicilio y adquisición de un viejo piano. Recién cumplidos los veintiocho años, Julio Verne es invitado a la boda de un amigo, en la ciudad de Amiens. Allí conocería a Honorine, una viuda con dos hijas. Ocho meses más tarde contraería matrimonio con ella y se haría agente de Bolsa.

«He estado a punto de abandonar la redacción de estas "confesiones". Me siento incapaz de profundizar en la vida de nadie. Mucho menos, en la mía. Los biógrafos, sinceramente, son unos ilusos. ¿Quién puede decir nada medianamente sensato o aproximado de la existencia de otro hombre? Las fuerzas me fallan. Pero, en fin, proseguiré. Me limitaré, eso sí, a lo que supongo las "cuadernas" de este viejo buque varado que lleva el nombre de Julio Verne. La mudanza de casa —esta vez al 18 del bulevar de Poissonniére—, la adquisición de un prehistórico piano y la tertulia del Círculo de la Prensa Científica fueron los grandes alicientes de aquellos duros veintisiete-veintiocho años. Soy un artista estirando los ahorros. El piano fue un descubrimiento de mi inseparable amigo Hignard, que por aquel entonces vivía en el mismo rellano de mi escalera. ¡Veinticinco francos! Para Hignard fue una ganga. Para mí, una tentación irresistible. Tuve que pagarlo a razón de cinco francos al mes. Una vez más, el estómago pagaría mi encendido amor por la música. ¡Viejo oso, deberías escribir la gran novela de tu estómago! Él ha padecido tus fracasos y desengaños. No seguiré lamentándome. A fin de cuentas, fui fiel a mí mismo. ¿Qué es la música? En palabras de Hoffmann, la natural continuación del lenguaje. Donde terminaba mi palabra escrita, allí nacía mi música. De no haber sido marino, pintor o escritor, Verne habría sido músico.

Mas, ¡no desvaríes, viejo loco! ¿Qué fue de mi vida en aquellos años? Podría asociarla a tres lugares concretísimos: buhardilla-Biblioteca Nacional-Círculo de la Prensa Científica. Me despertaba —es un decir— con la oscuridad, trabajaba hasta media mañana y, acto seguido, me enclaustraba en la biblioteca, tomando cientos de fichas sobre las más variadas materias. Mi proyecto exigía conocerlo todo: botánica, física, matemáticas, astronomía, oceanografía, geología, balística, historia... Me detuve muchas veces en mitad de aquel pandemónium de información, preguntándome: "¿Qué pretendes?" No lo sabía con precisión. No podía intuir aún los frutos concretos de tan gigantesco y siempre inacabado esfuerzo. Pero supe aguardar. La "luz" se encendería...



Cuando los ojos y la mente se negaban a trabajar me refugiaba en el Círculo de la Prensa Científica. Allí escuchaba, discutía y planeaba, de la mano de exploradores, geógrafos y

soñadores como yo. La geografía era mi "diosa". Humboldt, con su espléndida obra «Cosmos» había creado en 1845 un nuevo concepto de geografía. Y yo compartía plenamente esa relación íntima y directa del hombre con su medio físico y natural. Aquellas interminables y románticas tertulias fueron modelando mi espíritu, preparando lo que, años más tarde, sería el gran "árbol verniano". La necesidad de dinero y un innegable afán de protagonismo en el siempre agitado remolino parisiense me forzaron a seguir escribiendo "pequeñas bagatelas", tan carentes de interés como preñadas de frivolidad: «Un invierno en los hielos» y «Los felices del día» hablan por sí solos. A Dios gracias, mi pensamiento apuntaba en otra dirección. Mi horizonte era otro. Pero ¿qué hacer con mi estilo literario? Pocas veces lo he confesado: ¡carezco de estilo! Entonces y ahora me he esforzado por ser un estilista. Inútil. Estoy castrado para la creación literaria, en el más puro sentido de la expresión. Soy directo, espartano y austero en el lenguaje porque, sencillamente, nunca fui un escritor de verdad. Mis lectores se estremecerían si pudieran leer semejante aseveración. Poco importa. Así lo pienso y así es. Pero en aquella época yo no lo sabía. Y luchaba con todas mis fuerzas por depurar mi escaso y desértico lenguaje. La terminología científica y mi obsesión por los detalles me dominaron desde un principio. Y ahí quedó anclado el ilusionado Verne. No busquéis perífrasis o circunlocución y mucho menos metáforas en mis libros. Los sustantivos han sido y son mi bastón, pero no por gusto, sino por necesidad... Tampoco es cuestión de olvidar la fuerza del periodismo, que actuó en mí como un yunque.



Mentiría si olvidara otro "detalle", más que importante, obsesivo, de aquella juventud que escapaba. Las noches, sin una mujer, se hicieron interminables. La bolsa vacía, a pesar del entusiasmo desplegado en el proyecto de la "novela de la ciencia", refrescaba a cada momento la memoria. No, no había olvidado el prosaico objetivo de la "rica heredera". Quedó apaciguado, pero no muerto. Había que casarse y asegurar el futuro. Así se lo hice saber a mi amigo Génevois. Y Ernest, que recordaba muy bien una cruel misiva mía en la que le aconsejaba no cometer la tontería de contraer matrimonio, se apresuró a pagarme con la misma moneda. ¡Me llamó cornudo![1] Justo castigo a mis contradicciones. Jamás se debe predicar lo que no se cree ni se practica...

1. En respuesta a esa carta de su amigo Ernest Génevois, Julio Verne contesta con otra carta que refleja con precisión sus ideas sobre el matrimonio. He aquí el texto de la misma, revelado por Marc Soriano: «Bravo, viejo amigo, tu encantadora carta me ha entusiasmado; seré cornudo; pues viva la cornamenta, así no me diferenciaré de los maridos de todas clases más que en haber estado perfectamente prevenido antes de casarme.

»No, Ernest, no voy a decirte que no me casaré. Lo que sí te diré, Ernest, a ti, que pretendes que seré un cornudo, es que eso me importa un cuerno. Además es un buen ahorro de "fornicio". El amante de una mujer casada economiza a su marido un doméstico y dos sirvientas. El amante de una mujer casada vale por un ingreso neto de mil escudos para un matrimonio. Es el factótum, el pagano del hogar doméstico, y habría que tener cuarenta mil libras de renta, al menos, para desaprovechar una fortuna semejante: es como si un teatro se quejara de ser subvencionado.

«Has olvidado una cosa, Ernest, y has cometido un grosero error en medio de las grandes verdades que me asestas, y es que yo no cargaré con la primera muchachita que tenga unos buenos ojos y una buena pechuga, si su pechuga no tiene esperanzas y si sus ojos no tienen una perra.

»La pechuga es algo importante, lo confieso, cuando se está junto a ella, pero es también menos que nada cuando uno está a cientos de leguas, pues no tengo la pretensión de que mi mujer tenga una espetera de Quimper a

Lons-le-Saunier. Preferiría incluso que tuviese una teta de menos y una propiedad de más en la Beauce, una sola nalga y unos buenos pastizales en Normandía. Así soy yo: un castillo y un corazón.

»Por otra parte, me dices, Ernest, que todas mis conquistas se han reído de mí. Bueno: sin eso ¿dónde estaría el placer? Balzac lo ha dicho y lo ha demostrado que más vale ser abandonado por una mujer que abandonarla. Trata de hacer comprender eso a las jóvenes y vulgares muchachas a las que honras con tus bondades.

«También pareces creer que no soy capaz de hacer conquistas. ¡Anda, desmemoriado! Se ve que has olvidado las mejores casas de la calle d'Amboise o de la calle de Monthyon, en las que se me recibe como al niño mimado, ¡qué digo!, como al niño podrido de la familia. ¿Acaso no se me ama allí por mí mismo, cuando encuentro la ocasión de dejarme unos cuantos luises? ¿O es que crees, si no, amigo mío, que el dinero es el único móvil de esos puros afectos? No, sin duda, y el día que me presente en esas castas mansiones sin una perra, me pondrán de patitas en la calle, y con razón. Como ves, he hecho conquistas como cualquier otro...» *(N. de J. J. Benítez)*

En algo sí acerté a la hora de replicar a Ernest: no cargaría con una muchachita sin dote, propiedades o dineros... ¡Necio! A cambio de esa supuesta seguridad económica, hipotequé mi vida, mi libertad y lo más santo bajo el cielo: el amor. De nuevo, la falta de valor... Pero el destino pasa siempre recibo. No conozco a nadie con memoria tan prodigiosa. Veamos si digo verdad.

En abril de ese año de 1855, con motivo de la boda de mi entrañable amigo Victor-Marie, escribí a Nantes, burlándome del matrimonio: "... Acaba de casarse Victor-Marie, mi médico y amigo. Todos se casan menos yo. Gran baile, la vigilia en el hotel de la Moneda. El lunes de Pascua fui a Saint-Germain-des-Prés para los obsequios. Estaba singularmente conmovido viendo pasar el cortejo fúnebre. Dos suizos vestidos de gala hacían resonar el pavimento del templo con golpes sordos y prolongados. El padre avanzaba llevando a la pura víctima al altar; el esposo y después la familia desfilaban, serios como senadores romanos; el órgano tocaba la fuga y sus truenos. Estaba singularmente conmovido, quiero decir que me dio una risa que me dura todavía. No, jamás podré figurar seriamente en una ceremonia de este tipo."

¿Por qué era tan cretino? Ciertamente, quizá desde la "execrable boda" de Caroline, la ceremonia nupcial me recordó siempre un cortejo fúnebre. Nunca pude remediarlo. Ni siquiera en la confección de mis posteriores novelas...[1] La burla de Antífanes fue mía durante años: "¡Cómo! ¿Que se ha casado? ¡Y pensar que lo dejé gozando de tanta salud!" Temía el matrimonio, me espantaba, pero lo necesitaba. Sofía Arnould se cansó de cantarlo, pero nadie la escucha: "El matrimonio es una ciencia que nadie estudia." Yo, a fuerza de estudiarlo, equivoqué la "carrera"...

Meses después de aquella burla sangrienta, el destino se ensañaría conmigo. No podía ser de otra manera. Y lo hizo —ojo por ojo...— al estilo de Verne.

Quizá, si para entonces hubiera conocido a Anne, mi querida astróloga, aquel mayo de 1856 no me hubiera puesto en camino hacia Amiens. Pero los astros no conocen la misericordia. ¡De nuevo una boda! Esta vez, la de mi compañero Auguste Lelarge, con una joven de Amiens, la señorita Aimée de Viane. Y un 9 de mayo, viernes, le daba el brazo en la iglesia a una encantadora viuda, hermana de la desposada, cuya gracia —Honorine— me sonó a violines... ¡Ciego! ¡A qué ocultarlo! Su estampa y su bolsa me deslumhraron. Honorine, dos años menor que yo, era grande, bien plantada, con unos senos interminables, ojos rientes, una piel tersa, cuidada y desafiante como sus caderas, voz de soprano ligera, deliciosa y un humor natural e impropio de una mujer... Digo yo que caí rendido a sus pies, no muy perfectos, dicho sea de paso... Mi timidez se vio derrotada por una mujer liberal en su talante y talen» to. Honorine no retrocedía ante nada, nunca supo del sonrojo. Era natural y espontánea, incapaz de mentir, casi una niña..., con dos hijas de corta edad. ¡Ah, mi eterna tragedia! Mis "prometidas", siempre acompañadas de dificultades. Y las hijas de la viuda lo fueron, ya lo creo que lo fueron... ¿Un flechazo? Dejémoslo en un pinchazo.

Y lo que en un principio sólo debía prolongarse una jornada escasa, se convirtió en ocho días de deliciosas atenciones. Está claro que hubo mutua complicidad y confluencia de intereses. Yo interesaba a la familia y la familia interesaba a este cazador de dotes. Pero, como sentenciara Montaigne, "poco ventajoso es que un hombre vaya buscando una mujer que le traiga una buena dote; no existe ninguna otra deuda extraña que traiga más ruina a las casas".

1.Julio Verne gusta de esta comparación «boda-entierro» en algunas de sus obras. Así, en *Las tribulaciones de un chino en China,* escribe sin el menor pudor: «Por ahí pasaba un entierro de gran pompa, que estorbaba la circulación; por allá una boda, menos alegre quizá que el convoy fúnebre, pero igualmente embarazosa.» *(N. de J. J. Benítez.)*

Mejor que mis recuerdos son las cartas cruzadas entonces (mayo de 1856) con mis padres. En una de ellas, quizá la primera, en un arrebato de pasión y de interés, confesaba a mi sorprendida madre: "... La familia De Viane, en la que entra Auguste, es encantadora, compuesta por una joven viuda muy amable, hermana de la desposada, que parece muy feliz, y por un joven de mi edad, agente de cambio en Amiens, donde gana mucho dinero, y que es el muchacho más gentil que ha dado el mundo. El padre es un viejo militar retirado y que es mejor de lo que suelen ser generalmente esos guerreros retirados del servicio, y la madre es una mujer de carácter excesivamente fuerte.

"Tú no estás habituada a verme hacer así un elogio general de toda la familia, y tu perspicacia natural va a hacerte creer que hay algo debajo. ¡Me parece que estoy enamorado de la joven viuda de veintiséis años! ¡Ah!, ¿por qué tiene dos hijos? ¡No tengo suerte! Caigo siempre en imposibles de una clase o de otra..."

La respuesta de Pierre Verne, moralista hasta la tumba, no se hizo esperar. "¡Su hijo, casado con una viuda y madre de dos hijos!" ¡Ni pensarlo! ¡Ah, qué escándalo! ¡Qué "increíble" trayectoria la del primogénito de los Verne-Allotte! Primero se fuga de casa, rumbo a las Indias; más tarde se enrola en las galeras de la perdición, en París, compartiendo el pan y la sal con libertinos, literatos de escasa reputación y libertarios que buscan la perdición de Napoleón III. Y no contento con el teatro, tras renunciar al sólido futuro de un despacho de abogado en Nantes, ahora, ¡Dios misericordioso!, intenta casarse con una viuda...

Mi padre pasó a la ofensiva. Nuevas disputas, nuevas peleas y nuevos rencores. Pero la idea de contraer matrimonio con una viuda, madre de dos hijas de corta edad, no fue lo peor. A los veinte años se puede correr tras la moneda de cinco perras. A los treinta, uno está cansado y pone en grave riesgo su dignidad. Necesitaba dinero. ¡Vaya novedad, querido oso! Esta vez iba en serio. Si en verdad deseaba casarme con Honorine, tenía que encontrar un trabajo seguro y con un mínimo de rentabilidad. Detengámonos en este decisivo lance.

¿Por qué me hice el firme propósito de casarme? ¿Por el apasionado amor hacia una mujer? Mi muchísimo menos. En lo más íntimo, yo seguía queriendo a mi prima Caroline. Quizá fue motivado por dos o tres razones, a cuál más despreciable. Veamos... En primer lugar, las largas conversaciones con mi futuro cuñado, durante mi estancia en Amiens, me decidieron a probar suerte. ¡Podía hacerme agente de Bolsa! Las influencias y conocimientos de mi suegro y cuñado resultaban oportunísimas. Este oficio me regalarla el tiempo necesario para profundizar en mi proyecto literario. Honorine, según esto, fue utilizada como una herramienta. Con ella ajustaría las tuercas de mi "edificio en construcción". ¿Qué importaba que no estuviese enamorado? ¡Ah, miserable proverbio francés, que hice mío en todo momento!: "Se desposa a una mujer, se vive con otra y no se ama en realidad más que a uno mismo." Por último, la ciega oposición de mi padre a ese matrimonio provocaría en aquel Julio Verne, terco y rencoroso, un efecto contrario. De modo que Pierre Verne se opone a mi boda... ¡Muy bien, habrá boda!

Planteé mis intenciones a la familia y Ferdinand, mi futuro cuñado, me señaló a un tal Eggly como posible socio. Sólo había un "insignificante" obstáculo: cincuenta mil francos. Ésta era la cantidad requerida para asociarme e iniciar el negocio de la Bolsa. ¿A quién podía recurrir? Haciendo de tripas corazón, planteé el enojoso asunto a mi señor padre. La guerra, más que batalla, el tira y afloja, el "sí" y el "no" de una y otra parte, nos consumiría a ambos durante ocho largos meses. El Gran Patriarca echó mano de todos sus argumentos y argucias, incluyedo uno, el último, que me dejó perplejo. Pierre Verne, acérrimo enemigo hasta entonces de un Julio Verne escritor, llegó a lamentar que mi capricho por la Bolsa me hiciera renunciar a la literatura.[1]

1. Resulta significativo y elocuente analizar la correspondencia cruzada entre padre e hijo en aquellos meses. He aquí varios párrafos de algunas de

esas cartas. El lector sacará sus propias conclusiones...

(29 de mayo de 1856) «... Mi querido padre, tu carta me ha producido, a la vez, placer y pena, porque, por un lado, veo que no pides más que el ayudarme a crear una posición, pero, por otro, observo que me tomas todavía por un muchacho irreflexivo, al que se le sube a la cabeza una idea nueva, vuelto a todos los vientos de la fantasía y que no quiero ocuparme del cambio más que por gusto del cambio. No quiero echar la soga tras el caldero; lejos de ello; se trata menos que nunca de abandonar la literatura; es un arte con el que estoy identificado, y que nunca abandonaré. Pero necesito una posición, una posición presentable, incluso para las personas que no admiten a los hombres de letras... Aprovecho, por otra parte, la primera ocasión que se me presenta de casarme; estoy harto de la vida de soltero, que me aburre; me ocurre lo mismo que a todos los amigos que piensan como yo... Esto te parecerá curioso, pero tengo necesidad de ser feliz, ni más ni menos. Ahora bien, una situación de agente, que me permita vivir en París, puede facilitar mucho las cosas.»

(También en mayo de ese mismo año) «... Por otra parte [refiriéndose a su futuro cuñado], lo que hace en Amiens es todavía más fácil hacerlo en París a escala más pequeña... El señor De Viane [su suegro] está muy introducido en este mundo de financieros y agentes; podría fácilmente interesar a un amigo suyo en un gran cargo en París, incluso por una módica cantidad... Ahora bien, mi querido padre, se trataría de saber, si llega la ocasión, si querrías hacer que me interese por un cargo tan oficial como lo puedan ser un despacho de abogado o de notario. Tengo necesidad de modificar mi existencia porque esta situación precaria no puede prolongarse... Como llevo un año sin ganar nada... ando escaso de medios.»

En otra misiva, Verne trata de apaciguar los ánimos de su padre y escribe: «... Hablas de desilusión literaria; pues bien, te juro que no existe; veo solamente que una situación literaria no puede conseguirse, por el tiempo de postura y salida de pollos, al menos antes de los treinta y seis años. Por otra parte, no quiero esperar hasta ese momento para adquirir cierta estabilidad en mi existencia, por lo que quiero pedirle a otros trabajos más lucrativos el que completen el insuficiente e incierto beneficio de las operaciones literarias.»

Ante los miedos de Pierre Verne por una actividad tan arriesgada como la de la Bolsa, su hijo responde con firmeza y verdad: «... ¿Que el gobierno querrá poner término al agio? Error. El gobierno de Napoleón III, que reposa enteramente sobre las finanzas, no puede introducir la menor restricción en los asuntos de la Bolsa sin perder una parte de su fuerza. La carta de Ponsard es una de esas añagazas de moralismo que hacen sonreír a la gente familiarizada con las cómicas pamemas del poder.» *(N. de J. J. Benítez.)*

¡Cuánto odié a este miserable! ¿Qué valor tenía para él un hijo? ¡El de la apariencia ante la encorsetada y reaccionaria sociedad nantesa! La Bolsa tiene muy "mala prensa", afirmó. Pero ¿qué podía importarme "el qué dirán"? Hacía años, gracias al continuo ejercicio de la miseria, que mi orgullo flotaba a muchos codos por encima de comadreos y apariencias. Pierre Verne estaba convencido que su "loco" primogénito había saltado de la amenaza de la destrucción y de los hospitales, por la literatura, a la más oscura de las bancarrotas, por la Bolsa. La realidad de una Francia consumida entonces por la fiebre de la especulación y de los negocios, no era garantía suficiente para él, hombre realista y poco dado a aventuras.[1]

Aún no sé muy bien cómo o por qué se produjo el "milagro". Mis sospechas cayeron sobre Sophie, mi madre. Si Pierre Verne aflojó finalmente su bolsa y los cincuenta mil francos no fue por gusto, sino por la astuta y constante presión de su esposa. A fin de cuentas, Sophie estaba harta de remendar mis camisas y calcetines...

Y el "plan" entró en funcionamiento, como una máquina fría y calculadamente engrasada. Un corto aprendizaje en el despacho de mi amigo Giblain, agente de Bolsa, la firma con Eggly y un postrer "detalle": el ruego a mi familia para que procedan a la protocolaria petición de mano de Honorine. Yo mismo fijo la fecha de la boda: enero del año siguiente (1857). El reciente luto de mi prometida sólo fue un problema menor.

Desde París, mi "cuartel general", despliego una actividad inusitada, no exenta, debo reconocerlo, de una anormal felicidad. ¡Al fin me caso! "¿Estaré tocando la felicidad con las manos?" Ahora lo entiendo. Aquel optimismo es común y corriente en todo novio, semanas antes del "desastre"...

Pero los disgustos no habían terminado para el esperanzado Julio Verne. Mi familia se rasgó las vestiduras. ¿Una boda en secreto? "Nuestro hijo pretende una ceremonia a la ligera y un banquete aún más ligero..." Protestas, amenazas y desconsuelo general. Pero el testarudo Verne no cede. Auguste Lelarge redacta el contrato y servidor, como digo, se ocupa de los detalles. Honorine me deja hacer. Ella —aún no puedo creerlo— está de acuerdo en armar el menor ruido y juerga posibles. ¡Buenos son mis amigos! De invitarlos a la boda, ¡nada de nada! Sólo de pensarlo se me erizan los cabellos. Mis padres interpretaron aquella carta mía como la de un lunático: "... Por favor, nada de formalidades. Mis hermanas, para estar guapas, no tienen más que mostrarse al natural. Después de la ceremonia os llevaré a comer a casa de un tal Bonnefay, a tanto por barba, y se acabó..."

Ahí surgió mi primera decepción. Honorine no aportó a la boda grandes dineros o tierras. ¡Oh, traición! ¿El ajuar? Un sofá, un reloj de pared, una alfombra roja y algo de bronce... Inútil presionar a mi suegro. El viejo capitán de coraceros, perigurdino por más señas, sonríe maliciosamente ante mis sibilinas insinuaciones. La madre de Honorine, borgoñona o, lo que es lo mismo, de entrecejo y puños cerrados, se limita a desprenderse del menor bronce posible... Me resigno.

1.La idea de Verne de convertirse en agente de Bolsa, tenien» do presente el panorama financiero de aquella Francia de la segunda mitad del siglo XIX, no era del todo descabellada. Tras el golpe de estado bonapartista del 2 de diciembre de 1851, el orden fue la regla de oro de una sociedad reaccionaria. Como escribiera Marx en *El 18 brumario,* la aristocracia francesa se hizo bonapartista. Oleadas de inversionistas, alentadas por el propio gobierno, se lanzan entre 1855 y 1856 a la especulación por la especulación. El derroche, el lujo y el dinero fácil —fruto de la Bolsa— deslumbran a la alta burguesía. Y Julio Verne no fue ajeno a esta radical mutación de la sociedad en la que se movía.

(N. de J. J. Benítez.)

Todo está a punto para el "entierro". Sabedor de las crueles burlas que pueden empañar al último y recalcitrante soltero de "Los once sin mujer", propalo toda suerte de mentiras respecto al lugar donde debe celebrarse la boda. A los amigos de París les hago saber que me caso en Amiens; a los de Amiens, en Nantes, y a éstos, en París. El lío fue monumental y épico. Nunca me lo perdonaron.

En total, doce invitados, contabilizando a mis padres y hermanas. Ni siquiera Paul estará presente: en aquellos momentos hacía su última travesía. Pierre Verne exige que, al menos, se invite a los tíos de Châteaubourg. Negativa sin paliativos. No soporto la idea de una procesión de coches de alquiler en mi boda.

El 10 de enero de 1857 —¿por qué no consultaría los astros?—, en presencia de Hignard y mi primo Garcet como testigos, tiene lugar la ceremonia civil en la alcaldía del tercer distrito de París. A continuación, la boda religiosa en la iglesia de Santa Eugenia, muy cerca del bulevar de Poissonnière.

¡Qué fulminante e incendiaria mirada la de mi padre! Al verme a la puerta de la alcaldía se tornó de una palidez cadavérica; se atusó los largos mostachos y masculló medio ahogado por la sorpresa: "¡Fantoche!"

Supuse que se trataba de mi atuendo. Al Gran Patriarca le sobraba razón. ¿A quién se le hubiera ocurrido casarse con un traje blanco como la nieve y guantes negros? Naturalmente, al más frío y rencoroso de los hombres. Todo obedeció a un tenebroso ritual, nacido en la lejana juventud y, una vez más, en venganza por la "execrable boda" de Caroline. ¡Era evidente que el "santo Simón Stylita" del siglo XIX sólo podía ir al altar vestido del blanco manto de las vírgenes! Más aún, cuando la novia, en su calidad de viuda, no podía lucir semejante color. En cuanto a los guantes negros, saltaba a la vista: ¿es que no son obligados en un entierro que se precie? Medio en broma, medio en serio, Julio Verne estaba dibujando su verdadero funeral. La muerte entró en mi alma aquel 10 de enero de 1857, sábado. Yo sí puedo responder a Confucio. Preguntaba el sabio chino: "Si todavía no se conoce la vida, ¿cómo podrá conocerse la muerte?" La muerte no consiste únicamente en el final del viaje; la muerte, la peor de todas, es saber que, torpe y neciamente, has perdido el tren del amor y de la libertad. Ese "muerto" caminará y respirará, sí, pero habrá sido desposeído de sus más nobles deseos. ¡Maldito y bendito Nietzsche! ¿Por qué no lo escribiste antes? "Amamos la vida no porque estemos habituados a vivir, sino porque estamos habituados a amar." Y yo, precariamente, cierto, estaba habituado a amar mis "sueños", mi libertad, mi obra... Todo se perdió en el transcurso de un día y una noche, como la *Atlántida* de Platón. Honorine, sin ella desearlo, fue mi verdugo. No creo equivocarme si hablo de un Verne, antes de aquel 10 de enero, y un Verne posterior. El primero, una promesa; el segundo, una mutilación.

Mi familia fue ajena a esa irremediable tragedia personal. Para Pierre Verne, la misa rezada, casi clandestina, fue una chapuza. En cuanto a la comida, a lo Béranger, un insulto a la rancia tradición burguesa de los Verne-Allotte. A los postres, sin embargo, el Gran Patriarca, sin perder la compostura, dio la bienvenida a Honorine, leyendo unos versos que me estremecieron... de cólera. Más o menos terminaban así:

Venid, mi cuarta hija.
A pesar de que una numerosa familia
se estrecha en torno a mi hogar,
habrá allí un sitio para vos.
Sitio reducido... Ah, no busquéis otro,
en él nos apretamos para mimarnos.

¡Hipócrita! ¡Siempre las apariencias...! "¿Una viuda en la familia?... ¡Recapacita, hijo!..." "¿Nos apretamos para mimarnos?"... ¡Válgame el cielo'.... Pero ¿de qué o de quiénes hablaba?... Cuando de verdad quise "apretarme" contra su pecho y su comprensión de padre, me fustigó y humilló. Cuando acudí a él en petición de auxilio, de dinero, para alimentarme, cerró su bolsa y me abandonó en la miseria... Cuando le expliqué que necesitaba ser fiel a mí mismo y a mi vocación de escritor, ¿qué ocurrió? ¿Me apretó para mimarme? ¡No! El Gran Patriarca me apretó para estrangularme...

No mires hacia atrás, viejo oso caduco. Pocos años después, con tu hijo Michel, ¿no harías tú lo propio? A pesar de haber leído *Los recuerdos* de Marco Aurelio, no supe o no quise poner en práctica su sabia recomendación: "El mejor procedimiento para vengarse de una injuria consiste en no parecerse a quien la ha inferido."

¿No piensas escribir sobre tu "luna de miel"? Pues no... Mejor dicho, sí; pero ese capítulo tiene título aparte.»

CAPÍTULO 13

El del «no supersticioso, con mala suerte» • Un secreto del viaje de bodas • Honorine o un globo con excesivo lastre • Donde mi esposa confunde a Caroline con la Venus de Milo • Sigue la mala suerte: mi primera navegación y los reproches de Honorine • Un Julio Verne mozo de cuerda • El certero ojo de un cazador

Entre los veintinueve y treinta y cuatro años, Julio Verne alterna su trabajo en la Bolsa con la producción de obras teatrales y una minuciosa labor de documentación. Atraviesa periodos de pesimismo respecto a su gran proyecto —«la novela de la ciencia»—, en parte por las dificultades económicas, no extinguidas, por el fracaso y la mediocridad de sus óperas cómicas y comedias y por la incomprensión de Honorine. En esta época lleva a cabo, al fin, uno de sus grandes sueños: viajar.

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

«Como expresaba Bacon, el más grande genio de la Inglaterra isabelina, inmerecido a todas luces por esos odiosos ingleses, "hay una superstición al huir de la superstición". ¿Julio Verne supersticioso? ¡Imposible! Ser supersticioso, además, trae muy mala suerte... Así que bautizaré este capítulo, tal y como dije, ¿o no lo dije?, como el del "no supersticioso, con mala suerte". Como defendía Salustio, cada uno es forjador de su propia fortuna; de la buena y de la mala, me atrevería a enmendar al historiador latino.

Esa época, que se levanta justo con mi matrimonio, sería el principio del fin. Y aún se mantiene. Y crecida, diría yo... Los éxitos posteriores, el gran triunfo del escritor, están a la vista. La historia, en boca de Rückert, juzga a los hombres por el resultado. Pero ¿y la trastienda de la historia? ¿Qué puede importarme ganar el mundo —san Ignacio me perdonará— si en la mitad del camino descubro que viajo en solitario? Julio Verne reconocería su aterradora soledad a los veintinueve años. Justamente en el viaje de bodas. Al amanecer del tercer día, como una maldición evangélica, este ruin e interesado cazador de dotes recibió el gran "aviso". Honorine dormía, ajena a mis pensamientos. Fue como una inspiración, como un despertar, como la inexorable caída del telón al final de una representación. De cara al naciente y débil sol de Provins supe que había fracasado. ¡No estaba enamorado de mi mujer! Y el recuerdo, la imagen y la voz de Caroline lo llenaron todo, hasta el extremo de romperme por dentro. ¿Qué podía hacer? Era un miserable, sí, pero no hasta el punto de abandonar a Honorine a las setenta y dos horas de la boda... Guardé y he guardado silencio desde entonces. Me humillé y acepté el castigo. ¡Ay de mí cuando sea llamado a la presencia del Altísimo! Seré juzgado y severamente condenado no por lo que he hecho, sino por lo que no he hecho. Los seres humanos, confundidos por las religiones, se afanan por llenar las alforjas de su conciencia de méritos y gracias, sin comprender que, en el "otro lado", no existen balanzas. Yo seré mi

propia balanza. Y el único bien medible será la honestidad conmigo mismo. Honestidad que no tuve... Deshonestidad que no se paga a medio o largo plazo, como imaginan los necios, sino al punto. ¡Absurda teología! Los hombres son siempre mejor que ella. ¿Por qué no enseñarán al niño a desconfiar de los que se dicen en posesión de la verdad? Yo quizá no habría sido tan desgraciado...



A raíz de aquel sangrante "descubrimiento" me torné huidizo, parco en palabras y amabilidades. A pesar de mi insaciable erotismo, mis relaciones sexuales con Honorine fueron siempre comedidas, estudiadas, casi teatrales. También seré juzgado por ello. Más aún cuando, según confesión de la propia señora de Verne, su primer marido, Auguste Morel, empleado en una notaría de Amiens, no fue jamás generoso en caricias... Dios se lo llevó en 1856 de neumonía... y aburrimiento.

Las abuelas de Amiens se habían hecho cargo de Suzanne y Valentine, las dos hijas de Honorine, de cuatro y dos años, respectivamente. Ello nos proporcionó cierta libertad durante algunas semanas. Tras el insulso viaje de bodas, la "feliz pareja" posó para el célebre Delbarre, fotógrafo de su alteza imperial la princesa Matilde. Servidumbres de una familia de rancia tradición que anteponía el brillo social a la voluntad de sus hijos...

Mala suerte, sí, la de aquellos años...



Mala suerte al descubrir el auténtico carácter de Honorine: posesiva, mundana, amante de las fiestas, del cotilleo social, superficial en todo lo concerniente al espíritu y ansiosa de un éxito que no era el mío. Mil veces intenté explicarle mi gran proyecto, mis ilusiones, mi "novela de la ciencia". Antes de que hubiera pronunciado media docena de palabras, ya había cambiado de conversación o, lo que era más irritante, de sitio, dejándome con la palabra en los labios. Luché por aceptarla como era. Pero algo en mi interior se revelaba. Aquel "globo" llamado Julio Verne había sido cargado con un lastre excesivo. ¡Dios Santo! Había escapado de la tiranía del Gran Patriarca para caer en la de una esposa dominante, insensible y pendiente de sí misma. ¡Ah, hermano Tolstói, cómo te comprendo!

No olvides que escribes para ti mismo... Sí, naturalmente. En ese caso contempla también los justificados lamentos de Honorine. ¿Qué clase de individuo le tocó en suerte?: un soñador empedernido, casi siempre inseguro, rico en proyectos que necesitarían años para fraguar, pobre de solemnidad, amante de la soledad, irritable, vanidoso, excéntrico, esclavo de una literatura que se demoraría en brillar, misterioso y enamorado en secreto de otra... Honorine me amaba y me ama a su manera. ¿Puedo reprocharle algo? Soy yo quien debe disculparse. ¿Es que un hombre así es fácil de llevar y comprender?



A pesar de mi tragedia interior, aquellos primeros meses en París fueron un torbellino: cenas, bailes, fiestas, teatro... Honorine rebosaba felicidad. Al fin había encontrado su lugar, su ciudad y su ambiente.

Tuve que ingeniármelas para repartir el tiempo entre la Bolsa, mis piezas teatrales, el siempre inacabado fichero del gran proyecto y Honorine. Un día cualquiera en mi vida hubiera agostado el amor de los Capuletto y de los Montesco. Ante la extrañeza primero de mi mujer y la indiferencia después, saltaba del lecho mucho antes del alba. A las cinco ya estaba escribiendo. A las diez de la mañana me dirigía a la oficina de Eggly y de allí a la Bolsa. Por la tarde, horas y horas de estudio y documentación en la gélida Biblioteca Nacional, a la búsqueda de un "milagro" que no llegaba nunca.

Pero el destino, como cuenta La Fontaine, sale al paso justamente en aquellas veredas que hemos elegido para evitarlo. Honorine no soportaba mis periódicas cenas con "Los once sin mujer" (ahora, todos con mujer). La irritaba el talante desenfadado de los Duquesnel, Carvaillac, Wallut, Gille, Feydeau, Zobbah, Delioux, etc. Y, lo que era peor, sospechaba de nuestras andanzas por las casas secretas. En eso se equivocaba. Ahí surgieron las primeras peleas. Pero el destino, insisto, es burlón. Y "Los once sin mujer", por uno de esos generosos gestos de la providencia, ¡terminaríamos en la Bolsa! Por razones más o menos semejantes a las mías, todos ellos, amantes del teatro, de la música y de la literatura, fueron a componer sus maltrechos bolsillos en la especulación y las transacciones económicas. No es de extrañar, por tanto, que la Bolsa se convirtiera en una de las más divertidas, jugosas y magnéticas tertulias de París. El "lateral de la columnata" fue famoso, ¡ya lo creo!

En cuanto al Julio Verne corredor de Bolsa, ¿qué puedo decir? A pesar del asesoramiento de mis amigos, en especial de Eggly y Charles Maisonneuve, "aquello" no era lo mío. Indeciso, sin un convencimiento mínimo sobre lo que hacía e incapaz de arriesgar lo que no era de mi propiedad, las cosas fueron de mal en peor. En 1859 me apuntaré el éxito, la "mala racha" se quebró..., una sola vez. Al cerrarse la campaña de Italia con la victoria de Magenta y el tratado de Villafranca, el Julio Verne periodista olfateó el alza. Aposté y gané. Mejor dicho, ganaron mis clientes. Ése fue mi único acierto como agente de Bolsa. El curriculum no puede ser más paupérrimo...

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

¿Capitulo de la "mala suerte"? Creo que sí, lo mire por donde lo mire. Porque mala fortuna fue visitar el museo del Louvre en aquellos primeros meses de matrimonio. ¿Fui yo o fue el destino quien nos condujo hasta la Venus de Milo? ¡Destino irrespetuoso! Para mi desgracia, no éramos los únicos admiradores de la obra maestra. A nuestro lado, de improviso, ¿por azar?, apareció mi prima Caroline, con su petimetre... Saludos, risas, miradas de complicidad, presentaciones y mi voz, quebrada por la emoción y mil recuerdos, arrancados en tromba de lo más profundo de un corazón desesperado. Mi amor, como un mar sin riberas, se encrespó, destrozándome. Nadie pudo notarlo. ¿O quizá sí? ¿Observó Caroline, deformada por la obesidad, el relámpago negro de la amargura? ¿Lo observó en mis ojos? Nunca lo supe. Tan sólo recuerdo una oportunísima frase, dirigida a mi prima, que Honorine, ajena a mi infierno interior, asoció a la Venus de Milo. "He aquí —le dije— la única mujer de la que podrás estar celosa durante toda tu vida..."

El encuentro con mi primer amor me aniquiló algún tiempo. Mi encierro fue enclaustramiento. Honorine, inquieta, no acertaba a comprender. Renuncié a la Bolsa durante semanas. No probaba alimento y mi única compañía fueron la soledad y la pluma. Los dolores de estómago arreciaron y Honorine, excelente cocinera, sufrió una nueva decepción.

El destino, ¿compasivo?, vino en mi auxilio. Detrás de aquella excelente noticia, sin embargo, toda una advertencia para el futuro...

En el verano de ese nefasto 1859, Alfred Hignard, hermano de mi inseparable Aristide, que trabajaba a la sazón como agente de una compañía de navegación, en Nantes, nos ofrece

sendos pasajes gratuitos a Escocia. No puedo creerlo. ¡Navegar! ¡Mi gran sueño! ¡Mi truncada vocación! ¡Y gratis! Aún lo recuerdo con amargura. Llegué a casa radiante. Expuse el proyecto y, ¡desastre de los desastres!, mi esposa rompió a llorar, reprochándome mi egoísmo, mi locura, mi ineptitud en los negocios, mi falta de gusto por las comidas y no sé cuántas lindezas... La escuché perplejo. ¡Era mi gran ilusión! Y sólo disponía de un pasaje. ¿Qué podía hacer? Nuestros ahorros no daban para más. La discusión fue feroz. Mi timidez y compasión, a punto estuvieron de dejarme en tierra. Pero, alzándome sobre aquella ruina, me impuse. Honorine me esperaría en Amiens. El viaje fue desolador. Ni una palabra, ni un gesto de reconciliación, ni una señal de mutua comprensión. ¡Ah, Julio Verne, tu futuro estaba escrito! Tus viajes, a partié de ese momento, se convertirían en un infierno. Mi matrimonio era un infierno...



Aristide y yo embarcamos el 25 de julio en Nantes. ¡Escocia! ¡El país de mis ancestros! ¡La tierra del arquero Allott y de Walter Scott! ¡La mar..., agria y dulce..., gris y, blanca de tormenta..., salina en la madera y en la brisa..., total y absolutamente mía! Mis cuadernos empezaron a llenarse de notas. Tenía prisa por saber, por experimentar, por vivir. Esos apuntes y dibujos —Glasgow, Edimburgo, después Londres, Liverpool, el gran buque de hierro (el *Great Eastern),* los castillos y las tierras verdes, las gentes...— fueron mi primer arsenal de campo. De aquel excitante viaje nacerían después el *Duncan,* a la búsqueda del capitán Grant, las *Indias negras,* el *Chancellor,* el *Rayo Verde, La casa de vapor, Cinco semanas en globo, Viaje al centro de la Tierra... y,* cómo no, *La ciudad flotante.* Al visitar los astilleros de Londres y admirar el magnífico *Great Eastern* me hice una solemne promesa: algún día, cuando fuera rico, embarcaría en aquel coloso de los mares y disfrutaría de sus doscientos once metros de eslora y diecinueve mil toneladas de desplazamiento. ¡Promesa cumplida, vive Dios!

El retorno, mortal. Honorine, que jamás olvida, me destrozaría con sus indirectas.



Y la mala suerte siguió alimentándose con mi sangre. En el espacio de cuatro años cambiamos cinco veces de domicilio. Del bulevar de la Buena Nueva al de Magenta, de allí al de Montmartre, a la encrucijada de la Cruz Roja y, finalmente, a la calle de Sevres. Yo fui el culpable de tan enojoso trasiego. Los pisos eran pequeños y las hijas de Honorine, muy pequeñas aún, no podían entender la palabra "silencio". Necesitaba quietud y un mínimo de orden para trabajar. Los gritos, amenazas y recomendaciones de aquel Julio Verne desquiciado, ansioso y permanentemente empobrecido sólo sirvieron para enrarecer aún más mis relaciones con Honorine. ¿La solución? Buscar una vivienda amplia y despejada en la que nadie molestara a nadie.



Eso, claro está, costaba dinero. Y mis ganancias en la Bolsa apenas si soportaban los elementales gastos domésticos. Si añadimos a esto el enfermizo y progresivo empeño de mi esposa por lucir nuevos vestidos y alternar en restaurantes, fiestas y teatros, es comprensible que, a cada mudanza, fuera yo quien se viera obligado a tirar del carro de los muebles. Julio

Verne, el excelso novelista de la ciencia, palafrenero... sin caballo. Todo hay que decirlo: ¡estas mudanzas fueron ejecutadas siempre con nocturnidad y alevosía!... ¡Dios mío! ¿Qué hubieran pensado nuestras amistades, nuestras regias familias, si alcanzan a descubrir a un Verne-Allotte, sudoroso y desmelenado, tirando de un carromato por las calles de París y subiendo camas, espejos y sillas como un mozo de cuerda?

Mala suerte también con el teatro. Sería mejor no recordar aquellas piezas... *Las sabinas,* en colaboración con Charles Wallut, nuevo director del *Museo de las Familias; Señor de Chimpancé,* otra ópera bufa, con música de Hignard; *La posada de las Ardenas,* con Michel Carré y Aristide; *Once días de asedio, Un sobrino de América, Los dos Frontignac,* etc., fueron simples juguetes cómicos y libretos musicales más o menos certeros que apenas me proporcionaron otra cosa que «cuatro cuartos», un mediocre brillo social y fuertes dolores de cabeza. Fueron escritos en la oscuridad que precede al alba y así quedarán para la pequeña historia de Verne. Eso sí, ¡que nadie yerre! Fui y moriré amante del teatro. Porque, en realidad, ¿qué son mis novelas y mis "Viajes extraordinarios"? ¡Teatro, señores! ¡Puro teatro! Hasta la última de las escenas y descripciones han sido concebidas como si me moviera sobre las "tablas". Creo que el rotundo éxito de las adaptaciones de la *Vuelta al mundo* y *Miguel Strogoff* no necesitan comentario... Por cierto, jamás gané tanto dinero como en aquellas apoteósicas adaptaciones. ¿Es que también piensas escribir sobre tu fortuna? Pero ¿qué fortuna, viejo oso chiflado? El dinero llegó y se fue... ¿Puede darse mayor goce? Nunca desprecié el dinero; eso, en palabras de Chamfort, sería como destronar a un rey. Tampoco me encadené a su lustre; amar la bolsa por encima de todas las cosas es como adular a ese mismo rey...

Mala suerte, en fin, hasta con la autoridad...

¡Demonios de año! En octubre de 1859 fui invitado a una partida de caza en las inmediaciones de la ciudad de mi esposa. Jamás me entusiasmaron las armas. Y a pesar de lo que digan mis libros sobre el particular, odio la caza, la guerra y a los héroes. Comparto la opinión del ensayista británico Carlyle: "Cada guerra es un malentendido"... entre estúpidos, añado por mi cuenta.

¿Los héroes? ¿Qué mejor definición que la de Rochefoucauld —nada menos que del siglo XVII— cuando asegura que "son como ciertos cuadros. Para contemplarlos no se debe mirar demasiado cerca"? Por seguir con la metáfora, con algunos de mis héroes, y es más: con mis libros, debe procederse como enseña el agudo escritor francés. ¿Lo entenderán, viejo oso?

Volvamos a la caza.

Yo, al menos, lo interpreté como un aviso celeste. Cada uno es muy señor de vestir a la verdad como guste...

Esa mañana, mientras cargaba el cañón derecho de mi escopeta, el izquierdo, cansado de funcionar mal, se reveló en plena faena y a punto estuvo de terminar con mi barba y mi vida. Susto épico... Mas la providencia, nada indulgente, me dejó vivo.

Horas después, en ese punto de la tarde-noche en el que, como reza el Talmud, no se distingue un hilo blanco de otro negro, este experto zoólogo y rastreador divisó con gran alborozo una atractiva pieza de pelo negro y ojo redondo y rojo. Parecía descansar sobre un matojo... Apunté cuidadosamente, conteniendo el pulso y el agitado corazón como Dios me dio a entender. El disparo fue glorioso. ¡Qué digo "glorioso": sublime! Y el pájaro, herido de muerte, se desplomó en la maleza. Al abalanzarme entre gritos de júbilo sobre el arbusto, la sangre se heló en mis venas. Tomé la pieza incrédulo: ¡era el sombrero de un gendarme! ¡Oh Dios! ¿Y el gendarme? Mi descarga había sido buena, pero ¿hasta el extremo de desintegrar al representante de la autoridad...?

Al pasear la aterrada mirada a mi alrededor, comprendí. A cuatro pasos, tumbado en la hierba, el propietario del gorro, pálido como la cal, me asesinaba, a su vez, con la vista. Recompuesta la figura, me arrebató su legítima propiedad, comprobando tembloroso y estupefacto lo que quedaba de su hermosa y multicolor escarapela. El gendarme fue hinchándose, hasta que la cólera hizo estallar los botones de su guerrera. Procedí a recogerlos y,

respetuosamente, le dije: "Amigo, yo he nacido por la mañana; usted, evidentemente, por la tarde..."

Para qué vamos a registrar las groseras alusiones a mi padre y a mi señora madre... En fin, fui denunciado, procesado verbalmente, multado y condenado a indemnizar al "recién nacido". Lo peor sobrevino a nuestro retorno a París. La noticia se extendió entre los buenos y malos amigos. Y, como pasa siempre, fui acusado por los dos bandos. Los unos —antibonapartistas— por no haber matado al gendarme; los otros —reaccionarios y fieles al gobierno—, persuadidos de mis torcidas intenciones... Las intenciones no sé si eran aviesas. Podría discutirse. Del tiro sí respondo: fue perfecto.[1]

Como decía, yo lo interpreté a mi aire: ¿un aviso de la providencia? Así lo creí y así lo sigo creyendo. Víctor Hugo, el Grande, fue sabio y lo definió casi para mí: "El ojo no acierta a ver a Dios más que a través de las lágrimas." De las lágrimas y del fogonazo de un fusil...

Es menester que me detenga para hablar del destino. Pero ¿en qué momento de estas desordenadas "confesiones"? La ventaja de ser viejo es que puedes asomarte al balcón de tu propia vida y contemplar tus setenta años, como si de un desfile se tratara. Pues bien, en cada uno de los uniformes de esos setenta soldados se distingue el destino. Es más: es la providencia la que marca el paso de la compañía... Pero hace falta llegar a viejo para descubrirlo. Y, aun así, es mayoría la que muere sin advertir que jamás fueron dueños de su existencia. En el mejor de los casos, "arrendatarios".

¿Que de qué sirvió aquella mi primera y última expedición de caza? Elemental: para no perder la fe en el Altísimo. Por aquel entonces, este oso gruñón se estaba distanciando. Esa confianza era vital para lo que se avecinaba... Si el destino me había preservado de una muerte segura, no fue gratuitamente.»

1.Con el título *Diez horas de caza,* Verne contaría esta desafortunada aventura cinegética en una sesión pública en la Academia de Amiens, en diciembre de 1881. En esa misma época —veintidós años después del tiro al sombrero del gendarme—, Julio Verne publica su novela *La jangada,* introduciendo una «prohibición de caza». Toda una novedad en su trayectoria como escritor. *(N. de J. J. Benítez)*

CAPÍTULO 14

*Donde cuento mi providencial descubrimiento de Allan Poe • A punto de perder el tren • Mi hora no había llegado • Segundo viaje, abortado en Dinamarca • Honorine «expulsa» • Nadar o de cómo la providencia sabe tocar todas las flautas * «¡El globo..., sólo tu globo!»*

A los treinta y un años, Verne parece recuperar parte de su optimismo. La investigación en torno a la figura y la obra de Edgar Alian Poe resulta providencial: su viejo proyecto literario «resucita» incontenible. Efectúa un segundo viaje, esta vez a Escandinavia, pero debe regresar precipitadamente ante el inminente nacimiento de su único hijo, Michel. Conoce a un romántico aventurero —Nadar—, que influiría en la concepción de su primera gran novela: *Cinco semanas en globo.*

«La mala suerte se alejaría de forma provisional tan bruscamente como llegó. El año del Señor de 1859 fue escenario de derrotas y victorias. Hay que ser ecuánime. No sólo es cierto que la providencia vigila; además, para nuestro regocijo, ayuda. Y lo hace por los senderos más insospechados. Me ayudó con el segundo matrimonio de mi querido hermano Paul. Me ayudó, en especial, con el "hallazgo" de ese poeta maldito —Poe—, con el romántico fervor de otro "loco insigne" —Nadar— y, por último, con el regreso a Francia de mi verdadero "padre": Hetzel, el editor. Anota esos tres nombres, como tres gemas: Poe-Nadar-Hetzel, y por ese orden...



Poe me sacaría del peligroso pantano en el que me hundía. El escaso o nulo éxito de las bagatelas teatrales estaba minando el corazón de Verne. La máquina de la ilusión perdía vapor y fuerza. Mas, he aquí que la providencia, de la mano de Baudelaire, puso a mi alcance la traducción de las «Historias extraordinarias», del errante poeta-cuentista de Richmond. ¿Qué estaba leyendo? "¡Aquello —me dije con mal disimulada cólera— era mi proyecto!" ¡Lo "extraordinario"! Sí, y también su pasión por los números, los enigmas, lo exótico...

El éxtasis de Alian Poe duraría meses. Lo leí todo. ¡Lástima no haber aprendido la lengua inglesa! La temática de sus relatos, su concepción de la realidad, su interpretación de los sueños y hasta la mecánica y estructura de sus libros era similar a lo que yo había ido concibiendo durante años. "Todo lo que vemos o creemos ver no es más que un sueño dentro de otro sueño", escribió en «A Dream within a Dream.» ¿Y qué fueron mis "viajes extraordinarios"?

Sólo encontré una objeción. Poe construía su fantasía sobre la fantasía. Grave error, en mi opinión. Jamás acepté esa flagrante violación de las leyes físicas y de lo verosímil. Cada dato, cada párrafo, cada paisaje, cada idea de mis novelas han sido minuciosamente verificados. Mas ¿qué puede importar esto al lado de su genialidad y de lo que significó su lectura? ¿Cómo es posible que dos hombres, separados por el tiempo, puedan coincidir tan exacta y

escrupulosamente en sus planteamientos, concepciones e incluso en el procedimiento de composición y redacción?[1] "Un buen autor — leí con asombro— tiene ya su última línea a la vista cuando escribe la primera." Este axioma era de Poe, sí, y mío. Así han sido escritas todas y cada una de mis novelas. ¿Debo creer en una transmisión de ideas o pensamientos, a través del tiempo? Por supuesto que sí. Entonces, poco o nada iniciado en el universo mágico de las "otras realidades" invisibles que pueblan este mundo, me costó comprender tan singular y mágico fenómeno. Hoy es otra cosa...



Mis vivencias sobre Poe fueron tan excitantes que me comprometí con Wallut a escribir un extenso ensayo sobre el poeta norteamericano para el *Museo de las Familias.*

¡Poe! Primer nombre mágico. Julio Gabriel Verne Allotte, conviene decirlo, "resucitó" gracias a sus *Historias extraordinarias.* El arrinconado proyecto de la "novela de la ciencia", a punto de perecer bajo la mediocridad de mis locuras teatrales, volvió a la luz en aquel 1859.

En ocasiones conviene hacer un alto en la vida. Y yo, merced a Poe, me detuve. Observé a mi alrededor. ¿Qué veía? ¡Oh gran Dios! Estuve a punto de perder el tren... La ciencia, alimentada por un torrente de hallazgos, marchaba a la cabeza de la sociedad. La gente asistía fervorosa y atónita a la puesta en marcha de los primeros velocípedos, de las cocinas de gas, de las máquinas de coser, del primer cable submarino entre Europa y América, de la perforación del primer pozo petrolífero en Pennsylvania, del convertidor siderúrgico Bessemer, del evolucionismo de las especies de Darwin, del análisis espectral de Kirchhof y Bunsen... El espíritu de la ciencia lo preñaba todo: desde la filosofía a la literatura. Los periódicos y revistas abrían sus páginas a las más audaces ideas y proyectos técnico-científicos. Los ferrocarriles y las compañías de navegación desvelaban nuevas rutas, maravillosos e increíbles países, junglas inexploradas y, en definitiva, acortaban los caminos del globo. La velocidad, el único vicio nuevo, según Morand, empezaba a contagiar a propios y extraños. ¿Qué había sido de aquellos prejuicios de 1830? ¡Médicos absurdos y burriciegos! Llegaron a clamar públicamente en contra del tren, sentenciando que la velocidad de semejantes "engendros del diablo" (no más allá de los 20-30 kilómetros a la hora) dejaría ciegos a sus insensatos pasajeros... Confucio, mi buen amigo, ¡tú sí que sabías! En sus *Diálogos* escribe, como si de este siglo se tratase: "Únicamente son inmutables los grandes sabios y los grandes ignorantes." El tren, hoy, sigue corriendo y yo, al menos, no me estoy quedando ciego por sus 40 kilómetros de velocidad... ¿Y para qué vamos a hablar de esos "locos" que pretenden volar? No hace mucho, en un destacado periódico norteamericano, el matemático Newcomb profetizaba un imposible futuro para aquellos cuerpos, más pesados que el aire, que pretendan volar. Está claro. Y Víctor Hugo lo ha hecho más claro todavía: "El progreso está en manos de los osados."

El mundo estaba cambiando. Ya nada era igual, ni siquiera el café. La invención del *percolateur hidrostatique,* una divertida máquina para filtrar ese licor de dioses, conmocionó a Europa. ¡La taza de café se puso a veinte céntimos! ¿Se ha visto mayor locura? Balzac, de haberlo visto, se hubiera estremecido. Pues bien, a pesar de los negros vaticinios de los agoreros, la ciencia, el realismo y la búsqueda de la verdad desnuda ganaron la batalla en la calle, en los claustros y en los laboratorios. No faltaron trasnochados idealistas noveleros, como Fromentin, Cherbuliez o Feuillet que, cobijados bajo el reaccionario manto del gobierno, odiaron a la nueva generación de científicos, exploradores y periodistas. El historiador inglés Froude los caricaturizó a la perfección: "Los reformadores tímidos odian siempre a quienes los sobrepasan."

1.Edgar Allan Poe nació en 1809 y desapareció en 1849. En consecuencia, el año del fallecimiento del poeta norteamericano, **Julio** Verne contaba

veintiún años de edad. *(N. de J. J. Benítez.)*

El caso es que los escritores de aquel tiempo, ante mi asombro, se destaparon en la prensa con ensayos y artículos en pro de la nueva era del maqumismo, de la ciencia, de la ingeniería y de las exploraciones geográficas... ¡Oh, estuve a punto de perder el tren que había esperado durante años! ¿Cómo era posible? Este oso despistado gozaba de una gran ventaja sobre todos ellos: mis ficheros, fruto de años de estudio e investigación en las bibliotecas, eran envidiables. Mi erudición —no lo niegues, vanidoso—, superior a la de los mejores periodistas del momento. Mi posición en la Bolsa, por añadidura, me había familiarizado con el "riesgo", con la imparable ascensión del capitalismo industrial y con la trepidante evolución del planeta.

¡Lo tenía todo y no tenía nada! El terreno se hallaba sembrado. La sociedad, ansiosa y dispuesta para esa literatura de la ciencia. ¿A qué esperaba?

Ahora lo sé. Dios, el Gran Sembrador, es el único que conoce el tiempo de germinación de cada corazón humano. Mi hora no había llegado. El destino, eso sí, se encargó de "airear y abonar la tierra", despabilándome. Julio Verne estaba cayendo en un nada recomendable sopor espiritual, olvidando el trabajo de años. Las "bagatelas teatrales" me tenían como distraído... Poe fue el primer toque de atención. Faltaban un segundo y un tercero. Las piezas del "edificio verniano" iban encajando...

Y llegó 1861. O quizá tendría que referirme a diciembre de 1860. ¡Es lo mismo, viejo puntilloso! Coincidiendo, semana arriba o abajo, con el estreno en el teatro Lírico de la ópera cómica en un acto *La posada de las Ardenos,* Honorine quedó embarazada. No debo mentir: el acontecimiento me trastornó. Y no de alegría precisamente...

Cauta ella, su maternidad no fue oficialmente anunciada a la familia hasta junio del año siguiente, en Provins. Poco más o menos, a escasos días del aceptable éxito en París de *Once días de asedio.* La noticia alegró a los Verne-Allotte-Viane y enfureció, aún más, a los Morel, familia política de mi esposa. (Me refiero al embarazo, claro; no al estreno.) Más de una vez intenté adoptar oficialmente a mis hijastras, pero esta insidiosa familia Morel se opuso, tachándome de advenedizo, "cazadotes" y "soplamocos". Sin comentarios...



Lo que no he dicho es que la estancia en Provins fue el preludio de una nueva borrasca matrimonial. Semanas antes, el hermano de Aristide Hignard volvió a proponernos un segundo y apetecible viaje, igualmente gratis, en esta ocasión por Noruega y demás países escandinavos. ¿Cómo resistir la tentación? Acepté encantado, pero, temeroso ante la reacción de Honorine, procuré ocultarlo hasta el último momento. ¡Qué absurdo! ¿Por qué esconder lo que se ama? Honorine debería haberlo comprendido. La mar me arrastraba. Era parte de mi sangre. Si ella lo hubiera aceptado, todo habría sido más dulce... El destino, frío y calculador, me situó entre la espada y la pared. Tenía que escoger: viajar o permanecer en el hogar, al lado de la "portadora del globo". Y en el Julio Verne de treinta y tres años se alzó la bandera de la verdad (de la mía, claro): elegí la mar.

Lloros, súplicas, insultos y la amenaza de separación definitiva. "Tú no me quieres... Tú sólo piensas en tus estúpidos sueños... Tú amas a otra... No volverás a verme... Tu hijo nacerá sin padre... ¡Maldito fracasado!"

Honorine acertó en casi todo. En el fondo, jamás me conoció. Habría sido un buen esposo si ella, simplemente, me hubiera aceptado como era: soñador, siempre cargado de lejanos ideales e inseguro. Y ya que lo menciono, inseguro, sí, pero, como todos los de mi signo, inflexible cuando, al fin, tomo una decisión. ¡Lástima que esas "decisiones" hayan sido tan escasas y tan laboriosamente gestadas!... Pero así soy yo.

Habló de separación. Para un individuo con un ascendente canceriano, el hogar es un templo. No puede vivir desarraigado. Eso me torturaría hasta el final de mis días. De nuevo, la falta de valor... ¿Qué habría sucedido si, en lugar de echarme a temblar ante la amenaza de Honorine, acepto la proposición? Es posible que Julio Verne fuera hoy un hombre libre y en paz, forjador, no de sesenta novelas, sino de ciento veinte. También cabe especular con lo contrario... ¿Quién puede saberlo? Además, estaba y está el destino...

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Acepté la separación... momentánea, en mi total y egoísta beneficio. Ella y las niñas viajarían a Amiens. Allí me esperarían.

El 15 de junio nos hacíamos nuevamente a la mar. En lontananza, los fiordos, el sol de medianoche, el Ártico... Infinidad de anotaciones, vivencias y, sin saberlo, las "cuadernas" de futuros libros: *La esfinge de los espejos, Un billete de lotería,* buena parte de *Viaje al centro de la Tierra, El capitán Hatteras* y un maravilloso embrión: *Veinte mil leguas de viaje submarino,* entre otros. Brumas, hielos, bosques inexplorados, tesoros y, cómo no, el nacimiento de una magnética e irresistible tentación: ¡el Polo Norte!

La aventura fue abortada a los cincuenta días. En Copenhague, mientras Hignard trabaja entusiasmado en su nueva ópera, recibo un cable —¿o debería calificarlo de "ultimátum"?— de Honorine. "Ha llegado la hora." Abandono a mi amigo y a su *Hamlet* en Elseneur. Y parto de Dinamarca como un fracasado. Debes emplear un lenguaje más exacto. Regresé a Francia como un energúmeno, incapacitado para comprender. Honorine tenía razón, pero me había sacado de un bello sueño. Creo que fue a partir de este suceso cuando me hice el firme propósito de apartar a las mujeres de la trama de mis novelas...[1] Bueno: digamos que el "incidente" echó raíces en mi espíritu... y que, con el tiempo, emergió a la superficie de mis libros. Pero sepamos distinguir: de igual modo que la caza es una constante en mi obra (yo, enemigo declarado de los cazadores), los críticos deberían volver la oración por pasiva: el escaso protagonismo de la mujer en los "viajes extraordinarios" no tiene por qué significar que Julio Verne sea o haya sido un misógino. Jamás sentí aversión por el sexo débil. Ya lo dije: en todo caso, respeto y temor. Una, dos mujeres, me han defraudado en la vida. Eso no puede significar que el resto sea medido por el mismo rasero. Soy torpe y lento de inteligencia, pero no estúpido. Anne lo supo... En esta sociedad hipócrita aún campea la sentencia del autor de las *Noches áticas:* "La mujer es un mal necesario." ¡Cuándo cambiaréis! ¡Ojalá hubiera sido dotado por el Creador con el don de la buena pluma! Escribiría entonces mi obra maestra: la novela del amor. El célebre novelista toscano Guerrazzi ha simplificado mi opinión sobre la mujer: "No existe criatura alguna que se exalte por el sacrificio como la mujer. Delicada por naturaleza, se enciende por todo aquello que le parece generoso. La mujer se decide a abandonar al hombre en última instancia, incluso después que la esperanza."

Honorine "expulsó" el 3 de agosto de ese año de 1861. Sábado terrible... La familia permaneció semanas sin dirigirme la palabra. Mi hijo recibiría el santo nombre de Michel, un arcángel muy querido por este tardío descubridor de esas otras "verdades invisibles"...

1.En 1895, en efecto, en una entrevista para el *Strand Magazine,* Verne declara: «El amor es una pasión absorbente que deja muy poco sitio para otra cosa en el corazón del hombre. Mis héroes necesitan de todas sus facultades, de toda su energía, y la presencia cerca de ellos de una encantadora mujer les habría impedido realizar sus gigantescas hazañas.» *(N. de J. J. Benítez)*

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

El regreso a nuestra casa en Montmartre dulcificó en parte la tensa situación, permanentemente agriada en Amiens por las directas e indirectas de suegros, primos y demás cortejo. La presencia de aquella nueva criatura en nuestras vidas limó algunas asperezas. Se produjo una especie de tregua. Honorine fue una buena madre. En realidad, al margen de mi "secreto", es justo reconocer que se encontró con cuatro niños: sus dos hijas, Michel y yo... Pero el "mal" viajaba en lo más profundo de Julio Verne. No lo negaré: jamás fui un buen padre. Ni entonces ni ahora. Los fantasmas de mi propia infancia actuaron como un muro. Y fui cayendo en los mismos errores que había criticado en el Gran Patriarca. Uno tras otro... ¡Ah, destino implacable!

La vivienda se estrechó de pronto. Y descubrí con terror que los niños, además de agitarse, lloran. Michel lo hacía a todas horas. Imposible escribir en aquel "manicomio". Inútil encerrarse en el último y mísero camarote del piso. Los parloteos de mis hijastras, pobrecillas, las reprimendas de Honorine, exigiendo silencio y compostura, los alaridos de Michel y mis continuas entradas y salidas de la "guarida", reclamando piedad, resultaron estériles. Más aún, acabarían con la paciencia general. Honorine, con razón, me recriminó mi egoísmo y falta de comprensión, emplazándome a buscar una casa más confortable. Sí, yo también lo deseaba; pero ¿con qué dinero?

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Ahora me sonrío. La providencia sabe tocar todas las flautas...

Busqué refugio en mis viejos hábitos: la Biblioteca Nacional, mis fichas y la tertulia en el Círculo de la Prensa Científica. ¿Impropio de un buen marido o de un padre honesto? Ciertamente. Que nadie se llame a engaño por mis novelas. Siempre lo dije y lo mantengo: mis libros, mi obra, pueden ser nobles; yo no.

El caso es que, en una de aquellas habituales "huidas" del "infierno de Montmartre", el destino puso en mi camino el segundo nombre-hombre mágico: Felix Tournachon, alias "Nadar", domiciliado en el 25 del bulevar de los Capuchinos. Otro "loco imprescindible", escritor como yo, periodista como yo, dibujante como yo, fotógrafo de renombre y apasionado, como yo, por la ciencia y la aerostática. Su "locura", en palabras de Dossi, era soñar despierto. Y, ya se sabe, un loco siempre encuentra a otro que está más loco... Pero, en mi caso, corrigiendo al fabulista alemán Lichtwer, "sí supe admirarle suficientemente". Más que admirarle, venerarle. Con Poe, fue mi segundo y decisivo aliento hacia mi destino. Nadar, en cuyo estudio "nacería" el impresionismo, era un acérrimo defensor de la navegación aérea, partiendo de cuerpos más pesados que el aire. La opinión pública, dividida, asistía a una curiosa e imprevisible batalla entre los partidarios de "lo más ligero" y "lo más pesado" que el aire. ¡Ah, Leonardo, viejo amigo, cómo hubieras disfrutado en aquel ambiente! Los periódicos y revistas de la época no hablaban de otra cosa. Nadar me explicó una y mil veces su acariciado proyecto: construir un globo gigante, el *Géant,* y cruzar los espacios. De ahí al transporte masivo de pasajeros de una ciudad a otra, de un continente a otro y a las exploraciones "por el camino de los cielos", sólo había un paso. Su "locura" fue también la mía. Como Wieland, siempre he preferido una locura capaz de entusiasmarme a una verdad que me abata. No podría

precisar en qué momento de aquel otoño-invierno de 1861 concebí la idea de escribir una historia sobre un globo... De lo que sí respondo es de que Nadar fue segura fuente de inspiración, catalizador, motor y barquilla sustentadora de mi primer gran "sueño". Justo es reconocerlo. ¡Bendito sea su nombre! ¡Y más bendita aún la providencia, que lo interpuso en mi camino!

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Fue como un trueno o como un relámpago. Como si un faro o una estrella prendieran súbitamente en mi cerebro. Había llegado el momento. El proyecto de la "novela de la ciencia" se encendió como la "araña" del viejo teatro histórico. Y presa de un nerviosismo desconocido hasta entonces, me encerré en mi "guarida", trazando esquemas, borradores y dibujos de lo que "veía" en mi mente. La trama, la acción de la novela, brotó fluida, como una fuente largamente sellada. La precisión en los detalles, lugares, mecanismos ascensionales del «Victoria» —mi globo—, estudio de los vientos y del continente elegido para mi primera peripecia: África, no fue tan sencillo. Mi afán por calcular y ser exacto frenaría notablemente la labor. Así ha sido siempre y lo tengo a gala: todos mis libros, lo dije antes, pueden ser escrupulosamente diseccionados. Lo aparentemente inverosímil se sustenta siempre en verdades científicas comprobadas.

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

La exploración desde el aire fue cautivándome conforme avanzaba en la redacción del libro. África, además, misteriosa siempre, ejercía en mí un magnetismo tan poderoso como el del Ártico. Fue la combinación perfecta. La sombra de Allan Poe compartió conmigo aquellas interminables horas sobre el papel. No caeré en el error de negar su poderosa influencia. ¿Qué escritor que se precie no se ha inspirado alguna vez en las obras de otros? Yo tomé el nombre de mi globo, el *Victoria,* de la célebre novela de Poe *El pato en globo.* Aquel *Victoria* norteamericano cruzó el Atlántico con ocho hombres, pero su volumen y maniobrabilidad no son comparables al *Victoria* de Verne. Durante semanas, varios físicos e ingenieros amigos, con mi primo Garcet a la cabeza, trabajaron desinteresadamente para este "loco", proporcionándome un dispositivo revolucionario, capaz de dilatar y contraer el gas del globo, de forma que sus pasajeros pudieran ascender y descender a voluntad. Ésta fue la clave de mi primera novela: exactitud y minuciosidad en las descripciones, al servicio de la aventura, del romanticismo, del hombre. Una fórmula —la aproximación de la ciencia a la literatura o viceversa— que jamás he abandonado.

Recuerdo con amor aquellos meses de apasionada redacción. Creo que jamás puse tanto corazón en una obra. Vivía, comía, caminaba y soñaba con los pensamientos flotando sobre África. No sabía conversar sobre otro asunto que no fuera el globo... Honorine, en un primer momento, lo tomó como una nueva manía de aquel "soplamocos", nunca satisfecho de sí mismo y siempre embarcado en las más ridiculas peripecias. Curiosamente, ahora que lo pienso, la fiebre que me asaltó fue tan tropical que, mientras escribía, apenas si me percaté del llanto o de los gritos de los niños. La creación me absorbía, aislándome del mundo exterior. Sin embargo, con el paso de los días y semanas, mi mujer estalló: "¡El globo!... ¡Sólo tu globo!... ¿Es que no existe otra cosa que tu globo?... ¿Cuándo terminará?... ¿Cuándo me dejarás en paz con tu maldito globo?"

La incomprensión de Honorine me irritaba. ¿Cómo era posible que su sensibilidad no diera para más? Ella sabía que me hería mortalmente con sus comentarios y risas. Mi trabajo era sagrado, mi trabajo era yo mismo... Después, lentamente, fui modificando mi actitud. Ya no me sentía dolorido por sus sarcasmos; me sentía solo, dramáticamente solo... Y Julio Verne, forzado por supuesto, dio una vuelta más a la llave de su mutismo y de sus silencios. Años más tarde, cuando Honorine se preguntó alarmada sobre el porqué de aquel Verne hermético y oscuro, debió de comprender que la causa madre radicaba en ella misma: en su primitiva e injusta incomprensión. Pero fue demasiado tarde.

Poco antes del comienzo del verano de 1862, los casi cuarenta capítulos y doscientas cincuenta páginas de *Cinco semanas en globo* se hallaban dispuestos. Mis tensiones y amarguras aflojaron. Fue una sensación de alivio y satisfacción. Una sensación que se repite con cada uno de mis libros. Y yo sigo en mis trece: semejante "descanso" sólo puede estar justificado por una aparentemente absurda y contradictoria razón: ¡que no me gusta escribir!

La gratificante sensación de alivio, sin embargo, se extinguiría pronto. La novela estaba terminada, sí, pero ¿cómo y dónde publicarla?»

CAPÍTULO 15

En el que descubro que estoy en un capítulo mágico • Quince necios me rechazan • Hetzel o la mano izquierda de Dios • Mi segunda y escatológica entrevista • «Hágame de esto una verdadera novela» • Donde me caso por ciento veinte mil francos • Ha nacido Julio Verne

1862: el año decisivo en la vida de Julio Verne escritor. Tras un doloroso peregrinaje por las editoriales de París, su amigo Nadar le pone en contacto con Hetzel. Éste lee el manuscrito de *Cinco semanas en globo,* le aconseja que lo perfeccione y el 23 de octubre firma un contrato con el editor. Al año siguiente, a punto de cumplir los treinta y cinco años, Julio Verne asiste a la publicación de su primera novela. El éxito sería arrollador.

«¡Curioso! Yo mismo me sorprendo. Viejo oso, no es aceptable a estas alturas de la vida...

Pues sí, cuanto más me fijo, más me desconcierta. Y bien sabe Dios que no ha sido premeditado...

Observa, culo de plomo, que te encuentras en el capítulo 15. ¿Y qué dicen los sagrados guarismos? Uno más cinco es igual a seis. ¡El seis! El número de la creación, según el Hexamerón bíblico. El "mediador" entre el "principio" y la "manifestación". ¿Y qué acontece si los mágicos nombres de POE, NADAR y HETZEL son traducidos a sus equivalentes numéricos? ¡La suma de tales números arroja nuevamente el seis! ¿No es maravilloso? Y es más: ¿no consta HETZEL de seis letras? Resulta inquietante que este capítulo —que suma seis— coincida con el de mi primera y genuina "creación" y, muy especialmente, con el descubrimiento de HETZEL, mi editor y padre espiritual. El seis, mediador entre el "principio" de Julio Verne y la "manifestación"' de Julio Verne...



Lo sé. Habrá quien lo atribuya al azar. Ya lo dije: blasfema palabra. El azar jamás podría repetir la excelsa geometría verde de un cactus, ni la matemática perfección de una estrella de nieve, ni el regular flujo de las mareas, ni la arquitectura de la colmena, ni siquiera el periódico y siniestro rictus de la muerte...

Muchos sabios se han cansado de repetirlo: la casualidad no existe. El hombre, en su temor a la Verdad Suprema, prefiere rehuir esa palabra. No sabe o no desea saber que el azar también se halla regido por un orden, tal y como pregonaba Novalis. El azar no es otra cosa, si me permites la licencia, que la mano izquierda de Dios. Con la derecha nos crea; con la izquierda nos conduce.

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Y esa "mano izquierda" me llevaría finalmente al tercer nombre mágico en la vida de Verne: Hetzel.

Pero antes de que eso ocurriera, ¡qué desolación! Yo conocía bien ese "peregrinaje" literario. No obstante, aquél fue el más duro y descorazonador. Con el manuscrito bajo el brazo visité un total de quince editores. ¡Quince, cielo santo! ¿Dónde estaban mis viejos amigos? ¿Dónde los que antaño me adulaban por mis infernales vodeviles y óperas cómicas? Y los quince —a cuál más necio— rechazaron la obra. No tuvieron siquiera la gentileza de leerla. "Señor Verne —exclamaban conciliadores—, ¿desde cuándo se dedica usted a la novela?... No malgaste su talento... Lo suyo ha sido siempre el género menor." ¡Culos de plomo del arte! ¿Desde cuándo existen géneros mayores o menores en la creación?

Cada vuelta al hogar fue un segundo suplicio. Honorine, a la vista de nuestros cada vez más exiguos recursos económicos, daba rienda suelta a su mal humor, colmándome de reproches, cuando no de chanzas o silencios.

Al borde de la desesperación, poco faltó para quemar aquellas *Cinco semanas en globo.* Durante algún tiempo perdí el interés por todo. ¿Había fracasado? ¿Qué significaban los años de estudio? ¿Para qué tanto sacrificio, hambre y enfrentamientos con mi familia? ¿No habría sido mejor aceptar los sensatos consejos de Pierre Verne y vegetar en Nantes? ¿Qué significado tenía el gran proyecto de la "novela de la ciencia"?

Comprendo muy bien a los autores noveles. Yo padecí sus mismas ansiedades **y** fracasos.

Mas, por enésima vez, olvidaba esa palabra santa: providencia.

Derrotado, fui a aliviar mi pena junto a Nadar. Y en silencio, como corresponde a todo loco sensato, mi amigo y confidente se apresuró a entrevistarse con Julio Hetzel, un recién llegado del exilio.[1] Le habló de mí y del manuscrito y, al parecer, según las bondadosas palabras de Nadar, el editor se mostró interesado.

Mi escepticismo era tal que no le creí. Y Nadar, como si se tratase no de mi libro sino del suyo, me arrastró hasta el despacho de Hetzel, en la truculenta calle de Jacob.

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Guardo en el alma y en la retina cuatro especiales pinceladas de aquella histórica primera visita a Hetzel. Veamos si sé describirlas...

1. Julio Hetzel, nacido en 1814, había desempeñado importantes responsabilidades políticas durante la Segunda República. A raíz del golpe de estado bonapartista de 1851 se exilia y retorna a Francia en 1859, al promulgarse la amnistía. Hombre de talante liberal, escritor y editor, Hetzel se había hecho a sí mismo. A pesar de su origen humilde (su padre fue guarnicionero en Chartres y su madre, la hija de un jefe de Correos), estudia en el colegio Estanislao e inicia la carrera de derecho en Estrasburgo, que tuvo que interrumpir por considerar que era una carga para su familia. Trabaja en la casa del editor y librero Paulin, en la calle del Sena, introduciéndose en el *Nacional,* órgano del partido republicano, llegando a ser un miembro destacado. En 1843 funda su propia editorial y compra un importante fondo religioso. Amigo íntimo de Musset, Balzac, Nodier, Sand, Janin, etc., inicia la publicación de una nueva fórmula, a caballo entre el libro y el folletín: las denominadas hoy novelas «por entregas», que obtuvieron un gran éxito. *(N. de J. J. Benítez.)*

Mirada escrutadora... Mutua e incomprensible corriente de simpatía... Seriedad... Tapices en las paredes...

Más o menos, sí.

Jules Hetzel me dejó hablar, desnudándome con sus ojos de halcón. Se me antojó un hombre noble, no sé si de estirpe o de sentimientos. Cuando ambos van unidos, el noble deja de serlo, para transformarse en "hombre". Luego supe que pertenecía a la nobleza de sentimientos, a los que piensan sin doblez.

Incomprensible, cómo no, la corriente de afecto. Jamás le había visto antes. Sin embargo, un hilo mágico e invisible, como de "plata", apareció ante mi cansado y receloso corazón. No me equivoqué. La intuición no yerra. Y tal y como recomendara Cicerón, Hetzel, mi nuevo amigo, cumplió la primera ley de la amistad: pedir y hacer con honestidad. Tomó el manuscrito con veneración, lo ojeó con curiosidad y habló con sensatez: "Deme quince días para leerlo."

Seriedad. Echó atrás la poblada y negra cabellera y, sin mover un músculo de su pálido, vertical y romántico rostro, dio por concluida la entrevista. Ni conciliadoras recomendaciones, ni adulación, ni falsas promesas. Seriedad...

Y tapices. Diosas, verdes paisajes y mitología en telas llegadas de Flandes y de Venecia. Los tapices, la obsesión de Hetzel, lo cubrían todo: puertas, paredes, suelos... Su corazón era un tapiz, trenzado con la más escasa de las virtudes: la lealtad. Y ese corazón colgaba de uno de los muros de la exigua habitación, para quien pudiera o deseara reconocerlo, en forma de sentencia; la de Domenichi: "Hay tres cosas inanimadas que son más firmes que todas las demás en su modo de presentarse: la sospecha, el viento y la lealtad. La primera, nunca entra en un lugar donde pueda salir; el segundo, jamás penetra sin ver la salida; la tercera, cuando sale de un sitio nunca retorna."



"Deme quince días para leerlo."

¿Quince días o quince siglos? No supe medir aquel tiempo. Y comprendí mejor la frase de Flaubert... "El futuro nos atormenta..." El futuro de mi libro me atormentó con el peor de los suplicios: la duda. "El pasado nos retiene..." Mi pasado, en tales días de angustiosa ansiedad, se precipitó sobre un Julio Verne novel, pendiente de un hombre, de una decisión... Todo mi pasado, apostado a una sola carta, la de *Cinco semanas en globo.* ¡Terrorífico!

"Y he aquí —concluye el autor de *Madame Bovary*— por qué el presente se nos escapa." En aquellos quince días no fue mi presente lo que escapó; fue mi vida entera, mis treinta y cuatro años.

Honorine, práctica y desconfiada, trató de evitar un nuevo desengaño. "No confíes... No construyas donde sólo hay aire.... ¡Olvida tu libro!"

¿Olvidar mi libro? ¿Cómo? Aquel manuscrito no eran simples papeles garrapateados. ¡Llevaba mi sangre! ¡Portaba mi espíritu y las ilusiones de diez años! Ahora, treinta y seis años más tarde, me estremezco. ¿Qué habría sido de Verne si Hetzel no entra en escena?

Los nervios, el insomnio, la inapetencia, el ir y venir de los más alocados pensamientos y, sobre todo, la sangrante duda fueron mis fieles compañeros. Imagino que a todo escritor novel le sucederá lo mismo. Aquel Verne palideció y se tornó adusto, ausente e impresentable.

Pero el tiempo es justiciero y pone todas las cosas en su sitio. ¡Gracias, Voltaire!

Y mi hora llegó con los primeros días de setiembre. Hetzel, al observar mis ojeras, sonrió maliciosamente. Abrió el manuscrito y, arrellanándose en el sillón, recuperó su habitual gravedad, escrutando mi semblante, mis gestos, mi nervioso parpadeo... El breve pero espeso silencio me descompuso por completo. Debo confesarlo. Mis tripas gruñeron inoportunamente,

alertándome sobre la urgente necesidad de correr al excusado. ¡Tenía gracia! Toda una eternidad aguardando aquel momento y...

—Joven —murmuró el editor, sin reparar en mi comprometida situación—, no está mal...

—Perdóneme —le interrumpí, al borde del cataclismo escatológico—, sí estoy mal...

Hetzel, lógicamente confundido, balbuceó: —¿Que está qué? —¡Mal, señor...! ¡Disculpe...!

Atónito, me vio desaparecer de su vista, agarrotado como una parturienta. Minutos después, resuelto el inaplazable "negocio", retorné a su presencia, deshaciéndome en reverencias y pretextos. Pasados los años, Hetzel y yo hemos recordado en la intimidad y con sonoras carcajadas cómo el gran Julio Verne "tuvo que bajarse los pantalones" ante su editor... "desde el primer momento". La situación fue tan ridicula, prosaica e "increíble" que ni él ni yo nos atrevimos a contarla jamás. Pero a lo que iba...

— Le decía —continuó el comprensivo Hetzel— que su manuscrito no está mal..., pero, en mi modesta opinión, no se trata de una auténtica novela... aún.

Del rubor inicial pasé a la palidez. En un segundo me precipité a los más negros abismos. ¡Un nuevo fracaso! Mas, incomprensiblemente, una fuerza superior me retuvo en el asiento.

—...Joven, no es problema de fondo, sino de forma. Le falta dramatismo. Vigile la unidad del relato, introduzca nuevos elementos y, sobre todo, acción. Hágame de esto una verdadera novela y le firmaré un contrato...

Pero ¿entonces...? Y un Julio Verne dócil, deseoso de colaborar, ¡qué digo colaborar, de... aprender!, reconoció al punto que aquel hombre podía llevar toda la razón. *Cinco semanas en globo* había partido de las fuentes del periodismo; ahora debía convertirse en novela.

Digo yo que el editor no esperaba una reacción tan impropia de un autor novel, la mayoría, ensoberbecida en su orgulloso pedestal. Y en justa correspondencia, inaugurando una sonrisa, exclamó:

— ¿Sabe usted, joven, que tiene talento?

Pues sí, una de cal y otra de arena. Hetzel fue honrado. Sin aquella decisiva advertencia. *Cinco semanas en globo,* de haberse publicado tal cual, sólo hubiera sido una "bagatela" más...



Eufórico, me recluí de nuevo en mi guarida, corrigiendo, suprimiendo y añadiendo hasta caer rendido. Honorine, incrédula, se mostró paciente y resignada ante aquella jungla de mapas, libros y papeles que, por espacio de quince días, invadió la casa. Julio Verne demostró su fuerza y de lo que era capaz. Fue todo un anuncio. Un presagio. Es posible que sea tachado de vanidoso; lo fui hasta los límites del cielo. También de pésimo padre y peor marido. Cierto. Igualmente, aquellos que me han conocido, no son muchos, saben de mi infelicidad, de mi soledad y de mi falta de valor. Pero nadie podrá reprocharme falta de coraje y de tenacidad, entre divina y diabólica, a la hora de trabajar. Aquellos quince días, perfeccionando el globo, son sagrados en mi memoria. Fueron los cimientos y el horizonte. La vida de este viejo oso podría resumirse en aquellos quince apasionados y apasionantes días. Allí se desbordó la luz, la fuerza y la inteligencia de un hombre llamado Verne. Nunca fui tan grande y tan auténtico. Hoy, aquel titán es sólo un reflejo que se apaga...



El manuscrito retornó a Hetzel y el 23 de octubre de 1862, jueves, la habitación de los tapices y Julio Verne se reunieron por tercera vez. En esta ocasión no hubo "descomposición"... Jules Hetzel —¡Dios le bendiga!— no disimuló su entusiasmo. ¡Publicaría *Cinco semanas en globo*\ ¿Cómo expresar aquel momento? Sencillamente, había llegado mi hora...

Pero las sorpresas no concluyeron ahí. Sagaz, con el fino instinto que distingue a los grandes editores, quiso saber quién era Verne y, en especial, qué llevaba dentro. Me dejó hablar durante una hora. Fue mi segunda oportunidad. La "novela de la ciencia", diez años encarcelada en mi corazón, recuperó la libertad. Expuse mis proyectos, volé hasta el infinito, imaginando expediciones árticas, aventuras científicas, viajes a lo largo y ancho del planeta, con la ciencia como brújula. "Se trata, señor, de aproximar el mundo, la naturaleza y la gloria del hombre al propio hombre... Todo un paseo completo por el cosmos..."

Hetzel apenas replicó. Guardó silencio y, extrayendo unos documentos del cajón de su mesa, me lanzó la siguiente propuesta: "Joven, deseo que escriba para mí. Tres libros al año durante veinte años. Por cada volumen recibirá mil novecientos veinticinco francos. Si está de acuerdo, firme aquí."

¡Dos mil francos por libro!... ¡Veinte años...! ¡Eso hacía un total de sesenta obras y ciento veinte mil francos!

Poco faltó para que saltara sobre Hetzel y le besara. Poco faltó para que Julio Verne cayera desmayado... ¡Mi sueño, al fin...!

La salida de la apestosa callejuela de Jacob fue triunfal. Salté, corrí y abracé a los atónitos transeúntes. En esos momentos de euforia, de incredulidad, de íntima satisfacción, ni siquiera pensé en Honorine. Penetré en la Bolsa como un ciclón, derribando sombreros y confundiendo a los contertulios de la columnata.

— ¿Qué dice este loco?

—¡Sí, señores —repetí a voz en grito—, me caso!... Al fin he encontrado en mi camino el más rico de los partidos... ¡Me caso con el señor Hetzel!

El melodioso "sonido" de aquel número —ciento veinte mil francos— amansó la hostilidad de mi esposa. Honorine se transformó. Sus ácidas réplicas y menosprecios se esfumaron. Y Verne tuvo y disfrutó un relativo período de paz. Todo me parecía distinto, incluso el constante llanto de Michel y las travesuras de las niñas.

Mis visitas a la calle de Jacob se hicieron frecuentes. Allí conocí los excitantes proyectos de Hetzel. Uno de ellos, en particular, me entusiasmó: la creación de un periódico de alta calidad, ameno, ilustrado y educativo que, al mismo tiempo, sirviera de ensayo para las futuras colecciones de libros, dirigidas a las diferentes edades, más que a los estamentos sociales. Julio Verne tendría un puesto en esa revista...

¿Qué más podía desear? Por supuesto, la aparición de mi primera gran novela.

Y un sábado, 31 de enero de 1863, *Cinco semanas en globo* vio la luz pública. Fue mi gran día. Había nacido el verdadero Julio Verne. Fue el mejor regalo de cumpleaños. Siete días más tarde, el 8 de febrero, al festejar mi trigésimo quinto aniversario y el sexto de matrimonio, mi casa fue una fiesta. Quemamos lo que teníamos y lo que no teníamos. Mis amigos tuvieron que prestarnos dinero para hacer frente a las deudas... Jamás uno solo de mis libros sería recibido con tanta pompa y felicidad. Al menos en lo que a mí respecta...

¿Tuve suerte? Es posible. Godin ha escrito: "El necio que alcanzó el éxito suele decir: 'Es mérito mío'; y el sabio: 'He tenido suerte.'"

Suerte fue que la crítica se mostrara unánimemente positiva. El mejor y más acertado elogio partió de la revista *Dos Mundos,* que calificó mi libro "como una obra destinada a causar sensación y a convertirse en un clásico en su género". Lástima que, con el paso de los años, estos mismos críticos literarios olvidaran lo que habían escrito en 1863...

Suerte fue que *Cinco semanas en globo* apareciera en el mercado justamente en plena revolución de la aerostática. La guerra entre los partidarios de "lo más pesado" y "lo más ligero" que el aire alcanzó su punto álgido cuando, llevado por su inagotable romanticismo, Nadar anunció una suscripción pública para la construcción de su "sueño": el *Géant,* un globo tan alto como Notre Dame, con una barquilla de casi siete metros de altura. Los periódicos y revistas alimentaron el fuego de la polémica y, de paso, me hicieron una estimable publicidad... gratuita.

Y suerte fue que, a los cinco meses de la presentación de mi libro, Gabriel de la Landelle y Ponton d'Amécourt, fabricantes de juguetes científicos, tales como las espiralíferas,[1] propusieran a Nadar la creación de un centro de estudio y experimentación con el fin de evaluar las ventajas e inconvenientes de ambos sistemas: lo más ligero o lo más pesado que el aire. El centro fue bautizado con el nombre de Sociedad de Fomento para la Locomoción Aérea por medio de Aparatos más Pesados que el Aire.[2] El 31 de julio, *La Prensa* hace público el manifiesto de dicha sociedad, originando nuevas oleadas de interés hacia los globos y hacia el *Victoria* en particular. Y las ventas siguieron creciendo.

Suerte fue que el *Géant,* con el intrépido Nadar al frente, efectuara su primer vuelo el 4 de octubre de ese año de gracia de 1863, a los nueve meses de la publicación de *Cinco semanas en globo.* Nadar, exultante, se elevó sobre el Campo de Marte, ante doscientos mil atónitos espectadores. Doscientos mil potenciales compradores de mi libro...[3]

Y suerte fue que Nadar repitiera su gloriosa aventura catorce días después. Suerte para Verne y su novela y perra suerte para mi amigo y compañero del alma. Porque, en este segundo vuelo, ante la orgullosa mirada de Napoleón III y la fascinación del rey de Grecia, el *Géant* fue arrastrado por un violentísimo viento y cayó a seiscientos kilómetros de París, en Hanovre. El aterrizaje fue penoso. Barquilla y globo se arrastraron por el campo y Nadar sufrió la fractura de ambas piernas. Su mujer y los nueve pasajeros que le acompañaban resultaron igualmente heridos de consideración. El suceso dividió a las masas, haciendo correr nuevos ríos de tinta en los periódicos y revistas. Hasta Víctor Hugo se lanzó a las páginas de la prensa en defensa de Nadar. Yo mismo alimenté la polémica, publicando en el *Museo de las Familias* un fogoso artículo —«A propósito del *Géant*»— a favor de Nadar y anunciando el no muy lejano triunfo del helicóptero. La victoria, en realidad, sería para el *Victoria* de *Cinco semanas en globo...*

La formidable campaña de prensa, estimulada por unos y otros, fue el mejor soporte publicitario para mi obra. Hetzel, amigo de Nadar y hombre despierto, supo intuirlo. Y como reza el adagio japonés, "existe una puerta por la que puede entrar la buena o mala suerte; pero somos nosotros quienes tenemos la llave".

Hetzel tenía la "llave", mi globo, y abrió las puertas de par en par. En pocas semanas, todo París se hizo lenguas de aquella increíble novela de un joven nantés, muy prometedor, llamado Julio Verne.

El "círculo sagrado" —Poe, Nadar, Hetzel, Verne— se había cerrado.»

1. Las denominadas «espiralíferas» eran unos avanzados juguetes, parecidos a los actuales helicópteros. Provistos de un muelle, podían saltar hasta tres metros. *(N. de J. J. Benítez.)*

2. Esta sociedad tuvo su sede en la casa de Nadar. La junta directiva se hallaba integrada por J. A. Barral, como presidente, Gabriel de la Landelle y Gandillot, como vicepresidentes, Ariel Salives y Julio Verne, como críticos. *(N. de J. J. Benítez.)*

3. En aquel primer vuelo del globo de Nadar, el *Géant,* participan trece pasajeros. Cada uno debió abonar su pasaje, a razón de mil francos. Tras cinco horas de vuelo, el enorme globo tomó tierra en Meaux. *(N. de J. J. Benítez)*

CAPÍTULO 16

*La historia de seis contratos • Despojado de casi todos mis derechos • Tres libros al año durante nueve años • Y los lameculos me acusan de mercantilista * Jamás me arrepentí: Hetzel fue mi segundo padre*

Julio Verne novelista «nace» en enero de 1863. *Cinco semanas en globo,* a juicio de todos los especialistas, contiene los rasgos básicos de lo que será su ambicioso proyecto: los «Viajes extraordinarios». A partir de esta obra, Verne se lanza a una frenética producción literaria, obligado, en buena medida, por las leoninas condiciones de los contratos que firma con Hetzel.

«¡Lessing, Lessing!... ¡Cuánta razón en tu advertencia!... "Hay ciertas cosas en las que una mujer ve siempre más agudamente que cien ojos de varón."

Honorine, disipados los vapores del triunfo inicial, acertó en sus apreciaciones. Dos mil francos por libro, sí, pero, ¿y los derechos sobre las ventas? De eso no hablamos, ni se hablaría hasta muchos años después. El primer contrato con Hetzel, estudiado con frialdad, no significó adelanto económico alguno. Tampoco yo se lo reclamé. ¿Qué contemplaba? ¡Ah, estúpido y envidioso mundo! ¿Qué sabéis vosotros de las miserias de Verne?

La firma de aquel acuerdo de octubre de 1862 establecía que la primera tirada de «Cinco semanas en globo» sería de dos mil ejemplares. Julio Verne percibiría quinientos francos, pagaderos a los cuatro meses de su publicación. En otras palabras, el "genial novelista" cobró sus primeros quinientos francos bien entrado el mes de junio de 1863.

Ciertamente, el éxito fue redondo y el editor se apresuró a lanzar cuatro nuevas ediciones, a razón de mil ejemplares cada una, a lo largo de ese año. Traducido a dineros: mil francos más. Es decir, entre el verano de 1863 y principios de 1864, la primera novela de Verne representó para su autor un montante global de mil quinientos francos. Los "supuestos" seis mil ejemplares vendidos, en cambio, llenarían las arcas de Hetzel con una cantidad ocho veces superior. Jamás me lamenté. Hetzel era mi amigo. Hetzel me estaba ofreciendo la posibilidad, aunque sólo fuera remota, de vivir de la pluma; de vivir de lo que me gustaba. Hoy, los que no me conocen, incluyendo mi propia familia, me acusan de oportunista, mercantilista y ambicioso. ¡Necios repugnantes! Si en verdad hubiera sido lo que dicen que soy, ¿no habría batallado desde el primer momento por algo tan elemental como mis derechos sobre las ventas? El dinero, en aquel caso, no era lo más importante para Julio Verne. Mi proyecto, mis ilusiones disfrutaban de prioridad absoluta. Además, ¿qué dinero? ¿Mil quinientos francos en un año?



Honorine fue testigo de excepción. Nuestra situación económica no mejoraría hasta bien entrado el año 1865. En el segundo y tercer contratos con Hetzel, este último firmado el 11 de diciembre de 1865, lunes, las cosas no mejoraron para el esforzado Verne. El editor, a la firma de los documentos, me despojaría de mis derechos sobre todas — he dicho bien—, todas, las ediciones ilustradas de las novelas. Y con mi consentimiento, no lo niego, me convertí en una "máquina" de fabricar libros, al servicio, también es cierto, de un amigo. Hetzel, durante la friolera de doce años, compraría mis obras a tanto alzado, sin la menor posibilidad de participar en los beneficios de las ventas. ¿Es esto mercantilismo?

Un tanto alzado que significaba, para ser concreto, tres mil francos por volumen sencillo ("in-18").



Mi esposa se desesperaba. Las discusiones arreciaron. Ella asistía a mi infatigable trabajo, pero no compartíamos las ganancias de Hetzel. Mis argumentaciones —"paciencia, lo importante es escribir", "estamos sembrando para el futuro"— no convencían a Honorine. ¿Qué podía hacer? Mi natural timidez, unida a la sincera amistad que venía cultivando con Hetzel, fueron un grave obstáculo para plantearle unas más justas condiciones económicas y de producción. ¡Dios mío, tres volúmenes por año era una carga difícil de soportar, incluso para Verne!

A raíz del tercero de los contratos, cuando este romántico oso estaba a punto de cumplir los treinta y ocho años, siguiendo los prudentes consejos de Honorine, el pago de cada libro fue pactado con Hetzel de una forma más racional, de cara al sostenimiento de la familia. A partir de ese año se efectuaría mensualmente. De esta forma, los tres mil francos-obra pasaron a setecientos cincuenta francos-mes. Tres años después, a partir del 8 de mayo de 1868, el editor consintió en elevar la mensualidad a ochocientos treinta y tres francos con treinta y tres céntimos. Pero la carga seguía siendo brutal. Trabajaba, según mi costumbre, desde las cinco de la madrugada hasta el anochecer, alternando las horas de escritura con la obligada revisión de textos científicos y la puesta a punto de la documentación que debía servir de base a cada una de las novelas. Tres volúmenes-año era monstruoso. Y así se lo hice ver a Hetzel una y otra vez. Aquel esfuerzo sobrehumano podía lastimar la calidad de la producción. La rendición del editor no llegaría hasta el quinto contrato, el 25 de setiembre de 1871. Hetzel aceptó: incrementaría la mensualidad a mil francos y, lo más importante, "sólo" me exigiría dos "viajes extraordinarios" por año. ¡Necesité nueve años para aliviar mi situación! Eso no lo saben, o no lo quieren saber, los que me critican... ¡Puercos envidiosos! ¡Ahora mismo os haría padecer cinco minutos de mi vida! ¿Podéis acaso imaginar las miserias de un Julio Verne atornillado a su mesa de trabajo, día y noche, defendiendo no sólo su supervivencia, sino sus "sueños"? ¿Es que existe oro en el mundo para pagar ese ciclópeo esfuerzo? Es fácil y cómodo juzgar. Y también arriesgado. Esas veintisiete novelas fueron escritas con la sangre, las angustias, las dudas permanentes y la estrechez inseparable de toda una familia. No puedo evitar que me critiquéis, pero al menos hacedlo con justicia. Ya se sabe, "con la fama, en justa proporción, crece también la envidia..." Young padeció este mal, "sombra de los que jamás brillan con luz propia". Pero, al igual que en su tiempo, también ahora, dos siglos después, "el hombre que representa un carácter se verá acosado..." Lameculos y castrados para la creación, ¿hubierais renunciado a vuestro seguro trabajo por amor a la literatura? Este "mercantilista" lo dejó todo; incluso su empleo como agente de Bolsa. Y enamorado de su proyecto, fiel a sí mismo, se precipitó en un océano que vosotros sólo oteáis desde la orilla de vuestra cobardía. Hablad menos y demostrad al mundo vuestra supuesta valía, pero con hechos. Está bien, si lo queréis,

pecaré de vanidoso. Decidme: ¿por qué vuestras obras jamás soñaron con tiradas superiores a los dos mil o tres mil ejemplares? ¿Gozáis quizá del carisma de Verne? Hambrientos de gloria y de dinero, ¿habríais Soportado doce años sin participar en los derechos de ventas de vuestros propios libros? Este "mercantilista" y "traficante de oro" sí lo soportó. Fue menester aguardar a mi sexto contrato con Hetzel, el 17 de mayo de 1875, para percibir lo que era justo. Sólo entonces renunció al porcentaje de tanto alzado, y eso gracias al éxito de «La vuelta al mundo en ochenta días». Y aun así ¿me criticáis? Ni siquiera ese nuevo porcentaje me sacó de las penurias. Juzgad por vosotros mismos: cincuenta céntimos por volumen para las ediciones corrientes ("in-18") y "variable" para las ilustradas. En otras palabras, un cinco por ciento sobre los veinte mil primeros ejemplares y un diez si las tiradas sobrepasaban esas cantidades. Y exclamaréis: "¿No era suficiente, llorón impenitente?" Por supuesto que no, considerando que tales porcentajes no entrarían en vigor hasta 1882, no siendo aplicables a la producción de mis primeros doce años. Esos casi treinta libros quedaron como propiedad plena y exclusiva de Hetzel. He ahí la desnuda realidad de Julio Verne, el "genial, aclamado y rico" novelista...



Mientras este "remero de galeras" ganaba uno, Hetzel se embolsaba ocho. Pero dejemos ya los números y cuentas. Nunca me arrepentí de mi "matrimonio" literario con Hetzel. A pesar de los mordaces comentarios de mi esposa, de nuestras penurias, de la esclavitud del editor y de mis angustias, aprecié sin reservas lo que hizo por mí. Borne interpretó muy bien mi pensamiento en este sentido: "Es costumbre —dijo el gran político y escritor alemán— tener por agradecido al que manifiesta los beneficios de que fue objeto; pero el más agradecido de todos es quien no olvida el beneficio para recordar al bienhechor."

Hetzel creyó en mí, cuando quince editores me rechazaron. Corregiré a Shakespeare: "Aun siendo mendigo, como soy, no caeré en la vileza de ser pobre también en agradecimiento." Ese gesto se clavó en mi corazón como una bandera. Y no será derribada ni aun después de mi muerte...

Hetzel descubrió a Julio Verne novelista. Él lo lanzó a la gloria. Él lo arropó. ¿Por qué grabar los errores e injusticias en diamante y los aciertos en el aire? Soy de la opinión contraria. Y trato de aprender del Supremo Padre. Él escribe nuestros éxitos en la roca; los desaciertos, ni siquiera los escribe...



Hetzel, por último, ocupó el puesto del padre que nunca tuve. Su bondad y paciencia no conocieron límites para con este fogoso y atolondrado joven, que sólo conoció a un Pierre Verne brutal, intransigente y lejano. ¿A qué negarlo? Julio Verne se refugió en Hetzel. Él fue mi segundo y verdadero progenitor. Padre en consejos, en amistad y en la disciplina del trabajo. La mejor prueba de cuanto digo está en mis cartas, numerosas cartas, cruzadas con Hetzel durante veinticuatro largos e intensos años. Jamás me atreví a protestar o reclamar, aun sabiendo que, en ciertos aspectos de nuestra relación, no era justo.

Hetzel, ¡mi querido padre!, ¿sabes que Moliere tenía razón?: "Cuanto más se quiere a una persona, menos preciso es adularla."»

CAPÍTULO 17

Un juego macabro • Éxito = fracaso • Michel, golpeado a los cuatro años • De cómo nació nuestro mutuo odio • Sanatorio, cárcel y destierro para mi hijo • A los diecisiete años, rumbo a la India • Nadie lo supo: me apuntó con una pistola • Una boda sin mi consentimiento • Rapta a una pianista de dieciséis años • La reconciliación

Julio Verne tuvo un único hijo. Desde muy niño, Michel, nacido en 1861, se presentó a los ojos de Verne como una persona, más que difícil, «endemoniada». La vieja historia de las tensiones Pierre-Julio Verne se repitió entre éste y Michel. Verne encarceló y desterró a su hijo. A los diecisiete años lo «condenó» a embarcarse rumbo a la India. Padre e hijo necesitarían más de veinte años para alcanzar la definitiva reconciliación. Al final de la vida del novelista, Michel Verne se convertiría en su gran colaborador.

«Hoy, lunes, 26 de setiembre de 1898, después de algún tiempo en el "dique seco", me enfrento de nuevo a estas secretas "confesiones" y me pregunto: ¿merece la pena proseguir su redacción? ¿No está todo dicho, culo de plomo?

A los treinta y cinco años, Julio Verne recibió su corona. El triunfo fue tuyo. Punto final...

¿Por qué no dejar las cosas así? ¿Por qué confundir a estas y a las futuras generaciones? ¿No es mejor que sigan soñando con un Verne romántico, valeroso y triunfante? Bien, no te aflijas. Seguramente, ésa será la imagen que sobrevivirá a tu propia muerte. Pero estas "confesiones" son diferentes. Aquí, junto al gran criptograma final, yace la verdad... Bueno es que, al menos, te la cuentes a ti mismo. Mi vida, en cierto modo, alcanzó su cénit con mi primera novela. A partir de *Cinco semanas en globo,* la sociedad y miles de lectores de medio mundo me han admirado y respetado. Y muy probable es que este oso sea enterrado en olor de multitud. Mas ésa no es la verdad de Julio Verne. Mi vida no es lo que parece. Me adhiero al Tasso de Goethe: "La corona de laurel, cuando aparece, es más signo de sufrimiento que de felicidad." ¡Destino paradójico! Cuanto más alta fue mi gloria, más me distancié de la felicidad... Como si de un juego macabro se tratase, cada ÉXITO fue inexorablemente contrarrestado por un FRACASO. Victor Hugo me lo advirtió, pero yo, vanidoso indomable, sellé mis oídos a su sabiduría. "Cuidado con la gloria —apuntó—. Cuando sea tuya, será como un prisma deslumbrante. Después, como un espejo expiatorio en el que la púrpura te parecerá sangre."

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

ÉXITO-FRACASO.

Éstos son los fantasmas gemelos que escoltan, a perpetuidad, la existencia de Verne. Brillantes éxitos = negros fracasos... No busquéis otra razón para justificar el remate de estas "confesiones". Así pues, lo contaré. "Nadie" y el Polifemo, que llevo dentro, me escuchan...

“Cinco semanas en globo, Hatteras, Viaje al centro de la Tierra, De la Tierra a la Luna...,» un piso en el barrio residencial en Auteuil..., algo más de dinero..., vida social intensa..., invitaciones mil a los más prestigiosos salones y fiestas de moda..., cartas..., adulación..., ÉXITO en suma.

Pero conforme avanzaba esa década de los años sesenta, el soplo del FRACASO, azotando lo más íntimo de un ser humano: su propia sangre.

Creo no mentir al afirmar que amé y he amado a mi hijo. Eso está fuera de toda duda. Pero... FRACASÉ con él.

Michel Verne nació y creció delicado. Su salud jamás fue buena. Quizá por ello fue un niño tempestuoso y aullador, como lo definió su madre. Y yo no supe comprenderlo. ¡Extraño destino! Mi hijo vino al mundo (1861) en uno de los períodos decisivos de mi carrera: en pleno nacimiento del Verne novelista. Quizá ahí nació el odio que nos profesamos durante años. Mi duro trabajo se vio torturado con su incesante llanto. Un llanto rabioso, demoledor y sin pausa. Un llanto del que no era culpable, que puso a prueba mi paciencia. Una paciencia frágil, rota cada día, que enturbiaría aún más mis relaciones con Honorine. ¡Dios misericordioso, ¿cómo pude ser tan miserable?! ¡Yo, que no había conocido el amor de un padre, fui a caer en el mismo y abominable pecado... con mi único hijo! Debes ser valiente y contarlo. Una sola escena podría sintetizar la cruda infancia de aquella criatura. Quizá fue a los cuatro o cinco años... Poco importa la fecha. Michel, siguiendo su costumbre, berreaba sin tregua, llenando la casa y mi "guarida". Fuera de mí, salté del gabinete, buscando a la "fiera" que lastimaba mi trabajo. ¡Jesucristo, sólo tenía cuatro o cinco años! Y plantándome ante él, le golpeé una y otra vez, exigiendo que cesara en su llanto. ¡Amado Dios, nunca olvidaré aquella mirada! Había terror en sus ojos... Pierre Verne me azotó a los once años. Julio Verne no le fue a la zaga.

Hermosa sentencia la de Borne, perfectamente aplicable a un Verne-padre fracasado: "Al emprender una empresa y cuando la meta no se halla distante, el peligro del fracaso es mayor. Cuando las naves naufragan, siempre sucede cerca de la costa." Michel niño, tan próximo, me haría naufragar frente a las "costas" de mi propio hogar... ¡Maldita vanidad! ¡Maldita sed de triunfo! ¿Qué era en realidad más importante: la gloria de Julio Verne o su hijo? Y este miserable, haciendo bueno al odioso Gran Patriarca, eligió la primera. Michel fue arrinconado y desterrado de mi corazón. En efecto, nada le faltó. Techo, alimentación, caprichos... Pero ¿qué decir del afecto? Yo había claudicado ante el veneno de la fama. ¿Qué obtuve a cambio? En opinión de Barbey d'Aurevilly, "que mi nombre corriera en los labios de los necios", siendo rechazado por los de mi hijo. TRIUNFO = FRACASO... Éste es Verne. El genuino...

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Siendo yo lo "imprevisible", ¿qué podía esperarse de Michel? Todo en su entorno fue un fracaso, desde la más tierna infancia. Grave error confiar sus primeros pasos a los abuelos. Fue malcriado y consentido. Y Michel, astuto y dolorido, supo sacar ventajas de su condición de "difícil". Con tal de mantenerle en silencio, tanto Honorine como yo claudicamos una y otra vez, rodeándole de beneficios. Y sus llantos, travesuras y torcidas intenciones se prolongaron

más allá de los siete y ocho años. Desesperados, consultamos a varios médicos. Un prestigioso galeno, el doctor M. Blanchard, nos recomendó la estancia en un sanatorio. Y a los doce años, mi hijo conoció el espanto de la soledad. La supuesta cura no hizo otra cosa que empeorar al "rebelde". ¿Qué podía esperarse después de dos años entre locos, perversos y borrachos? ¡Catorce años! ¡Dios mío, Michel sólo tenía catorce años!

Sus desafíos nos tiranizan. Es preciso atajar el mal que anida en su monstruoso cerebro. Michel roba, bebe y miente.

Destino inmediato: la "penitenciaría" de Mettray. Honorine se opone, pero yo antepongo la comodidad de mi trabajo a la vida de mi hijo. "¡Allí le enseñarán disciplina...!" ¡Repugnante justificación! Tras ocho meses de tortura, el director de la colonia nos escribe. Teme lo peor. Michel ha empeorado. Bebe a escondidas. El doctor no se responsabiliza. Nuestro hijo está al borde del suicidio o de la locura. Conviene devolverle al ambiente familiar.

¿Qué sucedía con Julio Verne? Los héroes de mis libros eran celebrados por su nobleza y generosidad de corazón. Entretanto, el alma del narrador se mostraba despiadada para con su propio hijo... ¿Vuelta al hogar? Experimenté náuseas y un profundo abatimiento. Y con la misma frialdad con que planificaba la trama de mis novelas, así maquiné el retorno de Michel. La gloria de Julio Verne seguía creciendo y llenando nuestras arcas. ¿Es que iba a renunciar a ello en beneficio de la salud y de la estabilidad emocional de mi hijo? Nada de eso. Michel no pisaría Amiens. Y con apenas quince años fue condenado a un nuevo destierro. Las lágrimas de mi esposa no conmovieron el ciego corazón de Verne. Michel fue internado en Nantes, iniciando sus estudios en el liceo. Mi familia se responsabilizaría de sus cuidados. Y yo, durante algún tiempo, me vi libre de su perversidad. ¡Fracaso tras fracaso! ¿Cómo es posible semejante ceguera? ¿Quién había propiciado su falta de respeto, su crueldad, sus vicios y su permanente burla del orden familiar? Prefiero no responder a esa pregunta... Eso sí, Verne seguía triunfando.

¡Cruel y burlón destino! A la misma edad en que yo suplicaba y conseguía que el Gran Patriarca me enviara a quinientos kilómetros de Nantes, mi hijo Michel era desterrado por mí, a otros quinientos kilómetros de la casa familiar. Destierro inútil. Su inmoralidad rozó los límites del delito y, decidido a zanjar tan terribles y continuas humillaciones, concebí un nuevo plan: embarcaría a Michel. Le haría navegar y conocer la dureza de la vida. Eso calmaría su desenfreno y limpiaría su manchado y mezquino corazón. ¿Quién debía limpiar primero su alma? Tampoco contestaré a esta cuestión... Pero Julio Verne seguía cosechando triunfos.

Michel fue encarcelado con mi especial consentimiento. Aún no había cumplido los diecisiete años...

Y en secreto, a espaldas de Honorine, pacté con el capitán de un buque que debía partir hacia la India. Como mínimo, un año de destierro, soledad y reflexión. Ése fue mi absurdo y cínico planteamiento. Michel comprendería. La mar, estaba seguro, le haría cambiar. Cobarde hasta el final, ni siquiera tuve el valor de acompañarle hasta Burdeos. Mi hermano Paul, en mi nombre, se responsabilizó de la ingrata y dolorosa tarea de verle subir a bordo. Y el lunes 4 de febrero de 1878, con diecisiete años y cinco meses, Michel partía rumbo a la India. Ahora me estremezco. Julio Verne, con once años, huyó de su casa para embarcarse, también con destino a la India. Treinta y nueve años después —¡oh cruel y burlón destino!— era Michel Verne el que zarpaba hacia aquel país, pero no huyendo... Era yo quien en verdad "huía"... de mi propio hijo.

Fracaso tras fracaso...

El viaje a la India constituiría en realidad una liberación para ambos. Michel, con los libros de su padre en el equipaje, supo sacar el máximo partido de su obligado destierro, transformando el supuesto castigo en un crucero de placer. A pesar de su condición de grumete, la fama de Julio Verne terminó por sentarle a la mesa del capitán, concediéndole la categoría de

"pasajero de honor". Y la gloría de su padre le precedería y acompañaría de puerto en puerto.[1]

El viaje, en consecuencia, desembocaría en un rotundo fracaso. No para él, claro está, sino para mí. ¿A qué otra conclusión podía llegar cuando, en diciembre de ese año, me vi sorprendido por la más terrible carta que hijo alguno pueda dirigir a su padre?

Fechada el 28 de noviembre y procedente de Calcuta, decía así:

"... En realidad, ¿qué puedo hacer aquí por mi espíritu, te pregunto? ¿Instruirlo? ¿Formarlo? ¡Nada! ¿Educarlo entonces 'con la contemplación de las grandes cosas'? Esta frase me ha parecido siempre una de esas tonterías que mezclan los escritores con las hermosas cosas que escriben. Esto sustituye, me parece, al bombo de los charlatanes. Mucho ruido, poco sentido. Nunca he creído en la emoción que se experimenta al hacerse a la mar, en este 'horror al abismo', en la 'inquietud de la inmensidad'. ¡Tenía toda la razón! ¡Todo eso son frases!... Después de los diez meses que llevo navegando, no he tenido nunca la idea de encontrar a la mar bella. Cuando está en calma, me aburre, porque no se avanza; cuando está encolerizada, me da miedo..., pero agua, agua, agua; encuentro esto en cualquier ocasión simplemente monótono. Ahí es sin embargo, se me dirá, donde los grandes poetas han encontrado su mejor inspiración... ¡Ciertamente, no..., es del corazón de donde sale la poesía! ¿Fue Musset a buscar al fondo de un valle salvaje los gritos de dolor desgarrador que ha puesto en sus versos y en sus cuentos? No lo creo. Profundizando en su propio corazón, es donde ha encontrado tan hermosos acentos y donde ha aprendido a pintar los dolores de los demás... Mi espíritu, por lo demás, no tiene necesidad de ser educado aquí, ni desarrollado; lo está demasiado para mis diecisiete años. Lo que necesita es instruirse y te pregunto en conciencia si es aquí donde esto se puede conseguir..."

¡Carta cruel, cruel...! Entiendo su rencor, admito su aburrimiento (he ahí nuestra superioridad sobre los animales) en la mar, pero calificar mis libros de "tonterías"... ¡Eso no! La ciencia, la investigación y mis muchos años de trabajo ¿son "tonterías"? Así era Michel. Hace cuatro años que ha fallecido el poeta norteamericano Holmes. Pues bien, él hizo una precisa definición de mi hijo: "El prójimo le aburre, menos en el momento en que necesita de él."

En octubre de 1879, tras dieciocho meses de ausencia, nuestro hijo regresó a Amiens. Tenía entonces dieciocho años, aunque su mente era la de un viejo de cincuenta. Las esperanzas de sus padres se calcinaron nada más verle. Michel, el "delincuente", había cambiado, sí, ¡a peor! Recurrí de nuevo a Hetzel, mi amigo y confidente. "Esto no marcha... —le contaba un 4 de octubre—. A pesar de que su profesor le ha dicho que podría aprobar el bachillerato en abril, ya no trabaja. Disipación, deudas insensatas, teorías espantosas en boca de un muchacho, deseo expreso de apropiarse del dinero por todos los medios posibles, amenazas, etc., todo, todo ha llegado. Hay en este desgraciado un cinismo irritante que no podríais creer. Es, con una pequeña dosis de locura indiscutible, un pervertido espantoso... Hay que tomar una solución, pero ¿cuál? ¿Echar a este desgraciado de mi casa? Evidentemente. Así pues, a los diecisiete años y medio, estará en París, abandonado a sí mismo... El porvenir es terriblemente inquietante, pues, una vez expulsado, no le volveré a ver más."

1. Los biógrafos de Verne cuentan, a título de ejemplo, la siguiente anécdota, protagonizada por Michel Verne cuando, el 26 de abril, el barco atraca en isla Mauricio: «... Corre el rumor de que el hijo del célebre escritor Julio Verne se halla a bordo. Aquella misma noche, un plantador, fervoroso admirador de los libros de Verne, le ofrece una cena, con doscientos invitados. Y Michel se toma en serio su papel, "representando" a su padre con todos los honores; a pesar del sofocante calor, desciende del buque, vestido con levita y chistera...» *(N. de J. J. Benítez.)*

¡Calamitoso, viejo imbécil! ¡Ni siquiera conocías la verdadera edad de tu hijo! La siembra de vientos de Julio Verne seguía produciendo tempestades... Peleas, insultos a su madre, borracheras continuadas... Hasta que un sábado, 6 de diciembre, la iniquidad de Michel colmó la medida de Verne. Necesitado de dinero, amenazado por sus acreedores, me exigió nuevos fondos. Me negué y, sin perder su cínica sonrisa, me apuntó con una pistola... ¡Dios santo! ¿A qué extremos habíamos llegado? ¿Hubiera sido capaz de disparar contra su padre? Tampoco responderé a esa pregunta. De haber ocurrido, Julio Verne se lo habría merecido. Era la primera vez que alguien me amenazaba con una arma. No sería la última...

¡Fracaso! Infinita sensación de fracaso... Pero el novelista continuaba en la cumbre de su gloria. Y el mundo era ajeno a mi tragedia...

Ese mismo mes de diciembre de 1879 —¡qué Navidad más amarga!— , Michel era expulsado de casa. Nadie conoció jamás el incidente de la pistola. ¿Para qué arrojar más leña al fuego de la discordia familiar? Y otro pequeño gran secreto de Verne: el día de la Natividad del Señor, en silencio, recluido en mi "guarida", lloré como un niño. Lloré de desesperación, consciente de mi gran culpa, impotente e incapaz de lavar la miseria que había arrojado sobre mi hijo... Verne estaba muerto.

Pero Michel no abandonaría la ciudad. ¿Por qué hacerlo si seguía enamorado de aquella cantante, la Dugazon, una "ingenua" en gira por los teatros del país? ¿Una "ingenua"? La lista de sus amantes... Michel no razonaba. Deseaba deslumhrarla. Fue menester acudir al comisario de policía y al alcalde para que le vigilaran. Inútil, todo fue inútil... Exigió su emancipación. Yo, en presencia del comisario central, me negué. El último día de ese año resultó especialmente doloroso. Michel, siguiendo a la Dugazon, se trasladaría al Havre. Amenaza con casarse en Inglaterra. ¡Dios, ha hecho publicar en Amiens las proclamas religiosas! Vergüenza pública, deudas por todas partes, quejas y amenazas de los acreedores. ¿Qué hacer? Honorine se consume en silencio. No se atreve a salir a la calle. Yo, desesperado, sólo acierto a pagar y a tapar sus desmanes. Acabará en una casa de locos o, lo que es peor, acuchillado en cualquier oscuro callejón... ¡Fracaso, fracaso!

Y la sorpresa se produce. Lo que considerábamos una "locura" de juventud termina en la alcaldía. Michel se casa sin nuestro consentimiento y lejos de todos. ¡Qué profunda amargura! Escribo a mi editor y le suplico que envíe a Michel una pensión mensual de mil francos. ¡Ojalá terminen sus desventuras!

La intuición, de nuevo, nos da la razón. El matrimonio, instalado en Nimes, se destroza en menos de tres años. Michel no ha cambiado. ¡Esta vez se enamora de una pianista de dieciséis años! Pasea a caballo bajo su ventana, la corteja en secreto y en público, la deslumbra, se carga de deudas y, finalmente, en 1883, la rapta. ¡Qué escándalo! La madre de la joven Jeanne Reboul le denuncia. Es perseguido por la justicia... Obviamente, los Verne toman partido por la esposa legítima. ¡Jesucristo, qué vergüenza! Intento pactar con ambas familias, buscar una solución honrosa... Todo se viene abajo cuando Michel, empecinado en obtener el divorcio, consiente tener dos hijos con su amante, con apenas once meses de diferencia. ¡Por mi honor que no podía abandonar yo también a la Dugazon! Y me vi forzado a sostener su pensión. Creí volverme loco. Mis libros, sí, se extendían ya por medio mundo, pero ¿qué acontecía en el corazón de Julio Verne? Fracaso...

La esposa legítima cede y Michel obtiene el divorcio. En 1884 se casa de nuevo. Tiene veintitrés años.

Pero la providencia es misericordiosa y sabe hasta dónde puede y debe exigir al hombre. Jeanne, astuta, hace buena la sentencia de Fuller, gobernando al terrible y encantador Michel, obedeciéndole. Poco a poco le conduce a su terreno: la música. Michel se amansa, entregándose a sus hijos; se cultiva; aprende de todo y de todos; empieza a vivir...

La espléndida metamorfosis cristaliza en cuestión de meses. Y, ante mi sorpresa, Michel Verne manifiesta una encendida pasión por escribir. No podía dar crédito a lo que estaba

ocurriendo. En justa correspondencia, trato de enjugar sus deudas —treinta mil francos—, restableciéndoles la pensión mensual, recortada a la mitad en beneficio de su primera esposa. Michel, que escondía grandes valores en lo más íntimo de su ser, nos abraza al fin. La reconciliación es un hecho. ¡Lástima, Julio Verne ha traspasado la frontera de los cincuenta años y se siente agotado!...

El 23 de febrero de 1886, a petición de Michel, envío a Hetzel, enfermo en Mónaco, una colección de versos de mi hijo. Era mi primera recomendación al editor. Y lo hice gustoso y convencido del talento de aquel nuevo y flamante hombre de veinticinco años, enamorado, como yo, de la literatura. A partir de entonces, durante estos doce últimos años, Michel ha sido mi amigo y colaborador. Él contesta a buena parte de la correspondencia, discute y analiza mis proyectos e incluso me pone al corriente de los prodigiosos adelantos de la ciencia y de la técnica. Mis ojos están cansados y el reuma se enrosca en mi cuerpo como una pitón. Fue Michel quien me cantó las excelencias de ese nuevo y singular invento que llaman "máquina de escribir". Al día siguiente se lo planteé a Hetzel hijo. Dicho y hecho. ¿Por qué copiar y recopiar los manuscritos? ¿No era mas cómodo y rápido dactilografiarlos?

CAPÍTULO 18

*En el que hago saber que viajé y mucho • Un barco, la solución para huir de Honorine * ¡Destino burlón!.: el* Saint Michel II *llegó gracias al teatro • Verne «versus» cagalera • Cincuenta y cinco mil francos por el* Saint Michel III • *Mi último y glorioso crucero por el Mediterráneo*

> Como en otros capítulos de la vida de Verne, la inmensa mayoría de sus lectores está equivocada, al estimar que el autor de los «Viajes extraordinarios» sólo viajó «en sueños y desde su despacho». Julio Verne, apasionado del mar, fue propietario de tres barcos —el *Saint Michel,* el *Saint Michel II* y el *Saint Michel III—,* desplegando una gran actividad como viajero. Entre 1859 y 1885, en que vende su último y lujoso yate, Verne efectuó diez grandes cruceros y un sinfín de viajes menores.

«ÉXITO = FRACASO.

La ecuación maldita se repite en la vida de Julio Verne. Olvida, por el momento, los fracasos. Además de la gloria en literatura, hubo otros triunfos (¿o debería hablar de placeres?) en la existencia de este oso reumático y medio ciego. Goces, triunfos o placeres, ¿qué importan las palabras que vinieron a aliviar los suplicios de mi corazón? Me estoy refiriendo a la mar, a los viajes...

En ocasiones me irrita. ¿Por qué todos los periodistas que me entrevistan me hacen la misma y matemática pregunta?: "Señor Verne, ¿es cierto que usted jamás salió de su gabinete de trabajo y que sólo viaja con la imaginación?"

Ridículo. He viajado y viajo con la imaginación, en especial desde el "accidente" y la muerte de Anne, pero mi familia y mis amigos saben que he disfrutado de tres barcos y que, por espacio de veintiséis años, mis escapadas a la mar han sido continuas. Otro asunto es que haya volcado mi imaginación en la trama y en las descripciones de muchos de mis libros. Eso es lógico y natural. Y aun así, esos "viajes" imaginarios han sido exhaustiva y concienzudamente documentados, con informaciones exactas. Pero viajar, lo que se dice viajar, por supuesto que he practicado tan noble arte... Ya lo cité: buena parte de mis novelas descansan en las anotaciones y experiencias recogidas en Escocia, Estados Unidos, países nórdicos, mar Mediterráneo, mar del Norte...

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Viajar es necesario. Es más, si de Julio Verne dependiera, formaría parte de la Constitución de cada nación. Todo ser humano debería abandonar su ciudad o pueblo natal, al menos una vez al año, y mezclarse con otras gentes, con otros pueblos y culturas. Entonces, como afirma Goethe, "aprendería a ser mejor que nosotros". Viajar es un yunque: lima las naturales asperezas y nos hace tolerantes y reflexivos. Si Dios no hubiera deseado que el hombre fuera viajero, ¿por qué dotarlo de curiosidad?

Verne, como Pascal, estima que la bondad y la maldad del hombre tienen el mismo límite que su curiosidad. Por eso, aunque la Tierra sea siempre cuna y hogar, los santos y los malvados serán hallados hasta en las estrellas... Grandísimo error el de los padres que no satisfacen la curiosidad de sus hijos; están privando a la humanidad de un sabio, de un santo o de un explorador.

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Nadie que conozca mínimamente a Julio Verne podrá dudar de su frustrada vocación de marino. La abortada fuga a los once años fue una señal. Después, a la primera oportunidad, este loco de los mares no dudó en abandonar a su esposa para viajar a Escocia (1859) y a Escandinavia (1861). Pero en mi corazón latía un proyecto, una ilusión de oro: la adquisición de un barco. Es curioso y fascinante. Lo tengo comprobado. Salvo contadas excepciones, la providencia pone a nuestro alcance los medios necesarios para materializar esos sueños. Y el mío, largamente acariciado, llegó en marzo de 1866, de la mano del cansancio. Destrozado por el gran esfuerzo que supuso la elaboración de *Los hijos del capitán Grant,* consumido por las continuas neuralgias faciales, decidí tomarme un pequeño respiro. Para colmo, Hetzel acababa de proponerme otra ingente labor: la culminación de la *Geografía ilustrada de Francia,* inconclusa a consecuencia de la muerte de Théophile Lavallée. Burro de carga, acepté. Aquel dinero extra me permitiría cumplir una vieja promesa —viajar con Paul en el fastuoso *Great Eastern*— y, con un poco de suerte, comprar alguno de los viejos y marineros barcos de pesca que fondeaban en Crotoy. ¡Oso temerario, estabas loco de atar! En tu cabeza bullía ya el *Viaje bajo los océanos* y el día sólo contaba veinticuatro horas... ¿De dónde sacar el tiempo necesario para tanto libro y tanto proyecto?

El caso es que alquilamos una casita en la desembocadura del Somme. Michel, con cinco años, delicado de salud, necesitaba también del mar. Al contacto con el viento salino, con la mar, mis neuralgias y angustias se secaron. ¡Qué paz, qué felicidad! La mar, siempre en movimiento, me reconforta, me proporciona nuevas ideas y ganas de vivir. Pero Honorine, triste destino el mío, aborrece aquella soledad. Ella y sus hijas echan de menos París. El ambiente en la pequeña casa de dos pisos, en Crotoy, se enrarece. Las peleas, silencios y el mal humor crecen con los días. ¡Está decidido! La única solución es escapar de Honorine. El resto fue fácil. La marinería de la aldea sabía de mis pretensiones y no tardó en presentarse la ocasión. Por mediación de mi buen amigo Alfred Berlot me hice con un pesquero de regular porte y mejor andadura. ¡El *Saint Michel!* Tras algunas necesarias modificaciones, mi hijo lo apadrina. El sueño se ha hecho realidad. ¡Julio Verne podrá navegar! La tripulación, mínima, estaba formada por Alexandre Delong, viejo contramaestre de las guerras de Crimea e Italia —mi maestro en el arte de navegar— y el mencionado Berlot, otro lobo de mar que, según

cuentan las malas lenguas de Crotoy, llegó a devorar a un caníbal... A pesar de la austeridad y limitación de espacio,[1] el *Saint Michel* me proporcionaría extensas e intensas alegrías. Las protestas y reproches de Honorine "por aquel gasto inútil", según sus palabras, me dejaron frío. Tratándose de la mar, mi gran amor, siempre fui generoso. ¡Qué singladuras! Dieppe, El Havre, Cotentin, Saint Valéry, Boulogne, Calais, también la Bretaña y varios "paseos" hasta Inglaterra. El *Saint Michel* es el orgullo de Crotoy, y yo, el más feliz de los hombres...

La tripulación se honra con mi presencia y yo me siento honrado con su amistad. Un único "detalle" no me perdonan: en mi presencia está rigurosamente prohibido pescar.

En uno de esos inolvidables cruceros, rumbo a Burdeos, con el fin de recoger a mi hermano Paul y trasladarle a Nantes, tuve la venturosa idea de escribir mi próxima novela, el *Viaje bajo los océanos,* justamente en el *Saint Michel.* ¿Por qué no? ¿Qué mejor gabinete de trabajo que el propio barco? Y así fue. Nemo fue concebido en su medio natural: la mar.

Un año después, el 18 de marzo de 1867, Julio Verne "se saldría de nuevo con la suya", por seguir citando a Honorine. Reconozco que tampoco fui ecuánime, pero ¿quién es justo en el amor? La mar era mi gran amor... Así que, haciendo caso omiso de los lloros de Honorine, compré los pasajes para el *Great Eastern,* el buque más grande del momento. Uno para Paul y otro para mí. Conforme a la costumbre, mi esposa y los niños esperarían en Amiens. A fin de cuentas, tampoco salió tan mal librada. Los miles de francos que nos proporcionó la *Geografía ilustrada de Francia* hicieron su delirio, renovando y multiplicando su nada franciscano vestuario...

El embarque, en Liverpool, resultó fastuoso. La travesía, una gloria. Mi hermano y yo nos sentimos libres. Nada de ataduras, mujeres e hijos... ¡Nada de editores!

¿Digo sin mujeres? Digo mal. ¡Qué hembras las de aquel crucero! Mejor será olvidarlo.

El 9 de abril divisamos Nueva York. Decepción absoluta. Perfecto orden y más perfecta monotonía. Eso no es una ciudad: eso es un frío tablero de ajedrez...

El viaje por la costa Este y la frontera con Canadá se prolongaría por espacio de veinte días. Ciertamente, Estados Unidos es un gran país y, al igual que la Roma de los césares, dominará el mundo algún día. Pero, si el carácter de sus habitantes no cambia, la caída de este nuevo imperio romano no se demorará más allá del año 2030. Son infantiles, rudos y con un enfermizo amor al dinero. ¿Qué puede esperarse de un pueblo así?

Niágara fue otra cosa. Mis cuadernos de campo volvieron a cubrirse de nombres, descripciones, cifras y hombres. De este viaje nacerían mis novelas *Familia sin nombre y La ciudad flotante,* entre otras. El vértigo y la fascinación de la gran catarata me trastornaron. Tuve que hacer grandes esfuerzos para no empujar al vacío a un ingeniero norteamericano que nos acompañaba.

A fines de mes, tras una breve estancia en Brest, en visita de cortesía a mi cuñado, el capitán de fragata Du Crest de Villeneuve, vuelta a Francia, al trabajo y a los problemas...

¡Ah, hermosa época, a pesar de todo! Julio Verne escribía para poder viajar. Después, todo cambió y fue menester viajar para escribir.

1. Ch. Raymond, en su *Retrato de Julio Verne,* describe así el primer barco del escritor: «Un hueco en la proa para la tripulación, una cámara detrás (a popa) para el capitán y los pasajeros, si se puede dar el nombre de cámara a una cabina de cuatro pies de largo por cinco de ancho, con dos literas puestas frente a frente, adosadas a las bordas, y que suponen, gracias a sus colchones de algas, dos camas de una suavidad muy relativa. Detrás de la escalera, o, más bien, de la escala que desciende del puente a la cámara en cuestión, un amplio armario que encierra la biblioteca de a bordo; es decir, la tabla de las mareas, algunos mapas marinos y tres o cuatro grandes diccionarios y volúmenes de viaje. Esta biblioteca, por incompleta que sea, permite a Julio Verne continuar, incluso a bordo, las investigaciones necesarias para su obra.» *(N. de J. J. Benítez.)*

El destino, como si del globo de Nadar se tratara, lo observaba todo desde lo alto. Desde allí rige y gobierna. ¿Cómo entender si no que, incluso en la guerra, Julio Verne tuviera y disfrutara la posibilidad de navegar? Porque eso vino a suceder en aquel nefasto año de 1870.[1] A sus cuarenta y dos años, este inútil y reumático oso fue declarado no apto para combatir en el frente. ¡Bien que me alegré! "Las guerras —decía Maquiavelo— son justas cuando son necesarias." Y yo me pregunto: ¿desde cuándo es necesaria y aconsejable la estupidez? La guerra es el juego para el estadista, la dicha del sacerdote, la burla del abogado y la profesión del asesino mercenario. Shelley se olvidó del quinto y más importante punto: la guerra es la deshonra de una especie que se jacta de su inteligencia.

Fui designado guardacostas, destinado en Crotoy y responsabilizado de la defensa de la bahía de Somme. Para ello contábamos con doce veteranos de la guerra de Crimea, tan enmohecidos como nuestro nutrido arsenal: tres fusiles y un cañón, más inofensivo que un caniche... Menos mal que los prusianos siempre fueron gente de campo...

Aquellos meses, con la excusa de la vigilancia o sin ella, nos hicimos a la mar un día sí y otro también. El *Saint Michel* cruzó de nuevo el canal de la Mancha, aventurándose incluso por el mar del Norte. En un mes tuve a punto *Las aventuras de tres rusos y tres ingleses.* Después, *El país de las pieles.*

Y después, ¡oh destino incomprensible, un segundo barco! No me lamento por el *Saint Michel II,* sino por la forma de llegar a él. ¡Explícate mejor, culo de plomo! Muy simple. El primero de los barcos fue adquirido no con los dineros de los libros, sino con el fruto de una geografía ilustrada. Curioso... Pues bien, al *Saint Michel II* le sucedería algo parecido. Su compra fue posible merced a la triunfal adaptación teatral de *La vuelta al mundo en ochenta días...*

¿No es para enloquecer? Más de diez años batallando para alcanzar el éxito en el teatro y, el 7 de noviembre de 1874, cuando Julio Verne ha olvidado prácticamente su romance con las tablas, llega la gloria teatral, de la mano de la literatura. La escenificación de *La vuelta al mundo,* en el Porte-Saint-Martin, en París, fue clamorosa. Las representaciones llenaron el teatro durante dos años, con recaudaciones de diez a doce mil francos por tarde. Por cierto, los preparativos de la obra me obligarían a viajar con frecuencia hasta la Costa Azul.[2] Y allí, cómo no, Verne combinaría el placer con el trabajo... Sin comentarios.

Merced a estos sustanciosos ingresos —jamás había visto tanto dinero junto—, con la ya habitual oposición de Honorine, el *Saint Michel II* fue una espléndida realidad.[3] En mayo de

1. El 19 de julio de 1870 estalla la guerra. Napoleón III se enfrentó a Bismarck, utilizando la confrontación como un magnífico pretexto para evitar la revolución que se larvaba en Francia. A excepción de la clase obrera y de algunos reducidos círculos de intelectuales, el país entero acogió la declaración de guerra con entusiasmo. Verne se pronunció siempre en contra de esta guerra. A **uno** de sus lectores, ardoroso patriota, le responde en los siguientes términos: «... Yo nunca he tenido ganas de sacudir a los prusianos y menos aún de ser sacudido por ellos, lo que muy bien puede suceder. Convengamos que todos los combatientes valen lo mismo.» Durante el período bélico, Honorine y sus hijos permanecen en Amiens. París se rinde y la paz se firma el 26 de febrero de 1871. *(N. de J. J. Benítez.)*

2. La idea de llevar *La vuelta al mundo en ochenta días* al teatro parece ser que arranca del propio editor, Hetzel, entusiasmado ante el fulminante éxito de la novela. Verne acepta, intentándolo primero con un tal Cadol. El proyecto no prospera y, finalmente, se hace cargo de la empresa Adolfo Ennery, especialista en grandes espectáculos. Ennery trabaja en la obra durante el invierno de 1873 a 1874 desde su villa, cerca del cabo Antibes, en la Costa Azul. *La vuelta al mundo* se convierte así en un drama en cinco actos, un prólogo y quince cuadros, con decorados de Cheret, Poisson, Robecchi y Cornil. La revolucionaria escenografía presenta, por primera vez en el mundo, una locomotora, el asalto de los sioux e incluso un naufragio. La inversión de semejante "locura", que aterra a Julio Verne, asciende a más de ciento cincuenta mil francos. Años más tarde se representarían *Los hijos del capitán Grant y Miguel Strogoff,* con idéntico éxito. *(N. de J. J. Benitez.)*

3. El segundo yate de Verne fue construido en los astilleros del Havre. El

Saint Michel II tenía 32,7 metros de eslora por casi 4 de manga. *(N. de J. J. Benitez.)*

1876, el velero navegaba por primera vez, rumbo al mar del Norte. Después, Inglaterra...

¿No olvidas algo? Sí, evidentemente...

¿Por qué no mencionar aquel otro viaje?... El autor de *Cinco semanas en globo,* el acérrimo defensor de Nadar, pudo satisfacer su íntimo sueño de volar un 28 de setiembre de 1873, gracias a la generosidad de Eugene Goddard: El *Météore* se elevó majestuoso desde la plaza de Longueville, posándose veintiséis minutos después en las inmediaciones de Amiens. ¡Qué sensación, qué sublime experiencia y qué terror mal contenido! Poco después, a través de las páginas del periódico local, este discípulo de Leonardo tuvo la satisfacción de relatar la aventura, excepción hecha de un pequeño y poco elegante detalle: que el miedo ensució mis pantalones... Dicho queda.

¡Sabia norma! Fue uno de los escasos aciertos de Julio Verne. Durante años trabajé sin reposo ni medida. No importaba la familia, la salud, los amigos o la diversión. Pero el "burro de carga", al fin, entendió que, al menos una vez al año, el reposo era tan saludable para el alma como para el editor...

Y dicté la sagrada ley de navegar de julio a setiembre. Ésa fue mi única debilidad.

El *Saint Michel II* no tardaría en quedarse corto para las cada vez más ambiciosas aventuras oceánicas de Verne. En dieciséis meses estaba liquidado. Y con el producto de la venta y cuarenta mil francos más, Julio Gabriel Verne Allotte compraba al marqués de Préaux un flamante yate de 28 metros, 38 toneladas y un motor de 25 caballos, capaz de desarrollar más de 100.[1]

Hetzel puso el grito en el cielo. ¡Cincuenta y cinco mil francos! "¡Hijo mío, estás loco!"

Sí, toda una locura. Pero ¿qué sería del mundo y de nuestras vidas sin ese pellizco de locura? Además —le tranquilicé—, de este barco nacerán nuevos proyectos, inmensas novelas, soberbios relatos... Con él surcaré los siete mares.

Del 25 de mayo al 26 de agosto del año siguiente (1878), el *Saint Michel III* partiría de Nantes, rumbo a la aventura. ¡Dios, qué crucero triunfal!



Vigo... Lisboa... El ministro de la Marina sabe de nuestra presencia y agasaja a Julio Verne... Cádiz... Tánger... Recepciones e invitaciones por doquier... Cacerías... Gibral tar... Málaga... Mi desprecio por todo lo español se suaviza. El mundo civilizado ha leído a Verne.

1. El *Saint Michel III* funcionaba a vapor y vela. Hacia popa disponía de un salón, forrado en caoba, con divanes que hacían las veces de literas. El dormitorio había sido trabajado a base de roble. En proa se hallaban el comedor y el camarote del capitán. Detrás de éste, la cocina y el dormitorio de la tripulación, capaz para seis marineros. El motor y la sala de calderas ocupaban el centro del barco. Ollive, el contramaestre, mandaba una tripulación total de nueve hombres: cuatro marineros, cuatro mecánicos y un cocinero. En su primer crucero importante, el *Saint Michel III* llevó como invitados a Paul, hermano de Verne; Maurice, uno de los hijos de Paul; el hijo del editor, Jules Hetzel, y el diputado R. Duval. El *Saint Michel III,* cuyo nombre primitivo era *San José,* fue adquirido en cincuenta y cinco mil francos. Hoy vendría a suponer una suma de trescientos mil francos

aproximadamente. *(N. de J. J. Benítez.)*

España, incomprensiblemente, también. Quizá sea éste el momento de hacer una íntima confesión. Si, como creo, la reencarnación es posible, Julio Verne, cuando retorne a este mundo, deberá pagar esa falta de caridad, naciendo, justamente, en uno de los dos países que más ha aborrecido: Inglaterra y España. Sería de justicia. Personalmente prefiero el primero. ¿Qué peor penitencia para un vanidoso que nacer en un país de tenderos? En cuanto al segundo, la madre naturaleza no debió separarlo jamás del continente negro. ¡Dios me libre de incluir un solo héroe español en mis novelas![1] El destino no puede ser tan cruel. Un segundo Verne español no sería triturado por su padre, por su editor o por sus hijos; lo sería por su propio país... Más aún, para que ese segundo Verne triunfara en una nación como España debería ser dotado por los cielos de la fuerza de un titán.



Decía que aquel crucero del *Saint Michel III* fue un regalo a mi vanidad. Tetuán... Argel... Mis obras, traducidas a decenas de idiomas, levantaron el fervor de las masas, que se agolpaban en los puertos, colmándonos de presentes, solicitando audiencias, entrevistas y toda suerte de favores.

¡Soy el autor preferido de los culos de plomo!

De aquel inolvidable viaje nacerían *Hector Servadac* y *Un capitán de quince años.*



¡La mar!... La mar lo es todo para mí. Su hálito es puro y sano. Es el inmenso desierto en el que el hombre no está nunca solo, pues siente agitarse la vida a su lado. El mar es el vehículo de una sobrenatural y prodigiosa existencia; es movimiento y amor, es el infinito vivo.... ¡Movimiento! ¿Pueden decir lo mismo las montañas?



Y al siguiente año, ¡Escocia! Y en 1880, de nuevo el mar del Norte: Noruega, Irlanda... En el 81 el yate surcaría las aguas de Copenhague y de Rotterdam. ¡Qué locura! No es de extrañar que en una de mis visitas a París, el conserje del hotel, nada más verme, se apresurara a buscar una silla, exclamando: "Siéntese, señor Verne, que buena falta le hace con tantas andanzas." ¡Delicioso! Seguro que, de haber estado allí Brazza, el bueno del conserje le hubiera dejado de pie...

Y en el verano de 1884, la culminación. El más honroso y espectacular de los cruceros. Y también mi "entierro" como viajero.

1. En este aspecto, el estudio de María Helena Huet resulta definitivo y definitorio. Después de seleccionar 410 personajes, todos ellos con cierto protagonismo en los «Viajes extraordinarios» de Verne, Huet los clasificó por nacionalidades. He aquí el cuadro final: 89 ingleses en 25 novelas; 85 norteamericanos en 26 novelas; 82 franceses en 36 libros; 27 escoceses en 10 novelas; 20 rusos en 7 novelas; 17 irlandeses en 6; 12 alemanes en 6, y otros 12 canadienses en 4 de sus libros. El conjunto de origen celta —franceses, escoceses, irlandeses y canadienses— se sitúa en primer puesto, con 119 personajes en 56 novelas. El Julio Verne «chovinista» está fuera de toda duda, así como su gran simpatía por Estados Unidos. En cuanto a héroes o protagonistas españoles, la cuestión aparece igualmente nítida: rechazo

total. *(N. de J. J. Benítez.)*

El *Saint Michel III* acogió entonces a la familia Verne al completo. Honorine incluso se dignó acompañarnos. Pero el invitado de honor, al menos para mí, fue mi hijo Michel, reconciliado ya con sus padres. Zarpamos de Nantes, según la costumbre, con el propósito de recoger a mi esposa e hijo en Orán, donde nos aguardaban. Escala en Gibraltar y nuevas demostraciones de entusiasmo. La cena con las autoridades del Peñón fue digna de los césares. No recuerdo muy bien si regresé al barco por mi propio pie o con la ayuda de Paul... Orán... Argel... Bona...

El mal estado de la mar nos obligó a cambiar los planes. Mejor dicho, fue Honorine la que se negó a embarcarse, forzándonos a una más que penosa travesía por tierra, con dirección a Túnez. Pésimas posadas, peores trenes, ácidos y corrosivos enfrentamientos con mi esposa y, de nuevo, la sorpresa: el rey de Túnez, al conocer la identidad del viajero que atravesaba sus dominios, me envía un lujoso "tren personal". Mis improperios contra la "maldita tierra" se verían acallados por la pompa de aquel tren y la posterior recepción oficial en Túnez.

Embarcados, al fin, rumbo a Malta, el mal tiempo nos obligó a refugiarnos en la bahía de Sidi-Yusif, tras el cabo Bon. ¡Qué delicia! ¡Una tripulación, solitaria y perdida en el culo del mundo! Disfruté como un niño. Nadamos como Dios nos echó al mundo, bailamos como los pieles rojas, matamos árabes imaginarios y nos sentimos náufragos. Todos menos Honorine, que se negó a bajar del barco.

Poco antes de anclar en Malta, el *Saint Michel III* fue zarandeado por una violenta tormenta. Esta vez, la realidad superó la imaginación del novelista. Julio Verne no yace ahora en el fondo del Mediterráneo por pura misericordia divina. Lógicamente, mi esposa me devolvió el tiro: "¡Maldita mar!", repetía cuando el terror y los vómitos se lo permitían. Mis novelas *Clovis Dardentor y Mathias Sandorf* encierran pasajes vividos en aquel crucero.

Malta... Sicilia... ¡El Etna!... ¡Qué hermosos recuerdos!... Michel, después de una penosa escalada hasta el cráter, pretendió emular a los héroes del *Viaje al centro de la Tierra.* A mis cincuenta y seis años, bastante hice con subir...

Tuve que renunciar a inspeccionar el Adriático. El barco había sufrido serios desperfectos en la tempestad.

Nápoles y Civitavecchia...

Cuando Honorine pisó tierra firme se revolvió furiosa hacia Julio Verne y, escupiendo al mar, juró por sus hijos que jamás volvería a engañarla. "El mar ha muerto para mí." ¿Quién podía imaginar que también moriría para mí?

Roma... Florencia...

En esta última ciudad tuvimos suerte. Verne consiguió pasar de incógnito. Pero en Venecia... Con el ánimo y el estómago descansados, mi esposa volvió a las andadas. Supo ingeniárselas para que la noticia de la llegada de Verne a Venecia entrara en la ciudad de los canales antes que nosotros.

¡El triunfo de los triunfos! Julio Verne engordó de gloria.

Desfile en mi honor, laureles sobre las sienes, fuegos de artificio, cenas de gala, recepción en el palacio de Luis Salvador, el archiduque de Austria, flores desde las ventanas, *"Viva Giulio!",* la oferta de las autoridades de una mansión para que siga escribiendo desde la bella Italia..., y Honorine, resplandeciente, respondiendo por mí a las preguntas de los admiradores. ¡Hipócrita! "¿Cuándo terminarás con tu maldito globo?"... De aquello, al parecer, no recordaba nada...

Milán... Leonardo da Vinci, mi maestro... Pasé horas en la Brera, frente a sus dibujos... ¿Era yo la reencarnación de aquel genio? ¡Qué sospechosas nuestras afinidades! La música, los inventos, la ciencia, la naturaleza, los mismos conflictos con su padre, el dibujo, la visión del hombre y del futuro... Incluso la declarada homosexualidad del genio del Renacimiento parecía depurarse ahora, en aquel Verne intensamente erótico y capaz de hacer el amor, en sus buenos

tiempos, hasta dos y tres veces al día... Paul, que sabía de mi pasión por Leonardo, fue el único que supo interpretar la solitaria lágrima que derramé en aquella visita...

No sé si referirme a Roma. ¡Fue tan emotivo y carente de sentido al mismo tiempo!

Nunca traté de averiguarlo, pero imagino que la visita al Papa fue cosa de Godeffroy y Jules Hetzel hijo, que nos acompañaban en el viaje. ¡Poco importa! León XIII nos recibió por espacio de una hora. Emotivo, sí, y también ridículo. "No nos ha escapado la parte científica de sus obras —me dijo el Santo Padre—. Pero lo que más apreciamos en ellas es la pureza, el valor moral y espiritual. Nos las bendecimos y le exhortamos a perseverar." Cuando le pregunté sobre la novela que más le había satisfecho, el Papa dudó. Estaba claro: no las había leído. Además, ¿cómo se atrevía a calificar mi obra de "espiritual"? Jamás hice alusión alguna a los evangelios. Renuncié a otro de mis sueños dorados: escribir sobre Jesucristo. La venganza y el odio, mis propios dramas personales, están por todas partes en mis libros... ¿Es eso "pureza y valor moral"? Fue el Julio Verne engreído y vanidoso el que se sintió feliz por aquella audiencia especial del pontífice. El auténtico, el verdadero Verne, salió defraudado...

París... Amiens...

El Verne indómito y viajero agonizaba. Pero yo no podía saberlo. En febrero de 1886, súbitamente, el *Saint Michel III* sería malvendido, por la mitad de su valor real, al príncipe de Montenegro. Fue entonces, sólo entonces, cuando me hice aquella solemne promesa: "Sólo viajaré en sueños... de biblioteca en biblioteca." Y he cumplido. Son doce los años que llevo sin pisar la cubierta de un barco sin adentrarme en la mar... Con la muerte de Anne murió también la vida que sostenía a este perpetuo perdedor. Son muchos los que creen que mi desgana por la mar, por viajar y por vivir arrancó con el "accidente Eso fue posterior Fue a fines de 1885 cuando el destino, inmisericorde… Pero dejemos eso. ¿Es que también debo revelar mi "gran secreto"?»

CAPÍTULO 19

Uno de mis secretos: Atine • De por qué abandoné París y me instalé en Amiens • «Mi marido se me escapa de las manos» • Anne murió de amor • Verne eligió el «suicidio» por el trabajo • Fue el destino quien me dejó cojo • Sólo lamento la pésima puntería de mi sobrino

Son pocos los biógrafos que dudan del fracaso matrimonial de Verne. La mayoría está de acuerdo: Honorine y Julio tuvieron graves dificultades desde el principio. En 1871, a los cuarenta y tres años, Verne abandona definitivamente París y se instala en Amiens. Recibe la Legión de Honor y comienza para el escritor una «racha negra», que culminará en 1886, con un grave atentado. Meses antes, al parecer, fallecía en París una misteriosa dama, considerada como el «secreto y último amor» de Verne.

«¡Qué gran verdad la de Nietzsche! "Malo es todo lo que procede de la debilidad."

A mis setenta años, sobrevolando mi propia vida, apenas descubro nada bueno. Sólo veo un hombre sin valor.

ÉXITO = FRACASO.



Está claro que, a pesar de las apariencias, Verne fue un fracaso. ¿Éxito en la literatura? Sí... ¿Éxito en el dinero? Sí... ¿Éxito en el teatro? Sí... ¿Éxito social? Sí... ¿Éxito en mis viajes? Sí... Pero ¿y debajo de esa gloriosa aureola externa? Fracaso... Fracaso en mi vocación marinera. Fracaso como hijo. Fracaso como esposo. Fracaso con mi hijo. Fracaso como hombre. Y todo a causa de mi debilidad.

No pienso eludir mi "gran secreto". En realidad debería hablar de "secretos", en plural. Mis "confesiones" es uno de ellos... Empezaré por el más doloroso. Un secreto nacido del fracaso y muerto por el fracaso.

Anne amaneció en mi vida recién cumplidos los cuarenta y dos años. Todo ocurrió vertiginosamente. Meses antes, hacia febrero de 1870, mi buen amigo Ferdinand de Lesseps, triunfante constructor del canal de Suez, llevado de su habitual entusiasmo, había propuesto a este vanidoso para la Legión de Honor. El estallido de la guerra demoró el asunto. Pero tres días antes de su caída, el gabinete de Ollivier pasó la propuesta a la emperatriz Eugenia, la española que decía gobernarnos, y que, en aquellos momentos de caos y fuego, ostentaba la regencia del Imperio. Julio Verne obtuvo su condecoración de caballero de la Legión de Honor, el más grande privilegio de Francia. Las fiestas y agasajos se triplicaron y, en uno de aquellos

salones de moda, alguien se acercó, preguntándome si creía en el poder y en la influencia de los astros. «Amadine», sobrenombre de Anne, era una bella danesa, casada con un tal Mohacarc, una especie de bestia negra, de origen árabe, tan pretencioso, déspota y cargado de maldad como cobarde. La profunda y dulce mirada de aquella criatura me hipnotizó. Había en ella tal fragilidad, tal infinitud y amor contenidos que no pude apartarla de mis pensamientos. La visité y, como algo natural, como algo escrito desde mucho antes de nuestros nacimientos, nos entregamos en cuerpo y alma. Pero, aterrorizados, huimos el uno del otro. Aquel intenso amor era imposible... Ella tenía su hogar, sus hijos... Yo, a Honorine. Verne era un hombre público, un ídolo de las masas, un ejemplo para la juventud...



El final de la guerra y la temporal ruina de mi editor vinieron a complicar las cosas. Julio Verne se vio obligado a retornar a su trabajo en la Bolsa y a soportar las violentas críticas de Honorine, que, desolada, veía extinguirse nuestros ahorros y, con ello, sus fiestas y comadreos mundanos. Afortunadamente, tanto Hetzel como mis libros no tardarían en recuperarse. Ese mismo año de 1871, en setiembre, se firmó un nuevo contrato y la situación económica de los Verne mejoró. Pero Anne, a pesar del tiempo transcurrido, seguía viva en mi corazón... Así que, deseoso de evitar un escándalo, huyendo en definitiva de mi propio destino, fui concibiendo la idea de abandonar París. Ese mismo año se cumplieron mis propósitos. La batalla para convencer a Honorine fue mortal. En el fondo tuve que arrastrarla... En cierta medida, la escasa distancia existente entre Amiens y París, los noviazgos de mis hijastras con dos jóvenes de aquella ciudad y la presencia de la familia y antiguos amigos de mi esposa en Amiens me ayudaron notablemente. Hetzel conocería mi nueva dirección en Amiens, el 23 del bulevar de Guyencourt, con no poca sorpresa. Tanto el editor como mis amigos recibirían una justificación que sólo se ajustaba a parte de la verdad. "Usted sabe —le comuniqué a Hetzel— por qué, en parte, estoy en Amiens. La vida en París con una mujer tal como usted la conoce era imposible." Cierto, a medias...

En cuanto a los amigos, desconcertados por tan extraña elección, salí del paso como pude: "... A petición de mi mujer voy a instalarme en Amiens. Amiens está cerca de París, lo suficientemente cerca para que le llegue el reflejo, sin el ruido insoportable y la agitación estéril. Y para decirlo todo, mi *Saint Michel* está anclado en Crotoy." Cierto, a medias...



Debí suponerlo. El verdadero amor no muere con la distancia, de igual forma que la belleza, la poesía o la maldad no pueden abandonarse en el muelle, cuando uno parte. Y Anne, lejos de morir, fue sublimada. Si mis relaciones habían sido rudas con Honorine, a partir de mi amor por Anne se convertirían en un infierno. Mis silencios se hicieron tan frecuentes como las huidas del hogar. Huidas a ninguna parte o, en el mejor de los casos, a orillas de la mar. Allí compuse encendidos poemas y maldije una y otra vez mi falta de valor. Ciertamente, en frases de Hamerling, el primer amor no mata. Caroline no pudo con Julio Verne. Sólo se muere con el último... Anne sí pudo con Verne. Courteline, ese joven humorista francés, ha escrito todo un tratado sobre la mujer... en dos frases: "La mujer nunca ve lo que por ella se hace. Sólo ve lo que no se hace." ¡Bravo! No entiendo por qué, viejo oso miserable, te regocijas con tu propia tragedia...

Honorine lo sabía. Intuía que "algo" grave atravesaba mi corazón. Mis siempre escasas atenciones y delicadezas para con ella se habían secado irremisiblemente. He conocido mujeres de toda índole y condición, pero aún no sé de ninguna que carezca de instinto.

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

La sospecha de que mi mujer, a su vez, "sospechaba", sería confirmada, en secreto, por Hetzel, a mi vuelta de un viaje relámpago a Nantes, en el otoño de ese ingrato año de 1871. El editor me mostró una carta, enviada por Honorine durante mi ausencia. De aquel dramático texto sólo recuerdo las últimas palabras, que me sumieron en la más profunda desesperación: "... Adiós, mi querido amigo —confesaba mi esposa a Hetzel—, perdonadme y compadecedme, pues mi marido se me escapa de las manos; ayudadme a retenerle."[1]

¿Escapar de sus manos? ¡Qué ingenuidad! En todos aquellos años, jamás me tuvo. Honorine no podía ver lo que estaba haciendo por ella: sacrificarme y sacrificar mi gran amor, en beneficio de la estabilidad familiar, de las apariencias y de su propia seguridad. Sólo veía lo que no hacía... ¿Retenerme? ¿Es que no lo había logrado? Honorine debería haber matizado esa expresión. "Ayudadme a retenerle para seguir satisfaciendo mi ego, mi fortuna, mi brillo social..." Eso hubiera sido lo exacto y sincero. La posesión de Honorine nada tenía que ver con el amor. Yo poseía mi barco; ella poseía al Verne famoso y envidiado.

1. Esta carta de Honorine a Hetzel, que figura en el índice de la correspondencia Verne-Hetzel de la Biblioteca Nacional, desaparecería misteriosamente. M. Soriano y el nieto del escritor, J. J. Verne, que tuvieron acceso a ella, la han publicado íntegramente. Dice así: «Esta mañana vuestra oportuna carta ha venido a colmar la felicidad y, tal vez, a volver a traer la alegría a esta casa, porque no ignoráis que Julio, desde hace ya algunos meses, está triste y con mala salud. ¿Le fatiga el trabajo? ¿O le parece menos fácil? En fin, parece desanimado. Y hace recaer sobre mí las molestias que le causa este desánimo. Noto que le cuesta trabajo ponerse a la obra; apenas sentado, se levanta; se queja de este estado de cosas y es a mí a quien no puede ver. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? Lloro y me desespero. Cuando la familia le aburre y le cansa demasiado, toma su barco y hele aquí que se va, y lo más frecuente es que no sé dónde está. Vos..., que ponéis todo vuestro empeño en hacer de él un escritor distinguido, ¿creéis que hay que abandonar la idea de hacer de él un marido pasable? Os pido perdón por abriros así mi corazón; al comenzar la carta quería, simplemente, daros las gracias, pero las alegrías grandes le hacen a uno comunicativo. Tal vez encontréis un remedio para librarnos de esta situación tensa y dolorosa.

»No sé si Julio os habrá contado alguna vez todas estas cosas... Os rogaría, pues, que guardaseis el mayor silencio; si me vais a es cribir, ya para consolarme, ya para darme consejos, escribidme a Crotoy, a lista de correos; iré a ver a la oficina el jueves por la mañana. ¿Os ha escrito Julio sobre su partida? ¿Habéis recibido una carta suya el martes pasado? Respondedme a este propósito, pues estaba muy triste; tal vez os haya abierto su corazón.

»A mi entender, el mayor error de mi marido es haber dejado París. Vive demasiado solo aquí, se encuentra demasiado a menudo consigo mismo... ¡Adiós, mi querido amigo, perdonadme y compadecedme, pues mi marido se me escapa de las manos; ayudadme a retenerle.»

La «felicidad» a la que hace alusión Honorine se refiere a la concesión de la Legión de Honor a su marido, en cuya gestación tomaron parte activa el

propio Hetzel, Lesseps y Jean-Jacques Weiss, destacado crítico.
(N. de J. J. Benítez)

¡Ah, sí, calificaba aquel año de 1871 de "ingrato"! Con la edad me vuelvo misericordioso... ¿Ingrato? Mejor sería tacharlo de nefasto. El 3 de noviembre, viernes, a los setenta y tres años, fallecía Pierre Verne repentinamente. El destino, compasivo, hizo que le viera semanas antes de su muerte, con motivo de la Legión de Honor. El Gran Patriarca, enfermo pero radiante, me abrazó, exclamando: "Me siento muy feliz. El éxito de mi hijo es de buena ley..."



No derramé una sola lágrima cuando supe de su muerte. Sencillamente, desapareció un hombre al que había odiado. En cambio, sí experimenté una honda zozobra cuando, poco antes del fallecimiento de mi padre, mi primo Henri Garcet nos dejaba, en París. La muerte de aquel estrecho colaborador y mejor amigo me alertó sobre algo en lo que apenas había reparado hasta entonces. La muerte, eso que siempre le sucede a los demás, empezaba a rondar el territorio íntimo de Verne. Durante algún tiempo me estremeció. El miedo a ser enterrado vivo me torturaba. Después, con la ayuda de Anne, con una mejor comprensión de lo que en realidad constituye ese paso, la obsesión se desmoronó. Y Verne vive desde entonces con la curiosidad y la blanca esperanza de reemprender esa "otra vida", tan real y cierta como ésta.

Y la providencia, implacable, corrigió el rumbo, enfrentando al solitario y amargado Verne consigo mismo. ¡Qué cierto es que todo está escrito de antemano! Cada hombre y mujer deben vivir unas determinadas experiencias, quieran o no quieran, luchen o no luchen contra ellas. Al año exacto de nuestra mutua y pactada separación, volvería a encontrarme con Anne. Y nuestro amor, como un volcán, cubrió de fuego los cielos de París. Verne, entonces, experimentó una especie de mágico y terrible desdoblamiento. Con Anne era él mismo: sereno, cordial, extrovertido, dulce, seguro de sí mismo, intensamente sexual, optimista... Con el retorno a Amiens, a la vista de Honorine, Verne enmudecía, se cargaba de tristeza, se volvía irascible, descortés, maquinaba y deseaba incluso la muerte de su esposa... Mil veces reflexioné y me hice el firme propósito de terminar con aquella doble y envenenada vida. ¡Tenía que ser sincero y contárselo a Honorine! Pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo abandonarla? Los muchos años de convivencia, a qué negarlo, me habían acostumbrado a ella y, ¡oh paradoja!, a pesar de odiarla, tampoco podía hacerme a la idea de vivir sin su compañía. Sólo en un hombre inseguro y falto de valor pueden darse estas aparatosas contradicciones. Llegué a planear, en secreto, todos los detalles de nuestro divorcio. En el último minuto me echaba atrás. Para mayor desastre y desesperación, Anne, infinitamente más valiente que yo, terminó por separarse de la bestia. Julio Verne no supo corresponder. Alguna vez, si vuelvo a este mundo, deberé pagar sus lágrimas, su soledad y su violento padecer. Así transcurrieron aquellos años: entre la felicidad, siempre temporal y provisional, encarnada en Anne y en mis frecuentes viajes a París, y la muerte, instalada en Amiens. Los cambios de domicilio, los triunfos de mis novelas, los honores de la Academia, los cruceros y las fiestas y bailes de disfraces no fueron otra cosa que una continua huida hacia delante. Julio Verne falló en el amor. Lo dejó escapar. Y aunque pagué un alto precio por ello, nunca será suficiente. La sociedad me ha contemplado y considerado con respeto. Mas ignoran que saludan y aplauden a un cadáver...



Anne murió con los primeros fríos de 1885. Yo sé que murió de amor. Nunca protestó ante su precaria e injusta situación. Su amor fue tan noble y generoso que se extinguió como había surgido: en silencio. Estoy convencido de que, a pesar de sus sufrimientos, fue infinitamente más feliz que yo. Dardenne ha escrito con la sabiduría propia de una mujer: "En el amor se siente más enojado aquel que más recibe..." Ése fue mi caso.

Semanas más tarde, consumido por los recuerdos y los remordimientos, me hice una solemne promesa: a partir de ese momento, yo también pondría fin a mi vida. Pero, ante la falta de valor para cortarme las venas o volarme la cabeza, elegí el peor de los "suicidios": el del trabajo. Todo había terminado para Verne: los viajes, la mar, las fiestas, los honores, las gentes... Y a principios de ese año de 1886, el *Saint Michel III,* ante el desconcierto general, era vendido y malvendido. ¿Qué podía importarme el dinero? En alemán, dinero *(geld)* rima a la perfección con mundo *(welt).* Lichtenberg, aquel escritor satírico, la consideró la más razonable de las rimas. Pues bien, con la desaparición de mi bien amada, el árbol *"verne"* sólo rima ya con *"nerve",* como si, en lugar de "poner los nervios a un libro", éstos hubieran sido arrancados. Un árbol sin savia, sin la energía vivificadora que lo haga florecer... Verne está en pie, sí, como un árbol muerto.

Quien afirme que la maldad y los pecados del hombre sólo se pagan en la otra vida, es que no ha empezado a vivir. Lo sé por experiencia. El destino es como el sol que se oculta. ¡Gozad del escaso margen de la noche para saborear vuestras iniquidades! Al amanecer, ese destino regresará inexorable y os pondrá en evidencia ante los demás **y** ante vosotros mismos. El implacable recibo, la factura por mi cobardía, no se hizo esperar. Ese mismo año de 1886, al mes justo de mi quincuagésimo octavo aniversario, una "racha negra" terminaría por desarbolar aquel buque a la deriva. Como afirmaba Shakespeare, "cuando la desgracia llega, nunca lo hace en solitario; siempre en batallones". ¿No es asombroso y altamente significativo? Entre marzo de 1886 y febrero de 1887 fui herido y vi morir a mi segundo padre, Julio Hetzel, y a mi querida madre, Sophie. En el ridículo plazo de catorce meses, el destino me arrebató a Anne, mi barco, mi amigo y editor, mi madre y la ilusión de vivir... Y dejó intacto, como un castigo, lo que menos deseaba y necesitaba: Honorine, mi obra y a Julio Verne.

¿Merece la pena recrearse ahora, viejo oso, en tales sucesos? Sería muy fácil culpar a otros de mis desgracias. Epicteto, estoico él, lo aclaró hace dieciocho siglos... "Acusar a los demás de las desgracias propias es una consecuencia de nuestra ignorancia; acusarse a sí mismo es comenzar a comprender; no acusar a los demás ni a nosotros mismos es la verdadera sabiduría."

Conclusión: mi sobrino Gaston, en efecto, disparó su arma contra mí en aquella tarde del 9 de marzo de 1886. Pero ¿fue responsable de su acto? ¡No y mil veces no! Fue el destino el que apretó el gatillo. Estaba escrito.[1] Lo que nunca dije es que lamenté su pésima puntería...

1. Existen diferentes versiones en relación a los detalles y, en especial, a las motivaciones que llevaron al sobrino de Verne, Gaston Verne, hijo de Paul, a disparar dos tiros contra su tío, a las puertas del domicilio de éste, en la calle de Charles Dubois, en Amiens. Al parecer, alrededor de las cinco o cinco y media de la tarde, cuando Julio Verne concluía su habitual paseo y se disponía a entrar en su casa, su sobrino Gaston, de veinticinco años, empleado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y con el que Verne había mantenido unas entrañables relaciones, empuñó un revólver, disparando a corta distancia contra el escritor. El primer tiro fue a estrellarse contra el saliente de piedra de la puerta. El segundo,

desviado por un manotazo de Verne, fue a alojarse en el pie de Julio. La bala no pudo ser extraída, dejando cojo al «viejo y vanidoso» bretón. A causa de la diabetes que padecía, la herida tardaría meses en cicatrizar. Desde entonces, Julio Verne se vería obligado a utilizar un bastón. Los periódicos de la época relataron así lo sucedido: «A eso de las seis de la tarde —publicaba *L'Echo de la Somme* el 12 de marzo—, el señor Jules Verne fue objeto de un inexplicable atentado en el momento en que entraba a su casa. Uno de sus familiares ha disparado dos veces contra él. La segunda bala le alcanzó la pierna y está alojada entre el pie y el tobillo.» Por su parte, *Le Journal d'Amiens* del 11 de ese mes amplía algo más la información: «Uno de sus vecinos, el señor Gustave Frezon, que pasaba en ese momento con su familia, acudió en su ayuda, mientras otras personas huyeron. El ruido también atrajo al criado de J. Verne. En un instante, el tirador fue de sarmado y arrestado. Suponemos lo doloroso que tiene que haber resultado para el herido haber reconocido a su sobrino en el atacante. Gaston Verne, a quien quería mucho, padecía una enfermedad mental desde hacía meses. Empleado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Gaston Verne había regresado con su familia para curarse de una monomanía persecutoria que le aquejaba. Se le vigilaba de cerca y estaba bajo tratamiento desde hacía tiempo. Como parecía estar curado, su padre, Paul Verne, que vive en Blois, le dejó ir a París para asistir a una boda. El martes por la mañana desapareció y tomó, en la estación del Norte, el tren para Calais y Douvres. Durante el viaje tuvo la idea de bajarse en Amiens para hacer una manifestación, según dijo. Dos veces se presentó esa tarde en el Círculo de la Unión, preguntando por su tío, y al no encontrarle, lo esperó en la puerta de su casa.»

Al parecer, la enajenación mental de Gaston Verne es esgrimida por casi todos los biógrafos. Se menciona incluso en el telegrama enviado a Hetzel el 10 de marzo a Montecarlo: «Godeffroy escribe de Amiens que Gaston, presa de un ataque de locura, ha disparado dos tiros de revólver sobre Verne. Éste, ligeramente herido en un pie...»

Paul Verne, padre de Gaston, en una carta dirigida a su cuñado, Léon Guillon, nos proporciona otras claves: «Mi querido Léon: ¡qué espantosa desgracia! Vuelvo de Amiens, donde he visto al pobre Gaston, que ha sido internado en el hospital a petición de su tío. El pobre muchacho no es consciente de lo que ha hecho. Dice que ha querido atraer la atención hacia su tío para que entre en la Academia —es la única explicación que he podido obtener de él—. El fiscal de la República y los médicos que le han visto le declaran absolutamente irresponsable; va a ser internado en una casa de salud.

«Nada podía hacernos prever tal desgracia. Fue al llegar a París cuando desapareció —volvía de Blois con su tía para asistir a la boda de su prima—. Salió del coche a mitad de camino con el pretexto de ir a la peluquería, y ya no reapareció. Estuvimos buscándole durante veinticuatro horas, y tan sólo tuvimos noticias suyas por el telegrama de Jules llamándome a Amiens. ¡Qué desgracia! He perdido la cabeza, y todos estamos sumidos en una desolación que vosotros compartiréis.

»Te escribo estas líneas para que puedas comunicarlo a la familia. Espero que podáis evitar a mamá esta horrible noticia. Jules está herido en un pie, pero los médicos esperan que la herida no tenga consecuencias graves; la bala no ha sido extraída y no lo será probablemente. No sufre. Van a ponerle un aparato para inmovilizarle el pie hasta su curación.»

Algunos «vernólogos» defienden la posibilidad de que el sobrino de Verne se detuviera en Amiens con la intención de solicitar de su tío una cantidad de dinero lo suficientemente importante como para trasladarse y acomodarse en Inglaterra. Según estos especialistas, Julio Verne pudo haber ayudado económicamente a Gaston en otras ocasiones. Al negarse Verne a los deseos de su sobrino, éste disparó su arma.

Daniel Compère, en su documentado e interesante trabajo *La vida amienesa de Julio Verne,* comparte esta hipótesis, añadiendo algo más: «... el 9 de marzo de 1886, Gaston parece curado. Su padre le lleva a París para asistir a una boda. Sin embargo, Gaston se siente todavía perseguido por

unos enemigos imaginarios, en particular por un gendarme, que cree ver en todas partes. En París toma un tren para Inglaterra, a fin de escapar de esos enemigos. Hace una parada en Amiens y se va a ver al tío Julio para pedirle dinero... Julio Verne, por el bien del muchacho, se niega: "¿Cómo podría vivir este pobre chico solo en el extranjero, y en su estado?" Intenta calmarle, pero Gaston saca un revólver que lleva para "defenderse" de sus fantasmas. Julio Verne intenta desarmarle, pero el arma se dispara y Verne es herido en una pierna.»

Esta versión entra en contradicción con lo publicado por los periódicos de la época, que afirman cómo Julio Verne se vio sorprendido al capturar y reconocer al agresor. Charles Lemire, en su biografía, aparecida en 1908, comparte la versión de los periódicos: «... Cuál no fue el asombro de Julio Verne cuando en el autor del atentado reconoció a uno de sus propios familiares, Gaston Verne, su sobrino, al que profesaba un gran afecto...» Maurice Garet, en una conferencia pronunciada en la Sociedad Industrial de Amiens el 8 de febrero de 1928, es de la misma opinión que Lemire: «... Julio Verne, ayudado por un sirviente, echó a correr al instante, detuvo al agresor y se quedó estupefacto, al mismo tiempo que apenado al reconocer en este último a su propio sobrino...» (N. *de J. J. Benítez.)*

Morir a los cincuenta y ocho, a los setenta o a los setenta y siete años poco importa, cuando hace tiempo que uno murió por dentro. ¡Bacon, Bacon! ¡Cuánta razón y sabiduría en tu sentencia: "La muerte es el menor de todos los males"!

Una semana después del "accidente", el destino se presentó ante mí con una nueva factura. Postrado en cama, abotargada la mente por la morfina y la palabrería de los médicos, alguien me trajo la noticia de la muerte de Jules Hetzel, mi amigo, consejero, padre espiritual y creador de Julio Verne. Se fue a los setenta y dos años, después de haber lanzado a la fama treinta de mis novelas. Su hijo, Julio, ha sido digno representante de su padre. Ha sabido escuchar y comprender a este viejo caduco, pero su padre fue mi padre...

Nueva factura del destino. El 15 de febrero de 1887, Sophie Allotte, mi madre, nos decía adiós. Al igual que ocurriera con el Gran Patriarca, tampoco me fue concedido estar a su lado en ese supremo momento. La cojera es para siempre, dicen los médicos y "decir" es lo único que saben "hacer". ¡Ah, los médicos! Como proclamaba Voltaire, "meten drogas que no conocen en un cuerpo que conocen todavía menos". Doce años hace que arrastro mi pierna por el mundo. Doce años hace que la providencia apuntaló este viejo árbol con un bastón, temerosa quizá de que la soledad pudiera tumbarlo. Ahora ya sólo hablo con mi bastón y con mi perro...

Dos únicas veces he abandonado mi "guarida", en Amiens. En 1887, para liquidar la casa familiar de Chantenay y todo lo relacionado con los bienes de mi madre y hace un par de años, en 1896, a París, a cuenta del enojoso proceso con Turpin.[1] La tercera, y última, será a La Madeleine; esa vez, sin bastón...»

1. En su novela *Frente a la bandera,* publicada en 1896, Julio Verne ridiculiza a un químico francés, Turpin, inventor de un explosivo: la melinita. Turpin se reconoce en Thomas Roch, personaje de la citada novela, promoviendo un proceso contra el escritor. Verne acude a París y es defendido en el juicio por Raymond Poincaré. Turpin pierde el proceso. La declaración de Julio Verne, negando toda intencionalidad en su libro, le permite ganar el pleito. La verdad es que Verne mintió, ya que en sendas cartas a su hermano Paul (en 1894 y 1895) le explicaba parte de la trama de su obra y cómo pensaba utilizar el personaje de Turpin para ridiculizar a los científicos. El caso es que aquél sería su último viaje a París. Verne no llegaría a visitar la Exposición de 1889, ni la de 1890. Curiosamente, jamás vio la torre Eiffel. *(N. de J. J. Benítez.)*

CAPÍTULO 20

No tengo «negros» a mi servicio • Un as en la manga del destino • El más singular regalo de cumpleaños • Me votaron 8 591 culos de plomo • Mata a ese perro. Es un crítico • Aunque lo parezca, nunca escribí para la juventud • ¿Yo, un plagiador? • Ni «dios», ni «profeta de la ciencia»: todo estaba inventado • En mi obra falta «alguien» y «algo» • ¡Culos de plomo, descifrad mi último enigma!

> El atentado de 1886 y las sucesivas muertes de sus familiares y amigos encierran a Julio Verne en sí mismo, convirtiéndole en un ser huraño y misterioso. Ante la sorpresa de propios y extraños, a los sesenta años se presenta a las elecciones municipales de Amiens, siendo elegido concejal por una lista «ultrarroja». Su actividad como edil es intensa y fructífera. Verne, que rechazó siempre el título de «profeta de la ciencia», fallecería en Amiens el 24 de marzo de 1905, a los setenta y siete años. Su actividad literaria fue tal que, en el momento de su muerte, el editor disponía de una decena de obras inéditas, que serían publicadas a lo largo de los diez años siguientes.

«¡Viejo oso, poco queda por contar! Sí, algunos flecos...

Podría decirse, y con razón, que hubo un Verne vivo, o medio vivo, hasta 1885. Después, un Verne muerto... En estos doce últimos años no existo. Lo que me sostiene en pie (realmente sobre un solo pie) es mi obra. En boca de Nietzsche, hace tiempo que no aspiro a la felicidad; aspiro a mi obra y por razones bien diferentes a las de mi admirado Federico. Él se refugió en su obra por convicción. Yo, por el "suicidio"... Ahora que caigo: ¡tampoco he dedicado una sola línea a Nietzsche! Dejémoslo así. Si algún culo de plomo acierta a descubrir y leer estas "confesiones", no precisará demasiado esfuerzo para intuir en Nemo todo aquello que, quince años después, representaría Zaratustra.

¿Qué ha sido de Julio Verne en estos últimos años? Si cuento el quehacer de una jornada cualquiera, contaré la verdad. Vamos, pues...

Sigo con la inveterada costumbre de levantarme a las cinco de la madrugada. Y digo bien: levantarme, que no significa despertar. No logro recordar desde cuándo sufro el martirio del insomnio... La mayor parte de esas noches en vela la consumo en la lectura y en la rabiosa afición a los criptogramas. El que conduce a estas "confesiones" no ha sido del todo malo, no, señor. Esperemos que Roze no olvide su palabra de caballero. Si no recuerdo mal, son ya más de tres mil los enigmas que descansan en mis ficheros.



Como decía, la cada vez más escasa inteligencia de Verne se esclarece con el alba. Es, siempre lo fue, mi hora mágica. Los sentidos despiertan y mi pluma se agiliza. Escribo sin tregua hasta las once. Desde hace años, sólo dedico a la escritura un máximo de cuatro o cinco horas. Los tiempos en los que este burro de carga se amarraba a la mesa de trabajo diez, quince horas, sólo son un terrorífico recuerdo. Nunca creí en la inspiración. Mis libros, todos, son el resultado de un laborioso y paciente "embarazo". La inspiración, como supuesta hermana de la fortuna, ha sido mal bautizada. Debería llamarse "trabajo", "constancia" y "disciplina". La inspiración está en cada palabra y, de igual forma que una casa sólo puede levantarse ladrillo a ladrillo, así ocurre con un libro. Palabra = ladrillo = obra = inspiración. En cuanto a los argumentos para esas novelas, que interroguen a los buenos periodistas... Aquellos escritores que han tenido la suerte de ser primero periodistas estarán siempre en ventaja sobre los que nunca lo fueron. Yo lo fui y es en la actualidad donde buceo a cada momento. ¡Buscad ahí las fuentes de mi obra!



Pues bien, como iba mencionando, en esas cuatro o Cinco horas de trabajo, escribo, planeo futuras obras, perfilo personajes o consulto mi biblioteca y ficheros. Desde antiguo padezco una manía que ya, a estas alturas del "negocio", morirá conmigo: mis primeros apuntes y borradores son escritos a lápiz. Después de una y mil correcciones, sólo entonces me decido a convertir a tinta lo que fue lápiz. ¡Cuánta paciencia han demostrado los tipógrafos y el bueno de Hetzel!



A partir de las ocho o las nueve de la mañana, la cosa cambia. La familia se despabila y eso significa ruido. No lo soporto. Son los peores momentos. Despacho el correo y las pruebas, si las hay.[1] Contestar las cartas me produce un especial placer. Llegan desde todo el mundo. Y me preguntan las cosas más inverosímiles. No hace mucho, quizá hacia 1895, el escritor italiano De Amicis, descon certado ante lo voluminoso de mi producción literaria, se preguntaba y me preguntaba "si existía realmente Julio Verne".

1. La obsesión de Julio Verne por corregir y perfeccionar sus escritos era tal que Hetzel, su editor, tuvo que idear un sistema especial para la revisión de pruebas. En 1905, tras la muerte del escritor, su hijo Michel inició una ofensiva contra los «abusos» económicos de Hetzel. El hijo del fallecido editor redacta un informe y uno de los primeros argumentos en su defensa se refiere a los cuantiosos gastos ocasionados por Verne en materia tipográfica: «Desde este punto de vista —dice Hetzel— fue peor que Balzac. Nunca, en treinta y siete años de oficio, he visto a un autor descontar la latitud que le dejaba su editor, contar con la revisión de múltiples pruebas para poner sus novelas a punto. Una novela, por no citar más que un ejemplo, contaba en el original con una treintena de héroes; no contaba más que con quince de ellos en el momento de la edición. De ahí... una disposición inventada por mí y que, según creo, no fue nunca empleada por ningún otro autor. Se le enviaban las pruebas en una especie de álbum. Por un lado, la composición; enfrente, más papel blanco que ennegrecido, y entonces podía refundir por completo la trama de su novela, con el cuidado de hacer bien las cosas que fue siempre la preocupación de su vida. Las facturas de los impresores están ahí para probarlo.» *(N. de J. J. Benítez.)*

Cuando estrechó mi mano en Amiens y supo de mi sistema de trabajo, de mis veinticinco mil fichas y de mi paciente, diaria y minuciosa labor, se santiguó. "No, amigo —le dije—; no tengo 'negros' a mi servicio." ¿Negros? En todo caso, de haberlos contratado, habrían sido judíos... Resulta sintomático e insoportable. Cuando alguien trabaja duro, sin respiro, sin concederse a sí mismo lo que para otros es lógica necesidad, la obra de ese individuo es contemplada con recelo, precisamente por los que no aman el trabajo. Y, como en mi caso, es combatido con las armas de la envidia, del descrédito y de lo absurdo. No pueden admitir que un hombre anteponga la responsabilidad, el sacrificio y la tenacidad a la diversión o la ociosidad.



Poco más o menos hacia las once de la mañana, el Julio Verne escritor detiene su reumática mano. Es la hora del almuerzo. ¡Ah, qué tiempos aquéllos! Honorine me tiraniza. He comido y bebido tanto que, como decía Víctor Hugo, mi intestino es ahora una serpiente: "tienta, traiciona y castiga". Con mucha suerte, un huevo, y para que la formalidad alimenticia sea aliviada, me siento en una silla de niño, con la nariz a la altura del plato. ¡Qué estampa! Pero mi mujer no sabe que le hago trampas... ¡Al diablo la aerofagia! ¡Al demonio las enfermedades! Corrigiendo a Séneca, para que desaparezcan las dolencias estomacales, primero habría que asesinar a los cocineros... Y no será este viejo oso quien tire la primera piedra. ¡Vivan los cocineros!

¿Por dónde iba?...



A eso del mediodía, invariablemente, acudo a la biblioteca de la Sociedad Industrial. ¿Quién dice que un escritor o un artista en general deja de serlo en el momento que abandona la pluma, el pincel o la partitura? Yo, al menos, no puedo. Mientras camino, descanso o converso, mi mente sigue en ebullición, gestando escenas, planteando interrogantes o procurando resolver el final de un capítulo. En infinidad de ocasiones, mis ojos miran, pero no ven.



Durante dos horas, Verne lee, toma notas y se documenta, repasando desde la primera hasta la última página de los periódicos y revistas. Acto seguido, el obligado paseo, bien hacia el ayuntamiento o hacia el Círculo. El arrastre de esta caricatura de pierna me fuerza a descansar en la plaza de Saint-Denis. Siempre en el mismo banco.

El retorno al "hogar", a las 17.30 horas, en invierno, y a las 18 en verano. Pero antes, otra "trampa" a Honorine: un alto en el camino, en casa de Sibert, el pastelero. Oficialmente sólo tomo un vaso de leche. ¡Si el bueno de Sibert hablara...!

¿La cena? El mismo huevo pasado por agua, pero flotando en un caldo. Y a las 10, según,

cama o "guarida". Cuatro veces por semana, durante la temporada teatral, y debido a mi condición de responsable de la Comisión de Espectáculos, ese rígido programa se ve alterado, pero no mucho.[1] Honorine, cómo no, me acompaña a las representaciones. El público y los actores lo saben: jamás me quedo hasta el final de la obra. Hacia las nueve de la noche, invariable y matemáticamente, cena en el hotel Continental. A las diez, este viejo oso inicia su cotidiano combate con el insomnio. La mayor parte de las veces soy yo el que pierde.

A esto, o poco más, se reduce la vida del Julio Verne setentón. Ésta ha sido mi mortal rutina desde la muerte de Anne. Desde entonces he evitado fiestas, honores y complacencias. He rechazado incluso ser testigo de la boda de Hetzel y de la de Maxime Guillon, mi sobrino. Ni siquiera me presté a presenciar la botadura del *Jules Verne,* ese maravilloso velero de mi cuñado. A todos les presenté mis excusas y a todos mentí. No era sólo mi cojera lo que me impedía viajar a París o Nantes. Era mi corazón, perdido en los recuerdos.[2]

En cuanto a Honorine, creo que me ha dejado por imposible. Ya no estalla, ni se altera cuando me ve desaparecer a las diez de la noche, rumbo a mi dormitorio o a la "guarida". Ella sabe que sus invitados y contertulios no van a cambiar mis hábitos. Raro ha sido el miércoles que he consentido acompañarle en sus veladas al piano. Nunca me interesaron sus mundanas y superficiales relaciones sociales. Y ahora, mucho menos... Hace algunos años, cuando el reloj me recordaba el final de la jornada y desaparecía bruscamente del salón, Honorine montaba en cólera. En una oportunidad llegó a perseguirme hasta la "guarida", aporreando la puerta para que regresara con los invitados. El cerrojo, mi buen aliado, me salvó. Lo que no supo Honorine es que, al otro lado de aquella puerta, Julio Verne levantó su dedo "sexual", burlándose de su histerismo.

Poco a poco, esa venenosa atmósfera ha ido cambiando. Ahora no es venenosa; ahora es la "nada"...

El destino, sin embargo, se reservaba un as en la manga. Al año justo de la muerte de Anne, Paul, mi hermano y confidente, al percatarse de mi hundimiento, me haría entrega de una carta, escrita por mi gran amor poco antes de su desaparición. En el sobre, de su puño y letra, aparecía la siguiente frase: "Para Julio, antes que la tristeza le devore."

Paul, que sabía de mis relaciones con Anne, cumplió escrupulosamente los deseos de aquella magnífica mujer. Y sólo se desprendió del postrero mensaje cuando, alarmado, vio cómo me consumía en la amargura.

1. Además de su cargo en la municipalidad, Verne, miembro de la Academia de Amiens, asistía dos veces por mes a las reuniones de dicha academia. En julio de 1895 aceptaría también un puesto en el consejo de dirección de la Caja de Ahorros de Amiens, presidiendo igualmente las sesiones solemnes de la Sociedad de Horticultura de Normandía. En febrero de 1891 y 1894 pronunciaría sendas y cuidadas alocuciones en la referida sociedad. *(N. de J. J. Benítez.)*

2. Con motivo de la boda de Hetzel hijo, en 1888, Verne escribe a su editor, excusándose: «Con una pierna de cojo *(sic)* estoy tan poco presentable que he tenido que renunciar a esta alegría y a este honor.»

En carta del 1 de agosto de 1894 a su hermano Paul, Julio Verne se excusa igualmente por no haber asistido a la boda de su sobrino Máxime, el hijo mayor de su hermana Marie, familiarmente conocída por *la Col.* Verne escribe: «Tengo tantos y tantos motivos de tristeza como para mezclarme con las alegrías de la familia de Nantes. Todo alboroto me resulta insoportable, mi carácter está profundamente alterado y he recibido unos golpes de los que no me recuperaré jamás.» *(N. de J. J. Benítez.)*

La carta, regada con la sinceridad y generosidad de los que saben que van a morir, era un canto a la esperanza y al amor. ¡Dios infinito! ¿Cómo es posible seguir amando desde la renuncia? Anne, la mujer que mejor ha conocido el tortuoso corazón de Verne, me alertaba sobre los peligros de mi natural debilidad, exigiéndome que, tras su muerte, recuperara el rumbo del navio...

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

"... Te han enseñado que no se vive más que el tiempo que se ama. Pues bien, querido Julio, después de mi partida, ¡sigue vivo! Y si no puedes amar a tu legítima esposa, ama al menos tu obra... ¡Queda tanto por decir!... Ama, mi amor, a los que te rodean. A todos y en silencio, sin que lo noten. El amor del que te hablo y que te pido no necesita ruidosas demostraciones. Jesús de Nazaret, a quien tanto admiras, lo dejó bien claro. 'Aquel que ame y haga caridad para que le distingan, ya ha obtenido su recompensa.' Tú eres distinto, bien lo sé. No te quedes al pairo. A pesar de la tempestad, recoge tus velas y enfila el viento y la mala mar... Ama a los seres humanos, Julio, aunque tu corazón esté rendido. Lo sabes bien: antes prefiero a un equivocado que ame, que a un sabio sin corazón. Tú lo has dicho en ocasiones: seremos juzgados no por lo hecho o dicho, sino por lo que no hicimos. Yo voy ahora hacia el Amor Total. Y te esperaré con los brazos abiertos. No me decepciones. Acude a mí con la tranquilidad, al menos, de haberlo intentado..."

He meditado mucho y durante años sobre la petición de Anne. ¿Amar a mis semejantes? ¿Cómo hacerlo? Este árbol no tiene savia...

Me resistí. El problema no era amar al prójimo, sino dejar de odiarme. Me despreciaba. Carecía del mínimo de paz interior para cumplir las recomendaciones de Anne. De momento, las súplicas de mi bien amada no han sido satisfechas. Bueno, habrá que matizar, viejo mentiroso. ¿Para quién escribes? Sí, lo sé: para mí mismo y para los supuestos "culos de plomo" del futuro... Entonces, maticemos.

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Meses después de la lectura del "testamento" de Anne, asediado a cada instante por aquella petición —"ama, aunque tu corazón esté rendido"—, Verne, tímida y secretamente, fue concibiendo algunas fórmulas para satisfacer esa última voluntad. ¿Entregarme a mis libros en beneficio de los hombres? Sí, podía ser... Pero ¿amaba así a cuantos me rodeaban? No, el cumplimiento de esa promesa exigía algo más cercano y visible. ¡De nuevo la vanidad! ¿Destinar parte de mi fortuna a los necesitados?[1] Ni Honorine ni el resto de mi familia lo hubieran comprendido y aceptado. No, esa solución sólo avivaría las llamas de la discordia... ¿Debía entonces modificar mi carácter, presentándome ante la sociedad como un Verne optimista, comunicativo y abierto a las gentes? ¡Imposible! A pesar de los tiernos e increíbles brotes que pujaban por verdear aquel árbol, la madera del "verne" se hallaba demasiado seca para tan radical cambio.

1. De acuerdo con los estudios realizados por Charles-Noël Martin, a pesar de la innegable explotación a que fue sometido por su editor, en cuarenta y dos años de vida literaria el escritor percibió unas ganancias totales muy próximas a los tres millones de francos (de 1988). Es decir, alrededor de sesenta millones de pesetas. Hetzel, por su parte, en el mismo período de tiempo, alcanzaría un beneficio de unos catorce millones de francos (también de 1988): aproximadamente, 280 millones de pesetas. Es comprensible, por tanto, que, a raíz de la muerte de su padre, Michel Verne

ejerciera todo tipo de acciones legales contra el editor. *(N. de J. J. Benítez.)*

Una vez más, la providencia me salió al paso, mostrándome, con gran sutileza, cuál podía ser el camino. En los primeros días de 1888, con motivo de mi sexagésimo cumpleaños, mi buen amigo Godeffroy se presentó en mi casa con el más singular de los regalos: una lista electoral. El nombre de este oso vacilante aparecía en ella. Ciertamente, a título poco menos que de inventario, Robert y yo habíamos hablado y discutido sobre las inminentes elecciones municipales, bromeando, incluso con la remota posibilidad de que Verne se aventurara en semejante jungla... ¿Yo en la política?

Y como suele ocurrir con las grandes decisiones, una mañana de enero, mientras trabajaba en la "guarida", lo vi claro. ¿Por qué no? Si resultaba elegido, ésa podría ser la fórmula para que el abatido Verne se entregara eficaz y discretamente a sus semejantes. Anne lo hubiera aproba do. Reflexioné sobre los pros y los contras de semejante audacia. Yo, hombre de orden y "orleanista" de toda la vida, ¿en una lista republicana? ¿Y por qué no? La burla fue siempre otra de mis grandes debilidades. Mi ideal político, jamás practicado, es el anarquismo puro. Mas ¿dónde ejercitarlo? El vanidoso Verne, además, no podía fracasar. ¿Por quién apostar entonces? Por los vencedores, ¡cómo no! ¡Por los republicanos progresistas! Y con tanto temor como vergüenza, así se lo comuniqué en secreto a Godeffroy.[1]

El alcalde saliente y la familia republicana aceptaron, más tentados, digo yo, por mi popularidad que por mi dudosa afinidad "ultrarroja"... Así es la política. Para los orientales, el arte del disimulo; para los occidentales, con Barbey d'Aurevilly a la cabeza, un mundo que ignora la verdad y la belleza. Me justificaré, ahora que estoy a tiempo. Yo sí amo la verdad y la belleza. En realidad, me he servido de la política no para defraudar a mis conciudadanos, sino para cumplir una secreta promesa. Pero eso nadie lo sabe. Como dijo Dickens en su excelso *David Copperfield,* estoy lo suficientemente introducido en el mundillo del teatro como para entender la política. Por eso, cada vez que puedo, asisto a sus "odiosas representaciones"... desde fuera.

1. Con fecha 31 de enero de 1888, Robert Godeffroy, que a sus treinta años era ya consejero municipal, escribe la siguiente carta al alcalde de Amiens, Frédéric Petit, cabeza de lista de los mencionados republicanos: «Jules Verne desea entrar en el consejo municipal, con la lista encabezada por el ciudadano Frédéric Petit. Hace diez años, la cosa le hubiera parecido a usted algo más que extraña, pues el amable escritor, pese a haber permanecido al margen de la política, no pasaba apenas por un ardoroso republicano. Al contrario, sus sentimientos orleanistas me eran conocidos. ¿Qué quiere usted? Él ha sufrido, como muchos otros, la tiranía de los recuerdos de infancia. Verne debe de haber nacido hacia 1829; su juventud se desarrolló, pues, bajo el reinado de Luis Felipe, esa edad de oro de la burguesía, de la que debió oír muchos elogios a toda su familia. A pesar de eso, era republicano en 1848: él mismo me ha contado que en Nantes distribuyó boletines de voto a favor de los candidatos del gobierno provisional. Pero esa fiebre liberal no era más que un sarampión. No es necesario que le cuente la continuación, ya la conoce usted.

«Hoy, como hombre inteligente que es, reconoce que la república es querida por la gran mayoría del país y que una revolución es imposible; los golpes de Estado sólo pueden darse a condición de tener el poder. Se adhiere, pues, muy francamente, ya que la ambición personal no tiene aquí nada que ver. Si cree usted que su nombre es susceptible de aportar no digo ya votos sino adhesiones que le permitan poner a punto una lista conveniente, él está a su disposición.

«Como todos los virginales en las luchas políticas, Verne me ha preguntado si tiene posibilidades de ser elegido, pues en el caso contrario no se arriesgaría a ver su nombre en un cartel. Yo le he afirmado, como

siempre lo he hecho a todo el mundo, que su éxito sería aplastante.»

¡Qué escándalo! Honorine y los míos me tacharon de "loco senil", "oportunista" y "traidor". Guardé silencio. Para colmo, cuando la noticia se hizo pública, mis enemigos desenterraron el hacha de guerra, recordando a los votantes mi "sospechoso pasado como orleanista".[1] Me defendí como pude; es decir, mintiendo... Pero los resultados fueron elocuentes: 6 598 votos a favor de Julio Verne en la primera vuelta, sobre un total de 14 678. En la segunda, sobre 14 000, la cosa fue mejor: 8 591, de otros tantos "culos de plomo"... Algo sí era cierto en semejante locura política: esos casi 8 600 votantes no eran "rojos rabiosos", sino amantes del orden y de la moderación, como un servidor. Y me dispuse a servir a la ciudadanía, al margen de los laberintos de la política. Lo mío era otra cosa. Y creo haber trabajado con honestidad y eficacia.[2] Las pasadas elecciones, en 1892 y 1896, constituyen la mejor prueba de cuanto afirmo. De haber sido un "político", en el sentido literal de la palabra, "que se sirve de los hombres, haciéndoles creer que les sirve", el pueblo no me hubiera reelegido.

1. Saliendo al paso de estas maledicencias, el periódico al servicio de los republicanos, *Le Progrès de la Somme,* publicaba el siguiente comunicado en aquel mes de mayo de 1888: «Se acusa a Jules Verne de ser un orleanista. No es verdad. Al margen de sus relaciones privadas, que no interesan a nadie (el periódico se refiere a la amistad y a los encuentros de Verne con los Orléans en 1878 y 1880), Jules Verne, esta gloria de nuestra ciudad, se ha comportado siempre como un leal republicano. Su presencia misma en la lista de Frédéric Petit es la garantía de sus opiniones.»

El martes siguiente, 8 de mayo, Verne puntualiza en los diarios locales: «Señor director: cuando *Le Progrés de la Somme* apareció el domingo por la mañana era demasiado tarde para que yo pudiera responder antes del escrutinio. No sé lo que haya podido autorizar a su periódico a pensar que yo haya cambiado nunca las opiniones políticas que han sido las de toda mi vida. Yo pertenezco al partido conservador y es en tanto que conservador como he sido admitido en la lista del señor alcalde de Amiens con el fin de obtener un mandato puramente administrativo. Esta admisión honra a Frédéric Petit, y yo creo actuar como buen ciudadano al ofrecerle mi concurso en la lucha contra la intransigencia municipal. Ahora no hay ya equívoco entre los electores y yo.» *(N. de J. J. Benítez.)*

2. En una carta fechada el 11 de mayo de 1888, Verne aclara y confiesa sus intenciones políticas a su buen amigo Charles Maisonneuve: «Mi vieja borrica: ¿quieres aclaraciones? Helas aquí: mi única intención es la de hacerme útil, y sacar adelante ciertas reformas urbanas. ¿Por qué mezclar siempre la política y el cristianismo en las cuestiones administrativas? Me conoces lo suficiente como para saber que, en los puntos esenciales, nunca he sufrido ninguna influencia. En sociología, mi gusto es el orden; en política, he aquí mi aspiración: crear, en el gobierno actual, un partido razonable, equilibrado, respetuoso de la justicia, de las elevadas creencias, amigo de los hombres, de las artes, de la vida... Así pues, lo que tú quieres llamar mi "prestigio" no podrá más que servir a las causas respetables. Añado que, al obligarme mi enfermedad a una vida más sedentaria, me es útil permanecer en contacto con los negocios y con mis semejantes. Cuestión de oficio. Muchos de mis colegas son unos exaltados; ya se les calmará. Otros tienen buen sentido. ¡Tanto mejor! ¡Algunos son unos imbéciles. ¡Mejor todavía! Sus opiniones me divertirán. Tengo necesidad de ello.»

El minucioso trabajo de investigación de Daniel Compère sobre la actividad municipal de Verne arroja datos elocuentes. Julio Verne, reelegido

en 1892, 1896 y 1900, desplegó, como concejal, una intensa labor, asistiendo prácticamente a todas las sesiones, durante los dieciséis años de sucesivos mandatos. Sólo a partir de 1903, a causa de su salud, permanece ausente en esas sesiones municipales. Verne trabajaría muy especialmente en las áreas urbanísticas, de instrucción, espectáculos y bellas artes en general. Fue un concejal combativo y tenaz. Gracias a él se reconstruyó el teatro de Amiens, reemplazando también el viejo circo de madera de la ciudad por uno de líneas modernistas, capaz para más de cuatro mil espectadores. De acuerdo con su «furor» por la ciencia y el maquinismo, este soberbio circo, que aún se conserva, estrenaría un revolucionario sistema de producción eléctrica: una máquina de vapor que actuaba como generador. Verne reclamó asimismo unas mejores condiciones para los estudiantes, exigiendo que los cuarenta mil francos destinados por el ayuntamiento al alojamiento de un batallón fueran a becas para los alumnos de la Escuela de Medicina de la ciudad. La propuesta del concejal Verne prosperó, provocando la dimisión del alcalde Fiquet. Se preocupa y mejora la situación de los «feriantes» (las «gentes de la bola», como él los llamaba), impulsando las actividades teatrales y culturales de toda índole. Llegó a proponer incluso que los valiosos cuadros colgados en el ayuntamiento fueran expuestos en el museo de la ciudad, para que todos los ciudadanos pudieran beneficiarse de ello. *(N. de J. J. Benítez)*

Es posible que no haya hecho lo suficiente. En mi fuero interno estoy satisfecho. A mi manera, estoy cumpliendo la voluntad de Anne. ¡Que Dios la bendiga!

¡Y que ese mismo Dios confunda a los críticos, zánganos de la colmena de la literatura! Pichler fue benevolente en su sentencia... "Se aproximan a las flores y, zumbando, les chupan la miel." ¿Críticos? ¡Fracasados en el arte y en la literatura! No es mío el improperio, sino de lord de Beaconsfield. Yo cargaría la frase... ¿Que por qué me sublevan los críticos? En especial, por su arrogancia. Ni ellos han perdonado que Julio Verne se haya dedicado a la política, ni yo les perdono sus envenenados venablos contra mi obra. ¿Qué menos que decir la verdad? Sí, pero antes, esos críticos deberían conocerla.

Mis novelas han sido tachadas de "género menor", "muy propias para incultos adolescentes" y "amantes de la frivolidad". He sido injustamente acusado de plagio, de comprar argumentos, de destruir a brillantes y prometedores escritores, de "sembrar de literatura barata el viejo y el nuevo continentes", de "falso educador de niños" y, en fin, de "visionario" y "profeta de la ciencia".



Veamos: ¿es Verne un escritor para adolescentes?

¿Qué saben esos críticos? Ésa fue la intencionalidad de mi editor, en efecto. Hetzel deseaba educar, instruir y divertir a las nuevas generaciones de jóvenes y niños. Me lo repitió una y mil veces. Me vi obligado a rectificar, mutilar o añadir decenas de pasajes, con tal de no "herir y lastimar" los buenos principios y la férrea moralidad de las familias burguesas de la época. Pero ¿saben esos malnacidos si era ésa la meta de Verne? ¡Ah, papagayos, que sólo sabéis decir tres o cuatro palabras y, como recordara Grillparzer, las repetís a más no poder!... Críticos: ¡necios! ¡Julio Verne jamás escribió para niños! Mis libros pueden ser leídos por ellos, pero no son los niños los verdaderos destinatarios. Para comprenderlo, situación harto dudosa, deberíais conocer primero los dramas personales, las frustraciones y sueños de este viejo oso. Ésta ha sido, y sigue siendo, una de las metas de mis libros: traspolar a la supuesta ficción de una trama novelesca todo el patetismo, la angustia o la desolación de un Verne sin infancia, de un Verne sin padre, de un Verne sin vocación, de un Verne rechazado en el amor, de un Verne que, a pesar de su condición burguesa, amaba la soledad y defendía a los oprimidos... ¡Críticos subidos al pedestal de la honorabilidad a costa del sudor y de las lágrimas de los que criticáis, tendríais que nacer de nuevo para desvelar los "secretos" de los "Viajes extraordinarios"!... ¿O es que pensáis que Nemo es tan sólo un pobre solitario, loco y aventurero? No seré yo quien os acompañe al "interior" de mi obra... Bastante hago con abriros la puerta... En el fondo, mi fuerza reside en mi "secreto". Quizá algún día otras generaciones más avisadas y limpias de espíritu sepan "leer" a Julio Verne. Vosotros, miopes de mollera, ¿cómo podéis aspirar siquiera a adentraros en los "abismos" extrahumanos de un *Viaje al centro de la Tierral* ¿Qué sabéis de mis astucias, enigmas, trucos, artificios literarios y juegos de palabras para confeccionar en muchas de esas obras una segunda y subterránea obra?

"Mata a ese perro —gritaba Goethe—. Es un crítico."

¿Es Verne un plagiador?

Esas injuriosas acusaciones han nacido de la mala fe y de la ignorancia, a partes iguales. El torpe Delmas me acusó en 1875 de haber plagiado en "Viaje al centro de la Tierra» su "excelsa obra" "La cabeza de Minerva». También es curioso que los plagiados sólo aireen la "ofensa" cuando la obra requerida se ha convertido en un triunfo... ¿Cuántos ejemplares ha vendido «La cabeza de Minerva»? La envidia, como el orín, sólo corroe a los que viven a la intemperie, más pendientes de los demás que de sí mismos. Pero este Verne es de madera... Jamás he plagiado. Y si en alguna ocasión me he inspirado en otras obras, caso de Poe, no he tenido reparo en reconocerlo.[1] ¿O es que las ideas, como el viento, no son libres de despeinar las cabelleras que crean oportuno?

«Los quinientos millones de la Begún», a diferencia de lo que han pregonado los mediocres de siempre, no es otro plagio, ni tampoco fue escrita por mis "asalariados". Esos críticos y perros aulladores deberían haber consultado primero a mi editor. El argumento inicial de dicha novela, ciertamente, no fue mío, sino de Pascal Grousset, un comunero con inclinaciones literarias que, en 1877, refugiado en Inglaterra, escribió un folletón impresentable, con el título de «La herencia de Langevol». Escaso de dinero, Grousset remitió el manuscrito al abate de Manas y éste, con el auxilio de un periodista de «Le Fígaro», lo puso sobre la mesa de Hetzel. El editor, como yo, estimó el libro negativamente. Aquello era impublicable. Pero Hetzel, con su especial instinto, se empeñó en rehacer la novela, encomendándome el nada grato trabajo. Me resistí, aunque finalmente, en beneficio de nuestra amistad, accedí. Y Hetzel, siempre legal y pudoroso, impuso sus condiciones al primitivo "padre" del engendro... Grousset recibió sus mil quinientos francos con la condición de que renunciase, por escrito, a la paternidad de la obra.[2]

1. La influencia de Edgar Alian Poe en la obra de Verne es innegable. *La vuelta al mundo en ochenta días,* por ejemplo, está inspirada en un cuento de Poe: *Tres domingos en una semana.* Y algo similar sucede con *Cinco semanas en globo,* que destila situaciones ya conocidas en *La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall,* de Poe. La mano, el estilo y la técnica del poeta norteamericano son fáciles de descubrir igualmente en *Viaje al centro de la Tierra, La jangada, El doctor Ox, Veinte mil leguas de viaje submarino, El Chancellor* y *La esfinge de los hielos.* Basta con comparar estas novelas con *El escarabajo de oro, El diablo en el campanario, Un descenso al maelstrom y Narración de Arthur Gordon Pym,* respectivamente. De la misma forma, Hoffmann influyó poderosamente en Verne. La obsesión por el tiempo y los relojes de Poe y Hoffmann aparece nítida en *Maestro Zacharius* y *El castillo de los Cárpatos.*

2. Hetzel escribiría al abate de Manas, exponiéndole esta idea: «... que un escritor aceptara hacer del manuscrito un libro publicable y que lo haría publicar bajo su responsabilidad exclusiva y con su único nombre, sin que el del primitivo autor de la obra pudiese aparecer nunca ligado a ella de ningún modo. Ese escritor pudiera ser Jules Verne, a quien Jules Hetzel pensaba ofrecer ese trabajo con preferencia a cualquier otro.» *(N. de J. J. Benítez.)*

La respuesta de Grousset no se hizo esperar: otorgaba al citado abate los poderes necesarios para «ceder al señor Hetzel la propiedad de mi novelita *La herencia de Langevol,* al precio de mil quinientos francos».

Después de un cierto «pulso» con su editor, Verne, en efecto, claudica y acepta rehacer la obra. Y le escribe a Hetzel en los siguientes términos: «La novela, si es que es una novela, está sin hacer. La acción, la lucha y, consecuentemente, el interés brillan por su ausencia. Nunca he visto nada tan descosido, y en el momento en que podría nacer el interés, se desvanece. No hay que engañarse, el interés estriba en la anunciada lucha entre el cañón y el torpedo; ahora bien, ¡el primero no dispara y el segundo no estalla! Absolutamente fallido. Tampoco veo que exista el deseado contraste entre la ciudad de acero y la del civilizado bienestar, que no se nos describe en absoluto. El doctor Sarazin no es más que un yanqui. Un francés, opuesto a este alemán, debe operar más en artista... No he visto nunca tal ignorancia de las más simples nociones del novelista... ¡Habría que rehacerlo todo! Hay quizá un tema ahí, o al menos un tema que yo sería capaz de desarrollar.» *(N. de J. J.*

Benítez.

El resultado final de mi trabajo, «Los quinientos millones de la Begún,» nada o poco tiene que ver con aquella bagatela inicial de Grousset. Pero, ya se sabe, esos críticos que se pasean por los salones de moda con la vanidad tan engominada como su cabellera, pisaverdes que osan comparar a Goethe con Schiller, prefieren publicar basura a investigar la verdad... Todo el mundo lo sabe: la basura atrae a las masas, y eso "vende". Savage ha tenido certeras palabras para esos críticos y periodistas de tres al cuarto, deshonra de una profesión tan noble, a la que debo lo que soy: "Los que fracasaron como pintores se convierten en barnizadores de cuadros; los que fracasaron como escritores se hacen críticos."



También me han bautizado como "iluminado" y "profeta de la ciencia".

¡Viejo oso!, ¿qué más te llamarán?

¿Un iluminado? ¿Es que no comprenden que no he inventado nada? Me tocó nacer en un momento crucial de la historia. He sido testigo de excepción del gran "salto" del hombre: de la herrumbre de los carros a la magia de la electricidad. En mis novelas hay documentación, una exhaustiva labor de análisis y estudio de los descubrimientos y hallazgos técnico-científicos y, si lo deseáis, altas dosis de imaginación y de sentido común. Los lectores, muchos periodistas, incluso mi familia, se empeñan en hacer de Julio Verne un "dios" que profetiza.[1] Nada más erróneo. La vuel ta al mundo en ochenta días, el *Nautilus* de Nemo, la conquista de la Luna..., todo estaba dicho previamente. Esas maravillas de la ciencia **y** del progreso humanos han sido discutidas largamente por los círculos especializados, mucho antes que Verne las novelara. Sencillamente, se trata de un problema hasta cierto punto lógico: la mayor parte de esas informaciones científicas no trasciende al gran público. Muchas terminan por perderse en el silencio del tiempo. Yo, atento a esas teorías y hallazgos, supe aprovecharlos, ofreciéndolos a la sociedad a través de mis libros. ¿Qué otra cosa es la "novela de la ciencia"? Lo he repetido miles de veces. Mi gran sueño, mi gran proyecto, fue hacer **de** "puente" entre el hombre y la técnica. El submarino hacía tiempo que flotaba en las mentes y en las mesas de trabajo de los ingenieros. Quizá mi único mérito ha sido "ver un poco más allá" y creer en lo que muy pocos creían respecto al futuro de esa formidable máquina de navegación. Hasta tal punto es cierto lo que digo que, en 1867, dos años antes de la aparición de *Veinte mil leguas de viaje submarino,* otro escritor con menos fortuna que yo, Aristide Roger, publicaba una novela que me dejó atónito: *Viaje bajo las olas.* Yo me encontraba en plena preparación de mi *Nautilus y,* al leer las aventuras de aquel otro submarino, el *Relámpago,* gobernado por el capitán Trinitus, me eché a temblar.[1] Por fortuna, Nemo pudo con Trinitus...

1. En sendas entrevistas a Julio Verne, publicadas por *The Strand Magazine* (1895) y por *The Pittsburgh Gazette* (1902), el supuesto «profeta de la ciencia» declaraba a este respecto: «... "Jamás me las he dado de sabio, pero me siento feliz de haber venido al mundo en un momento de descubrimientos asombrosos y maravillosos inventos..." "Usted sin duda sabrá —interrumpió la señora Verne con orgullo— que muchas de las cosas que 'anticipó' mi marido, supuestamente imposibles, se han vuelto realidad..." "¡Calla, calla! —protestó Verne—. Es una simple coincidencia, y sin duda se debe al hecho de que cuando inventaba algo que era una 'anticipación' científica, me esforzaba por hacerlo lo más sencillo posible. En cuanto a la exactitud de mis descripciones, esto se debe a que mucho antes de escribir

la novela yo había recolectado numerosos datos de libros, periódicos, revistas científicas de todo tipo. Esas notas, clasificadas por materias, me brindaban un arsenal de incalculable valor para mí..."»

En *The Pittsburgh,* afirmaba: «... Los libros en los que he insertado profecías sobre los descubrimientos más recientes de la ciencia no han sido, en realidad, más que medios tendentes a un fin. Le sorprenderá quizá saber que no me enorgullece particularmente haber escrito sobre el automóvil, el submarino, el dirigible, antes de que entraran en el dominio de las realidades científicas. Cuando he hablado de ellos en mis libros como de cosas reales, ya estaban inventadas a medias. Yo me limité simplemente a realizar una ficción de lo que debía convertirse después en un hecho, y mi objetivo al proceder así no era el de profetizar, sino el de extender el conocimiento de la geografía entre la juventud, revistiéndola de la manera más atractiva posible. Cada hecho geográfico y científico contenido en cualquiera de mis libros ha sido examinado con mucho cuidado y es escrupulosamente exacto.»

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Un segundo ejemplo: “De la Tierra a la Luna».

Cuando esa novela fue escrita, allá por el año 1865, no fui yo el "iluminado", el genial, el sublime pionero de una idea semejante. ¿Visitar la Luna? ¡Por Dios, Luciano, Sorel, Cyrano de Bergerac y hasta Poe habían hablado y escrito sobre ello! Mi único posible mérito fue saltar de la poesía y el encendido romanticismo de esos autores al cientificismo.[2] Incluso en eso, gran parte del éxito no se debe a mí, sino a los esforzados y magníficos colaboradores que me asesoraron.

1. La aparición de este libro, en *Le Petit Journal,* desagradó profundamente a Verne, que esperaba ser el primero y causar un gran impacto con su *Nautilus.* Y curándose en salud, escribió una carta al director del referido periódico (28 de octubre de 1867) en la que le anunciaba y advertía que, desde hacía un año, venía trabajando en un tema similar, cuyo título provisional era *Viaje bajo las aguas.* No contento con ello, detallaba en su misiva que dicho libro había sido anunciado públicamente el 5 de setiembre de 1867 a través del *Magasin d'Éducation et Recreation.* Si esta obra no había visto aún la luz pública, informaba Verne, se debía únicamente al hecho de haber tenido que ocuparse de otro trabajo: la *Geografía ilustrada de Francia.* Julio Verne concluye su carta suplicando la inserción de la misma, «para evitar toda reclamación acerca de la analogía del tema de ambas obras». *(N. de J. J. Benítez).*

2. A pesar de la obstinada y poco frecuente modestia de Julio Verne en este sentido, la verdad es que el viaje a la Luna encierra altas dosis de «visión de futuro», por no utilizar una expresión más directa. «No puede tratarse de simples coincidencias», afirmó el astronauta Frank Borman, cuya nave espacial, como se recordará, se elevó desde el mismo punto en que Verne hace disparar su cañón. Borman fue a caer, igualmente, en el océano Pacífico, a tan sólo cuatro kilómetros del lugar marcado por Julio Verne. El genial escritor tuvo la audacia de transformar el viaje a la Luna en una posibilidad científica. Algo impensable en aquellos tiempos. E inimaginable también en la segunda mitad del siglo XIX la instalación en las montañas Rocosas de un «supertelescopio» de 4,8768 metros, tal y como escribe Verne. Mucho tiempo después, el observatorio astronómico de monte Palomar, en esas mismas montañas y con un telescopio de cinco metros de diámetro llegaría a ser una realidad. En cuanto al célebre *Nautilus* del capitán Nemo, tampoco comparto la inmodestia de mi admirado Verne. Ciertamente, el submarino era conocido cuando escribió su novela. Pero ¿se puede decir lo mismo de la genial intuición de lo que seria la navegación subpolar? Tendrían que pasar ochenta y ocho años (agosto de 1958) para que el hombre hiciera realidad lo apuntado por Verne... Y aunque este apresurado y superficial trabajo sobre la vida de Verne no se propone, ni mucho menos, entrar a analizar en profundidad sus sesenta y cuatro novelas, me resisto a dejar pasar la oportunidad de recordar algunas de las más espectaculares «anticipaciones» de Verne: el culto a la electricidad, que Verne denominaba «el alma del universo»; la fisiología y psicobiología en los viajes espaciales; el envío anticipado de animales al espacio (un gato y una ardilla); la bomba atómica,

intuida en su novela *Frente a la bandera* (1896); en *La caza del meteoro* (1900), Verne, adelantándose a Einstein, escribe: «...por mucho que se descomponga [se refiere a la materia] en moléculas, átomos y partículas, siempre quedará una última fracción por la que se replanteará íntegramente el problema y su eterno recomienzo, hasta el momento en que se admita un principio primero que no será ya materia. Este primer principio inmaterial es la energía.» ¿Y qué decir de las «premoniciones» del nazismo; del auge de Estados Unidos y la decadencia de Europa; de la televisión y de las computadoras? *(N. de J. J. Benítez.)*

Mi primo Henri Garcet, Bertrand, Nadar y Paul fueron los que calcularon y trazaron las curvas, trayectorias, parábolas, fuerzas, etc., del obús lanzado por el cañón del Gun-Club. Y así fue siempre. Tanto en las novelas geográficas como en las expediciones a África, al Polo o a la Rusia de Miguel Strogoff, una lista interminable de científicos-exploradores-matemáticos-físicos amigos se ocupó de materializar y convertir a números mis sugerencias. Hasta el difunto Hetzel tuvo que colaborar, buscando los horarios de los trenes que cruzan las Rusias...

✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡ ✡

Siempre lo dije. Una de las posibles claves del éxito de mis libros se asienta en la verosimilitud de cuanto escribo. Todo ha sido escrupulosamente verificado de la mano de la ciencia. Ello explica la confianza y, en ocasiones, la extrema e ingenua credulidad de los lectores, que no atinan a distinguir la realidad de la ficción. Y dime, viejo tramposo, ¿puede darse algo más hermoso y romántico?

La gente sueña despierta, olvidando, aunque sólo sea momentánea y temporalmente, sus más inmediatas y prosaicas realidades. ¡Viva Verne, sí, señor! En 1865, a raíz de la publicación en el *Journal des Débats* de mi novela *De la Tierra a la Luna,* sucedió algo prodigioso y tierno. Conforme iban apareciendo los capítulos del libro, los ciudadanos fueron volcándose en la acción y en la trama, compartiendo las venturas y desventuras del héroe: Ardan. ¡Cientos de lectores escribieron al periódico solicitando una plaza en el obús que debía viajar a la Luna! ¿Hay algo más sublime? ¡Y para qué vamos a hablar de *La vuelta al mundo en ochenta días!* ¿Julio Verne un "iluminado"? ¿Cómo pudo prever este loco semejante audacia? Los lectores me preguntan y se hacen cruces, perplejos ante mi "profecía". La verdad, como casi siempre, es mucho más elemental y terrestre. La idea surgió merced a mi pasión por los periódicos. Un buen día leí una noticia que me entusiasmó: ya era posible dar la vuelta al mundo en menos de tres meses.[1] El artículo incluso me proporcionó el itinerario... Fueron suficientes algunos ligeros "retoques" y del anuncio turístico de la agencia Cook brotó una novela.

¿Yo un "iluminado"? No... Yo, Julio Verne, sólo soy un incomprendido, un árbol muerto, un viejo oso acosado por la diabetes, amenazado de ceguera, cojo y definitivamente solo. El 27 de agosto del pasado año, mi querido hermano Paul también me dejaba... Jamás imaginé que le sobreviviría. ¡Ah, Paul, cómo te añoro! Tú fuiste mi consejero, mi guía y mi confidente. ¿En quién descansaré ahora? Tu muerte anuncia la mía. 1897 suma "7"... ¿Serán ésos los años que

1. El «vernólogo» René Escaich fue el «descubridor» del anuncio, publicado en 1870 en *Le Magasin Pittoresque,* que «iluminó» a Verne. Decía textualmente: «Gracias a la horadación del istmo de Suez, es posible ahora, partiendo de París, dar la vuelta al mundo en menos de tres meses. El servicio para este viaje circular no ha de tardar en ser organizado. He aquí el itinerario, cuya duración podría ser incluso más breve: De París a Port-Said, cabecera del canal de Suez, por ferrocarril y barco de vapor: 6 días; de Port Said a Bombay, por barco de vapor: 14 días; de Bombay a Calcuta, por tren: 3 días; de Calcuta a Hong Kong, por barco de vapor: 12 días; de Hong Kong a Yedo, por barco de vapor: 6 días; de Yedo a las islas Sandwich, por barco de vapor: 14 días; de las islas Sandwich a San Francisco, por barco de vapor: 7 días; de San Francisco a Nueva York, por el ferrocarril del Pacífico, ya acabado: 7 días; de Nueva York a París: 11 días. Total: 80 días.» *(N. de J. J. Benítez.)*

me restan para emprender contigo y con Anne la última y azul singladura de los cielos? ¿Será 1905 el año de mi desaparición? Estoy listo. Mi equipaje cabe en mi corazón. Fui un hombre que amó... tardíamente. Quizá eso me salve...



Pero partiré de este mundo con una íntima tristeza. Sólo tú, Paul, y Anne lo sabíais. Ahora no hay tiempo para rectificar... Salgo de la vida con decenas de novelas, sí... Muchas de ellas —dicen— admirables... Pero en la obra de Verne falta "alguien" y "algo"... Dos palabras son suficientes para resumir el lamentable "vacío" de estos treinta y cinco años de trabajo:

JESÚS DE NAZARET Y AMOR.

A pesar de mi admiración por Él, no he sido valiente. Mi secreto sueño —escribir sobre el Hijo del Hombre— queda pendiente...

En cuanto al AMOR, sí, con mayúsculas, mi obra queda igualmente vacía.

Y a la sombra de ambas frustraciones, otros pequeños-grandes sueños incumplidos me escoltarán hasta la tumba, la que Roze tiene preparada para mí:

REESCRIBIR LA HISTORIA... ¿Y por qué no?

ESTUDIAR ESAS MISTERIOSAS "LUCES" QUE, DICEN LOS PERIÓDICOS NORTEAMERICANOS, HAN EMPEZADO A SURCAR LOS CIELOS DESDE 1897.

ABRIR LA CONCIENCIA DE LA HUMANIDAD CON LA ESPADA MÁGICA DEL ESOTERISMO, YA APUNTADO SUBTERRÁNEAMENTE EN MIS LIBROS...

Pero muero optimista. De igual forma que yo, Julio Verne, continué la truncada labor de Alian Poe, otro hombre, más audaz y resuelto que yo en el dominio de las cosas aparentemente imposibles, nacerá un día, no muy lejano, y llevará a buen fin lo que este viejo oso, culo de plomo, ha dejado inconcluso...

Y ese hombre seré yo, Julio Verne, de acuerdo con lo que me ha sido revelado. He aquí la revelación, que nace de mi propio epitafio:



VERS L'IMMORTALITÉ ET L'ETERNELLE JEUNESSE

(HACIA LA INMORTALIDAD Y LA ETERNA JUVENTUD)

Mandé construir mi tumba, bajo el espíritu de este epitafio.

En su eslabón está el camino que conduce a la inmortalidad, a través del secreto de la eterna juventud.

Mi nombre envuelve el camino.

Por él fui y, por él, he de volver.

El número de los días que excederán a los millares de los días de mi vida, será el de las centenas de los días de mi muerte.

El número de los días que excederán al de las centenas de los días de mi muerte, será el de los millares de los días de mi vida.

El número de los días de mi vida y el número de los días de mi muerte tendrán, como veréis, el mismo número secreto.

Por mis obras me conocéis, y
por mis obras me reconoceréis.»

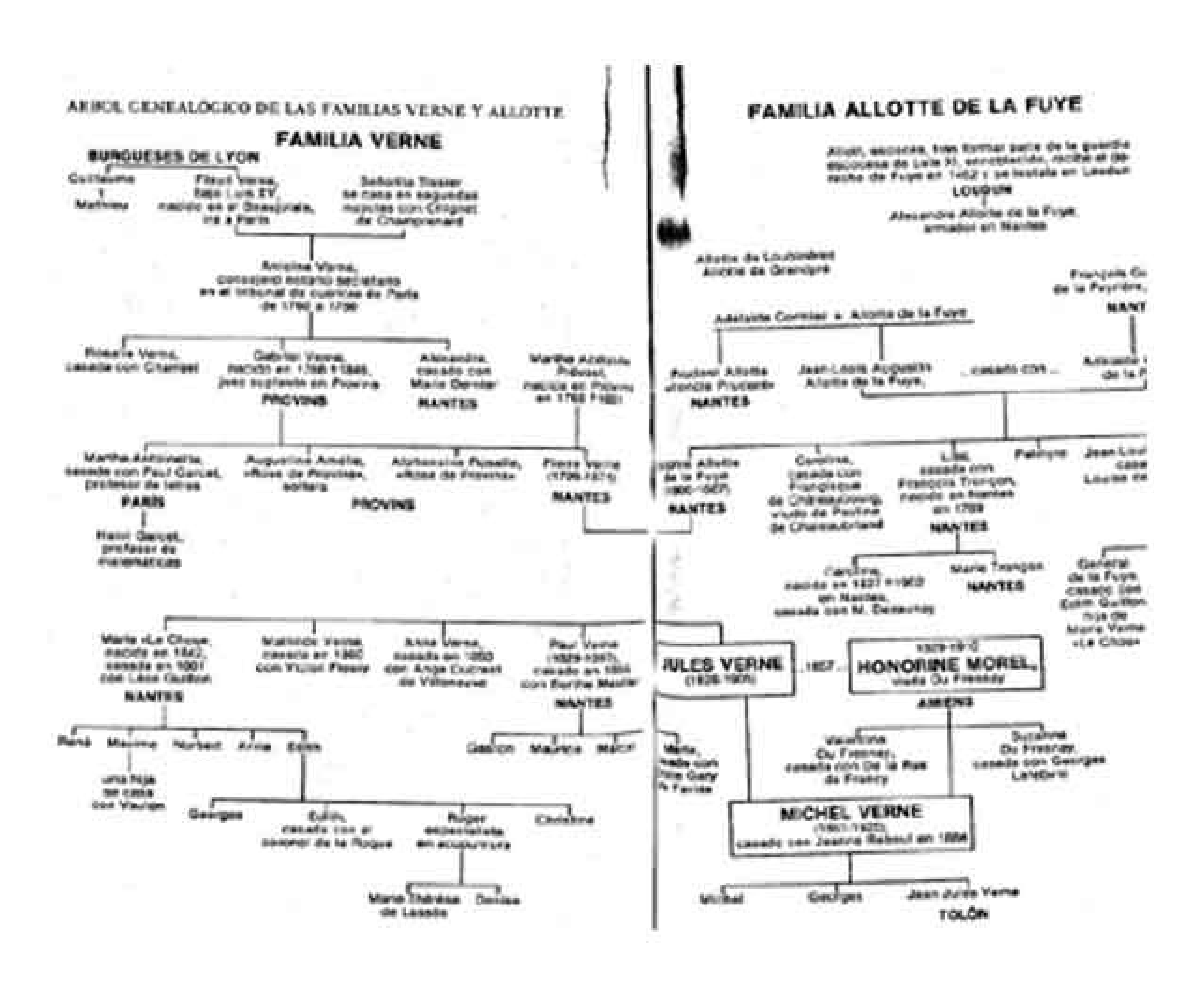
A partir de 1900. Julio Verne se resiente de la visión. Amenazado de cataratas, se resiste a ser operado. En 1902 sólo ve ya por el ojo izquierdo. El 26 de julio de 1904 escribe: «... No marcho apenas; estómago deshecho, piernas enfermas, reumatismo por todas partes. Y a mi edad, uno no se recupera.» El 16 de marzo de 1905 sufre una nueva crisis de diabetes. Verne recibe los últimos sacramentos. Paralizado primero de la parte derecha y después de la izquierda, entra en coma el 24 de marzo de 1905. Antes de perder el conocimiento exclama: «Sed buenos.» Los biógrafos no terminan de ponerse de acuerdo sobre el momento exacto de su muerte. Para algunos, Verne falleció a las ocho de la mañana del día siguiente, 25, sábado. Para otros, el 24. Por su parte, el oficio del registro civil hace alusión a las catorce y cuarenta y cinco del 24 de marzo. En la tumba de La Madeleine, en Amiens, aparece como fallecido el 24 de marzo, viernes. A sus funerales asistieron más de cinco mil personas. Le fueron rendidos honores militares. Numerosos embajadores y delegaciones de todo el mundo tomaron parte en las exequias. Al parecer fue enterrado con los brazos a lo largo del cuerpo y no sobre el plexo solar, puesto que, según decía Verne, esta postura «obstaculizaba la salida del astral». En 1907, dos años después de su muerte, Albert Roze levantaría en la tumba el monumento funerario que puede contemplarse en la actualidad.

En Larrabasterra, a 2 de octubre de 1988, siendo las 13 horas y 45 minutos.

Apéndices

568 Jules Gabriel Verne.

Inscripción oficial en el registro del fallecimiento de Julio Verne. La traducción dice así: «En el año mil novecientos cinco, el veinticinco de marzo, a las tres de la tarde —?— ante Auguste Petit, adjunto y delegado del alcalde de la ciudad de Amiens, en funciones de funcionario del estado civil, comparece Michel Verne, de cuarenta y tres años, ingeniero, con domicilio en la calle — de Litoral ocho, hijo del fallecido, y Georges Lefebvre, de cincuenta y seis años, representante de comercio, con domicilio en Amiens, calle Charles Dubois dieciséis, yerno del difunto, que declaran que la víspera, a las dos horas cuarenta y cinco minutos de la tarde, falleció en su domicilio de Amiens, de la calle Longueville cuarenta y cuatro (que hemos verificado), JULES GABRIEL VERNE, a la edad de setenta y siete años, nacido en Nantes (Loire Inferior) el ocho de febrero de 1828, hombre de letras, oficial de la Legión de Honor, funcionario de instrucción pública, antiguo consejero municipal de la ciudad de Amiens, casado con HONORINE ANNE HÉBIÉ DEVIANE, de setenta y cinco años, sin profesión, con el mismo domicilio, hijo legítimo de los difuntos Pierre Verne y Sophie Henriette Allotte. Después de proceder a la lectura del documento, los comparecientes y nosotros firmamos.» En opinión de Karmen Goizueta, prestigiosa astróloga, Julio Verne falleció a las tres de la tarde y siete minutos (hora local de Amiens) del mencionado 25 de marzo de 1905.


ARBOL GENEALÓGICO DE LAS FAMILIAS VERNE Y ALLOTTE
FAMILIA VERNE
BURGUESES DE LYON
Antoine Verne,
Gabriel Verne,
PROVINS
NANTES
Pierre Verne
NANTES
PARIS
PROVINS
Paul Verne
NANTES
NANTES
René
Maxime
Norbert
Edith
Georges
Roger
Christine
Denise
FAMILIA ALLOTTE DE LA FUYE
LOUDUN
NANTES
NANTES
NANTES
NANTES
JULES VERNE
HONORINE MOREL,
viuda Du Fresnay
AMIENS
MICHEL VERNE
Michel
Georges
Jean Jules Verne
TOLÓN

ALGUNAS DE LAS MUCHAS COSAS QUE SE HAN DICHO SOBRE JULIO VERNE

Yo he leído sus obras, ya en edad madura, y me han entusiasmado. Julio Verne es un maestro sorprendente (Tolstói).

Tengo muchos de tus libros para jóvenes, pero no tengo todos los de Julio Verne, que adoro, y me gustaría me los enviases para mis pequeños y para mí (George Sand, en carta a Hetzel).

Pídame mi vida, pero no me pida que le preste un Julio Verne. Tengo tal fanatismo por sus obras, que confina en los celos. Si vuelve a leerlas, le suplico que no me hable de ello, incluso que no pronuncie su nombre ante mí, pues me parece un sacrilegio pronunciar este nombre si no es de rodillas. Es él, y con mucho, el más grande genio literario de todos los siglos; él permanecerá, cuando todos los demás autores de nuestra época estén olvidados... Por lo demás, es tan monstruoso hacer leer a Verne a los niños como obligarlos a aprenderse las fábulas de La Fontaine, tan profundas que muy pocos adultos son capaces de apreciarlas... (Raymond Roussel).

Julio Verne es mi padre, cuyos personajes abandonan la espada y toman el revólver (Dumas hijo).

Verne, con Lautréamont, es el más grande magnetizador de los tiempos modernos (André Bretón).

¡Qué estilo el de Julio Verne! ¡Sólo sustantivos! (Apollinaire).

Verne, uno de los autores más leídos, es el peor leído (M. Salabert).

Viaje alrededor del mundo, ese espectáculo maravilloso, ese drama, es un atlas viviente en geografía, que junta los nombres de Dennery y de Julio Verne (S. Mallarmé).

Verne era un clásico (Gorki).

Yo no recuerdo que Turguéniev se haya entusiasmado por nadie tanto como por Verne (Tolstói).

Tenía la expresión atenta y seria de un chico leyendo un libro de Julio Verne (Marcel Proust).

Julio Verne fue uno de los cretinos más fundamentales de nuestra época (Salvador Dalí).

Julio Verne sólo quería ser para nosotros un hermano mayor (Maurice Barrès).

Por más que se lean los «Viajes extraordinarios», ayudándose de una potte lupa, la obra de Julio Verne es tan densa que ocurre que se dejan pasar por alto cosas esenciales (Marcel Moré).

Verne es, tal vez, el mejor cuando describe cavernas (Simone Vierne).

Desde hace veinte años, los pueblos que avanzan lo hacen gracias a Julio Verne (mariscal Lyautey).

Fue Julio Verne quien me inculcó el gusto por la ciencia. Son sus prodigiosas «anticipaciones» las que me inculcaron el sentido de la invención (George Claude).

La obra de Verne comprende sesenta y cuatro «viajes extraordinarios», en uno o dos tomos; dieciocho novelas, cuatro obras de divulgación geográfica, varias adaptaciones teatrales e innumerables piezas, libretos de opereta o de óperas cómicas; es decir, una amplia nebulosa de obras, muchas de las cuales brillan con un vivo destello y son conocidas en todo el mundo, pero de las que la mayor parte son mal conocidas e incluso completamente ignoradas (Marc Soriano).

Dele a leer a un inglés la mitad de *Veinte mil leguas de viaje submarino* en su idioma y la otra mitad en francés, y se las arreglará para comprenderla (R. Kipling).

De no haber sido por Verne, jamás habría ido al polo (almirante Byrd).

Creo que sin Julio Verne jamás me hubiera sentido atraído hacia el estudio de los procedimientos y la organización de las telecomunicaciones (Édouard Belin).

Soy el sucesor del profesor Liddenbrock (Norbert Casteret).

Julio Verne fue un iniciado y un iniciador (Michel Lamy).

Un profesor enérgico... siempre he rendido culto a su obra (Jean-Baptiste Charcot).

Verne ejerció una influencia considerable en mi amor por la geología (Obrutchev).

Julio Verne ha sido el autor francés que, junto con Rimbaud y Guillaume Apollinaire, me ha producido las mayores alegrías (Giorgio de Chirico).

¿Verne?: un genio científico. Leo sus obras constantemente (Mendeléiev).

Si soy un apasionado de la aviación es por haber leído, releído y meditado *Cinco semanas en globo* (Charles Richet).

Leyendo *Veinte mil leguas de viaje submarino* concebí, a los diez años, la idea y el propósito de construir un submarino (Simon Lake).

Toda mi infancia la pasé en mi dormitorio gracias a su libro sobre Verne y leyendo, a mis anchas, a través del sueño (Jean Cocteau, en carta a Allotte de la Fuye, autora del libro *Jules Verne, su vida, su obra).*

Ha sido Verne quien me ha decidido a la astronáutica (Gagarin).

Nada se sabe de la vida íntima, replegada y expresamente prohibida de Verne (La Varende).

Julio Verne gustaba de ser una X para el público (Margueritte Allotte de la Fuye).

Yo no he leído aún los «Viajes extraordinarios» del señor Verne. Nuestro amigo Aubineau me dice que son encantadores, salvo una ausencia que no estropea nada, sin duda, pero que desembellece todo y que deja las maravillas del mundo en estado de enigma. Es bello, pero inanimado. Falta alguien (Veuillot, en carta a Hetzel).

Julio Verne fue siempre católico, como buen bretón (Bernard Frank).

Mi marido jamás relee un solo capítulo de sus novelas. Cuando las pruebas están corregidas, cesa su interés por los héroes, aunque durante años viva la intriga y la trama con respecto a ellos para ser utilizada en la novela (Honorine de Viane, esposa de Verne, en declaraciones a la periodista Marie A. Belloc).

Hay que compadecer a los que no han conservado para Julio Verne la ternura de los doce años (Robert Basillach).

Gracias, Julio Verne, por describir esa belleza de Las Cañadas, de nuestro Teide, de su violeta..., por incorporarla a sus escritos y pensemos que, a pesar de ese relato, *El eterno Adán,* con evidentes signos de destrucción para la actual civilización, continúen así hasta un siempre jamás (Francisco Padrón Hernández).

¿Osaría yo proponeros una conclusión? ¿No serian los «Viajes extraordinarios» el fruto de una amalgama entre el ansia de un corazón que escribe para el teatro y la voluntad de un cerebro que colma la laguna de la literatura francesa en el ámbito de la geografía? Si esto es cierto, Verne, el misógamo —y no el misógino, como lo creía Moré—, habrá realizado uno de sus matrimonios: entre la razón, el teatro y la geografía; unión donde la posteridad podrá apreciar la gran fecundidad (profesor R. Pourvoyeur).

La lectura de *La isla misteriosa* me hirió como una zarpa de hierro (Jean Giono).

Julio Verne se interesaba por el esperanto, la lengua universal... En una de sus últimas obras, *El eterno Adán,* el escritor usa expresiones y frases de un idioma que se hablará, según decía, entre nuestros descendientes lejanos, que emergerán de la Atlántida (Mauchien).

Todo el mundo ha leído a Jules Verne y ha percibido esa fuerza prodigiosa con que nos hace soñar. Los mitos de Verne, expuestos en un idioma preciso, aún perduran en nosotros (Michel Butor).

Para Verne, la naturaleza se ha anticipado al hombre (Macheray).

Más que un novelista de la mecánica, Julio Verne fue el novelista del hombre, del hombre visto desde el ángulo frontal, el europeo (J. de la Varende).

Cuando era niño, los libros de Julio Verne me dejaron frío, excepto uno, *Viaje al centro de la Tierra* (Marcel Aymé).

¿Cuáles son los Julio Verne de nuestro tiempo? ¿Y esta cuestión tiene incluso un sentido? ¿Quién sabrá, con una visión magistral, evocar como él, el curso complejo de la política contemporánea en los cinco continentes, hacer balance de la explosión tecnológica que convulsiona tan profundamente hoy a los individuos y a las sociedades, concretar también las

estructuras nuevas de la vida internacional, desplegamiento, mercado mundial y multinacionales, todo bajo una forma novelesca que pueda aún ayudarnos a ir al fondo de nosotros mismos para encontrar la medida de la angustia y la felicidad?... (Jean Chesneaux).

También puede reconocerse al romántico en Jules Verne, que fue poeta y vidente (Victor L. Tapie).

Cuando hablo a mis alumnos, en la universidad, del nuevo, subterráneo y mágico Verne, quedan hipnotizados (Isabel Gracia).

Sería interesante buscar en otras obras de Verne una dependencia, inmediata o mediata, a los problemas de los misterios de la vida espiritual. La creación de su imaginación, probablemente, condujo al narrador, la mayor parte de las veces, más allá de donde podía llegar (Marcel Brion).

Los «Viajes extraordinarios» dividen en dos la historia de la imaginación. Para mí, el mundo tiene seis continentes: Europa, África, Asia, América, Australia y Julio Verne (Claude Roy).

Sin él, nuestro siglo hubiera sido estúpido (René Barjavel).

La tumba de Verne, en Amiens, es la síntesis simbólica y esotérica de un gran iniciado. La rama de palmera es lo más apropiado; no en vano, en griego, se denomina *«phoenix»,* el inmortal pájaro que renace de sus propias cenizas. Hay que saber morir para renacer, en palabras de H. Lawrence. Y la palmera es también el *«etz-ha-jaím»* o árbol de la vida de los cabalistas, así como la *«tariqat»* o asociación iniciática sufí. La estrella de seis puntas es la unión del fuego y el agua para la reconstrucción interior del «fuego celeste», que los cabalistas llaman *«shamaim».* En cuanto a la cruz inscrita en un círculo, alude a la «cuadratura del círculo»: el *opus* alquímico completo, acabado y realizado. La rama de olivo es la «paz del justo», una versión bíblica del laurel olímpico. La lápida pentagonal es pitagórica y nos recuerda la salud microcósmica. Los siete abetos es quizá el misterio más grande... (Mario Satz).

Me considero un poco como el hijo ilegítimo de Julio Verne. Estamos muy cerca uno del otro (Ray Bradbury).

Sólo un gran iniciado, un alquimista, un miembro de las sociedades secretas podía concebir una obra como la de Verne (doctor Manuel Larrazábal).

Estas escenas son para mí casi tan importantes como los mitos, o las imágenes de la poesía homérica (J. M. de Clezio).

Julio Verne ha escrito la *Odisea* o el *Ulisses* de Joyce en ochenta días u ochenta volúmenes. Cada viaje es un trozo del ciclo homérico, el despliegue de una hora en Dublín... Verne termina a Hornero, y Joyce lo reduce (Michel Serres).

La obra de Verne está ahí: persiste y gana en calidad a medida que transcurre el tiempo (Pierre Versins).

¡Ah, si Julio Verne hubiera conocido a Einstein...! (Manuel Audije, oficial de la Armada española).

Lautréamont y Verne toman sus descripciones de los naturalistas, de los geógrafos y de los sabios, inventando al mismo tiempo la práctica del *collage* y haciendo del saber colectivo el origen de la poesía moderna (Roger Bordery).

Jules Verne es un mundo (Georges Neveux).

Verne conoció el éxito desde el primer momento. Entre 1863 y 1904, las ediciones no ilustradas de sus primeras novelas alcanzaron las siguientes tiradas: *La vuelta al mundo en ochenta días,* 108 000 ejemplares; *Cinco semanas en globo,* 76 000; *Veinte mil leguas de viaje submarino,* 50 000; *Viaje al centro de la Tierra,* 48 000, y *La isla misteriosa,* 44 000 (Charles-Noël Martin).

... Una sucesión de evocaciones a través de las cuales permanece la imagen de Julio Verne, maestro de la imaginación, pero, sobre todo, héroe «surrealista» y solitario de la aventura interior [Nemo, Robur, Hatteras...] (David Rissin).

No hay, no ha habido nunca Julio Verne y compañía... Hay Julio simplemente (De Amicis).

El modelo del capitán Nemo no es ni Julio Verne, ni Hetzel, como se ha dicho. Sin duda, sus ideas reflejan en parte las del autor; no obstante, el origen del personaje se encuentra en el coronel Charras, que tomó parte en las revoluciones de 1830 y 1848. Éste se opuso al golpe de Estado de Napoleón III en 1851 y murió exiliado en Suiza en 1865; justamente, en el momento en que Verne empezaba *Veinte mil leguas de viaje submarino* (Daniel Compère).

Si ellos prefieren la nobleza y reivindican sus fabulosos principados a la usanza de Nerval y Villiers de la Isla Adán, al amar al pueblo, amarán al mejor, como Nodler o Julio Verne (Marcel Schneider).

Hacía falta mucha ignorancia e ingenuidad para calificar esta obra como de ciencia ficción. El autor estaba más bien en retraso sobre la historia, pero la crítica literaria no está obligada a conocer la historia de la ciencia (M. Serres).

La perfección de su letra hace suponer que Julio Verne, además, disfrutaba de facultades paranormales (Ignacio Mendieta, grafólogo).

Nietzsche vino a romper un camino trazado. Julio Verne abrió un camino no trazado aún (Karmen Goizueta).

El héroe del mito verniano es un titán de los tiempos modernos que no teme enfrentarse a los cielos encolerizados, dando a luz más máquinas, cada vez más vivas, cada vez más potentes (M. Moré).

ANÁLISIS GRAFOLÓGICOS DE VERNE

Según el especialista Pierre Louys, Julio Verne reunía las siguientes características: «Revolucionario subterráneo. Intrepidez: es decir, coraje que no tiembla. Resolución determinada, pero secreta, contra todo. Dirección invariable de la voluntad. Perseverancia en la acción. Tenacidad contra el obstáculo. Orgullo solitario y mudo. Vuelta de llave que cierra el pensamiento íntimo al fin de la firma.» *(Arts Lettres,* núm. 15.)

Por su parte, el profesor español Mauricio Xandró ha elaborado el siguiente informe, en base a la escritura de Verne:

(Julio Verne (1828-1905) es el escritor que llenó de sueños nuestra adolescencia y de asombro nuestra madurez al comprobar el atisbo profético de sus fantasías, casi premonitorias. La llegada del hombre a la Luna fue tan increíble, en las precisiones anticipadas, que llena de alegría y confirma la frase que él mismo pronunciara: "Todo lo que un hombre es capaz de imaginar, serán capaces otros hombres de convertirlo en realidad.» (Carta a su padre.)

«Ofrezco en este trabajo varios grafismos de este admirable y admirado escritor, que proceden de fuentes diversas, algunas de mi propia colección, iniciada en 1946. Gracias a ello vamos a poder seguir su evolución humana y artística, como me gusta hacer cuando profundizo en algún personaje. Esta vez lo estoy haciendo por petición de un amigo.

«Poseemos siete escritos fechados y cuatro sin fechar que vamos a analizar, pero como lo hacemos habitualmente en una investigación histórica, decidimos que el escrito 10, del que suponemos de madurez (unos cincuenta años), va a servir para realizar un perfil psicológico, sujeto a comentarios posteriores.

»SU PERSONALIDAD

»— A la lucidez intelectual se suma la agilidad del pensamiento, en una escritura típica de escritor, tema sobre el que volveremos.

»Capta la realidad tanto por lógica, asociando los elementos conocidos, como intuyendo, adivinando. Parece que decir estas cosas sobra, frente a una figura conocida. Pero es así y así debo decirlo. Tiene dotes de profundo observador y una excelente capacidad reflexiva, aunque luego se enseñorean los sentimientos y pesan más que la razón a la hora de tomar decisiones.

»La impaciencia rompe los diques del control. Su captación del mundo es preferentemente por la vista; por eso puede ser un excelente muralista, pintando lugares o personajes.

»— Esa letra grande y de fuerte relieve nos muestra una excelente vitalidad física, junto a un buen potencial volitivo.

»Lo mismo que hemos visto la impaciencia, vemos también pérdidas de control, su genio —impelido por la prisa— se dispara a la menor oportunidad y en las discusiones, sus réplicas son contundentes.

»Se mantiene en lo aprendido, en parte por deseos de terminar, por prisa, pero también por terquedad y por un natural persistente, a lo que en buena medida contribuye su propia fortaleza y sana vitalidad.

«Advertimos una de las señales de los perfeccionistas del trabajo y se da esta señal porque es capaz de concentrarse en la tarea y canalizar perfectamente su energía para conseguir lo apetecido.

»Sin embargo, la fuerza del sentimiento y las pérdidas de control son una señal de su debilidad frente a las presiones del medio ambiente. Su mecanismo de defensa, frente a esa

minusvalía, es la autoafirmación. Necesita mostrar su superioridad e imponerse a los demás, se aferra a sus ideas para no dejarse bambolear por las incitaciones exteriores.

»Lleva en la sangre un verdadero afán de viajes, cambios y novedades, vive proyectado materialmente sobre el futuro, como vemos por su propia producción literaria y los innumerables viajes que ha realizado. (Porque no es verdad que viajase únicamente con el pensamiento, como ha dicho algún biógrafo o articulista poco profundos.)

»— Los sentidos se muestran dispuestos, su extraversión y comunicación es manifiesta. Gusta de lo material y lo concreto, tiene alma de pintor o escultor, como ya he dicho. Pero no carece de reductos en su personalidad en los que se encierra, se aisla, con ese "aislamiento creador", enriquecedor, necesario en un escritor que ha comprometido dos novelas cada año.

»Una de las características que más admira y sorprende es la aparición incondicional del altruismo. Ni aun los santos suelen estar libres del egoísmo, de este pájaro feo del alma, consustancial en los seres vivos. En Verne apreciamos el altruismo y la generosidad como algo natural de su persona.

«Hay un realismo bien cimentado, se apoya en sólidas realidades pero con la vista puesta en lo alto, mirando por encima de lo material.

»La sexualidad es normal, fuerte, propia de una naturaleza sana y vital. Se siente el sibaritismo en todo, pero en el mundo sexual, sobre todo, vemos la tendencia a sublimar los instintos.

»Es emotivo, pero sin excesos, hay armonía o equilibrio entre causa y efecto.

»— Hay un profundo reconocimiento de sus propios méritos, de los que se siente orgulloso; es consciente de su propia importancia y valer, y esto le enorgullece noblemente. (Si no fuera así lo diría también.)

»En esta época en que analizamos su personalidad está liberado del "respeto humano" que sintió lacerante en su juventud. La evolución humana ha sido favorable y ha ido superando su inseguridad autoestimativa y nos hallamos frente a una personalidad realmente madura y convencida de sus valores.

»E1 estado de ánimo optimista y entusiasta contribuye a pintar un cuadro de bienestar y satisfacción, que refleja al hombre feliz.

»La evolución en el tiempo

«Tiene una característica que deseo apuntar cuanto antes: su adaptabilidad, su asombrosa mutación, su transformación camaleónica, de acuerdo con el tipo de trabajo que realiza.

«Las figuras 4 y 8 nos presentan esa especie de prestidigitación transformista que lleva a preguntarnos:

«¿Estas escrituras proceden de la misma mano que hizo las figuras 9 o 10?

«Son los diversos papeles que vive el creador, tan pronto viajando con la imaginación a la Luna, o calculando a la décima de milímetro un mecanismo, o viviendo una escena romántica o sentimental. Tiene que desdoblarse y sentir en su propia carne los papeles que narra.

»He ampliado una firma, precisamente la que corresponde al análisis realizado, a mi juicio escritura de su madurez y que representa al Julio Verne creador, artista, pero no es, seguramente, la firma del escritor visionario, cuando se halla en trance, en parto literario.

»E1 hombre sereno, equilibrado, desaparece en la figura 4. Aparece ligero, se agita, quiere penetrar en el futuro, en alas de la impaciencia, hija de la angustia. Seguro que tiene visiones, casas rodando por carreteras, viajes al centro de la Tierra...

»La figura 8, por el contrario, nos pone frente a un frío científico que maneja imperturbable números y cálculos, ajeno a todo lo que sean sentimientos o pasiones humanos. Un Verne desconocido, que parece imposible en el venerable barbudo que conocemos,

paternal, complaciente, cálido y humano.

»Y sin embargo, conociendo su obra, comprendemos perfectamente que su trabajo es una mezcla de todo eso. Por un lado —figuras 10 y 11— nos hallamos ante un muralista, capaz de manejar colores, pintar paisajes o personajes. Es el artista plástico que maneja la paleta multicolor... con la pluma.

«Pero de vez en cuando tiene que escapar de las amarras del tiempo y del espacio y ha de imaginar y crear otros mundos y otras dimensiones. Debe intuir verdades ocultas por la barrera del tiempo. Pero no basta con soñar, con imaginar alegremente —figura 4—, sino que es preciso analizar, comprobar y hacer cálculos para pisar un terreno seguro, hay que armonizar las adivinaciones con las realidades, y por eso el soñador impenitente, el profeta visionario, tiene que volver su vista al suelo y vivir la realidad. Por eso analiza lo menudo, las cifras y las más inadvertidas posibilidades de error —figura 8— como si fuese un contable exigente o un inventor desconfiado. No deseaba tratar de cosas imposibles. Muchas veces he pensado que, en Julio Verne, la anticipación es una mejor definición de su trabajo, que la adivinación o la profecía, porque analizaba con precisión matemática e insobornable, cada invento y cada posibilidad. Por eso de su certeza en la descripción de los avances, que nos ha sorprendido, pero que él ya había anticipado en sus magistrales novelas, no carentes de interés humano, de verismo y de un completo paisaje de personajes vividos y reales.

»La actriz Ana Mariscal me explicaba, cuando me ofrecía su autógrafo en un camerino de TVE, que ella no escribía igual cuando se metía en diferentes personajes.

«Fácilmente se comprende que la personalidad de Julio Verne ha de participar, según el momento, de las alas intemporales del soñador, de la recia realidad de escenarios y personajes y también de la mente matemática y precisa del científico, que convivían como buenos camaradas dentro de sus fases sucesivas y no simultáneas, de trabajo. Todos vivimos varios papeles en nuestra existencia: somos padres cariñosos o huraños, frente a trabajadores cordiales o rebeldes y conjugando esto con nuestras relaciones de amistad. ¿Estamos seguros que en todo momento somos los mismos, huraños, alegres, indiferentes, cordiales?... Tengo la certeza de que no. Incluso nuestra letra varía, según a quien escribamos, según el papel que estemos representando en ese momento.

«Los achaques físicos que se desencadenan con motivo de la agresión de un perturbado que en 1886 le dispara un tiro a quemarropa le acompañarían por el resto de sus días. Pero esto no afecta a su producción literaria. Sin embargo, la firma con la falta de firmeza, con el trazo final de rúbrica, sospecho que corresponde al último año de 1905, como muestra de su lucha por mantenerse a pesar de la decrepitud y de las imposibilidades que le acosan.

»Los deseos de autoafirmación que veíamos en sus escrituras de madurez se acrecientan ahora, en busca de nuevas fuerzas que le ayuden a mantenerse.

«Esa firma temblorosa y ese título póstumo *El faro del fin del mundo* rubrican su prodigiosa vida de novelista, de sabio, de profeta de la anticipación...

«Descansa en paz, viejo, querido amigo, en la tierra sagrada de Amiens, bajo una sepultura que recuerda tu memoria. "Vivir en el recuerdo de los que nos aman no es morir." Tú, en este sentido, eres inmortal.»

Jules Verne

Ma chere tante je voudrais bien que
nous voir parceque je

je

maportez les petits télégraphe que tu

Figura 1

Escritura de Julio Verne a los ocho años: ya muestra la superioridad intelectual que se manifestará más tarde.

THÉATRE LYRIQUE.

ANCIEN

OPÉRA NATIONAL.

—14—

Paris, le 19 avril

Figura 2

Con veintiséis años inicia su carrera literaria en París, escribiendo comedias picarescas, estimulado por los famosos de la época, Victor Hugo, Alejandro Dumas, Balzac, George Sand y un largo etcétera.

Je vous adresse aujourd'hui par le chemin de fer le manuscrit les Enfants du Cne Grant. Je vous serais bien obligé de le faire réclamer à la gare d'Antibes, [illegible] si vous ne [illegible] pas [illegible] d'ici 2 ou 3 jours. Je l'envoie par grande vitesse et [illegible]

Figura 4

Vemos al artista en plena actividad, angustiado, apresurado, casi irreconocible, después de la observación del grafismo anterior.

Ma femme présente toutes ses amitiés à Madame Hetzel; elle vous embrasse sans façon, et mon fils fait de même

Votre dévoué de tout cœur

Jules Verne

Figura 3

Julio Verne tiene treinta y cuatro años. El genio está despertando con las inseguridades de los elegidos. Repárese en la firma de menor tamaño que el texto, simbolizando una aceptación de sus limitaciones admitidas. (Principio del avance hacia la superioridad real.)

Figura 5

Comienza la decadencia física. Cinco años antes sufrió la agresión de un perturbado agresivo. Su creatividad no decrece por esta causa, ya que sigue escribiendo hasta el final. Sus últimas novelas las hizo al dictado, por no poder ya escribir. (Véanse los temblores de la figura 7.)

JULES VERNE

Figura 6

Ocho años antes de su muerte advertimos descenso en la presión y constantes debilitamientos de la pluma, además de interrupciones producidas por la fatiga.

Figura 7

Firma de Verne senil, con temblores y evidente decadencia. Sospecho que es de 1903-1905.

Figura 8

Otra sorpresa —entre tantas— que ofrece Julio Verne. Letra pequeña, inesperada, pero sospechada en un científico que apura de tal forma sus anticipaciones y sus increíbles inventos para su época.

Figura 9

Otra escritura, sin fecha, ágil, contestataria, que seguramente corresponde a los años de madurez, cincuenta y sesenta años.

éventualités, de nature à
la face des choses, et je me
tiens à votre disposition pour

mon votre serviteur de tout
Jules Verne

Figura 10

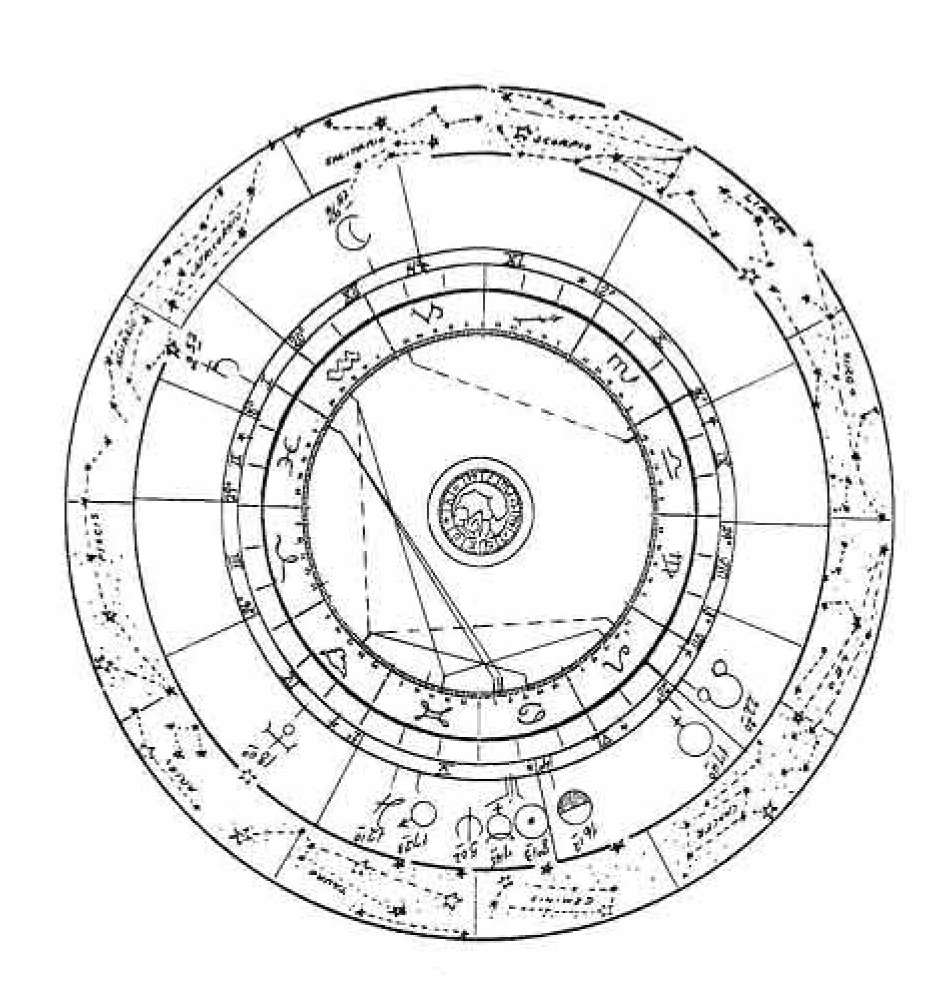
Sobre esta escritura de madurez, cincuenta y cincuenta y cinco años, se ha efectuado el estudio de personalidad que ofrecemos.

— la poste à Paris, ai pris
que je l'aie lundi matin
un mot seulement.
A vous de tout cœur
Jules Verne
à Chantenay près Nantes
Loire inférieure

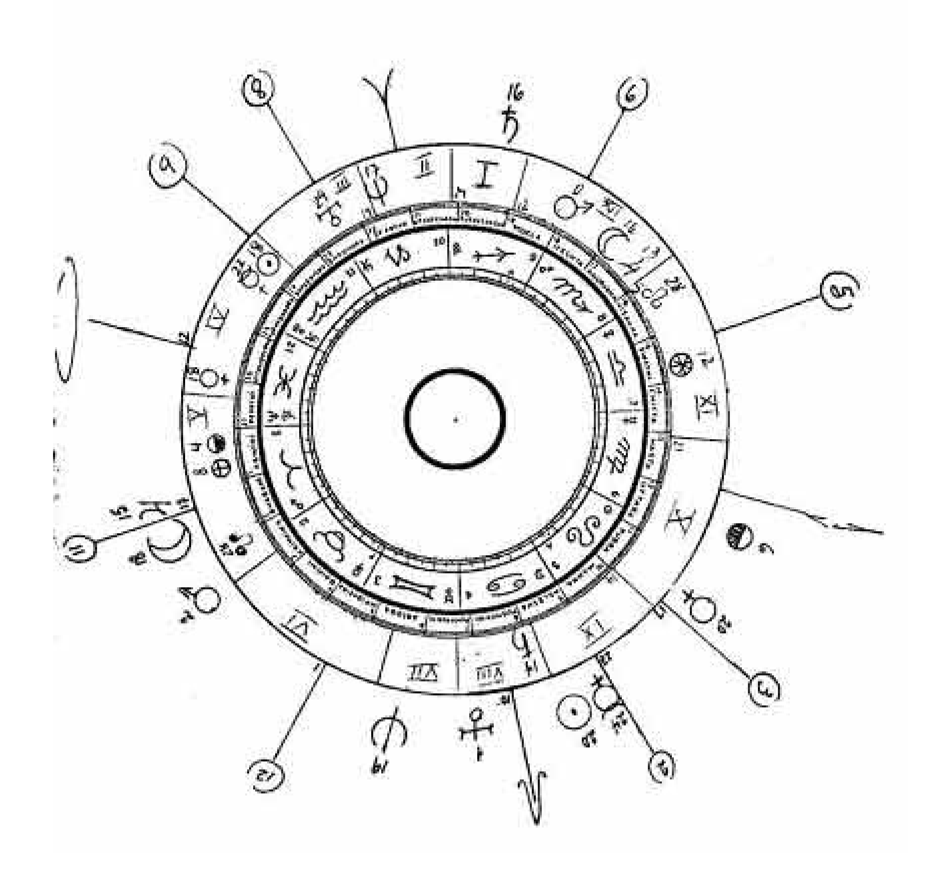
Figura 11

La acentuación descendente de la rúbrica es, a mi modo de ver, un esfuerzo por vencer la decadencia naciente.

CUARTO ENIGMA

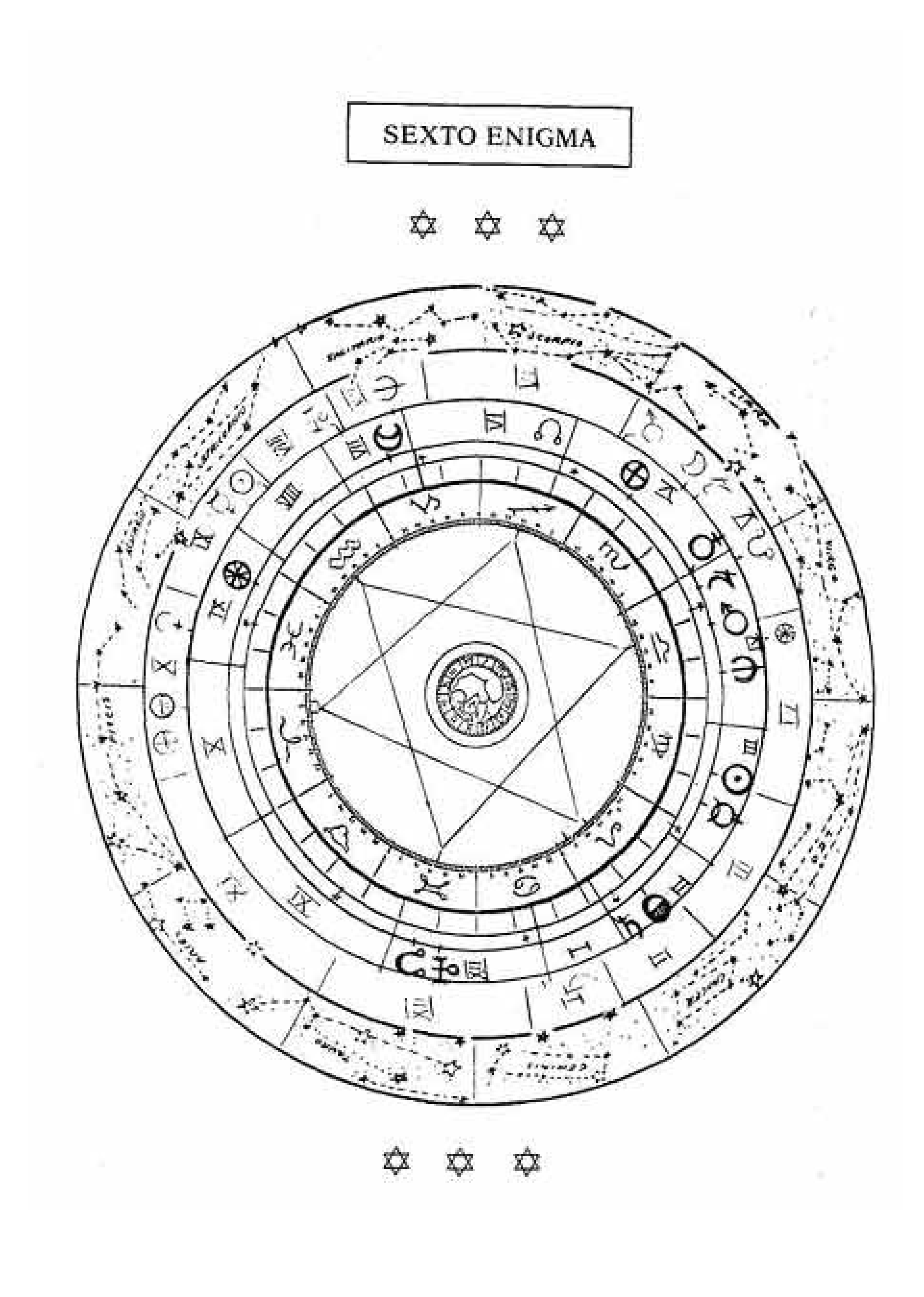


QUINTO ENIGMA



SEXTO ENIGMA

✡ ✡ ✡



✡ ✡ ✡

RELACIÓN DE NOVELAS QUE CONSTITUYEN LOS «VIAJES EXTRAORDINARIOS» DE VERNE

1863 *Cinco semanas en globo.*
1864 *Viaje al centro de la Tierra.*
1865 *De la Tierra a la Luna.*
1866 *Viajes y aventuras del capitán Hatteras.*
1867-1868 *Los hijos del capitán Grant.*
1870 *Veinte mil leguas de viaje submarino.*
1870 *Alrededor de la Luna.*
1871 *Una ciudad flotante.*
1872 *Aventuras de tres rusos y de tres ingleses en el África austral.*
1873 *El país de las pieles.*
1873 *La vuelta al mundo en ochenta días.*
1874 *El doctor Ox.*
1874-1875 *La isla misteriosa.*
1875 *El Chancellor.*
1876 *Miguel Strogoff.*
1877 *Hector Servadac.*
1877 *Las Indias negras.*
1878 *Un capitán de quince años.*
1879 *Las tribulaciones de un chino en China.*
1879 *Los quinientos millones de la Begún.*
1880 *La casa de vapor.*
1881 *La jangada (Ochocientas leguas por el Amazonas).*
1882 *La isla de los Robinsones.*
1882 *El rayo verde.*
1883 *Kéraban el testarudo.*
1884 *La estrella del Sur.*
1884 *El archipiélago en llamas.*
1885 *Mathias Sandorf.*
1886 *Robur el Conquistador.*
1886 *Un billete de lotería.*
1887 *El camino de Francia.*
1887 *Norte contra Sur.*
1888 *Dos años de vacaciones.*
1889 *Sin pies ni cabeza.*
1889 *Familia sin nombre.*
1890 *César Cascabel.*
1891 *La señorita Branican.*
1892 *El castillo de los Cárpatos.*
1892 *Claudius Bombarnac.*
1893 *Petit Bonhomme.*
1894 *Maestro Antifer.*
1895 *La isla con hélice.*
1896 *Clovis Dardentor.*
1896 *Frente a la bandera.*

1897 *La esfinge de los espejos.*
1898 *El soberbio Orinoco.*
1899 *El testamento de un excéntrico.*
1900 *Segunda patria.*
1901 *La ciudad aérea.*
1901 *Las historias de Jean-Marie Cabidoulin.*
1902 *Los hermanos Kip.*
1903 *Bolsas de viajes.*
1904 *Dueño del mundo.*
1904 Un *drama en Livonia.* (Ésta sería la última novela impresa que vería Julio Verne.)
1905 En marzo, muerte de Verne. *La invasión del mar* aparece en agosto.
1905 *El faro del fin del mundo.*
1906 *El volcán de oro.*
1907 *La agencia Thompson y Cia.*
1908 *La caza del meteoro.*
1908 *El piloto del Danubio.*
1909 *Los náufragos del Jonathan.*
1910 *El secreto de Wilhem Storiz.*
1910 *Ayer y mañana.*
1910 *El eterno Adán.*
1914 *Extraordinaria aventura de la misión Barsac.*

SUCESOS DESTACADOS RELACIONADOS CON LA VIDA Y OBRA DE VERNE

5 marzo 1798 (15 ventoso, año VII) Nacimiento de Pierre-Gabriel Verne, hijo de Gabriel Verne, juez suplente en Provins. Pierre-Gabriel sería el padre de Julio Verne.

15 junio 1814 Nacimiento de Pierre-Jules Hetzel, en Chartres. Será el futuro editor de Julio Verne.

1815 Nacimiento en Provins de Henri Garcet, primo de Verne. Profesor de matemáticas en el liceo Enrique IV, servirá de corresponsal a Julio Verne estudiante y le entregará la pensión paterna. Futuro asesor científico del escritor.

1821 Nacimiento de Aristide Hignard, futuro músico y amigo íntimo de Julio Verne.

19 febrero 1827 Matrimonio de Pierre-Gabriel Verne, abogado, con Sophie Allotte de la Fuye.

8 febrero 1828 Nacimiento de Jules-Gabriel Verne.

1829 Nacimiento de Paul Verne, hermano y confidente de Julio.

1833-1834 Julio Verne asiste a la institución de la señora Sambain, viuda de un capitán de altura, desaparecido en el mar.

1836 Primera carta conocida de Julio Verne. Pide un «pequeño telégrafo» —juguete de la época— a su tía Caroline de Châteauburg, para su hermano Paul y para él.

Verano 1839 Fuga de Julio Verne. Parte como grumete en *La Coralie* y es atrapado justamente en Paimboeuf por su padre.

1840 Pierre Verne y su familia se instalan en un apartamento más amplio, en el número 6 de la calle de Jean-Jacques Rousseau, en Nantes; en el buen tiempo, la familia emigra a la gran mansión adquirida en Chantenay. Julio Verne, en el liceo de Nantes.

1844-1845 Julio Verne supera el bachillerato sin problemas.

Abril-verano 1847 Julio Verne en París, en casa de la tía Charruël. Es aprobado en el examen de primer año. Escribe una tragedia en cinco actos y en verso, *Alexandre VI* (Borgia).

Junio 1848 Retorno de Paul Verne, que había embarcado en el *Lutin.* Julio Verne llega a París poco después de las «jornadas de Junio». Vive en casa del primo Garcet. 30 julio 1848 Julio Verne se entera del matrimonio de Caroline Tronçon con Dezaunay. Escribe su carta del «sueño funesto». Aprueba en sus exámenes de

derecho (2.° año). 10 noviembre 1848 Julio Verne y Édouard Bonamy parten para París. Llegan el 12.

1849-1850 Julio Verne escribe varias obras: *La conspiración de los polvos,* tragedia en cinco actos y en verso; *Un drama bajo la regencia,* tragedia en cinco actos; *Las pajas rotas,* subida de telón en un acto y en verso; *Abdallah,* saínete en dos actos.

12 junio 1850 Primera representación, en el teatro histórico de Alejandro Dumas, de *Las pajas rotas.* Julio Verne escribe un libreto, *La mil y segunda noche,* para el músico Aristide Hignard, su vecino de escalera, y una comedia en dos actos, *La Guimard.*

1850-1852 Intensa actividad literaria. Julio Verne escribe un sainete, *Quiridino;* Pitre-Chevalier, director del *Museo de las Familias,* publica sus primeras obras: *Los primeros navios de la marina mexicana, Un viaje en globo, Castillos en California, Martín Paz.* Graduado como doctor en derecho, no se inscribe en el registro de los abogados de París. Conflicto con el padre y comienzo de las neuralgias faciales del artista. Otros trabajos de la época: *De Caribdis a Scylla,* comedia en dos actos y en verso, y *Leonardo da Vinci,* un acto en verso que se convertirá en *Mona Lisa.* Relaciones amistosas con los hermanos Arago y Alejandro Dumas.

1852 Julio Verne se convierte en secretario del teatro Lírico y vive en el número 8 del bulevar de Bonne-Nouvelle, con Aristide Hignard.

20 abril 1853 Estreno de *Colin-Mailard,* opereta en colaboración con Michel Carré, música de Hignard. Paul Verne regresa de Haití. Julio Verne va a festejar el retorno de su hermano a La Guerche, en casa del tío Prudent. Escribe *Los compañeros de la Marjolaine.*

Abril-mayo 1854 Aparición en *El museo de las Familias* de una larga novela, *Maestro Zacharius.* Matrimonio del doctor Víctor Marie, amigo y médico de Julio Verne.

Junio 1854 Muerte de Jules Sevestre, director del teatro Lírico. Julio Verne se aprovecha de ello para librarse de sus funciones de secretario general.

1855 Mudanza de casa. Julio Verne vive en el quinto piso del número 18 del bulevar de Poissonnière. Trabaja en una comedia, *Los felices del día.*

1855-1856 Julio Verne, «hijo casadero», intenta su boda con alguna rica heredera.

Mayo 1856 Julio Verne sale para Amiens para celebrar el matrimonio de Auguste Lelarge con la señorita Aimée de Viane. Se encuentra con Honorine de Viane y su hermano, agente de cambio en Amiens. Flechazo.

Fines de 1856 Permanencia de Verne en casa de Giblain, agente de Bolsa.

10 enero 1857 Julio Verne se casa con Honorine de Viane. Escribe, en colaboración con Charles Wallut, una opereta, *Las sabinas,* y *Señor de Chimpancé,* ópera bufa, con música de A. Hignard, representada en los Bouffes Parisinos el 18 de febrero de 1858. Matrimonio fracasado de Paul Verne, que abandona su oficio de marino.

1858 Matrimonio de Anne, hermana mayor de Julio. Lanzamiento del buque *Great*

Eastern.

1859 Alfred Hignard, hermano de Aristide, ofrece a los dos amigos un viaje gratuito a Escocia (julio-agosto). En octubre, desgraciada partida de caza. Verne roza la muerte y está a punto de matar a un gendarme. Aventura, relatada en *Diez horas de caza,* leída en la Academia de Amiens en diciembre de 1881 y publicada por Hetzel en el volumen de *La escuela de Robinsones.* Matrimonio de Paul Verne.

1860 Matrimonio de Mathilde, segunda hermana de Julio Verne. Escribe *La posada de las Ardenas,* ópera cómica en un acto, con Michel Carré, música de Hignard, representada en el teatro Lírico el 1 de diciembre. Nacimiento de Gaston, hijo mayor de Paul Verne.

1861 Matrimonio de Marie-le-Chou, hermana menor de Julio Verne. Escribe, con Ch. Wallut, *Once días de asedio,* representada en el teatro del Vaudeville el 1 de junio de 1861, y *Un sobrino de América* o *Los dos del Frontignac,* comedia en tres actos (que no será representada hasta el 17 de abril en el teatro Cluny). 15 de junio-3 de agosto, nuevo viaje ofrecido por Alfred Hignard, esta vez a Escandinavia. 3 de agosto: nacimiento de Michel Verne.

1862 Julio Verne escribe *El conde de Chantelaine* (episodio de la Revolución francesa en Vendée) y trabaja en el *Globo.* Reflexión sobre Edgar Alian Poe.

Verano 1862 Primer encuentro con Hetzel, que le pide unos retoques al *Globo.*

23 octubre 1862 Firma del primer contrato con Hetzel.

31 enero 1863 Aparición de *Cinco semanas en globo.* Creación de una sociedad de fomento de la locomoción aérea, con Nadar. De agosto a octubre: construcción del *Géant* (primera ascensión: 4 de octubre). Éxito creciente de *Cinco semanas en globo.* Actividad creadora intensa: *Hatteras, Viaje al centro de la Tierra.*

1864 Julio Verne escribe *De la Tierra a la Luna;* hace verificar sus cálculos por su primo Henri Garcet. Aparición en el *Museo de las Familias* del estudio *Edgar Poe* y de *El conde de Chantelaine.* Creación, por Hetzel, de la *Revista (Magasin) de educación y de recreo,* que publica desde su primer número (20 de marzo) *Los ingleses en el Polo Norte, Las aventuras del capitán Hatteras* (la obra no aparecerá en volumen en 8.° hasta el 4 de mayo de 1866). Publicación en un volumen en 8.° del *Viaje al centro de la Tierra* (25 de noviembre), cuya edición en 8.°, aumentada, aparecerá el 13 de mayo de 1867.

1865 El *Museo de las Familias* publica en octubre y noviembre *Les forceurs de blocus, El diario de los debates* y *De la Tierra a la Luna* (14 de setiembre-14 de octubre). Julio Verne, de vacaciones en Crotoy, le gusta el lugar y decide instalarse allí. Trabaja en *Los hijos del capitán Grant.*

1866 Julio Verne acepta hacerse cargo de la *Geografía ilustrada de Francia.* Instalación en Crotoy. Compra de un barco de ocasión del que será padrino Michel (cinco años).

1867 Viaje con Paul en el *Great Eastern.* Trabaja en *Veinte mil leguas de viaje*

submarino. Escapatorias frecuentes en el *Saint Michel I.* Publicación de *Los hijos del capitán Grant* (6 de mayo-15 de julio).

1868 Hetzel, en dificultades financieras, presiona a Verne para que se haga accionista de sus ediciones. Negativa. Aparición del tercer volumen de *Grant* (28 de febrero).

1869 Julio Verne escribe *Alrededor de la Luna* y un texto, destinado a la reedición, del *Diablo en París,* publicado en 1846. Contribución de Verne: *El cajón del diablo.* Aparición en la *Revista de educación* (a partir del 20 de marzo) de *Veinte mil leguas de viaje submarino;* el primer volumen en 8.° aparece el 28 de octubre. *El diario de los debates* publica *Alrededor de la Luna* (4 de noviembre-8 de diciembre).

1870 Publicación del volumen en 8.° de *Alrededor de la Luna* (12 de febrero). *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros;* el *Diario de los debates* publica *Una ciudad flotante* (9 de agosto-6 de setiembre).

1871 Muerte de Pierre Verne. El escritor se instala en Amiens. Publicación en volumen en 8.° de *Una ciudad flotante* y de *Les forceurs de blocus* (10 de octubre de 1872) y, sobre todo, de *Veinte mil leguas de viaje submarino* en un solo volumen en 8.° (9 de diciembre). La *Revista de educación* comienza a publicar *Las aventuras de tres rusos y de tres ingleses* (20 de noviembre).

1872 Julio Verne recibe una distinción de la Academia Francesa; es aclamado. Aparición, el 29 de agosto, de *Las aventuras de tres rusos y de tres ingleses,* en volumen en 8.°. Trabaja en *La vuelta al mundo.* El *Museo de las Familias* publica en marzo-abril *Una fantasía del doctor Ox;* el *Tiempo, La vuelta al mundo en ochenta días* (del 6 de noviembre al 22 de diciembre) y *El país de las pieles* (19 de junio de 1873).

1873 Aparición en volumen en 8.° de *La vuelta al mundo* (4 de enero). El 29-30 de setiembre publica, en el *Diario de Anden* su *Ascensión del meteoro.* Trabaja en *La isla misteriosa.*

1874 *La isla misteriosa* comienza a aparecer en el *Magasin* a partir del 1.° de enero. Publicación en volumen de *Maestro Zacharius, El doctor Ox, Un invierno en los hielos, Un drama en los cielos. La vuelta al mundo* se convierte en una obra teatral. Aparición del primer volumen de *La isla misteriosa* (10 de setiembre). *El Tiempo* publica *El Chancellor* (17 de diciembre de 1874-24 de enero de 1875), que aparece en volumen el 29 de enero de 1875. Lectura en la Academia de Amiens de *Amiens en el año 2000.*

1875 Setiembre-noviembre: asunto Ocsewictz. Julio Verne corrige y rectifica *Hector Servadac* y escribe *El correo del zar.* Delmas acusa a Julio Verne de haber plagiado en el *Viaje al centro de la Tierra* su novela *La cabeza de Minerva.*

1876 Publicación del *Chancellor* en la edición en 8.° (1 de febrero de 1875) y en la edición en 8.° (25 de setiembre de 1875). *Miguel Strogoff* comienza a aparecer en *Revista de educación* el 1 de enero, y en volumen el 14 de agosto. Dificultades con Michel Verne. Alquiler de un apartamento en Nantes, en el número 1 de la calle de Suffren, donde Michel vivirá como pensionista. Julio Verne encarga el *Saint*

Michel II. Encuentro con Aristide Briand, amigo de Michel, por quien Verne sentirá un gran afecto.

1876 Enfermedad de Honorine Verne. Julio Verne corrige las pruebas de *Hector Servadac* y escribe *Las Indias negras.* Frecuentes viajes a Nantes para el *Saint Michel III,* que es «2una encantadora embarcación» (23 de abril). Dificultades con Michel.

1877 *El Tiempo* publica *Las Indias negras* (28 de marzo-22 de abril); aparición en 8.° el 24 de setiembre. *Revista de educación* publica *Hector Servadac* (1.° de enero-15 de diciembre), que aparece en 18.° el 19 de julio para el primer tomo, el 7 de noviembre, para el segundo, y el 16 de noviembre, para la edición en 8.° Carta de protesta del gran rabino de París (3 de junio). Pont Jest pierde su juicio y es condenado a las costas. Baile de máscaras. Honorine, que ha recaído, no puede asistir a él. Julio Verne escribe *Un capitán de quince años* y lee *El manuscrito del abad* de Pascal Grousset. Graves dificultades con Michel. «Estoy en Nantes, en el campo, a donde he llevado a Briant *(sic)* para algunos días. Le he devuelto la calma en el ambiente de una familia tan unida como numerosa, y él no ha conocido hasta ahora lo que es una familia.» (B. N., carta a Hetzel, núm. 367, sin fecha, sábado.) Adquisición del *Saint Michel III.*

1878 La *Revista de educación* publica *Un capitán de quince años* (del 1 al 15 de diciembre), que aparece en 18.° el 1 de julio, para el tomo primero, el 14 de noviembre, para el tomo segundo, y el 18 de noviembre, para la edición en 8.° Julio Verne trabaja en *El asesino voluntario (Tribulaciones de un chino en China) y La casa de vapor;* después, a partir de octubre, en *El heredero de Langevol (Los quinientos millones de la Begún).* Embarco forzado de Michel para las Indias. Primer crucero del *Saint Michel III* por el Mediterráneo. Diciembre: Julio Verne recibe de Michel «la más horrible carta que un padre haya recibido jamás».

1879 *Revista de educación* publica *Los quinientos millones de la Begún* (1 de enero-15 de setiembre); el volumen en 18.° aparece el 18 de setiembre, y en 8.°, el 20 de octubre, con *Las tribulaciones. El Tiempo* publica *Las tribulaciones de un chino en China* (2 de julio-7 de agosto); el volumen en 18.° aparece el 11 de agosto. Julio Verne trabaja en *La casa a vapor.*

1880 *Revista de educación* publica *La casa de vapor* (1-15 de diciembre), que aparece en volumen en 18.° el 5 de julio para el tomo primero y el 11 de noviembre para el segundo; la edición en 8.° aparece el 15 de noviembre. Julio Verne trabaja en *La jangada* y *La escuela de Robinsones* y da comienzo *El rayo verde.* Crucero por Noruega, Irlanda y Escocia con Hetzel y Raoul Duval. Pone en relación a Hetzel con Charcot: «Estoy impaciente por saber lo que os ha dicho, porque está muy impuesto en las cuestiones de enfermedades nerviosas.» (B. N., 507.)

1881 *Revista de educación* publica *La jangada* (1 de enero-1 de diciembre), que aparece el 20 de junio para el tomo primero, el 28 de noviembre para el tomo segundo. El volumen contiene también *De Rotterdam a Copenhague, a bordo del yate a vapor Saint Michel,* de Paul Verne. Edición en 8.°, el 26 de setiembre. Julio Verne trabaja en *La escuela de Robinsones* y en *Kéraban el testarudo.* Crucero por el mar del Norte y el Báltico. El 18 de diciembre, Verne lee *Diez horas de caza* en la Academia de Amiens.

1882 *Revista de educación* publica *La escuela de Robinsones* (1 de enero-15 de octubre), que aparece en volumen en 18.° el 18 de diciembre y en 8.° el 13 de noviembre (con *El rayo verde). El Tiempo* publica *El rayo verde* (17 de mayo-23 de junio), que aparece en volumen en 18.°, con *Diez horas de caza,* el 24 de julio de 1882. Julio Verne trabaja en *Kéraban el testarudo.*

1883 *Revista de educación* publica *Kéraban el testarudo* (1 de enero-15 de octubre), que aparece en volumen en 18.° el 1 de junio para el primer tomo y el 2 de setiembre para el segundo. Julio Verne trabaja en la adaptación de *La estrella del Norte,* de Pascal Grousset, y en *El archipiélago en llamas.*

1884 *Revista de educación* publica *La estrella del sur* (1 de enero-15 de diciembre), que aparece en volumen en 18.° el 6 de noviembre y en 8.° el 13 de noviembre; *El Tiempo* publica *El archipiélago en llamas* (29 de junio-3 de agosto), que aparece en volumen en 18.° el 14 de agosto y en 8.° (con *La estrella del Sur)* el 16 de octubre. Segunda boda de Michel. Padre e hijo se reconcilian. *Frrtt-flacc,* en *El Fígaro ilustrado,* aparece en diciembre de 1884. Trabaja en *Mathias Sandorf.* Gran crucero por el Mediterráneo.

1885 *Revista de educación* publica *Los restos del Cyntia,* en colaboración con André Laurie; la obra aparece en volumen en 8.° el 12 de diciembre de 1885 y en 18.° el 2 de abril de 1886. *El Tiempo* publica *Mathias Sandorf* (16 de junio-20 de setiembre), que aparece en volumen en 18.° el 27 de julio para el tomo primero y el 17 de agosto para el tomo segundo, y el 26 de octubre para la edición en 8.° Julio Verne trabaja en *Robur el Conquistador, El número 9672 (Un billete de lotería)* y *Norte contra sur.* (Discute ampliamente con Hetzel sobre el tema de los «sosias» [retrato parecido].) Nuevo baile de disfraces. A fines de año, muerte de la misteriosa dama, al parecer, el gran amor de Verne.

1886 *Revista de educación* publica *Un billete de lotería* (1 de enero-1 de noviembre), que aparece en volumen en 18.° el 4 de noviembre y en 8.° el 11 de noviembre (con *Robur).* El *Diario de los debates* publica *Robur el Conquistador* (29 de junio-18 de agosto), que aparece en volumen en 18.° el 11 de setiembre. Julio Verne trabaja en *La última esclava (Norte contra Sur);* a continuación, después del «accidente», en *La familia Raton y Dos años de vacaciones.* Venta del *Saint Michel III.* Gaston Verne dispara dos tiros de revólver contra él. Muerte de Hetzel.

1887 *El Tiempo* publica *El camino de Francia* (31 de agosto-30 de setiembre), que aparece en volumen en 18.° el 1 de octubre y en 8.° (con *Gil Braltar)* el 17 de noviembre. *Revista de educación* publica *Norte contra Sur* (1 de enero-1 de diciembre), que aparece en volumen en 18.° el 26 de mayo para el tomo primero y el 14 de noviembre para el segundo; edición en 8.° el 17 de noviembre. Julio Verne trabaja en *Dos años de vacaciones y Familia sin nombre.* Muerte de Sophie Verne, madre del artista. Julio Verne vende la casa de Chantenay. Lectura de *La familia Raton,* en Liège.

1888 *Revista de educación* publica *Dos años de vacaciones* (1 de enero-15 de diciembre), que aparece en volumen en 18.° el 17 de julio para el tomo primero y el 17 de noviembre para el segundo; y en 8.° el 27 de setiembre. Trabaja en *César Cascabel* y *Sin pies ni cabeza* (paga dos mil quinientos francos al matemático

Badoureau por los cálculos publicados al final del volumen). Elecciones municipales en Amiens. Verne sale elegido.

1889 *Revista de educación* publica *Familia sin nombre* (1 de enero-1 de diciembre), que aparece en volumen en 18.° el 20 de mayo para el tomo primero y el 14 de noviembre para el segundo; edición en 8.° el 26 de setiembre. *The Forum a New York* publica *En el año 2889* en febrero; aparición de *Sin pies ni cabeza,* edición en 18.° el 7 de noviembre y en 8.° el 18 de noviembre. Julio Verne trabaja en *La señorita Branican.*

1890 *Revista de educación* publica *César Cascabel* (1 de enero-25 de diciembre), que aparece en volumen en 18.° el 9 de agosto para el tomo primero; el 22 de noviembre para el segundo, y el 17 de noviembre para la edición en 8.°. Julio Verne pide a Hetzel un horario de los ferrocarriles de Asia Central. Trabaja en *Claudius Bombarnac y El castillo de los Cárpatos.*

1891 *Revista de educación* publica *La señorita Branican* (1 de enero-15 de diciembre), que aparece en volumen en 18.° el 3 de agosto para el primer tomo, el 9 de noviembre para el segundo, y el 16 de noviembre para la edición en 8.° Julio Verne pide a Hetzel que incluya en *Revista* publicidad para la «estufa universal» de Michel, un negocio de su hijo, y también una cuarta prueba para corregir mejor *El castillo de los Cárpatos.*

1892 *Revista de educación* publica *El castillo de los Cárpatos* (1 de enero-15 de diciembre), que aparece en volumen en 18.° el 20 de octubre y en 8.° el 27 de octubre. El periódico *El Sol* publica *Claudius Bombarnac* (10 de octubre-7 de diciembre), editado en volumen en 18.° el 21 de noviembre y en 8.° el 30 de enero de 1893. Julio Verne trabaja en *Petit Bonhomme* y, el 20 de mayo, protesta contra las correcciones demasiado puristas que se le imponen. Trabaja en *Maestro Antifer.*

1893 *Revista de educación* publica *Petit Bonhomme* (1 de enero-15 de diciembre), que aparece en volumen en 18.° el 28 de octubre para el tomo primero y el 20 de noviembre para el segundo. Edición en 8.° el 23 de noviembre. *El Fígaro ilustrado* de la Navidad de 1893 publica *M. Ré-Dièze y Mlle. Mi-Bémol.* Julio Verne ha terminado *Maestro Antifer y* prepara *La isla con hélice* para 1895.

1894 *Revista de educación* publica *Maravillosas aventuras de maestro Antifer* (1 de enero-15 de diciembre); la obra aparece en volumen en 18.° el 23 de agosto para el tomo primero, el 19 de noviembre para el segundo, y el 26 de noviembre para la edición en 8.° Ha terminado *La isla con hélice, Un drama en Livonia y El soberbio Orinoco.* Escribe *Frente a la bandera.* Lleva, pues, un adelanto de tres o cuatro años.

1895 *Revista de educación* publica *La isla con hélice* (1 de ener-15 de diciembre); últimas correcciones sobre pruebas pedidas a Paul Verne. Los volúmenes en 18.° aparecen el 16 de mayo y el 14 de noviembre. La edición en 8.° apareció el 21 de noviembre. Verne quiere adelantar la salida de *Frente a la bandera y* trabaja en *Clovis Dardentor y* en *La esfinge de los espejos.*

1896 *Revista de educación* publica *Frente a la bandera* (1 de enero-15 de junio),

editada en volumen en 18.° el 16 de julio y en 8.° el 30 de noviembre. Después *Clovis Dardentor* (1 de julio-15 de diciembre), publicada en volumen en 18.° el 19 de noviembre de 1896 y en 8.° el 23 de noviembre de 1896. Proceso Turpin. Último viaje a París de Julio Verne.

1897 *Revista de educación* publica *La esfinge de los espejos* (1 de enero-15 de diciembre), editada en volumen en 18.° el 24 de junio para el tomo primero y el 11 de noviembre para el segundo; edición en 8.° el 22 de noviembre. Julio Verne trabaja en el *Testamento de un excéntrico.* Muerte de Paul Verne.

1898 *Revista de educación* publica *El soberbio Orinoco* (1 de enero-15 de diciembre). Aparición en 18.° el 23 de junio y el 14 de noviembre y en 8.° el 24 de noviembre. ¿Quema de papeles secretos? Encuentro con Raymond Roussel en Amiens.

1899 *Revista de educación* publica el *Testamento de un excéntrico* (1 de enero-15 de diciembre), que aparece en volúmenes en 18.° el 3 de agosto para el tomo primero y el 20 de noviembre para el segundo; edición en 8.°, el 27 de noviembre. Julio Verne querría ver en vida la aparición de *La nueva Suiza (Segunda patria).*

1900 *Revista de educación* publica *Segunda patria* (1 de enero-15 de diciembre). Aparición en 18.° el 26 de julio y el 19 de noviembre y en 8.° el 26 de noviembre. Michel parte para Siberia. Muerte de la fiel ama de llaves de la familia (2 de octubre). Julio y Honorine cambian de domicilio y se van a la casa más pequeña que han habitado ya desde 1874 a 1882.

1901 *Revista de educación* publica *La gran selva (La ciudad aérea)* (1 de enero-15 de junio), editado en volumen en 18.° el 11 de julio y en 8.° el 2 de abril, y del 1 de julio al 15 de diciembre, *Las historias de Cabidoulin,* publicado en volumen en 18.° el 18 de noviembre, y en 8.° el 21 de noviembre.

1902 *Revista de educación* publica *Los hermanos Kip* (1 de enero-15 de diciembre), editado en volumen en 18.° el 21 de julio para el tomo primero y el 10 de noviembre para el segundo; edición en 8.° el 20 de noviembre. Julio Verne reclama la publicación anticipada de *Bolsas de viaje,* justificada por la actualidad internacional. Muerte de Caroline Tronçon, a la edad de setenta y cinco años: el primer y frustrado amor de Verne.

1903 *Revista de educación* publica *Bolsas de viaje* (1 de enero-15 de diciembre), editado en volumen en 18.° el 1 de julio para el tomo primero y el 9 de noviembre para el segundo; editado en volumen en 8.° el 19 de noviembre. Julio Verne, con mala salud, no asiste tan regularmente al consejo municipal de Amiens.

1904 *Revista de educación* publica *Un drama en Livonia* (1 de enero-15 de diciembre), editado en volumen en 18.° el 7 de julio y en 8.° el 17 de noviembre; y *Dueño del mundo* (1 de julio-15 de diciembre); volumen en 18.° el 10 de noviembre y en 8.° el 17 de noviembre.

1905 *Revista de educación* publica *La invasión del mar* (1 de enero-1 de agosto).

24 marzo Muerte de Julio Verne, enterrado el 28 de marzo. Negociación y conflicto Michel Verne-Hetzel.

2 y 3 mayo Aparición de la carta de Michel Verne que publica la lista de las novelas póstumas en *Le Fígaro* y *Le Temps. El faro del fin del mundo* aparece en *Revista de educación* (15 de agosto-15 de diciembre), después en volumen en 18.° y en 8.° (1905). Acuerdo Michel Verne-Hetzel para la publicación de las obras póstumas.

1906 *El volcán de oro* en *Revista de educación* (1 de enero-15 de diciembre); en volumen en 18.° el 11 de agosto-13 de noviembre y en 8.° el 13 de noviembre.

1907 *La agencia Thompson and Co.,* novela publicada en *El Diario* (17 de octubre-25 de diciembre), después en volumen en 18.° y en 8.° (1907).

1908 *La caza del meteoro,* novela publicada en *El Diario* (5 de marzo-10 de abril), después en volumen en 18.° el 30 de abril y en 8.° el 9 de noviembre. *El piloto del Danubio,* novela publicada en *El Diario* el 24 de setiembre-2 de noviembre, después en volumen en 18.° el 19 de noviembre y en 8.° en la misma fecha.

1909 Jackel Semo cita a Michel Verne por difamación. *Los náufragos del Jonathan,* novela publicada por *El Diario,* París (26 de julio-17 de octubre); edición en 18.°, primer volumen, el 20 de octubre; el segundo, el 19 de noviembre; en 8.°, en la misma fecha.

1910 *El secreto de Wilhem Storitz,* novela publicada en *El Diario* (15 de junio-13 de julio); después en edición en 18.° el octubre de 1910 y en 8.° el 15 de noviembre. *El eterno Adán,* en *La Revista de París,* 17.° año, número 19 (1 de octubre de 1910). *Ayer y mañana, Cuentos y novelas,* colección de “La familia Raton», *M. Ré-Dièze et Mlle. Mi-Bémol, El destino de Jean Horenas, El Humbug, En el siglo XXIX, El diario de un periodista americano en 2889; El eterno Adán,* volumen en 18.° el 2 de diciembre de 1910, en 8.° en diciembre de 1910.

29 enero Muerte de Honorine Verne. Jackel Semo pierde el proceso; *Cómo he escrito algunos de mis libros,* de Raymond Russel.

1914 *Extraordinaria aventura de la misión Barsac,* novela publicada por *Le Matin* el 18 de abril y el 6 de julio; editado en volumen en 8.° en 1919 y en 18.° en 1920 (librería Hachette).

30 junio Hetzel cede sus fondos y derechos sobre Julio Verne a ediciones Hachette.

1925 Muerte de Michel Verne.

(De la obra de Marc Soriano *El caso Verne,* con correcciones del autor.)

OBRAS CONSULTADAS

Allott, Kenneth, *Jules Verne,* Londres, 1940.

Allotte de la Fuye, M., *Julio Verne, su vida, su obra,* 1928.

Arc, núm. 29, Aix-en-Provence, *2°* trimestre, 1966.

Aron, Jean-Paul, y Roger Kempf, *Canum more,* mayo de 1975.

Barthes, Roland, «Par où commencer», *Revista poética,* núm. 1, 1970.

Bellemin Noël, Jean, «Analectures de Jules Verne», *Critique,* 1970.

Boletín de la Sociedad Jules Verne.

Bory, Jean-Louis, *Le voyage intérieur, les nouvelles littéraires,* núm 2 183, julio de 1969.

Bradbury, Ray, *Jules Verne et Melville (Portrait de l'artiste jeune).*

Bridenne, Jean-Jacques, *La littérature française d'imagination scientifique,* Lille, 1950.

Butor, Michel, «Le point supreme et l'Âge d'or à travers quelques oeuvres de Jules Verne», *Art et lettres,* núm. 15.

Cellier, Louis, «Le roman initiatique en France au temps du romanticisme», *Cahiers internationaux du symbolisme,* núm. 4, Génova, 1964.

Cluzel, Étienne, *Jules Verne et la préhistoire,* 1957.

Compére, Daniel, *La vida de Julio Verne en Amiens* y numerosos artículos en el *Boletín de la Sociedad Jules Verne.*

Costello, Peter, *Jules Verne inventor of Science-fiction,* 1978.

Curtís, Jean-Louis, *Préface à vingt mille lieues sous les mers,* 1978.

Chesneaux, Jean, *Una lecture politique de Jules Verne,* Maspero, 1971.

Degrave, Eugène, *Le Bagne-Affaire Rorique,* 1901.

Delay, Jean, *Le jeunesse de Gide,* 1957.

Dugan, James, *Le grand batean d'acier,* Denoël, 1954.

Dumas, Olivier, *Estudio de veintidós cartas de Julio Verne a su hermano Paul,* 1983.

Éliade, Mircea, *Naissances mystiques,* 1952.

Foucault, Michel, «L'arrière fable», *Arc,* núm. 29.

Galey, Mathieu, «Le double visage de Jules Verne», *L'Express,* agosto de 1969.

Gondolo della Riva, Piero, artículos en el *Boletín de la Sociedad Jules Verne.*

Gracia, Isabel, *El contexto intelectual que nos acusa.*

Gramsci, Antonio, *Littérature et vie nationale* y *Jules Verne et le roman géographique,* Einaudi, 1951.

Guermonprez, Jean, *Jules Verne inspirateur d'Arthur Rimbaud?*

Guth, Paul, *Histoire de la littérature française,* Fayard, 1967.

Huet, Marie-Hélène, *La machine à modifier le temps ou les «voyages extraordinaires de Jules Verne»,* 1968.

Klein, Gérard, *Por lire Verne,* 1970.

Lamy, Michel, *Julio Verne, iniciado e iniciador.*

Lenoir, René, *El Jules Verne de mis abuelos.*

Martin, Charles-Noël, *Julio Verne, su vida y su obra,* 1971.

Moré, Marcel, *Le très curieux Jules Verne* (1960) y *Nouvelles explorations de Jules Verne* (1963).

Parmenie, A., y Bonnier de la Chapelle, *Histoire d'un éditeur et de sus auteurs, P. J. Hetzel,* 1963.

Parquier, René, *Jules Verne académique.*

Pitrou, Pierre, *Les illustrations de J. Verne,* 1977.

Pourvoyeur, R., *Le répertoire de ce bon M. Caterna,* 1975.

Salabert, Miguel, *Julio Verne, ese desconocido,* Alianza Editorial, 1974.

Serres, Michel, *Jouvences sur Jules Verne,* 1974.
Soriano, Marc, *Portrait de l'artiste jeune y Julio Verne: el caso Verne.*
Tournier, Michel, *Les météores,* 1973.
Touttain, Pierre-André, *Verniana, Jules Verne et la musique.*
Vierne, Simone, *Jules Verne et le roman initiatique,* 1973, y *L'île mystérieuse de Jules Verne,* 1973.
Verne, Jean-Jules (nieto del escritor), *Julio Verne,* 1973.

Índice onomástico **(de la edición en papel)**